NADIEZHDA KRUPSKAYA

LENIN

SU VIDA
SU DOCTRINA

EDITORIAL RESCATE
Buenos Aires - R. Argentina

LENIN

SU VIDA
SU DOCTRINA

PRIMERA EDICION ARGENTINA. 1984
TITULO DE LA EDICION ORIGINAL EN INGLES
MEMORIES OF LENIN'S WIDOW

TRADUCTOR: ALFREDO LLANOS

NADIEZHDA KRUPSKAYA

LENIN

Su vida
Su doctrina

EDITORIAL RESCATE
Buenos Aires - R. Argentina

I.S.B.N. 950-9458-05-8

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Impreso en la Argentina.



Vladimir Ilich Lenin



Nadiezhda Konstantinovna Krúpskaya
Foto de 1895

CAPITULO PRIMERO

EN PETERSBURGO, 1893-1898

Vladimir Ilich llegó a San Petersburgo en el otoño de 1893. Yo no logré conocerlo en seguida, sin embargo. Algunos camaradas me informaron que cierto erudito marxista había llegado del Volga. Luego me entregaron un cuaderno que contenía un escrito *Sobre los mercados*, que pasaba de mano en mano entre los camaradas para que lo leyeran por turno. El libro contenía a la vez las opiniones de nuestro marxista de Petersburgo (el tecnólogo Herman Krassin) y del recién llegado del Volga. Las páginas estaban dobladas por la mitad. En un lado, en una escritura extendida, con muchas enmiendas e inserciones, se hallaban las opiniones de H. Krassin. En el otro lado, cuidadosamente escritas, estaban las notas y las réplicas de nuestro amigo recién venido.

En esa época el problema de los mercados nos interesaba enormemente a los jóvenes marxistas. Entre los círculos marxistas de Petersburgo empezaba ya a cristalizarse una tendencia especial. Los procesos del desarrollo social se les aparecían a los representantes de esta tendencia como algo mecánico y esquemático. Tal interpretación del desarrollo social desdeñaba por completo el papel de las masas, el papel del proletariado. La dialéctica revolucionaria del marxismo quedaba arrinconada en alguna parte, y sólo se conservaban "fases inertes del desarrollo". En el presente, por supuesto, cualquier marxista sería capaz de refutar este enfoque mecanicista. En toda esa época, sin em-

bargo, nuestros círculos marxistas petersburgueses estaban muy preocupados con este tema. Posiblemente aún estábamos muy equivocados. Muchos de nosotros todavía no conocíamos nada de la obra de Marx, salvo el primer volumen del *Capital*, y aún no habíamos visto el texto del *Manifiesto comunista*. Así pues, era por instinto que advertíamos que este mecanismo resultaba lo opuesto del marxismo vivo.

La cuestión de los mercados se hallaba íntimamente relacionada con este problema general de la interpretación del marxismo. Los defensores del mecanicismo sin excepción se aproximaban al tema abstractamente.

Han transcurrido más de treinta años desde entonces y, por desgracia, el cuaderno al que me he referido no se conserva. En consecuencia, sólo puedo hablar de la impresión que produjo entre nosotros.

Nuestro nuevo amigo marxista trataba ésta cuestión de los mercados de manera muy concreta. Se hallaba vinculado al interés de las masas, y en el enfoque general comprendimos justamente que el marxismo vivo toma los fenómenos en su medio concreto y en su desarrollo.

Necesitábamos conocer más íntimamente a este recién llegado, examinar sus opiniones más de cerca.

En realidad no vi a Vladimir Ilich hasta carnaval, cuando se decidió que algunos camaradas de Petersburgo conferenciarían con él. La conferencia iba a tener lugar en la casa del ingeniero Klasson [1], un prominente marxista de Petersburgo, que había estado conmigo en el mismo círculo de estudio dos años antes. Para simular nuestra conferencia la organizamos como una reunión social.

En la reunión, aparte de Vladimir Ilich, estuvieron presentes: Klasson, Y. P. Korobko, Serebrovsky, S. I. Radchenko y otros. Potressov y Struve debían haber venido, pero, yo creo que no aparecieron. Recuerdo un momento particularmente bien. Discutíamos las líneas que debíamos seguir. Parecía no haber un acuerdo general. Alguien decía —quizá fue Sherolyagin— que lo importante era trabajar en el comité de anafabetismo. Vladimir Ilich rió y de algún modo su risa resonó sarcásticamente. Nunca lo oí reír de ese modo en ninguna ocasión.

---

[1] La reunión en casa de Klasson tuvo lugar durante el carnaval de 1894. En otoño del mismo año, en lo de Klasson, Vladimir Ilich leyó su artículo *El contenido económico del populismo*. El Instituo Lenin recibió esta información del mismo Klasson.

"¡Bien —dijo—, si alguien desea salvar a la patria en el comité de analfabetismo, no se lo vamos a impedir!"

Debo decir que nuestra generación de gente joven todavía presencia las escaramuzas de los Narodniki (populistas) con el zarismo. Veíamos al principio cómo los liberales "simpatizaban" con todo, pero después del rompimiento del partido Narodnaya Volja (Voluntad del pueblo) retrocedieron, temían todo rumor y empezaron a predicar las "pequeñas cosas primero".

Se podía entender muy bien la sarcástica risa de Lenin. El había venido a discutir la manera de enfrentar juntos la lucha, y en respuesta se proponía ¡distribuir los panfletos del comité de alfabetización!

Posteriormente, cuando nos hicimos más íntimos, Vladimir Ilich me contó, en cierta oportunidad, sobre la actitud de los liberales respecto del arresto de su hermano mayor. Todas las relaciones se apartaron de la familia Ulianov. Hasta un viejo profesor, que antes venía cada tarde a jugar al ajedrez dejó de frecuentar la casa. No había ferrocarril en Simbirsk en aquella época, y la madre de Vladimir Ilich tenía que ir a caballo a Syzran para trasladarse a Petersburgo donde su hijo mayor se hallaba detenido. Vladimir Ilich fue enviado a buscar un compañero para el trayecto, pero nadie quiso viajar con la madre del hombre arrestado.

Vladimir Ilich me dijo que esta cobardía general produjo en él una profunda impresión en esa época.

Esta experiencia juvenil sin duda dejó su huella en la actitud de Lenin hacia los liberales. Muy temprano aprendió el valor de toda la charla liberal.

En el otoño de ese mismo año de 1894, Vladimir Ilich en su artículo *El contenido económico del populismo, y su crítica en el libro del señor Struve*, escribió: "La burguesía gobierna a la vez en la vida en general y la sociedad liberal. En consecuencia, parecería que fuera necesario separarse de esta sociedad para ir a lo que es diametralmente opuesto a la burguesía" (Obras recopiladas, vol. II, pág. 18, ed. rusa).

Y continúa:

"Ustedes (los *narodniki*) atribuyen el deseo de defender la burguesía a cualquiera que exige que los ideólogos de la clase trabajadora rompan completamente con estos elementos (liberales) y sirvan

exclusivamente a aquellos que se han "diferenciado de la vida de la sociedad burguesa". (Ibid., pág. 54).

Pero las opiniones de Vladimir Ilich sobre los liberales, su desconfianza frente a ellos, sn continua denuncia... todo esto es bien conocido. Sólo he mencionado unas pocas citas referentes al mismo año en que se realizó la reunión en casa de Klasson.

En la "fiesta social" no se llegó a ningún acuerdo, por supuesto. Vladimir Ilich habló poco y se ocupó más en contemplar a los presentes. La gente que pasaba por marxista se sintió incómoda bajo su mirada escrutadora.

Recuerdo, cuando retornábamos a casa del Okhta a lo largo de las riberas del Neva, cómo se me habló por primera vez sobre el hermano de Vladimir Ilich, Alejandro. Fue miembro del Narodnaya Volya, y participó en un atentado contra la vida de Alejandro III en 1886. Pereció a manos de los verdugos del zar aún antes que llegara a la mayoría de edad. El estaba muy apegado a su hermano. Tenían muchos gustos en común y a ambos les complacía permanecer solitarios por largos períodos a fin de concentrarse. Era usual que compartieran la vida en alguna parte especial de la casa. Y cuando alguno de los numerosos primos, varones o mujeres, los visitaban, los hermanos tenían una frase favorita: "Agradecemos su ausencia". Ambos hermanos eran trabajadores tenaces y poseían disposiciones revolucionarias. Pero la diferencia de edad es posible que se haya hecho sentir. Pues Alejandro Ilich no le contaba a Vladimir todas sus cosas.

Vladimir Ilich me habló de la actividad de su hermano como naturalista. El último verano que volvió a casa había estado preparando una disertación sobre vermes y trabajaba todo el tiempo con el microscopio. A fin de obtener tanta luz como fuese posible se levantaba al despuntar el alba e inmediatamente se ponía a trabajar. "No, mi hermano no será un revolucionario, pensaba entonces", según recordaba Vladimir Ilich. "Un revolucionario no puede dedicar tanto tiempo al estudio de los gusanos." Pronto vio cuán equivocado estaba.

El destino de su hermano influyó sin duda profundamente en Vladimir Ilich. Lo que además representó una parte importante fue que por esta época él ya había empezado a pensar con independencia sobre muchos temas y había llegado a su propia decisión respecto de la necesidad de una lucha revolucionaria.

Si hubiera sido de otra manera es casi seguro que la suerte de su hermano sólo le hubiera causado profunda pena, o a lo más, hubiera alentado en él la resolución y el anhelo de seguir los pasos de la víctima. En estas circunstancias la muerte de su hermano agudizó su cerebro, le trajo una desusada sobriedad de pensamiento, la capacidad para mirar la verdad de frente, para no dejarse seducir ni un instante por frases o ilusiones. Desarrolló en él la capacidad para el enfoque extremadamente honesto de todos los problemas.

En el otoño de 1894 Vladimir Ilich leyó ante nuestro círculo su trabajo *Los amigos del pueblo*. Recuerdo cómo cada uno de nosotros fue sacudido por este libro. Fijaba los fines de nuestra lucha con notable claridad. *Los amigos del pueblo*, en forma duplicada, pasó después de mano en mano con el sobrenombre de *Pequeños libros amarillos*. Estos no aparecían firmados. Tenían una circulación bastante amplia y no podía dudarse que ejercían una fuerte influencia sobre la juventud marxista de aquellos días. Cuando en 1894 yo estaba en Poltava, P. P. Rumyantsev, que en esa época era un activo socialdemócrata, y acababa de ser liberado de la prisión, caracterizaba a *Los amigos del pueblo* como la mejor, la más enérgica y la más completa exposición desde el punto de vista revolucionario socialdemócrata.

Para el verano de 1894-1895 ya había conseguido conocer a Vladimir Ilich más o menos íntimamente. El tenía a su cargo los círculos de estudio de los trabajadores fuera de las Puertas de Nevsky. Yo había trabajado ya durante años en ese distrito como maestra de la Escuela Dominical Nocturna para Adultos de Smolensky y me hallaba familiarizada con la vida de la clase trabajadora local. Buen número de obreros en el círculo de Vladimir Ilich eran mis alumnos en la Escuela Dominical: Balushkin, Borovskov, Gribakin, los Bodrov —Arsenio y Felipe— Zhukov y otros. En esos días la Escuela Dominical Nocturna para Adultos resultó un excelente medio para alcanzar un conocimiento completo de la vida diaria, las condiciones de trabajo, y la disposición de las masas obreras. La escuela de Smolensky, seiscientos alumnos, sin contar las clases técnicas nocturnas y las escuelas adscriptas de mujeres y de Obukhove.

Los trabajadores expresaban ilimitada confianza en las "maestras de la escuela". Así, el melancólico sereno del depósito de maderas Gromov, con cara radiante, relataba a la maestra que su esposa había

tenido un hijo; una obrera textil tuberculosa deseaba que se le enseñara a leer y escribir a su emprendedor pretendiente: un trabajador metodista, que había empleado toda su vida en la búsqueda de Diōs, escribía con satisfacción que sólo el Domingo de Pasión se había enterado por Rudakov (otro alumno) que no había Dios en absoluto. Y ahora todo se había tornado más fácil. Pues no había nada peor que ser esclavo de Dios, ya que nada podía hacerse en este caso. Pero ser esclavo humano simplificaba el problema porque era posible plantear la lucha. Teníamos también un obrero del tabaco que solía beber todo el domingo hasta que perdía toda semejanza humana. Y aasmismo él estaba tan saturado del olor a tabaco, que era imposible inclinarse sobre su cuaderno sin empezar a sentir que vacilaba nuestra cabeza. El escribía (usando garabatos y ganchos y omitiendo las vocales) un relato según el cual había encontrado en la calle una pequeña de tres años, que vivía con él y sus compañeros de trabajo; que ellos tendrían que entregarla a la policía, y que esto era una lástima. Llegó un soldado con una sola pierna y dijo: "Miguel, aquel a quien tú enseñaste a leer y escribir el año pasado murió en el trabajo por agotamiento; mientras moría te recordó, y me pidió que te diera sus saludos y que te deseaba larga vida". Un trabajador textil, orgulloso defensor del zar y los sacerdotes, expresaba una advertencia: "Cuidado con aquel individuo sombrío, pues él anda siempre merodeando por la *Gorokhovaya* [calle de la policía]". También un viejo trabajador argüía que no podía abandonar toda esperanza por ser representante del templo, "porque es repugnante observar cómo los sacerdotes engañan a la gente, y ésta debe ser llevada a ver las cosas claramente. Pero él no está de ningún modo vinculado al templo y entiende perfectamente bien las fases del desarrollo", y etc., etc.

Los trabajadores pertenecientes a nuestra organización visitaban la escuela con fin de observar a la gente y advertir quiénes podían ser llevados a los círculos o incorporados al movimiento. Estos trabajadores no consideraban a todas las maestras del mismo modo. Ellos distinguían en qué medida la maestras se hallaban versadas en el trabajo de nuestros círculos. Si reconocían a una maestra de escuela como "uno de los nuestros", hallaban la expresión para hacérselo notar. Por ejemplo, al discutir la cuestión de la industria artesanal dirían: "Un artesano no puede competir contra la producción en gran escala".

O bien solían intervenir con una pregunta decisiva: "¿Cuál es la diferencia entre el trabajador de Petersburgo y el mujij de Arcángel?" Y después de esto miraban significativamente a la maestra y asentían como diciendo: "Uno de los nuestros lo sabe".

Ellos inmediatamente relataban todo lo que acontecía en forma directa o indirecta, pues sabían que las maestras adelantarían el informe a la organización.

Era una especie de conspiración silenciosa. Nosotros podíamos hablar sobre cualquier cosa en la escuela, aunque raramente se daba alguna clase sin espías; sólo había que evitar el uso de las terribles palabras "zar", "huelga", etc. y los problemas fundamentales podían ser mencionados; pero oficialmente estaba prohibido discutirlos. En una ocasión fue clausurado el así llamado grupo de recapitulación porque un inspector, que realizó una inesperada visita, descubrió que se enseñaba la tabla del diez, mientras que, según el programa, sólo se permitía la enseñanza de las cuatro operaciones de la aritmética.

Yo vivía entonces sobre la avenida Nevsky, en una casa con patio corrido. Los domingos, por lo general, Vladimir Ilich venía a verme, en su camino de regreso de la tarea en el círculo. Teníamos el hábito de sostener interminables conversaciones. Yo estaba entonces sólidamente aferrada a la escuela y prefería ir sin mi alimento antes que perder la oportunidad de hablar sobre los alumnos o sobre Semyannikov, Thornton, Maxwell y otras fábricas alrededor del Neva. Vladimir Ilich estaba interesado en los más pequeños detalles que describían la vida de los obreros. A partir de los aspectos tomados separadamente se empeñaba en captar la vida del obrero como un conjunto; trataba de descubrir lo que podía aprehenderse a fin de aproximarse mejor al trabajador con la propaganda revolucionaria. La mayoría de los intelectuales de aquellos días entendía muy mal a los obreros. Un intelectual solía venir a un círculo y leía a los obreros algún tipo de conferencia. Durante largo tiempo se utilizó en los círculos una traducción manuscrita del libro de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Vladimir Ilich leía con los obreros *El Capital* de Marx y se los explicaba. La segunda parte de los estudios se dedicaba a las cuestiones de los trabajadores, sobre su tarea y las condiciones laborales. Les mostraba cómo su vida estaba ligada con la estructura total de la sociedad y de qué manera el orden existente podía ser modifica-

do. La combinación de la teoría con la práctica era el rasgo dominante del trabajo de Vladimir Ilich en los círculos. Gradualmente otros miembros de nuestro grupo también comenzaron a emplear este enfoque.

Cuando apareció el folleto de Viena *Sobre la agitación*, el siguiente año, el terreno ya estaba completamente preparado para conducir la agitación por medio de hojas sueltas. Sólo era necesario empezar el trabajo. El método de agitación sobre la base de las necesidades diarias de los obreros se tornó una práctica profundamente arraigada en el trabajo de nuestro partido. Sólo algunos años más tarde comprendí en toda su extensión cuán provechoso resultaba este método de trabajo, cuando vivía en Francia en calidad de emigrada observando cómo, durante la gran huelga postal en París, el Partido Socialista Francés permanecía aislado por completo y no intervenía en la huelga. Esta era problema de los sindicatos, decían. Pensaban que el trabajo del partido se liimtaba simplemente a la lucha política. No tenían la más remota noción respecto de la necesidad de conectar las luchas políticas y económicas.

Muchos de los camaradas que actuaban entonces en Petersburgo, viendo el efecto de la agitación por medio de material impreso, se dejaron seducir por esta forma de actividad y olvidaron que ésta es una de las formas, pero no la única, del trabajo entre las masas. Fueron éstos quienes tomaron el camino del "economismo".

Vladimir Ilich nunca olvidó las otras formas de trabajo. En 1895 escribió el folleto *La ley sobre las multas*. En este folleto daba un brillante ejemplo de cómo aproximarse a los trabajadores de grado intermedio de la época, y sobre la base de sus necesidades conducirlos paso a paso a la cuestión de la exigencia de la lucha política. Muchos intelectuales pensaron que este folleto resulta extenso y seco, pero los obreros lo leían con gusto pues era claro y adecuado para ellos. (Fue impreso en la imprenta de la Narodnaya Volya, y distribuido entre los trabajadores). Vladimir Ilich estudiaba las leyes referidas a las fábricas cuidadosamente. Estimaba que al explicar estas leyes resultaba fácil ilustrar en particular a los trabajadores respecto de su posición y la del Estado. Huellas de este estudio son visibles en una apreciable cantidad de artículos y opúsculos escritos en ese período para los

trabajadores, tales como *La ley de la nueva fábrica, Sobre las huelgas, Sobre los tribunales industriales,* y otros.

La atención de los círculos de trabajadores, sin embargo, no podía hacerse con impunidad; la vigilancia policial comenzó a aumentar. De todo nuestro grupo Vladimir Ilich era el mejor equipado para el trabajo de conspiración. Conocía todos los patios contiguos y tenía un talento especial para eludir a los espías policiales. Nos enseñó cómo escribir en los libros con tinta invisible o por el método de puntos, cómo marcar signos secretos y forjar toda clase de alias. En general, se notaba el beneficio de su buen aprendizaje en las formas del partido Narodnaya Volya. No sin razón él, hablaba con tanto aprecio del viejo nihilista Miklailov, que se había ganado el sobrenombre de *Dvornik* (el guardián) a causa de sus hazañas en la conspiración.

La vigilancia crecía, y Vladimir Ilich insistió que debía ser designado un "sucesor" que no estuviera marcado y a quien pudieran transferirse todos los contactos. Como yo era la más "desconocida" de todos ellos, se decidió nombrarme "heredera". En el primer día de Pascua cinco o seis de los nuestros fuimos a "celebrar el festival" en Tsarkoye Selo con uno de los miembros de nuestro grupo, Silvin, que allí se ganaba la vida en tareas accidentales. Viajamos en tren pretendiendo que no nos conocíamos. Estuvimos reunidos casi todo el día discutiendo qué contactos debían ser preservados. Vladimir Ilich nos enseñó cómo usar cifras y llenamos cerca de medio libro. ¡Por desgracia, después fui incapaz de descifrar estas primeras claves colectivas! Un consuelo, sin embargo, fue que en la época que estos registros requerían ser descifrados, la mayoría de los "contactos" ya no se usaban.

Vladimir Ilich reunía cuidadosamente tales "contactos", y buscaba en todas partes gente que, de una manera u otra, podía servirle para el trabajo revolucionario. Recuerdo cómo, en cierta ocasión, se organizó una conferencia por iniciativa de Vladimir Ilich, entre los representantes de nuestro grupo (Vladimir Ilich, y creo que Krzhizhanovsky) y un grupo de las maestras de la Escuela dominical. Casi todas ellas se hicieron socialdemócratas finalmente. Entre ellas se hallaba Lidia Mikhailovna Knippovich, antigua integrante de la Narodnaya Volya, quien después de cierto tiempo se vinculó a los socialdemócratas. Los viejos trabajadores del partido todavía la recuerdan.

Tenía una tremenda fuerza revolucionaria, era estricta consigo misma y los demás. Poseía a la vez el arte de entender a la gente, era una excelente camarada y mostraba afecto y preocupación por aquellos con quienes trabajaba. Lidia inmediatamente apreció al revolucionario en Vladimir Ilich.

Lidia Mikhaailovna se ofreció como voluntaria para mantener el nexo con la imprenta de Narodnaya Volya. Ella establecía los acuerdos para la impresión, entregaba los manuscritos y recibía de la imprenta los folletos. Los llevaba en canastos a sus amigos y organizaba la distribución de la literatura a los obreros. Cuando se la arrestó —por la información de un cajista de la imprenta que se convirtió en traidor— se confiscaron en manos de sus amigos doce canastos llenos de folletos ilegales. La imprenta de Narodnaya Volya imprimía en esa época masas de panfletos para los obreros: *El día laborable, De qué vive la gente diferente,* el folleto de Lenin *Sobre las multas, El Rey - Hambre,* y otros. Dos de los trabajadores de esa imprenta —Shapovalov y Katanskaya— están ahora en las filas del Partido Comunista. Lidia Mikhailovna murió en 1920, cuando Crimea —donde vivió en los últimos años—, se hallaba en poder de los blancos. En su lecho de muerte, en un último delirio, recordó con vehemencia a su propia gente, los comunistas, y murió con el nombre tan querido para ella del Partido Comunista en los labios.

Entre aquellas maestras, creo, se hallaban también P. F. Kudeli, A. I. Mescheryakov (ambas ahora maestras del partido) y otras. Otra maestra en el distrito de la Puerta de Nevsky era Alejandra Mikháilovna Kalmykova. Era una excelente conferenciante; recuerdo su conferencia sobre el presupuesto del Estado. Entonces poseía una librería sobre la calle Liteyny. Vladimir Ilich estableció relaciones muy cordiales con ella. Uno de sus discípulos fue Struve; y Potressov, un viejo condiscípulo de Struve, estaba siempre junto a ella. Más tarde, Alejandra Mikhaílovna ayudó con sus propios medios a la vieja *Iskra,* hasta la época del segundo congreso. Ella no siguió la corriente de Struve cuando éste se pasó a los liberales sino que definitivamente se asoció con la organización de *Iskra.* Su alias fue "Tiita". Armonizó muy bien con Vladimir Ilich. Ahora ya no vive, después de haber estado postrada en cama durante dos años, en un sanatorio en Detskoye Selo.

A veces solía ser visitada por los jóvenes de los Hogares de Niños de la Vecindad. Les contaba lo que sabía de Vladimir Ilich.

Alejandra Mikhailovna me escribió en la primavera de 1924 que debíamos publicar como un folleto separado los artículos de Lenín de 1917, plenos como ellos estaban de su flameante pasión y sus vehementes llamados, que tanto efecto producían en las masas. En 1922 Vladimir Ilich escribió a Alejandra Mikhailovna unas breves líneas de ferviente salutación tales como sólo él podía hacerlo.

Alejandra Mikhailovna había estado íntimamente relacionada con el grupo de "Emancipación del Trabajo" [Plejanov]. En cierta ocasión (creo que en 1899) cuando Vera Zassulich vino a Rusia, Alejandra Mikhailovna concertó su estada ilegal, y continuamente mantuvo contacto con ella. Bajo la influencia de un movimiento de trabajadores que entonces empezaba a crecer, de los artículos y libros del grupo de la Emancipación del Trabajo, y de los socialdemócratas de Petersburgo, Potrossov viró por un tiempo a la "izquierda", así como también Struve. Después de una cantidad de reuniones preliminares se preparó el terreno para el trabajo en conjunto. Se propuso publicar colectivamente un simposio: *Materiales que caracterizan nuestro desarrollo económico*. Nuestro grupo estuvo representado en la junta editorial por Vladimir Ilich, Starkov, y Stepan Ivanovich Radchenko; el de ellos por Struve, Potrossov y Klasson. El destino de este simposio es bien conocido. Fue quemado por el censor zarista. En la primavera de 1895, antes de marchar al extranjero, Vladimir Ilich fue cada vez con más frecuencia a la calle Ozerny, donde vivía Potressov, apresurándolo a terminar su trabajo.

Vladimir Ilich empleó el verano de 1895 en el extranjero; vivió parte del tiempo en Berlín, donde asistió a reuniones de trabajadores, y parte en Suiza, país en el que vio primeramente a Plejanov, Axelrod y Zazzulich. Regresó lleno de impresiones y trajo del extranjero un cofre de doble fondo, cuyo espacio entre éste y sus divisiones estaban repleto de literatura ilegal.

No bien hubo regresado, la policía se lanzó ansiosa sobre su pista. Lo siguieron a él y a su cofre. En esa época yo tenía una prima que trabajaba en una agencia de direcciones. Un par de días después que Vladimir Ilich llegó ella me informó que la noche que estaba de guardia entró un policía y revisó el índice de las direcciones (las direc-

ciones en la oficina se hallaban ordenadas alfabéticamente. El dijo con jactancia: "Mire, hemos descubierto un peligroso conspirador del Estado, Ulyanov —su hermano fue colgado—, que acaba de regresar del extranjero; pero ahora no se nos escapará". Puesto que sabía que yo conocía a Vladimir Ilich, mi prima se apresuró a darme esta noticia. Naturalmente que en seguida le advertí. Era necesaria la mayor cautela. Mas el trabajo no podía esperar, y nosotros estábamos cada vez más ocupados. Dividimos la tarea de acuerdo con los distritos. Empezamos a redactar y distribuir hojas sueltas. Recuerdo que Vladimir Ilich redactó la primera hoja para los trabajadores de los talleres de Semyannikov[1]. No teníamos entonces ningón medio técnico en absoluto. Las hojas eran copiadas a mano en letras de imprenta y distribuidas por Rabushkin. De cada cuatro hojas dos eran recogidas por los guardias, mientras que las otras dos iban de mano en mano. También se distribuían hojas en otros distritos. En Vassilievsky Ostrov, por ejemplo, una hoja fue tomada por las obreras de la fábrica de tabaco Laferme. A. A. Yakubova y Z. P. Nevzorova (Krzhizhanovskaya) recurrieron al siguiente método de distribución: arrollaban las hojas en pequeños tubos de modo que podían ser fácilmente tomados por uno y ordenados en sus delantales en forma adecuada. Luego inmediatamente sonó la sirena; ellas caminaron con energía hacia las mujeres que salían en multitud de los puestos de la fábrica y pasando casi al trote, repartieron las hojsa directamente en manos de las perplejas trabajadoras.

Posteriormente se decidió publicar —por esto teníamos que agradecer a una imprenta ilegal— un periódico popular, *La causa de los trabajadores*. Vladimir Ilich preparó con asiduidad el material para éste. Cada línea pasó por su mano. Recuerdo una reunión en mi cuarto cuando Zaporozhetz nos contaba con gran entusiasmo sobre el material que había logrado recoger en la fábrica de zapatos cerca de la Puerta de Moscú. "Se nos multa por cualjuier cosa", dijo. "¡Empuja un taco un poco hacia un lado y allá va otra multa!" Vladimir Ilich contestó en tono de broma: "Bueno, si usted pone el taco torcido merece que se lo multe". El recogió con mucha minuciosidad este material y lo verificó. Recuerdo por ejemplo, cómo fue reunido

[1] Fue al comienzo de 1895. La hija no ha sido encontrada.

el material sobre la fábrica Thornton. Se decidió que yo enviara por uno de mis alumnos llamado Krolikov, un clasificador a esa fábrica, que previamente había sido deportado de Petersburgo. Se debía obtener de él toda la información de acuerdo con un plan preparado por Vladimir Ilich. Krokilov llegó envuelto en un hermoso abrigo de piel que alguien le había prestado, y trajo un cuaderno repleto de información, que completó en seguida verbalmente. Estos datos eran muy valiosos. En verdad, Vladimir Ilich casi se arrojó sobre ellos. Después Apolinaria Alejandrovna Jakubova y yo nos pusimos pañuelos en la cabeza; simulábamos así ser obreras de la fábrica y fuimos personalmente a las barracas de Thorton visitando los alojamientos de los solteros y los casados. Las condiciones eran simplemente aterradoras. Unicamente sobre la base del material reunido de esta manera Vladimir Ilich escribía sus cartas y hojas sueltas. Examínense sus hojas dirigidas a los trabajadores, mujeres y hombres, de la fábrica Thornton. El conocimiento detallado del tema que tratan salta a la vista. ¡Y qué escuela fue ésta para todos los camaradas que entonces trabajaban! Y justamente en ese momento aprendimos a conceder atención a los detalles. Y cuán profundamente se grabaron esos detalles en nuestras mentes.

Nuestro periódico, *La causa de los trabajadores*, no vio nunca la luz. El 8 de diciembre se celebró una reunión en mis habitaciones, en la que el primer número recibió la corrección final para la imprenta. Había dos copias de las pruebas. Una fue retenida por Vaneyev para el último examen y la otra quedó en mi poder. A la mañana siguiente fui a lo de Vaneyev por la prueba corregida, pero la mucama me informó que había dejado la casa. Convinimos previamente con Vladimir Ilich que en caso de que algo anduviese mal, buscaría información sobre él dirigiéndome a su amigo Cherbotariev, quien también era mi colega en las oficinas centrales del ferrocarril donde yo trabajaba entonces. Vladimir Ilich sabía almorzar en lo de Cherbotariev e iba allá todos los días. Pero Cherbotariev no apareció en la oficina. Fui a su casa. Vladimir Ilich no había estado a comer. Estaba claro que había sido arrestado. Por la noche se confirmó que muchos miembros de nuestro grupo habían sido detenidos. Tomé la copia de *La causa de los trabajadores* que conservaba conmigo y la entregué a Nina Alejandrovna Gerd para salvaguardarla. Ella era

una antigua compañera de la escuela y la futura esposa de Struve. A fin de evitar que otro de nosotros fuese arrestado se decidió no imprimir *La causa de los trabajadores* por el momento.

Este período petersburgués del trabajo de Vladimir Ilich fue en extremo importante aunque haya pasado inadvertido y sin manifiesta resonancia. Así lo describió él mismo. No hubo efectos externos. No estuvimos enfrentados con movimientos heroicos, sino que exploramos la manera de establecer íntimo contacto con las masas, familiarizarnos con ellas, aprender a ser la expresión de sus mejores aspiraciones, cómo hacer para que nos entendiesen y siguiesen nuestra dirección. Pero fue precisamente durante este período de trabajo en San Petersburgo cuando Vladimir Ilich se fogueó como conductor de las masas trabajadoras.

Cuando fui a la escuela por primera vez después del arresto de nuestra gente, Babushkin me llamó a un aparte bajo la escalera y me entregó una hoja escrita por los obreros sobre las detenciones. La hoja era de índole puramente política, Babushkin me pidió que se la reprodujera y se tuvieran las copias preparadas para la distribución. Hasta esa época no había permitido que él supiera que yo estaba directamente conectada con la organización. Pero entregué la hoja a nuestro grupo. Recuerdo esa reunión: se realizó en el departamento de S. I. Radchenko. Todos los miembros del grupo se hallaban allí presentes. Lyakhovsky leyó la hoja y exclamó: "¿Piensan que puede imprimirse esta hoja? Pues es de contenido puramente político". Sin embargo, como la hoja había sido escrita indudablemente por los obreros según propia iniciativa y nos pidieron que no dejáramos de imprimírsela se decidió hacerlo.

Los contactos con Vladimir Ilich se establecieron rápidamente. En aquellos días se permitía llevar a los que se hallaban con detención provisional, tantos libros como quisieran. Estos estaban sujetos a una revisión bastante superficial, durante la cual no era posible advertir los pequeños signos colocados dentro de varias letras, o el cambio apenas discernible en el color del papel donde ciertas inscripciones habían sido escritas con leche. Perfeccionamos muy pronto nuestra técnica en la correspondencia secreta. Rasgo característico de Vladimir Ilich era su preocupación por los otros camaradas en la cárcel. Cada carta que escribía al mundo exterior contenía diver-

sos encargos que debían cumplirse en favor de los prisioneros. Así: fulano de tal no tiene visitas; deben conseguirle una "novia"; o digan al compañero de prisión, a través de sus parientes cuando lo visiten de nuevo, que busque una carta en tal o cual libro de la biblioteca de la prisión; o tráiganle a fulano unos botas de abrigo... El se escribía con un gran número de camaradas en la prisión, para quienes esas cartas eran de enorme significado. Las cartas de Vladimir Ilich vibraban de espíritu y coraje, y hablaban principalmente de nuestro trabajo. Quienes las recibían olvidaban que estaban presos y se dedicaban de nuevo a su tarea. Recuerdo la impresión de aquellas cartas (en agosto de 1896 yo estaba también en la cárcel). Cartas escritas con leche llegaban desde el exterior en el día de envío de libros: el sábado. Se podían observar inmediatamente los signos secretos en el libro y asegurar si había en él una carta. A las seis se traía el agua caliente para el té y la guardiana conducía a las delincuentes comunes al templo. Durante ese lapso los detenidos "políticos" separaban las cartas en largas tiras. Después hacían su té y tan pronto como la guardiana partía, empezaba a arrojar las tiras dentro del té caliente. Así se "revelaban" las cartas. En el presidio no era aconsejable exponer esas cartas a la llama de la vela, y fue Vladimir Ilich quien concibió la idea de someterlas al agua caliente. ¡Y qué coraje trasuntaban estas cartas, cuán absorbentemente interesante resultaba leerlas! Así como Vladimir Ilich era el pivote de todo nuestro trabajo exterior, también en la prisión se convertía en el centro de contacto con el mundo externo.

Pero aparte de esto, él realizó una gran tarea en la prisión. Preparó *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En sus cartas legales Vladimir Ilich pedía el material necesario y trabajos estadísticos. "Es una lástima que nos saquen de aquí tan pronto", decía en broma. "Me hubiera gustado trabajar un poco más en este libro. Será difícil conseguir libros en Siberia". Lenin escribió no sólo *El desarrollo del capitalismo en Rusia* en la cárcel. También redactó hojas sueltas, panfletos ilegales y el bosquejo del programa para el primer congreso (que no tuvo lugar hasta 1898, aunque debió haberse realizado antes). Asimismo dio su opinión sobre cuestiones discutidas en la organización. A fin de no ser descubierto mientras escribía con leche, fabricaba pequeños "tinteros" con pan. Se los colocaba en la boca

apenas oía un ruido en la rejilla. "Hoy me he comido cinco tinteros", decía la postdata de una de sus cartas.

Mas no importaba en qué medida conseguía dominarse, ni el régimen que se imponía a sí mismo: aun así Vladimir Ilich resultaba afectado por la melancolía de la prisión. En una de sus cartas adelantó este plan: Cuando los prisioneros son sacados para sus ejercicios, es posible, a través de una de las ventanas del corredor echar una rápida ojeada a un trozo de pavimento de la Shpalernaya. De este modo sugería que en un instante determinado yo y Apolinaria Alejandrovna Jakubova fuéramos y permaneciéramos en ese pedazo de calle y así podría vernos. Apolinaria por una u otra razón no pudo ir. Yo fui varios días y permanecí un largo rato en ese lugar. Algo funcionó mal en este plan, si bien no recuerdo qué.

Mientras él estaba en la cárcel, el trabajo exterior se extendía aun y el movimiento de los obreros crecía. Después del arresto de Martov, Lyakhovsky y otros, las fuerzas de nuestro grupo se vieron más disminuidas. Es verdad que nuevos camaradas se unieron al grupo, pero ésta era gente con menos adiestramiento teórico. No había tiempo para el estudio, pues el movimiento exigía un servicio activo y una tremenda cantidad de energía. Todo entró en agitación. No quedaba lugar siquiera para pensar en la propaganda. Nuestra agitación impresa era muy fructífera. Las hojas sueltas eran a menudo redactadas rápidamente sin un estudio adecuado de las condiciones. La huelga de los tejedores de 1896 se realizó bajo la influencia socialdemócrata. Esto desvió las ideas de muchos camaradas. Surgió la base para el crecimiento del "economismo". Recuerdo cómo cierta vez (creo que en una reunión al comienzo de agosto), en un encuentro en los bosques, Silven leyó en voz alta el borrador de una hoja. En determinado lugar aparecía una frase que limitaba absolutamente el movimiento de los trabajadores sólo a la lucha económica. Después de leer esta frase, Silvin se detuvo bruscamente y dijo riendo: "¡Me entrampé yo mismo. Qué pudo inclinarme a hacerlo!". La frase ofensiva fue tachada del bosquejo. En el verano de 1896 la imprenta Lakhtinsky cerró y ya no pudimos imprimir panfletos. Nuestros proyectos sobre el periódico debieron posponerse indefinidamente.

Durante la huelga de 1896 se nos unió el grupo Takhtariev, conocido por el pseudónimo de "Los Monos", y también el grupo de Cher-

myshev, apodado "Los Gallos"[1]. Pero mientras los "Decembristas" estaban en la cárcel, y mantenían contacto con el exterior, el trabajo todavía seguía el curso de siempre. Cuando Vladimir Ilich fue liberado[2], aun yo estaba adentro. A pesar de la conmoción que rodeaba a quien salía de la prisión, Vladimir Ilich, ocupado en diversas reuniones, se ingenió sin embargo para escribirme una pequeña nota sobre lo que pasaba. Mi madre me decía que él había engordado en la prisión, y representaba un tremendo peso.

Yo fui liberada en seguida después del "affaire" Vetrova (una prisionera llamada Vetrova que se quemó viva en la fortaleza). Los gendarmes liberaron entonces un gran número de prisioneras, permitiéndoles permanecer en Petersburgo hasta que sus causas concluyesen, pero no obstante destinaban una pareja de detectives que seguían sus pasos. Encontré la organización en estado lamentable. De los anteriores miembros activos sólo quedaban Stepan I, Radchenko y su esposa. El no pudo continuar el trabajo en la clandestinidad, si bien logró actuar como centro y conservó los contactos.

El nexo también se mantuvo con Struve. Este se casó con Nina Alejandrovna Gerd poco después. Ella era socialdemócrata y por esa época él mismo aparecía poco más o menos en la misma línea. Struve era por completo incapaz de trabajar en la organización y menos aún en la tarea ilegal, pero indudablemente le halagaba que se le pidiera consejo. También escribió un manifiesto para el primer congreso del Partido Socialdemócrata del Trabajo. En el invierno de 1897-98 visité con frecuencia a Struve cumpliendo misiones de Vladimir Ilich. Struve era entonces director de la *Novoye Slovo* (Nueva palabra). Muchas cosas me pusieron también en contacto con Nina Alejandrovna. Yo solía observar a Struve. En ese tiempo resultaba un sincero socialdemócrata. Sin embargo me sorprendía comprobar el tiempo que dedicaba a la parte libresca y su falta de interés en el "árbol magnífico de la vida" por el que Vladimir Ilich demostraba profunda preferencia. Struve obtuvo para mí algunas traducciones y se comprometió a editarlas. Estaba visiblemente hastiado con este trabajo y se había

---

[1] El 12 de agosto otro golpe se produjo: casi todos los integrantes de la "vieja guardia" fueron detenidos, y los mejores elementos de los "Gallos".

[2] V. I. fue liberado de la prisión el 26 de rebrero de 1897.

cansado muy pronto. (Con Vladimir Ilich nos sentábamos durante horas en la misma tarea. Pero él trabajaba de manera muy distinta y ponía todo su entusiasmo incluso en un trabajo como la traducción). Struve se dedicó como pasatiempo a leer a Fet. Alguien escribió en sus memorias que a Vladimir le gustaba Fet. No es así. Fet era un escritor feudal completo y ni siquiera valía la pena hojearlo. Pero a Struve realmente le gustaba Fet. En aquellos días Struve se hallaba por completo en buenos términos con Vladimir Ilich.

También conocí a Tugan-Bavanovsky. Yo estuve en la escuela con su esposa, Lidia Karlovna Davidova (hija de la editora de *El Mundo de Dios*), y solía visitarlos. Lidia era una mujer amena e inteligente, aunque de voluntad débil. Era más lista que su marido. En sus conversaciones se advertía siempre que él no pertenecía a los nuestros. En cierta ocasión fui a verlo por una colecta para una huelga (creo que fue en Kostroma). Recibí algo; olvidé cuánto, pero tuve que escuchar una disertación sobre el tema: "No puedo entender por qué debemos apoyar las huelgas. Una huelga no es un medio suficientemente efectivo para combatir a los propietarios". Yo tomé el dinero y me apresuré a alejarme.

Escribía a Vladimir Ilich sobre todo lo que me ingenié para ver y oir. Pero había poco que escribir respecto de la organización. En la época del Congreso sólo cuatro de nosotros quedamos en el grupo: S. I. Radchenko, su esposa, Limbov Nicolaevna Sammer y yo. Nuestro delegado fue Stepan Ivanovich (Radchenko). Mas al retornar del Congreso prácticamente no nos dijo nada de lo que allí había acontecido. Extrajo como de un libro el "manifiesto" escrito por Struve y adoptado por el Congreso, con el cual todos estábamos bien familiarizados, y comenzó a refunfuñar: casi todos los delegados del Congreso —eran varios— habían sido arrestados.

Yo recibí tres años de destierro en Ufa (Gubernia). Pedí ser transferida a la villa de Shushenskoye, en la región de Minussinsk, donde vivía Vladimir Ilich. Para este fin me describía a mí misma como su "prometida".

CAPITULO SEGUNDO

EN EL EXILIO, 1898-1901

Me dirigí a Minussinsk, a mi propia costa, acompañada por mi madre. Llegamos a Krasnoyarsk el 1º de mayo de 1898, desde donde debíamos tomar el vapor por el Ienisei. El servicio de vapor, sin embargo, no había recomenzado aún. En Krasnoyarsk encontramos al *norodopravetz* Tiutchiev y su esposa, quienes por ser gente experimentada en estas cosas, concertaron una entrevista para mí con un grupo de socialdemócratas que se encontraban de paso en Krasnoyarsk. Entre ellos se hallaban camaradas que habían sido acusados conmigo en el mismo caso: Lengnik y Silvin. Los soldados, que habían llevado a los desterrados para que fueran fotografiados, se sentaron a un lado y masticaban el pan y la salchicha que les habíamos ofrecido.

En Minussinsk fui a ver a Arkady Tyrkov, uno de los exiliados de "Primero de Marzo", para expresarle los saludos de su hermana, una de mis mejores condiscípulas. Visité también a Félix I. Kon, el que para mí estaba rodeado de la aureola de antiguo e intransigente revolucionario. Yo lo apreciaba profundamente.

Era el atardecer cuando llegamos a Shushenskoye, donde vivía Vladimir Ilich; Vladimir Ilich había ido de caza. Descargamos nuestras cosas y fuimos conducidas en el interior de la isla. En las regiones siberianas de Minussinsk los campesinos son especialmente limpios

en sus hábitos. Los pisos están cubiertos con esteraa hechas en casa, brillantemente coloreadas, las paredes blanqueadas y decoradas con ramas de abeto. El cuarto habitado por Vladimir Ilich, aunque no amplio, estaba inmaculadamente limpio. Mi madre y yo ocupamos la parte restante de la cabaña. Los dueños de la isla y sus vecinos se aglomeraron todos, mirándonos ansiosamente de arriba a abajo y formulándonos preguntas. Por fin, Vladimir Ilich retornó de la caza. Se sorprendió al ver luz en su cuarto. El dueño de casa le dijo que se trataba de Oscar Alejandrovich (un obrero exiliado de Petersburgo), que había regresado borracho y diseminado todos sus libros. Vladimir Ilich saltó rápidamente los escalones. En ese instante yo emergí de la isla. Hablamos durante horas y horas esa noche. Ilich lucía muy bien y ciertamente trasmitía la vibración de su vitalidad.

En Shushenskoye había sólo dos trabajadores exiliados. Uno era Prominsky, un polaco sombrerero de Lodz, socialdemócrata, con mujer y seis hijos. El otro era Enberg, de la fábrica Putilov, Petersburgo, de nacionalidad finesa. Ambos eran excelentes camaradas. Prominsky era un hombre tranquilo, de mente uniforme, e inflexible. Leía poco y no sabía mucho, pero poseía un instinto de clase notable y claramente expresado. Su actitud hacia su mujer, entonces todavía religiosa, era suavemente burlona. Su afición por la caza no tenía límites. Los domingos se ponía su vestimenta de fiesta y una sonrisa particularmente radiante parecía iluminar su rostro. Cantaba muy bien las canciones revolucionarias polacas: "Ludú Roboczy" [1], "Pierwscy Maj" [2], y muchas otras. Los niños cantaban con él y Vladimir Ilich también se unía en los coros. Cantaba mucho y con gran placer en Siberia. Prominsky cantaba asimismo canciones revolucionarias rusas que Lenin le había enseñado. Prominsky proyectaba regresar a Polonia a trabajar y cazar incalculable cantidad de liebres para hacer abrigos de piel a los niños. Mas nunca logró retornar a su país. El y su familia no llegaron más allá de la vecindad de Krasnoyarsk, donde obtuvo un trabajo en el ferrocarril. Los chicos son ahora mayores. Prominsky mismo se convirtió en comunista; su esposa, Panya Priminskaya y sus hijos, también. Uno de ellos fue muerto en la guerra.

---

[1] "Pueblo trabajador".
[2] "Primero de Mayo".

Otro, apenas pudo escapar a la muerte en la guerra civil y ahora vive en Chita. Sólo en 1923 Prominsky consiguió salir para Polonia, pero murió de tifus en el camino.

El otro trabajador era muy diferente. Se trataba de un hombre joven y había sido desterrado por tomar parte en una huelga y por conducta turbulenta durante el desarrollo de la misma. Leía en abundancia sobre todos los temas imaginables, mas tenía una idea confusa de lo que significaba el socialismo. En cierta ocasión regresó de Volost y expresó: "Ha llegado un nuevo empleado y concordamos en nuestras convicciones". ¿Qué quiere decir esto?, pregunté. "Ambos —replicó— estamos contra la revolución". Vladimir y yo estallamos de risa. El próximo día me senté con él a estudiar el *Manifiesto comunista* (que tuve que traducir del alemán). Después de superado éste, debíamos leer el *Capital*. En una de las lecciones Prominsky llegó y se sentó mientras echaba humo por su pipa. Yo formulé una pregunta sobre lo que habíamos leído. Oscar no supo qué replicar, pero Prominsky, en su forma tranquila, sonriendo para sí mismo contestó sin vacilar. Después de eso, Oscar abandonó el estudio por una semana entera. No obstante era un buen camarada. No había otros exiliados en Shushenkoye. Vladimir Ilich me confió que había tratado de hacer amistad con el maestro del lugar, mas sin resultado. El maestro estaba inclinado por la aristocracia local: el pope y un par de mercaderes con quienes pasaba el tiempo jugando a las cartas y bebiendo. No tenía el menor interés por los problemas sociales. El hijo mayor de Prominsky, Leopoldo, que ya entonces simpatizaba con el socialismo, constantemente reñía con este maestro.

Vladimir Ilich tenía un amigo campesino, Zhuravliev, por quien sentía mucho afecto. Un tuberculoso de treinta años de edad, Zhuravliev, había sido anteriormente empleado rural. Vladimir Ilich decía de él que era un revolucionario nato, un rebelde. Zhuravliev se opuso valientemente a los ricos y no toleraba la menor injusticia. Se marchó al azar y al poco tiempo murió de tisis.

Otra amistad de Ilich fue un pobre campesino con quien frecuentemente salía a cazar. Se trataba de un mujik bastante tonto, y se llamaba Sosipatych. Pero se hallaba en excelentes términos con Vladimir Ilich y solía traerle de regalo las cosas más extrañas: una vez, una grulla, en otra ocasión, un manojo de cédrides.

Con la ayuda de Sosipatych y Zhuravliev estudió Vladimir Ilich la zona rural siberiana. Me contó en cierta ocasión la charla que sostuvo con un rico campesino en cuya casa se alojaba. Un jornalero de una granja le había hurtado una piel a este último. El rico campesino lo sorprendió *in fragante* y allí en ese momento lo mató. A propósito de esto, Ilich hablaba de la despiadada crueldad del pequeño propietario, la forma inhumana en que explotaba a los peones de la granja. Y en verdad, los peones siberianos trabajaban como si estuviesen sometidos a la servidumbre gozando sólo de un breve descanso en los días de fiesta.

Ilich tenía otro medio para estudiar la región rural. Los domingos atendía consultas jurídicas; gozaba de gran popularidad como jurista, dado que había ayudado a un obrero despedido de la mina de oro, a ganar su pleito contra el propietario. Las noticias sobre el triunfo de este caso se extendieron rápidamente entre los campesinos. Mujiks y campesinas venían a descargar sus cuitas. Vladimir Ilich escuchaba con atención e indagaba todo dando por fin su consejo. En cierta ocasión un campesino caminó veinte verstas por un consejo respecto de cómo podía entablar un juicio contra su hermano político que no lo había invitado a su boda, en la que hubo abundante bebida. "Pero si ahora voy a verlo a mi cuñado, ¿me ofrecerá alguna bebida?". "Por supuesto que lo hará si va ahora". Y le llevó a Vladimir Ilich lo mejor de una hora para convencer al mujik que hiciera las paces con su cuñado. A veces resultaba por completo imposible encontrarle sentido al caso a través de los relatos que ellos formulaban, y no obstante Vladimir Ilich siempre les pedía que trajeran una copia de los documentos correspondientes. En cierta oportunidad un toro de propiedad de un rico granjero corneó a una vaca de una campesina pobre. La corte de Valost ordenó al propietario pagar diez rublos a la mujer. Ella discutió la decisión y pidió una "copia" del caso. ¿Qué es lo que desea? ¿Una copia de la vaca blanca, no?, preguntó burlonamente el ayudante. La enfurecida campesina recurrió a Vladimir Ilich. A menudo era suficiente para la persona agraviada amenazar con llevar sus quejas a Ulianov, pues de ese modo el ofensor solía desistir. Vladimir Ilich estudió la villa siberiana con todo detalle del modo en que antes había adquirido un conocimiento completo de la región del Volga. Ilich me dijo cierta vez: "Mi madre deseaba que me dedi-

cara a la granja. Iba a comenzar cuando advertí que esto no era posible. Mis relaciones con los mujiks se hubieran tornado anormales".

Si hemos de hablar estrictamente, Vladimir Ilich, como desterrado no tenía derecho de ocuparse de problemas jurídicos. Pero estos eran tiempos liberales en la región de Minussink y prácticamente no había vigilancia.

El "ayudante" —un rico campesino local— estaba más interesado en vender sus terneras que en impedir que "sus desterrados se escaparan. Las cosas eran asombrosamente baratas en Shushenskoye. Por ejemplo, Vladimir Ilich, con su "salario" —una subvención de ocho rublos— tenía un cuarto limpio y su ropa lavada y arreglada. ¡Y esto se consideraba caro! Es verdad que el almuerzo y la cena eran bastante sencillos. En la semana se mataba un cordero y se alimentaba a Vladimir Ilich con su carne hasta que se terminaba. Cuando esto ocurría, se compraba la carne para otra semana, y la muchacha de la granja picaba esta provisión en la artesa donde se preparaba el forraje para el ganado. Esta carne picada se utilizaba para una especie de bifes que comía Vladimir Ilich, también por una semana. Mas había leche en abundancia tanto para Vladimir Ilich como para su perro, un hermoso perdiguero Gordon llamado Zhenka al que había enseñado a buscar y llevar cosas y a efectuar otras maniobras propias de su especie.

Como los Zyryanov a menudo realizaban reuniones de campesinos en que se dedicaban a beber, y dado que la vida familiar resultaba allí incómoda en diversos aspectos nos mudamos a otro lugar. Alquilamos la mitad de una casa con patio y huerta, por cuatro rublos. Vivíamos como una familia. En el verano era imposible hallar a nadie para ayudar en las tareas domésticas. Yo y otra persona luchamos juntas con el fogón ruso. Al principio chocaba con el gancho del horno y la sopa y el budín se derramaban sobre el hogar. Sin embargo, finalmente logré acostumbrarme. Toda suerte de vegetales crecían en nuestra huerta: pepinos, zanahorias, remolachas, calabazas; me sentía orgullosa de nuestra huerta. También convertimos el patio en un jardín y conseguimos flores del bosque para plantar en él.

En octubre una chica apareció en la escena para ayudar en los quehaceres. Esta era Pasha, de trece años de edad, desordenada con la ropa raída en los codos. Pronto dominó toda la gama de las tareas domésticas. Le enseñé a leer y a escribir y ella adornó las paredes con

las instrucciones de mi madre: "Nunca, nunca derrames el té". Llevaba asimismo una especie de diario donde anotaba detalles como: "Oscar Alejndrovich y Prominsky llamaron. Cantaron un "canto". Yo también canté".

Para entonces el elemento infantil hizo su aparición. En la calle de enfrente vivía un poblador letón, un zapatero. Había tenido catorce hijos, pero sólo sobrevivía uno. Este era Minka. Tenía seis años de edad y una cara pequeña, transparente y pálida. Su padre era un borracho empedernido. Minka tenía ojos claros y una manera seria de hablar. Comenzó a venir todos los días. Por lo general, apenas nos acabábamos de levantar se producía un golpe en la puerta y una pequeña figura aparecía, vestida con un gran gorro de piel y una abrigada chaqueta rodeada por una bufanda, exclamando vivamente: ¡Aquí estoy yo! Sabía que mi madre simpatizaba con él, y que Vladimir Ilich estaba siempre dispuesto para una broma o un juego. La madre de Minka solía cruzar gritando: "Minichka, ¿has visto un rublo?" "Sí, vi que estaba sobre la mesa y así lo puse en el cajón".

Cuando nos marchamos Minka cayó enfermo de pena. Ahora ya no vive, y el zapatero ha escrito pidiendo un lote de tierra cerca del Ienisei, "porque no deseo pasar hambre en mi vejez".

Nuestra casa vio aumentar sus huéspedes. Se nos unió un gatito.

Por las mañanas Vladimir Ilich y yo nos sentábamos a traducir a los Webb, que Struve había conseguido. Después de comer empleábamos una o dos horas conjuntamente escribiendo de nuevo *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Había, además, tareas de todas clases. Creo que fue Potressov quien nos envió sólo por dos semanas el libro de Kautsky contra Bernstein. Dejamos a un lado todos los otros trabajos y tradujimos éste en el tiempo indicado, justamente dos semanas. Terminado el trabajo fuimos a caminar. Vladimir Ilich era apasionadamente aficionado a la caza. Se procuró unos breches de cuero y se internó en diversos lodazales. 'Bien, había caza en ellos", era su explicación. Cuando llegué era primavera, y había quedado perpleja. Prominsky solía llegar y con una alegre sonrisa exclamaba: "Los he visto: los patos han volado por el lugar". Luego Oscar solía entrar, con su carga de patos. Hablaba durante horas sobre el tema, pero para la siguiente primavera yo ya era capaz de conversar sobre patos, quién los había visto, dónde, cuándo. Después de la helada de invierno la

naturaleza estallaba impetuosamente en primavera. Su poder era irresistible. Al ponerse el sol en primavera contemplábamos nadar a los cisnes salvaje en las grandes lagunas del campo. O permanecíamos cerca de un bosque escuchando el burbujear del arroyuelo o el cloquear de las perdice. Vladimir se internaba en el bosque mientras yo retenía a Zhenka. En tanto la sujetaba el animal temblaba de excitación y se notaba cuán abrimador resultaba este tumultuoso despertar de la naturaleza. Vladimir Ilich era un entusiasta cazador, pero demasiado propenso para dejarse arrebatar por su influjo. En otoño íbamos hasta los claros de la lejana floresta. Vladimir Ilich decía: "Si encontramos algunas liebres, no dispararé porque no traje ninguna correa y no sería cómodo transportarlas". Sin embargo, inmediatamente que saltaba una liebre, Vladimir Ilich hacía fuego.

Entrado el otoño, cuando ya se deslizaba poco hielo por el Ienisei, salíamos tras las liebres en las islas. Las liebres ya se tornaban blancas. No podían salir de las islas y saltaban alrededor como las cabras. Nuestros cazadores a veces cargaban botes enteros de ellas.

Cuando vivimos en Moscú Vladimir Ilich también cazaba, pero en aquella época el entusiasmo por la caza había disminuido considerablemente. En cierta ocasión, organizamos la caza del zorro. Vladimir Ilich se mostró muy interesado en toda la tarea. "Muy ingeniosa mente preparada", observó. Colocamos los cazadores de tal modo que el zorro corrió directamente hacia donde se encontraba Vladimir Ilich. El tomó el arma, y el zorro, luego de detenerse y mirarlo por un instante, dio vuelta y desapareció en el bosque. "¿Por qué diablos no disparó?", era nuestra perpleja pregunta. "Bueno, era tan hermoso... comprenden", respondió.

Más tarde en el otoño cuando la nieve aún no había empezado a caer, pero los ríos ya se estaban helando remontamos la corriente. Cada guijarro, cada pequeño pez era visible debajo del hielo, exactamente como si fuera un personaje encantado. Y en la época invernal, cuando el mercurio se helaba en el termómetro, cuando los ríos estaban helados hasta el fondo, cuando el agua, fluyendo sobre el hielo rápidamente se congelaba como una capa superior de hielo, se podía patinar casi durante dos verstas en tanto la capa superior crujía bajo los pies. Vladimir Ilich gozaba con pasión de todo esto...

Hacia el crepúsculo, por lo general leía libros de filosofía —Hegel,

Kant y los naturalistas franceses— o cuando estaba muy cansado, Pushkin, Lermontov o Nekrassov.

Cuando Vladimir Ilich llegó por primera vez a Petersburgo, y yo sólo conocía comentarios sobre él, Stepan Ivanovich me dijo que sólo leía cuidadosamente libros serios y que nunca había leído una novela en su vida. Esto me sorprendió. Después cuando lo conocí más íntimamente, por una u otra causa no hablamos de este tema, y sólo en Siberia descubrí que todo era pura leyenda. Vladimir Ilich no sólo leía sino que releía a Turgeniev, L. Tolstoi y *¿Qué hacer?* de Chernychevsky, y en general tenía un excelente conocimiento y admiración por los clásicos. Poseía un álbum que contenía, además de fotografías de parientes, y viejos políticos desterrados, cuadros de Zola, Herzen, y diversas fotos de Chernychevsky. [1]

El correo llegaba dos veces por semana. La correspondencia era numerosa. Ana Ilinichna [hermana de Lenin] y los camaradas, eran los que más escribían desde Petersburgo. Entre otras cuestiones, Nina Alexandrovna Struve me tenía al tanto de su hijo pequeño: "Ya puede mantener levantada su cabeza y todos los días lo llevamos hasta los retratos de Darwin y Marx y puede hacer señas afirmativas con la cabeza al tío Darwin y al tío Marx, y lo hace con mucha gracia". Recibimos también cartas de distintos lugares de destierro: de Martov, en Turkhansk, de Orlof, en Vyatka Gubernia, y de Potressov. Pero la mayoría eran cartas de camaradas diseminados a través de las villas vecinas. De Minussinsk, que distaba cincuenta verstas de Shushenskoye llegaban cartas de los Krhizhanovsky y Starkov; a treinta verstas, en Yermakovsk, vivían los Lepeshinsky, Vaneyev, Silvin y Panin, un camarada de Oscar. A setenta verstas, en Tess, se hallaban Lengnik, Shapoval y Baranzin mientras que Kurnatovsky vivía en un molino azucarero. Nos escribíamos sobre todos los temas imaginables. Sobre las noticias de Rusia, planes para el futuro, libros, nuevas tendencias, filosofía. También escribíamos sobre ajedrez, en especial a Leyeshinsky. Las partidas se jugaban por corespondencia. Vladimir Ilich solía preparar el tablero de ajedrez y se sentaba durante horas tratando de resolver los problemas. En una época estuve tan entusiasmado

[1] Era muy afecto a Chernychevsky. En una fotografía de Chernychevsky hay una incripción de puño y letra de Vladimir Ilich: nacido (tal fecha), muerto en 1889.

por el ajedrez que aun en sueños gritaba: "¡Si él coloca su caballo aquí, introduciré mi torre allá!"

Tanto Vladimir Ilich como Alejandro Ilich eran grandes entusiastas del ajedrez desde niños. Su padre también jugaba. "Al comienzo nuestro padre ganaba", me contó Vladimir Ilich. Después mi hermano y yo conseguimos un manual de ajedrez y conseguimos derrotarlo. Una vez —cuando nuestro cuarto estaba arriba— encontramos a nuestro padre saliendo de la habitación con un candelabro en la mano y el manual debajo del brazo. Luego fue a estudiarlo".

En su retorno a Rusia, Vladimir Ilich abandonó el juego de ajedrez. "El ajedrez te absorbe demasiado e impide tu trabajo". Y como no le gustaba hacer nada a medias, sino dedicar su energía a todo lo que emprendía, sólo se sentaba con cierta indiferencia ante una partida de ajedrez, y esto como pasatiempo mientras se hallaba en el exilio.

Desde su temprana juventud Vladimir Ilich fue capaz de renunciar a cualquier actividad que estorbara su trabajo principal. "Cuando yo era un escolar —me contaba— gustaba ir a patinar pero descubrí que me cansaba tanto que siempre deseaba dormir finalmente. Esto perjudicaba mis estudios. De modo que abandoné el patinaje".

"En otra ocasión —me refirió también— me sentía muy atraído por el latín". ¿Latín?, pregunté con cierta sorpresa. "Sí, pero éste comenzó a impedir otras tareas, y así lo dejé". Sólo recientemente al leer *Lef* [periódico de izquierda], encontré un artículo que trataba sobre el estilo y la estructura de los discursos de Vladimir Ilich. Este aludía a la semejanza entre la construcción de las oraciones de Vladimir Ilich y la de los oradores romanos, y a una similitud en el método oratorio. Entendí entonces por qué él había podido sentirse tan cautivado por el estudio de los escritores latinos.

No sólo nos escribíamos con otros camaradas en el exilio sino que algunas veces, aunque no a menudo, los visitábamos.

Una vez fuimos a ver a Kurnatovsky. Era un excelente camarada y un marxista muy erudito, pero había tenido una existencia difícil. Una dura niñez: arrojado del hogar por su padre. Después exilio tras exilio, prisión tras prisión. Apenas lograba asentarse en el trabajo durante un mes, de nuevo lo prendían y lo enviaban al destierro por largos años. No conocía lo que era la vida real. Un pequeño incidente

que ha quedado en mi memoria, ilustra su naturaleza. Pasábamos por el molino en que él trabajaba. Dos niñas pequeñas iban caminando, una más grande y la otra menuda. La primera llevaba un cubo vacío y la más chica otro lleno de remolachas. "Empeñarse en hacer llevar ese peso a la pequeña" —dijo Kurnatovsky a la mayor—, debieras tener vergüenza". Pero la niña sólo lo miró con asombro. Ibamos también a Tess. Recibimos en cierta oportunidad una carta —creo que de los Krzhizhanovsky— en razón de que "... el jefe de policía del distrito está molesto con nosotros los *tessites* por haber formulado una y otra protesta y no nos permitirá desplazarnos por los alrededores. Existen en Tess montañas de interés geológico. Escriban y digan que desean explorarlas." Como broma, Vladimir Ilich dirigió una petición al jefe de policía requiriéndole no sólo que se le permitiera ir a Tess sino también ayuda económica para él y su esposa. El jefe de policía le envió un permiso por un mensajero especial. Alquilamos un caballo con montura por tres rublos. La mujer nos aseguró que el caballo era fuerte, no era un "tragón" y que necesitaba poca avena y así partimos hacia Tess. Aunque nuestro caballo no era un "matungo" se detuvo definitivamente cuando estábamos a mitad del camino. Pero no obstante llegamos a Tess. Vladimir Ilich conversó con Lengnik sobre Kant y con Iaranzin sobre los círculos de estudio de Kazán. Lengnik que poseía una hermosa voz, cantó para nosotros. En general, quedaron recuerdos gratos de esa expedición.

Fuimos un par de veces a Yermakoskoye. Una de ellas para aprobar una resolución sobre el *Credo* [declaración de los "Economistas"]. Vaneyev se hallaba gravemente enfermo de tisis y se moría. Trajeron su cama dentro del gran salón donde todos los camaradas se habían reunido. La resolución se aprobó por unanimidad.

La otra vez la visita se debió al entierro de Vaneyev.[1]

Entre los "Decembristas", dos quedaron temporariamente fuera de acción. Zapovozhetz, que perdió la razón en la cárcel, y Vaneyev, que murió de la enfermedad que contrajo en la prisión. Ambos habían sacrificado sus vidas cuando la llama del movimiento de los obreros apenas comenzaba a arder.

Para el año nuevo visitamos a Minussinsk donde se habían reuni-

[1] A. A. Vanayev fue sepultado el 22 de septiembre de 1899.

do todos los desterrados socialdemócrtas. En Minussinsk había también desterrados del "Narodnaya Volya". Estos viejos luchadores alentaban una actitud de desconfianza hacia la juventud socialdemócrata. No creían que ésta fuese realmente revolucionaria. Por estas razones un "escándalo del destierro" se había suscitado en el distrito de Minussinsk justamente antes de mi llegada a Shushenskoye. En Minussink había estado un desterrado socialdemócrata llamado Raitchin, que procedía de las tierras de la frontera y se hallaba relacionado con el grupo de Emancipación del Trabajo. El decidió huir. Se le proveyó dinero para la fuga, pero el día en que ésta se produciría no había sido fijado. Sin embargo, Raitchin, al recibir el dinero, entró en tal estado de nerviosidad, que resolvió escapar sin informar a ninguno de los camaradas. Los viejos integrantes de la "Narodnaya Volya" acusaron a los socialdemócratas de conocer la fuga de Raitchin sin advertirles sobre ella, y que podría haber investigaciones de la policía antes que ellos tuviesen tiempo de "despejar el terreno". El "escándalo" creció como una bola de nieve. Cuando yo llegué, Vladimir Ilich me habló del caso. "No hay nada peor que estos escándalos de desterrados", dijo. "Nos hacen retroceder terriblemente. Estos viejos luchadores tienen mal los nervios. Por cierto que consideramos lo que han soportado, las sentencias penales que han sufrido. Pero no podemos permitirnos ser arrastrados por estos escándalos; nuestro trabajo yace en lo futuro, no debemos desgastarnos en estos problemas. Y Vladimir Ilich insistió en que debíamos romper con esta vieja gente. Recuerdo la reunión en que tuvo lugar la ruptura. La decisión respecto del movimiento se tomó de antemano. Ahora se trataba de ponerla en práctica en la forma menos dolorosa posible. Llegamos a la ruptura porque ésta era una necesidad. Pero lo hicimos sin malicia, por cierto que con pena. Y así fue que después de esto vivimos separados.

En términos generales, el exilio no transcurrió tan mal. Aquellos fueron años de estudio serio. Cuando más nos aproximábamos al fin de este período de destierro, Vladimir Ilich dedicaba más y más atención al futuro trabajo. Las noticias de Rusia eran muy escasas. El *economismo* había crecido y se había tornado más fuerte. Se carecía de partido y de prensa escrita para todo propósito práctico. El designio de coordinar la actividad publicitaria a través del *Bund* [organización de trabajadores judíos] había fracasado. Mientras tanto ya no era po-

sible restringirnos a escribir panfletos populares sin expresarnos sobre las cuestiones fundamentales de nuestro trabajo. La dispersión más completa prevalecía en nuestra tarea; los continuos arrestos quebraban toda continuidad. La gente llegaba hasta a hablar del *Credo* y aún al extremo de *El pensamiento de los trabajadores*, que reproducía una carta de un obrero, evidentemente engañado por la propaganda de los economistas. Este corresponsal escribía:— "Nosotros, los trabajadores, no necesitamos su Marx ni su Engels..."

L. Tolstoi dijo en alguna de sus obras que al realizar la primera parte de un viaje se piensa generalmente sobre lo que ha quedado atrás, y en la segunda parte lo que espera en adelante. Lo mismo sucede en el exilio. En el primer período empleamos más tiempo resumiendo los resultados del pasado. En la segunda mitad pensábamos en todo lo que yacía en lo por venir. Vladimir Ilich concentraba sus pensamientos cada vez más en lo que debía hacerse a fin de sacar al partido de su presente estado, en qué debía hacerse para dirigir el trabajo por su verdadero camino y asegurar un correcto liderazgo socialdemócrata del partido. ¿Cómo deberíamos empezar? En el último año de su exilio, Vladimir Ilich concibió el plan organizativo que subsecuentemente desarrollado en *Iskra*, en el opúsculo "¿Qué hacer?" y en la *Carta a un camarada*. Fue necesario comenzar con la organización de un periódico para toda Rusia, establecerlo en el exterior, relacionarlo tan íntimamente como fuera posible con las actividades en Rusia y ordenar su distribución de la mejor manera. Vladimir Ilich comenzó a pasar noches en vigilia. Perdió mucho peso. Fue durante estas noches que elaboró su plan en cada detalle, lo discutía con Krzhizhanovsky, conmigo, escribía sobre él a Martov y Potressov, y conferenciaba con ellos sobre el viaje al exterior. A medida que transcurría el tiempo mayor era la impaciencia que lo acometía y más el ansia con que se dedicaba a su trabajo. Y aquí fuimos sorprendidos con un nuevo registro policial. Habían obtenido de alguien una copia de una carta enviada a Vladimir Ilich. La carta contenía referencias a un monumento a Fedosseev, y los gendarmes la convirtieron en una excusa para un registro oficial. Encontraron la carta, que demostró ser intrascendente. Revisaron nuestra correspondencia y tampoco encontraron nada interesante. De acuerdo con una vieja costumbre petersburguesa conservábamos separadas toda la literatura y la correspondencia ilegales.

Era verdad sin embargo que ésta yacía en el estante del fondo del armario. Vladimir Ilich dio a los gendarmes un banco a fin de que comenzaran la búsqueda desde los estantes superiores, que se hallaban ocupados con varios libros de estadísticas, y se cansaron tanto de la tarea que ni siquiera miraron el estante del fondo, satisfechos con mi afirmación referida a que éste sólo contenía mis textos de enseñanza. El registro terminó sin más complicaciones, aunque nosotros temíamos que podrían aprovechar la ocasión para añadir un par de años a nuestro término de destierro. En aquellos días las fugas todavía no eran acontecimientos tan comunes como en tiempos posteriores. De cualquier manera habríamos complicado las cosas si hubiéramos intentado esa vía. Pues antes de ir al exterior era necesario emprender el trabajo de organización extensiva en Rusia. Todo anduvo bien, sin embargo, y nuestro término no fue acrecentado.

En febrero de 1900, cuando el destierro de Vladimir Ilich llegó a su fin, partimos para Rusia. Pasha, que en aquellos dos años se había convertido en un verdadero encanto, derramó torrentes de lágrimas esa noche. Minka se mostró agitado y se llevó a casa todo el papel, lápices y otros útiles que nosotros dejamos. Oscar Alejandrovich, que vino y se sentó en el borde de una silla estaba evidentemente conmovido. Me trajo un obsequio, un broche hecho a mano en forma de libro con la inscripción "Karl Marx" en recuerdo de nuestros estudios conjuntos del *Capital*. La dueña de casa y los vecinos se quedaron contemplando dentro del cuarto para ver qué pasaba. Nuestro perro se preguntaba qué significaba todo este alboroto y abría todas las puertas con su nariz para comprobar si aún quedaba algo en su lugar. Mi madre se ocupaba del empaque, y tosía por el polvo, mientras Vladimir Ilich ataba sus libros como en un comercio.

Llegamos a Minussinsk donde debíamos recoger a Starkov y a Olga Alejandrovna Silvina. Todos nuestros hermanos en exilio se reunieron allí. Estábamos con el ánimo que usualmente prevalecía cuando algunos de los exiliados regresaba a Rusia: cada uno pensaba cuándo iría y a dónde, y cómo trabajaría. Vladimir Ilich ya había discutido previamente el problema de la colaboración con todos aquellos que estaban también a punto de regresar a Rusia. Convino con los que se quedaban sobre la futura correspondencia. Todos pensábamos en Rusia; sin embargo, hablábamos sobre toda clase de trivialidades.

Iaramzin daba sandwiches a Zhenka, que le había sido dejada en herencia. Pero el animal no reparaba en él, sino que permanecía a los pies de mi madre, sin sacar los ojos de ella y siguiendo cada uno de sus movimientos.

Por fin, equipados con zapatos de fieltro, abrigos de piel de anta, y lo demás, emprendimos la marcha. Hicimos 300 verstas a caballo a lo largo del Ienisei día y noche... gracias a la luz de la luna que lo iluminaba todo. Vladimir Ilich nos arropaba cuidadosamente en cada parada, y revisaba alrededor por si olvidábamos algo. El bromeaba con Olga Alejandrovna, quien sentía el frío intensamente. Manteníamos la prisa en todo el viaje, y Vladimir Ilich —que viajaba sin capa de piel de anta, pues nos aseguraba que con ella tenía calor— hundía sus manos en un manguito que le había prestado mi madre, y dejaba volar sus pensamientos hacia Rusia, donde sería posible trabajar a voluntad.

El día de nuestra llegada a Ufa fuimos recibidos por la gente local: P. P. Tsyurupa, Svidersky, Krokhmal. "Hemos estado en cinco hoteles...", dijo Krokhmal, ya sin aliento, "y por fin los encontramos".

Vladimir Ilich permaneció un par de días en Ufa, y después de haber conversado con nuestra gente y confiado a mi madre y a mí, a nuestros camaradas, siguió adelante, hasta cerca de Petersburgo. De estos dos días allí sólo queda en mi memoria una visita a la antigua integrante de la Narodnaya Volya, Chetvergova, a quien Vladimir Ilich había conocido en Kazán. Ella tenía una librería en Ufa. En el primer día Vladimir Ilich fue a verla, y su voz y su rostro parecían tornarse particularmente suaves cuando hablaba con ella. Cuando por fin leí lo que Vladimir Ilich escribió al final de *¿Qué hacer?* recordé aquella visita.

"Muchos de ellos —decía Vladimir Ilich en *¿Qué hacer?*, refiriéndose a los jóvenes dirigentes de la socialdemocracia del movimiento del trabajo—, se iniciaron en el pensamiento revolucionario como miembros de la Narodnaya Volya. Casi todos ellos en su temprana juventud enaltecieron con entusiasmo a los héroes terroristas. Fue un profundo desgarramiento abandonar las cautivantes experiencias de estas heroicas tradiciones y se vio acompañada por la ruptura de vínculos personales con gente que estaba resuelta a permanecer leal a la Narodnaya Volya y por la cual los socialdemócratas tenían un gran

respeto". Este párrafo es un trozo de la biografía de Vladimir Ilich.

En verdad fue una lástima tener que partir justo en el momento en que empezaba el trabajo "real". Pero no entraba en los planes de Vladimir Ilich permanecer en Ufa cuando había una posibilidad de aproximarse a Petersburgo.

Vladimir Ilich se detuvo en Pskov[1], donde vivían Potressov y L. N. Radchenko y sus hijos posteriormente. Vladimir Ilich me contó riendo cierta vez cómo solían mofarse de él y Potressov las pequeñas hijas de Radchenko, Shenyurka y Lydia. Colocando las manos en sus espaldas se paseaban solemnemente una al lado de la otra a lo largo del cuarto, en tanto decía una "Bernstein" y la otra replicaba "Kautsky".

Allí, en Pskov, Vladimir Ilich estuvo activamente ocupado tejiendo la red de la organización que debía asegurar un íntimo contacto entre el futuro periódico ruso a publicarse en el exterior y las actividades en la tierra natal. El se había entrevistado con Babushkin y muchos otros.

Poco a poco me aclimaté en Ufa; establecí un convenio para traducciones y conseguí algunas clases.

Justamente antes de mi llegada a Ufa se había producido uno de esos "escándalos de exiliados". En un campo estaban Krokhmal, Tsyurupa y Svindersky; en el otro los hermanos Plaxin, Saltykov y Kviatkovsky. Chachina y Aptekman permanecían neutrales y mantenían relaciones entre ambos grupos. Yo estaba cerca del primer grupo, con el que pronto establecí vínculos. Este grupo realizaba cierto tipo de trabajo, y en general fue la sección más activa de la fraternidad. Se habían entablado contactos con los talleres ferroviarios, donde había un círculo de doce obreros socialdemócratas. El más activo era el trabajador Yakutov. A veces llegaba hasta mí para obtener panfletos y conversar. Durante largo tiempo había tratado de "simplificar" a Marx y después de haberlo hecho así era totalmente incapaz de leerlo de punta a cabo. "No hay tiempo", se quejaba "Los campesinos vienen a mí, usted sabe, con todas sus preocupaciones. Es necesario conversar con ellos de modo que no piensan mal de uno, y ahí es donde se va el tiempo". Me contó que su esposa Natasha también era simpatizante, y que ningún proceso o destierro

[1] Lenin llegó a Pskov el 10 de marzo de 1900.

podía asustarlos. El nunca quedaría desamparado, pues las manos lo alimentarían en cualquier parte. Era un gran conspirador y particularmente ahorraba todo extremismo, jactancia o hermosas palabras. Cada cosa tenía que ser hecha sobre una sólida base, sin ruido pero con firmeza.

En la revolución de 1905 Yakutov fue presidente de la república que se estableció en Ufa. Más tarde, en los años de la reacción, fue ahorcado en la cárcel de Ufa. Murió en el patio de la prisión y toda la prisión cantó —los prisioneros cantaron en cada celda— y juraron que no olvidarían su muerte y nunca la perdonarían.

Yo también estudiaba con otros obreros; un joven armador de una pequeña fábrica solía venir a contarme sobre la vida de los trabajadores locales, de manera vehemente y nerviosa. Finalmente me informaron que ingresó entre los socialistas revolucionarios y perdió el juicio en la cárcel.

Debo citar, además, a un encuadernador tuberculoso llamado Krylov. Asiduamente fabricaba encuadernaciones dobles dentro de las cuales se podían esconder manuscritos ilegales, o pegaba los manuscritos entre sí de modo que sirvieran como los cartones usados para encuadernar. Me informó sobre el trabajo de los tipógrafos locales.

Más tarde, estos informes se empleaban como base para la correspondencia con *Iskra*.

Aparte de Ufa nuestra tarea se realizaba en los talleres vecinos. En los talleres de la Ust-Katavsky, la médica de la fábrica era socialdemócrata. Ella dirigía la propaganda entre los trabajadores y distribuía la literatura popular ilegal, la cual resultaba excesivamente insuficiente.

Había diversos estudiantes socialdemócratas vinculados a los distintos trabajos. Nuestra organización de Ufa también mantenía a Ekaterinburg, en estado de ilegalidad, al obrero Mazanov, que había retornado de Turukhanst, donde estuvo exiliado junto con Martov. Pero de cualquier modo el trabajo con él no progresó.

Ufa era el centro de Gubernia (provincia). Los exiliados en Sterlitamak, Birsk y otras ciudades vecinas siempre obtenían permiso para ir a Ufa.

Pero aparte de esto, Ufa yacía en el camino de Siberia a Rusia.

Los camaradas que retornaban del destierro llegaban para ajustar el problema del trabajo. Entre otros visitantes se hallaban Martov (que no había podido irse en seguida de Turukhansk), G. I. Okulova y Panin. L. M. Knippovich ("el pequeño tío") llegó ilegalmente de Astrakán, mientras que Rumyantsiev y Portugalov procedían de Samara.

Martov fue a vivir a Poltava. Se estableció contacto con él y esperábamos recibir literatura por su intermedio. Esta llegó, yo creo, una semana después de mi partida de Ufa. A Kvyatkovsky, que fue a buscarla, se le castigó con cinco años de Siberia, ¡pues este cajón se rompió en el viaje! En verdad él no había realizado ninguna actividad, pero había aceptado recibir el bulto simplemente porque estaba dirigido a una fábrica de cerveza, y él solía dar lecciones a la hija del cervecero.

En Ufa también se hallaban los miembros de la Narodnaya Volya, Leonovich y después Borozdich.

Justo antes de partir para el extranjero Vladimir eludió otra condena por verdadero milagro. Llegó a Petersburgo desde Pskov, junto con Martov. Fueron seguidos y arrestados[1]. En el bolsillo de su chaleco tenía dos mil rublos que había recibido de "Tiita" (A. M. Kalmykova) y una lista de contactos con el extranjero, escrita en papel de carta con tinta invisible. Por cuestiones de forma, algo u otra lista carente de importancia —creo que calculadamente— estaba escrito en este papel con tinta común. Si los gendarmes hubieran pensado en exponer esta hoja de papel ante el fuego, Vladimir Ilich nunca hubiera podido organizar el periódico para toda Rusia en el extranjero, pero la "caída" fue con suerte, y en diez días fue liberado.

Luego vino a despedirse de mí en Ufa. Me contó todo lo que había podido hacer durante este tiempo, me habló sobre la gente a quien había tenido oportunidad de conocer. Naturalmente, con motivo de la visita de Vladimir Ilich se realizaron diversas reuniones. Recuerdo que cuando trascendió que Lenovich, que se consideraba a sí mismo un nihilista, no conocía el Grupo de Emancipación del Tra-

[1] Vladimir Ilich llegó a Petersburgo ilegalmente con Martov el 2 de junio de 1900. Al día siguiente fueron arrestados en la calle frente al número 11 B de la calle Kazachny. El 13 de junio V. I. fue liberado y de allí se dirigió a Podolsk, de donde el 20 de junio viajó a Ufa. El 29 de julio de 1900 partió para el extranjero.

bajo ni siquiera de nombre, Vladimir Ilich se puso furioso. "Como si un revolucionario pudiera ignorar esto, como si fuera posible elegir conscientemente el partido con el que se va a trabajar si no sabe y estudia lo que se ha escrito por parte del Grupo de Emancipación del Trabajo".

Creo que entonces Vladimir Ilich permaneció cerca de una semana en Ufa.

Me escribió desde el extranjero, principalmente dentro de libros que eran dirigidos a diversas personas en la misma ciudad. En general, las cosas no marchaban tan rápidamente, respecto del periódico, como Vladimir lo deseaba. No era fácil llegar a un acuerdo con Plejanov, y las cartas de Vladimir Ilich eran breves y desagradables, y terminaban: "Te contaré cuando llegue'", o "he registrado para ti en detalle todo sobre el conflicto con Plejanov".

Me costaba esperar el fin de mi exilio, y lo que era peor, parecía que no había llegado ninguna carta de Vladimir Ilich desde hacía tiempo. Deseaba ir a Astrakán a ver al "pequeño tío" (L. M. Knippovich) y estaba en un gran aprieto.

Mi madre y yo fuimos a Moscú a ver a María Alejandrovna, la madre de Vladimir Ilich, que entonces se hallaba sola. La hermana de Ilich, María, estaba en la cárcel, y su hermana Ana se encontraba en el extranjero.

Me resultaba muy agradable María Alejandrovna. Ella siempre se mostraba reflexiva y atenta. Después cuando vivimos en el extranjero y nos escribía, lo hacía juntamente para ambos, nunca a Vladimir Ilich solo. Esto era una minucia, pero qué fineza revelaba. Vladimir Ilich sentía gran afecto por su madre. "Tiene una gran fuerza de voluntad'", me decía. "Si aquello le hubiera ocurrido a mi hermano mientras mi padre vivía, nadie sabe lo que ella hubiera podido hacer".

De su madre heredó Vladimir Ilich su fuerza de voluntad, así como también su bondad y su consideración por la gente. Mientras vivíamos en el extranjero me empeñé en describirle nuestra vida en la forma más realista posible, de modo que ella pudiera, por lo menos, sentirse más cerca de su hijo. Cuando Vladimir Ilich estuvo en el destierro el 1897, los periódicos publicaron la nota necrológica de María Alejandrovna Ulianova, quien había muerto en Moscú. Oscar me contó: 'Fui a ver a Vladimir Ilich y lo encontré más blanco que

una hoja de papel: "Mi madre ha muerto", dijo. Pero se comprobó que esta nota necrológica pertenecía a otra M. A. Ulianova.

Muchas angustias debió soportar María Alejandrovna: la ejecución de su hijo mayor, la muerte de su hija Olga y los continuos arrestos de sus otros hijos. Cuando Vladimir Ilich cayó enfermo en 1895, fue a cuidarlo de inmediato y ella misma le preparaba su alimento. Al ser detenido estuvo de nuevo en su puesto. Se sentaba durante horas en la mal iluminada sala de espera de la Casa de Detención Preliminar; llevaba paquetes los días de visita y sus labios temblaban más ligeramente.

Yo le prometí cuidar a Vladimir Ilich, pero no tuve éxito...

Desde Moscú acompañé a mi madre a Petersburgo donde arreglé sus cosas y luego realicé el camino a través de la frontera. Yo hice este viaje asumiendo a propósito el papel de una ingenua provinciana que va por primera vez al extranjero. Me dirigí a Praga pensando que Vladimir Ilich vivía allí bajo el nombre de Modraczek.

Envié un telegrama y llegué a Praga. Mas nadie vino a buscarme. Esperé largamente en vano. Muy desconcertada llamé a un cochero de plaza, lo cargué con mis canastos y partimos. Al llegar al distrito de la clase obrera tomamos un estrecho recodo y nos detuvimos ante una gran casa de la vecindad, cuyas ventanas ostentaban una multitud de colchones sacados para airearlos...

Ascendí hasta el cuarto piso. Una pequeña mujer checa canosa abrió la puerta. "Modraczek"; yo repetí: "Herr Modraczek". Un obrero apareció y dijo: "Yo soy Modraczek". Aturdida, tartamudée: "¡No, es mi marido!" Modraczek advirtió por fin lo que había acontecido: "¡Ah!, sin duda es usted la esposa de Herr Rittmeyer. El vive en Munich, pero le envió a usted libros y cartas a Ufa por mi intermedio". Modraczek corrió por todas partes conmigo ese día. Yo le informé sobre el movimiento ruso y él me puso al corriente de lo que ocurría en Austria. Su esposa me mostró algunos encajes que había hecho y me invitaron con el "Klösse" checo [plato local].

Llegada a Munich —yo viajé con tapado de piel, y en esa época en Munich la gente ya andaba con vestimenta más liviana—, aleccionada por la experiencia dejé mi equipaje en el guardarropa de la estación y fui en tranvía a buscar a Rittmeyer. Encontré la casa, y el departamento Nº 1 resultó una cervecería. Me dirigí al mostrador,

detrás del cual se hallaba un alemán rollizo, y tímidamente pregunté por el señor Rittmeyer, con el presentimiento que otra vez algo podía andar mal. "Soy yo", dijo. "No, es mi marido". Yo vacilé por completo desconcertada. Y permanecimos observándonos mutuamente como un par de idiotas, hasta que la esposa de Rittmeyer intervino y mirándome adivinó la situación: "¡Ah!, usted debe ser la esposa de Herr Meyer. El esperaba a su esposa de Siberia. La llevaré hasta él".

Seguí a Frau Rittmeyer a través del patio trasero de una enorme casa hasta una especie de departamento deshabitado. La puerta se abrió y ante una mesa estaban sentados Vladimir Ilich, su hermana Ana y Martov. Olvidando agradecer a la dueña de casa grité: "¿Por qué diablos no escribiste para darme la dirección en que podía encontrarte?".

"¡Que no te escribí!", exclamó Vladimir Ilich. He ido tres veces por día a buscarte. ¿De dónde has salido?". Después comprobamos que el amigo, a quien había sido enviado el libro que contenía la dirección de Munich, ¡se quedó con el libro para leerlo!

Muchos rusos de los nuestros realizábamos tales recorridos infructuosos. Shlyapnikov se dirigió primero a Génova en lugar de Ginebra; Babushkin, en vez de ir a Londres estuvo a punto de embarcarse para América.

CAPITULO TERCERO

MUNICH, 1901-1902

Aunque Vladimir Ilich, Martov y Potressov marcharon todos al exterior con pasaportes legales, se decidió que vivirían en Munich con documentos falsos, lejos de la colonia rusa, a fin de no comprometer a ninguno de nuestros colaboradores que llegaban de Rusia. También resultaba más fácil para enviar literatura prohibida a Rusia en sacos, cartas, etc.

Cuando llegué a Munich Vladimir Ilich vivía con este Rittmeyer, sin haberse registrado, y bajo el nombre de Meyer. Si bien Rittmeyer poseía una cervecería, era socialdemócrata y amparó a Vladimir Ilich en su departamento. Este disponía de un cuarto pequeño pobremente amoblado y vivía a la manera de un hombre soltero que comía en la casa de una alemana que le brindaba su *Mehlspeise* [comidas a base de harina]. Por la mañana y a la noche bebía té de un jarro de lata que él mismo lavaba cuidadosamente y colgaba de un clavo cerca de la canilla.

Tenía un aspecto preocupado, pues las cosas no salían como él hubiera deseado. Además de Vladimir Ilich, Martov, Potressov y Vera Zassulich residían a la sazón en Munich. Plejanov y Axelrod deseaban que el periódico se publicara en algún lugar de Suiza, bajo su directo control. Ellos, y al comienzo también Zassulich, no dieron particular importancia a *Iskra* ("La chispa") y subestimaron, por cierto, el papel

que estaba destinado a desempeñar; estaban más interesados en *Zarya* (Aurora).

"Su *Iskra* es una tontería", dijo Vera Ivanovna, en broma, al principio. Si bien esto no se expresaba en serio, revelaba cierto desdén por todo el proyecto. Vladimir Ilich pensaba que *Iskra* debería ser algo separado del centro de emigrantes, que tenía que estar dirigida secretamente, que era de gran importancia para las conexiones con Rusia, para la correspondencia y para la llegada de gente de Rusia. Sin embargo, la "gente vieja" sentía rechazo por el traslado del periódico a Suiza; renuencia por el liderazgo que ellos ejercían y el deseo de imponer nuestra propia línea; ellos no estaban particularmente dispuestos a colaborar, Vladimir Ilich advertía la situación y se angustiaba. El había expresado su especial deferencia por el Grupo de Emancipación del Trabajo. Para no mencionar a Plejanov, se hallaba afectivamente cerca de Axelrod y Vera Zassulich. "Espera hasta que veas a Vera Ivanovna —me dijo Vladimir Ilich la primera noche que llegué a Munich—; es una persona transparente como el cristal". Y era la verdad.

Del grupo de Emancipación del Trabajo sólo Vera Ivanovna se acercó íntimamente a *Iskra*. Ella residió con nosotros en Munich y en Londres; vivió la vida de la dirección de *Iskra*, experimentó sus alegrías y tristezas; vivió las noticias de Rusia.

"Y ahora *Iskra* se ha tornado importante", solía decir, a medida que crecía y se extendía la influencia del periódico. Vera Ivanovna nos relata a menudo sobre los largos y duros años de la emigración. Nosotros no experimentamos nunca en la emigración el tipo de vida que debió soportar el Grupo de la Emancipación del Trabajo. Siempre estuvimos en íntimo contacto con Rusia y con gente de nuestra tierra que llegaba continuamente hasta nosotros. Con respecto a estar informados de lo que acontecía, nos hallábamos en mejor posición que la que nos tocó soportar en algunas ciudades provinciales de la misma Rusia. Estábamos interesados exclusivamente en las actividades rusas. Las cosas andaban bien; el movimiento de los trabajadores crecía. El Grupo de la Emancipación del Trabajo llevaba una vida separada de Rusia. Ellos habían vivido en el exterior durante los años de la más negra reacción, cuando un estudiante llegaba de Rusia era un verdadero acontecimiento. En realidad, la gente temía salir para el extranjero.

Cuando en la década del noventa Klasson y Kurovko fueron a visitar a ese grupo, a su regreso debieron responder a una inmediata citación de la policía, la cual los interrogó por qué habían ido a ver a Plejanov. La vigilancia estaba muy bien organizada. De todos los miembros del Grupo de la Emancipación del Trabajo Vera Ivanovna se sentía la más solitaria. Tanto Plejanov como Axelrod tenían familia. Vera Ivanovna habló más de una vez de su soledad. "No tengo a nadie cerca", y en seguida, tratando de esconder la amargura de sus sentimientos, expresaba en tono de broma: "Pero ustedes me quieren, yo lo sé; y cuando muera dirán: qué horror, se bebe una taza menos de té..."

En verdad necesitaba hacer vida de familia, quizá porque ella misma había sido criada por otra familia que no era la de ella. Bastaba ver cuán cariñosamente trataba al pequeño y pálido hijo de "Dimka" (la hermana de P. G. Smidovich). Vera Ivanovna se convirtió en una eficaz ama de casa, que compraba cuidadosamente todas las provisiones para la "comunidad" (en Londres, Vera Ivanovna, Martov y Alexeyev dirigían una casa comunitaria). Pero poca gente había descubierto las cualidades que poseía Vera Ivanovna como madre de familia y ama de casa. Vivía a la manera nihilista: vestía descuidadamente, fumaba sin interrupción, y reinaba en su cuarto un extraordinario desorden. Nunca permitía que nadie lo ordenara. Asimismo comía de modo bastante fantástico. Recuerdo cómo en cierta ocasión cocinó un trozo de carne en una cocina a petróleo y cortaba los pedazos para comer con un par de tijeras.

"Cuando yo vivía en Inglaterra —decía ella— las señoras inglesas deseaban entablar conversación conmigo." "¿Cuánto tiempo tarda en cocinar la carne?" "Depende", replicaba. "Si tengo hambre la cocino en diez minutos; y si no la tengo, alrededor de tres horas. Y después de esto me dejaban en paz."

Cuando Vera Ivanovna escribía se encerraba en su cuarto y se alimentaba sólo con café negro fuerte.

Vera Ivanovna añoraba a Rusia. Creo que ocurrió en 1899 que fue a Rusia ilegalmente, no a trabajar, sino simplemente porque "debo echar una mirada al mujik y ver cómo ha crecido su nariz". Y cuando *Iskra* empezó a aparecer sintió que ésta era un trozo de trabajo ruso y se adhirió inflexiblemente a él. Abandonar *Iskra* hubiera significado

para ella asilarse una vez más de Rusia, empezar a hundirse otra vez en el mar muerto de la vida del *emigré*, que lo arrastra a uno hasta el fondo.

Por esa causa fue que al presentarse la cuestión de la dirección de *Iskra* ante el segundo congreso, ella se rebeló. Para ella no se trataba de una cuestión de amor propio sino de vida o muerte.

En 1905 regresó a Rusia y permaneció allí.

En el segundo congreso se opuso a Plejanov por primera vez en su vida. Estaba vinculada a él por largos años de lucha común. Ella advirtió qué tremendo papel había desempeñado éste al guiar el movimiento revolucionario según las normas correctas. Lo apreciaba como fundador de la socialdemocracia rusa, estimaba su inteligencia, su brillante talento. El más leve desacuerdo con Plejanov la mortificaba terriblemente, pero en esta ocasión se levantó contra él.

El destino de Plejanov fue trágico. En la esfera teorética sus servicios al movimiento del trabajo resultaron grandes. Pero los años de emigración no transcurrieron sin consecuencias para él; lo aislaron de la vida real de Rusia. El movimiento del trabajo de las grandes masas sólo se desarrolló después que él se dirigió al exterior. Plejanov conoció a los representantes de varios partidos, escritores, estudiantes y aun trabajadores individuales, pero nunca trató ni trabajó ni sintió con las masas obreras rusas. Cuando sucedía que llegaba de Rusia alguna correspondencia que descorría la cortina sobre nuevas formas del movimiento, y permitía que uno captara sus perspectivas, Vladimir Ilich, Martov y hasta Vera Iranovna, solían leer y releer las cartas; Vladimir Ilich se pasearía después de aquí para allá por un largo rato, y no lograba conciliar el sueño. Cuando nos mudamos a Ginebra, me empeñé en mostrar a Plejanòv correspondencia de esta clase, y me asombró su forma de reaccionar: parecía como si se moviera la tierra bajo sus pies y su rostro tomaba una expresión de desconfianza. Después nunca se refería a estas cartas.

Plejanov se tornó particularmente desconfiado respecto de la correspondencia que llegaba de Rusia a partir del segundo congreso.

Al principio me sentí algo ofendida por esto; pero luego comencé a buscar las razones de esta actitud. Plejanov había dejado Rusia hacía mucho tiempo, y no poseía esa norma —modelada por la experien-

cia— que posibilita la captación del valor relativo de cada carta, y que permite leer mucho entre líneas.

Los obreros se acercaban a menudo hasta *Iskra* y todos ellos, sin duda, deseaban ver a Plejanov. Conseguir ver a Plejanov era con frecuencia mucho más difícil que para nosotros ver a Martov; mas cuando un trabajador lograba entrevistarlo se retiraba con un sentimiento de confusión. El visitante advertía el influjo de la brillante inteligencia de Plejanov, su conocimiento y su agudeza, pero de cualquier manera parecía que al dejarlo sólo experimentaba el gran abismo que lo separaba de este deslumbrante teórico. De las cosas que hubiera deseado hablar o buscar consejo el obrero no podía decir una palabra. Y si el trabajador no concordaba con él y trataba de exponer su propia opinión, Plejanov empezaba a molestarse: "Su padre y su madre eran todavía niños cuando yo..."

Me atrevo a decir que las cosas no eran así en los primeros años de emigración, mas al comenzar el presente siglo Plejanov había perdido ya toda capacidad para percibir directamente lo que ocurría en Rusia. En 1905 no regresó a Rusia.

Pavel Borisich Axelrod era un organizador, en mayor medida que Plejanov o Vera Zassulich. Sus funciones se relacionaban preferentemente con las entrevistas que debía celebrar con los recién llegados. Estos permanecían más tiempo a su disposición una vez que habían comido y bebido; así Pavel Borisich los interrogaba sobre todo lo imaginable.

El conducía la correspondencia con Rusia y tenía a su cargo los métodos conspirativos de comunicación. Pero uno podría imaginarse fácilmente cómo debía sentirse un organizador revolucionario ruso... ¡después de largos años de emigración en Suiza! Pavel Borisich había perdido las tres cuartas partes de su capacidad de trabajo; no dormía por las noches de un tirón y escribía con extrema intensidad durante meses, sin ser capaz de terminar el artículo que había empezado. A veces resultaba imposible descifrar su letra por la forma nerviosa en que había sido realizada.

La caligrafía de Axelrod producía una profunda impresión en Vladimir Ilich. "Es simplemente horroroso —solía decir a menudo— si se cae en un estado como el de Axelrod". Más de una vez habló sobre la escritura de Axelrod con el doctor Kramer, que lo trató durante su

última enfermedad. Cuando Vladimir Ilich llegó por primera vez de Rusia habló sobre todo con Axelrod sobre cuestiones de organización. Me contó muchas cosas sobre Axelrod cuando llegué a Munich. Y en el instante en que el mismo Vladimir Ilich se moría y no sólo era incapaz de escribir, sino de pronunciar una palabra me inquirió, mostrándome el nombre de Axelrod en un periódico, qué hacía él entonces.

P. B. Axelrod se sintió particularmente afectado por el hecho de que *Iskra* no se publicara en Suiza, y que la corriente de comunicación con Rusia no pasara a través de él. Esta es la razón por la cual adoptó una actitud hostil en el Segundo Congreso hacia el problema del triunvirato de la editorial. *Iskra* iba a ser el centro organizador, y *¡él* separado de la editorial! Y esto acaecía cuando, en el Segundo Congreso, más que en ninguna otra ocasión, podía sentirse el aliento de Rusia.

Al llegar yo a Munich sólo Zassulich, del Grupo de Emancipación del Trabajo vivía allí. Tenía un pasaporte búlgaro a nombre de Velika Dmitrievna.

Todos los restantes debían arreglarse también con pasaporte búlgaro. Hasta mi llegada, Vladimir Ilich carecía de pasaporte en absoluto. Así pues, obtuvimos el pasaporte de cierto búlgaro, un doctor Jordanov, al que se le agregó una esposa, Maritza, y alquilamos un cuarto en la casa de una familia de obreros. Antes que yo viniera la secretaria de *Iskra* había sido Inna Hermogenovna Smidovich-Leman. Ella también tenía un pasaporte búlgaro, y se la apodaba "Dimka". Cuando llegué, Vladimir Ilich me adelantó que había conseguido arreglar todo de modo que yo me convirtiera en secretaria de *Iskra*. Esto por supuesto, significaba que el contacto con Rusia quedaría bajo el más estricto control de Vladimir Ilich. Martov y Potressov nada dijeron en contra, en esa ocasión, y el Grupo Emancipación del Trabajo no opuso su propio candidato; en verdad, ellos acordaron poca importancia a *Iskra* en ese momento. Vladimir Ilich me dijo que había sido bastante desagradable para él obtener esto, si bien lo consideraba necesario para el bien de la causa. Inmediatamente me vi tapada de trabajo. La tarea estaba organizada de este modo: las cartas de Rusia eran enviadas a diversas ciudades en Alemania, y distribuidas a camaradas alemanes. Los últimos las enviaban a la dirección del doctor Leman, quien nos adelantaba todo a nosotros.

Después de no mucho tiempo hubo un considerable tropiezo. En

Rusia habían logrado establecer últimamente una imprenta para imprimir panfletos en Kishinev. El gerente, Akim (hermano de Lieber: León Goldman) envió a la dirección de Leman un almohadón en el que estaban cosidas copias de panfletos publicados en Rusia. El perplejo Dr. Leman irreflexivamente rehusó recibir el almohadón del correo. Sin embargo, cuando nuestra gente investigó y dio la alarma, fue a buscar el almohadón y les dijo que aceptaría ahora lo que se enviara a su nombre, aun si fuera un cargamento.

Todavía no existía ningún medio para transportar a *Iskra* dentro de Rusia. Circulaba principalmente en valijas de doble fondo llevadas por viajeros de los domingos. Ellos llevaban estas valijas a varios lugares prefijados de Rusia para ser retiradas.

Tales lugares señalados eran Pskov (los Lepeschinsky), Kiev y otros. Los camaradas rusos sacaban la literatura de las valijas y la entregaban a la organización. Un vehículo había sido asimismo preparado a través de Letts, Rolau y Skubik.

Todo esto demandaba mucho tiempo. También se empleaba no poco tiempo en todo tipo de preparativos de los cuales nada resultaba después.

Recuerdo cómo se perdió una semana entera en negociaciones con cierto individuo que deseaba entrar en contacto con contrabandistas que viajaban a la frontera con artículos fotográficos, que quería que compráramos para él.

Manteníamos correspondencia con agentes de *Iskra* en Berlín, París, Suiza y Bélgica. Nos ayudaban en cualquier forma que podían: buscaban gente que quisiera llevar valijas, conseguían dinero, contactos, direcciones, etc.

En octubre de 1901, lo que se conoció como la Liga de los Socialdemócratas Rusos en el extranjero se formó con grupos de sus simpatizantes.

Los contactos con Rusia crecían rápidamente. Uno de los corresponsales más activos de *Iskra* fue el obrero Babushkin, de San Petersburgo, a quien Vladimir Ilich había entrevistado para tratar esta corresponsalía antes de dejar Rusia. El envió un montón de cartas desde lugares como Oreklovo-Zuevo, Vladimir, Gus-Khrustalny, Gvanova-Voznessensk, Kikhma y Kineshama. Visitaba a menudo estas ciudades y

reforzaba los contactos con ellas. También llegaban cartas de Petersburgo, Moscú, los Urales y el Sud. Manteníamos correspondencia con la Liga del Norte, que había sido formada para incluir las organizaciones socialdemócratas en las provincias del norte. Un representante de la Liga del Norte, Noskov, llegó después de un tiempo desde Ivanovo-Voznessensk. Sería difícil imaginar un tipo ruso más completo. Ojos azules, rostro cetrino, hombros más bien redondeados, hablaba con marcado acento provinciano. Había cruzado la frontera con un pequeño envoltorio dispuesto a discutir todo. Su tío, de Ivanovo-Voznessensk, un modesto manufacturero, le dio el dinero para viajar al exterior, aunque más no fuera que por desembarazarse de su turbulento sobrino que continuamente estaba encerrado o la policía andaba detrás de él. Boris Nikolaevich (su nombre real y patronímico era Vladimir Alejandrovich, el otro sólo su alias) era un excelente obrero práctico. Previamente lo conocí en Ufa, cuando pasaba rumbo e Ekaterinburg. Fue al exterior por "contactos". Su profesión consistía en hacer contactos. Recuerdo cómo se sentó junto al hogar en nuestra pequeña cocina en Munich y con ojos radiantes nos contaba sobre el trabajo de la Liga del Norte. Se excitaba sobremanera con su narración y Vladimir Ilich mediante sus preguntas no hacía más que añadir leña al fuego. Mientras Boris vivió en el extranjero, llevó una agenda en la que anotaba cuidadosamente todos los contactos, dónde vivían, qué hacían, cómo podían ser útiles. Finalmente nos entregó estos contactos. Pero era un tipo de organizador más bien lírico. Idealizaba a la gente y las actividades y era incapaz de mirar de frente y sin temor la realidad. Después del Segundo Congreso se convirtió en un conciliador, y más tarde pareció desaparecer de la escena política. Murió en los años de la reacción.

También llegó otra gente a Munich. Struve había estado allí antes de mi llegada. En esa época las cosas ya apuntaban hacia una ruptura con él. Fue el momento en que saltaba de la socialdemocracia al campo liberal. La última vez que vino, hubo una considerable fricción. Vera Ivanovna le concedió el título de "carnero con herraduras". Vladimir Ilich y Plejanov lo consideraban ambos como terminado. Vera Ivanovna, sin embargo, pensaba que aún existía alguna esperanza respecto de él. En broma les llamábamos a ella y Potrossov el "Struve freundliche Partei" (el Partido Amigo de Struve).

Struve vino una segunda vez cuando yo ya me hallaba en Munich.

Vladimir Ilich se negó a recibirlo. Fui a ver a Struve al departamento de Vera Ivanovna. La entrevista fue penosa. Struve se encontraba terriblemente ofendido. La atmósfera resultó tan tensa como una escena de Dostoievsky. Hablaba dramáticamente porque se lo consideraba un renegado y otras cosas de similar carácter, con lo que en general se engañaba a sí mismo. Ya no puedo precisar con exactitud lo que dijo, sino sólo los sentimientos deprimentes con los que dejé la reunión. Estaba claro que él no era uno de los nuestros; que era persona hostil al Partido. Vladimir Ilich estaba en lo cierto. Más tarde la esposa de Struve, Nina Alejandrovna, envió saludos y un frasco de mermelada. No recuerdo quién lo trajo. Pero ella era débil y es dudoso que hubiera entendido hacia dónde se inclinaba Pyotr Bernahardovich. El lo sabía, sin embargo.

Después de mi llegada fuimos a vivir con una familia alemana de la clase trabajadora, bastante numerosa, seis en total. Todos ellos vivían en la cocina y un pequeño cuarto. Pero cada cosa se hallaba escrupulosamente limpia. Los niños eran aseados y corteses. Yo decidí que Vladimir Ilich comiera comida casera y organicé de esta manera la tarea. Utilizaba la cocina de la dueña de casa para cocinar aunque debía preparar todo en nuestro propio cuarto. Yo trataba de hacer el menor ruido posible, pues Vladimir Ilich había comenzado a trabajar en *¿Qué hacer?* Cuando escribía algo generalmente se paseaba vivamente de una esquina a otra del cuarto y murmuraba lo que estaba a punto de estampar. Para esa época ya me había acostumbrado a esta forma de trabajo. Mientras escribía nunca le dirigía la palabra ni le preguntaba nada. Cuando después salíamos a hacer un paseo me contaba lo que escribía y lo que pensaba. Parecía haberse convertido en una necesidad el hecho de murmurar para sí mismo el artículo antes de redactarlo. En nuestras caminatas nos dirigíamos a los alrededores de Munich prefiriendo los lugares más desolados, donde había menos gente.

Después de un mes nos mudamos a nuestros propios cuarteles en Schwabing, un suburbio de Munich. Alquilamos una de las muchas viviendas recién construidas, instalando nuestro propio "mobiliario" (al marcharnos vendimos todo por doce marcos), y vivimos con entera libertad.

Tan pronto como estuvimos instalados el primero en llegar —des pués de comer— fue Martov. Luego llegaron otros y así tuvo lugar la llamada reunión de la "editorial". Martov habló interminablemente,

fluctuando de un tema a otro. Leyó masa de literatura y siempre disponía de montones de noticias obtenidas de cualquier parte. Conocía a todos y cada cosa. A menudo Vladimir Ilich se refería a Martov como "el típico periodista. Es extraordinariamente talentoso, parece captar cada cosa en el aire, excesivamente impresionable, pero todo lo es en superficie". Martov resultaba en absoluto indispensable para *Iskra*. Vladimir Ilich salía en extremo cansado de estas conversaciones diarias que duraban cinco o seis horas. Se sentía languidecer con ellas y era incapaz de trabajar después. Me pidió una vez jue fuera a visitar a Martov para rogarle que dejara de visitarnos. Convinimos que yo iría a verlo, le informaría sobre las cartas recibidas y arreglaría todo con él. Pero Martov no podía vivir sin estas charlas. Después que nos separamos se iba con Vera Ivanovna, Dimka y Kumenfeld[1] a un café donde permanecían horas.

Posteriormente llegó Dan con su esposa e hijos. Martov pasaba días enteros con ellos.

En octubre fuimos de Munich a Zurich a unirnos con el *Rabocheye Delo*, el periódico de los "Economistas". No se logró unidad alguna, sin embargo. Akimov, Krichevsky y el resto argumentaron hasta que sus rostros cambiaron de color. Martov se acaloró terriblemente en su ataque al *Rabocheye Delo*, y hasta se desgarró la corbata. Era la primera vez que lo veía en tal estado. Plejanov está centellante de ingenio. Se adoptó una resolución que registraba la imposibilidad de la unidad. Fue leída por Dan en la reunión, con voz acompañado por gritos de "nuncio papal", desde la oposición...

Salimos de esta escisión muy penosamente. Martov y Lenin en ningún caso habían colaborado en *Rabocheye Delo*. En realidad no hubo ruptura porque nunca se había realizado trabajo conjunto. Plejanov se hallaba de muy buen humor, pues él había aplicado un golpe contundente a un adversario al que mucho había combatido. Plejanov estaba a la vez alegre y comunicativo.

[1] Blumenfeld estableció el tipo para *Iskra*, primero en Leipzig y luego en Munich, en las imprentas socialdemócratas alemanas. Era un excelente cajista y un camarada ejemplar. Vivía entusiasmado con su trabajo. Tenía gran afecto por Vera Ivanovna y era siempre muy considerado con ella, pero no armonizaba muy bien con Plejanov. Como camarada se podía confiar absolutamente en él. Lo que emprendía lo hacía bien.

Vivíamos en el mismo hotel, comíamos juntos y todo parecía deslizarse particularmente bien. Sólo en ocasiones surgía un ligero elemento de diferencia en el enfoque de ciertas cuestiones.

Recuerdo una conversación. Al lado del café en que estábamos sentados había un gimnasio donde se estaba practicando esgrima. Algunos trabajadores con la cabeza cubierta luchaban con espadas de madera. Plejanov rió: "Nosotros también peleamos así en el nuevo orden". Cuando retornábamos a casa yo caminaba con Axelrod quien desarrolló el tema comenzado por Plejanov: "En el nuevo estado de la sociedad no habrá lucha en absoluto; sólo un mortal aburrimiento".

En esa época yo era terriblemente tímida, y no dije nada, pero recuerdo que quedé asombrada ante esta afirmación.

Después de retornar a Zurich, Vladimir Ilich se dedicó a la tarea de terminar *¿Qué hacer?* Más tarde, los mencheviques atacaron vehementemente a *¿Qué hacer?*, pero en esta coyuntura el libro cautivó a todos, en especial a quienes estaban más íntimamente en contacto con el trabajo en Rusia. El volumen íntegro era un apasionado llamamiento a la organización. Desarrollaba un plan completo para organizarse, en el cual todos podían hallar un lugar, podían convertirse en un engranaje de la máquina revolucionaria, un engranaje sin el cual, por pequeño que fuera, era dable esperar ningún progreso. El folleto reclamaba el esfuerzo, el trabajo incansable para construir esa base tan esencial para el partido en las condiciones que entonces prevalecían, si iba a existir no en palabras sino en los hechos. Un socialdemócrata no debe asustarse del trabajo prolongado. Debe trabajar y trabajar sin descanso. Debe estar siempre preparado para hacer algo, ya sea para salvar el honor, el prestigio y la preeminencia del partido en la época de máxima "depresión" revolucionaria, o bien para preparar, planificar y realizar un amplio levantamiento armado nacional", escribió Vladimir Ilich en *¿Qué hacer?*

Veinticuatro años han pasado desde que el libro fue escrito, años en los cuales las condiciones de trabajo en el partido han cambiado. El movimiento de los trabajadores se halla enfrentado con tareas por entero diferentes, no obstante todavía ahora el entusiasmo revolucionario de este folleto resulta contagioso. Aun hoy debe ser estudiado por quien desee ser un leninista en la práctica y no sólo en las palabras.

Mientras *Los Amigos del Pueblo* tuvo enorme importancia para de-

terminar el camino que debía tomar el movimiento revolucionario, *¿Qué hacer?* proporcionó un plan para extender el trabajo revolucionario. Indicó las tareas a realizarse.

Resulta claro que un congreso del partido era aún prematuro, que no existía razón alguna para que éste diera en el blanco, como ocurrió en el primer congreso. Se necesitaba un amplio trabajo preparatorio. Al congreso convocado por el Bund en Belostok nadie lo tomaba en serio. Dan fue hasta allá en nombre de *Iskra* y llevó una valija colmada de ejemplares de *¿Qué hacer?* El congreso de Belostok se transformó en una conferencia.

Iskra trabajaba a todo vapor. Su influencia crecía. El panorama del partido se preparaba para el congreso. Plejanov y Axelrod vinieron a Munich a discutirlo. Plejanov criticaba ciertas partes del proyecto del programa redactado por Lenin. Vera Ivanovna no concordaba con Lenin en todos los puntos, pero tampoco ella coincidía enteramente con Plejanov. Axelvod también se acercaba a Lenin en algunos aspectos. Fue una reunión depresiva. Vera Ivanovna deseaba replicar a Plejanov, mas éste adoptó una actitud intransigente y cruzándose de brazos, le arrojó tal mirada que ella se quedó totalmente confusa.

Vladimir Ilich se había agitado profundamente. Trabajar así era imposible. ¡Qué clase de discusión práctica resultaba ésta!

Había una evidente necesidad de que el trabajo fuera organizado sobre líneas sólidas, para mantener aislado el aspecto personal, y asegurar que las discusiones no resultasen influidas por el capricho, o por las relaciones individuales asociadas con el pasado.

Vladimir Ilich se mostraba muy apenado ante cualquier diferencia con Plejanov. Aumentaba su inquietud y no dormía por las noches. Plejanov andaba enojado y malhumorado.

Después de leer detenidamente el artículo de Lenin para el cuarto número de *Zarya*, Plejanov lo devolvió a Vera Ivanovna con anotaciones en los márgenes en las que daba curso a su malhumor. Cuando Vladimir Ilich las leyó se agitó en grado extremo y se paseó en su cuarto en todas direcciones.

Trascendió entonces que ya no sería posible imprimir *Iskra* en Munich porque el propietario de la imprenta no deseaba correr riesgos. Teníamos que elegir un nuevo hogar. ¿Dónde? Plejanov y Axelrod se

inclinaron por Suiza. El resto —que había advertido el malestar de la atmósfera en la discusión sobre el programa— votó por Londres.

Tiempo después, estos días de Munich regresaron a nuestra memoria como un período particularmente brillante. Nuestras experiencias durante los años siguientes en la emigración fueron mucho más deprimentes. En el período de Munich todavía no se había producido una profunda ruptura en las relaciones personales entre Vladimir Ilich, Martov, Potressov y Zassulich. Todas las fuerzas se concentraban en un objeto: la creación de un periódico para todos los rusos. La reunión de fuerzas en torno de *Iskra* proseguía intensamente. Todos sentían el crecimiento de la organización y advertían que la línea para la formación del partido había sido correctamente establecida. De ahí estos días de tan extraordinario buen humor...

La vida local no atraía nuestra atención en particular. La observábamos de manera accidental. A veces concurríamos a reuniones, pero raramente resultaban de gran interés. Recuerdo las celebraciones del Primero de Mayo. Ese año se permitía por primera vez al Partido Socialdemócrata Alemán celebrar un desfile con la salvedad de que no formaran aglomeraciones en la ciudad, sino que organizaran las reuniones en los distritos rurales. Vimos columnas medianamente grandes de socialdemócratas alemanes con sus mujeres e hijos, y los bolsillos reventando de rabanitos. En silencio mortal, marchaban vivamente a través de la ciudad... para beber cerveza en una cervecería rural. Esta celebración del Primero de Mayo de ningún modo semejaba una demostración de triunfo de la clase trabajadora en todo el mundo.

Como nosotros observábamos extraño sigilo no veíamos a ninguno de nuestros camaradas alemanes. Sólo solíamos visitar a Parvus, que vivía cerca nuestro, en Schawbing con su mujer y un niño pequeño. Cierta vez Rosa Luxemburgo vino a verlo, y entonces Vladimir Ilich fue a conocerla allí. Parvus pertenecía en la época a la extrema izquierda; ayudó a *Iskra* y se interesaba en los problemas rusos.

Nos trasladamos a Londres vía Lieja. En esa época Nicolai Leonidovich Meshcheryakov y su esposa —una de mis amigas de la Escuela Dominical— vivían allí. Cuando yo lo conocí aún era nihilista, si bien fue el primero en iniciarme en el trabajo ilegal, el primero en enseñarme las reglas de la conspiración y ayudarme a convertirme en una social-

demócrata proporcionándome ansiosamente las publicaciones extranjeras del Grupo de la Emancipación del Trabajo.

Ahora él era un socialdemócrata y hacía años que vivía en Bélgica. Poseía un excelente conocimiento del movimiento local y decidimos visitarlos y verlos de pasada.

Justamente por ese tiempo se produjo una gran agitación en Lieja. Unos pocos días antes las tropas habían hecho fuego contra los huelguistas. La agitación era manifiesta en los distritos de la clase trabajadora, en sus casas y en los grupos de gente que permanecía cerca de ellos. Concurrimos a observar la Casa del Pueblo. Se hallaba en un sitio muy inadecuado. La multitud podía ser encerrada fácilmente en la plaza que se encontraba frente a la casa, como en una trampa. Los trabajadores corrían a la Casa del Pueblo. A fin de impedir que se aglomerara allí mucha gente, los dirigentes del partido organizaron reuniones en todos los distritos obreros. Parecía existir cierta desconfianza entre los dirigentes de la socialdemocracia belga. Todo sugería que se daba una división del trabajo: las tropas tiraban sobre las multitudes, mientras que los dirigentes obreros buscaban pretexto para pacificarlas...

CAPITULO CUARTO

LA VIDA EN LONDRES, 1902-1903

Estábamos asombrados del enorme tamaño de Londres. Aunque el tiempo se mostró excesivamente sombrío, el rostro de Vladimir Ilich se iluminó muy pronto, y empezó a arrojar curiosas miradas a esta fortaleza del capitalismo, olvidando por el momento a Plejanov y los conflictos editoriales.

Fuimos esperados en la estación por Nicolás Alejandrovich Alexeyev, un camarada que vivía en Londres en la emigración y que poseía un excelente conocimiento del inglés. Al principio actuó como nuestro guía, puesto que nosotros nos hallábamos en situación desesperada. Creíamos que sabíamos el inglés porque habíamos traducido un libro (de los Webb) del inglés al ruso, cuando estábamos en Siberia. Yo aprendí inglés en la prisión con la ayuda de una autodidacta, pero jamás había oído una sola palabra pronunciada en ese idioma. Cuando empezamos a traducir a Webb en Shushenskoye, Vladimir Ilich estaba horrorizado de mi pronunciación. "Mi hermana solía tener un profesor de inglés —decía— pero no era así el sonido". No discutí, sino que comencé a aprender de nuevo. Al llegar a Londres descubrimos que no podíamos comprender una sola palabra y nadie nos entendía. En un principio esto resultaba muy cómico, y aunque Vladimir Ilich bromeaba sin cesar, pronto se dedicó a la tarea de aprender el idioma. Empezamos por concurrir a toda clase de reuniones. Nos ubicábamos en la fila delantera y observábamos cuidadosamente la boca del orador.

Ibamos a menudo a Hyde Park, donde los conferenciantes se dirigen al público sobre los temas más diversos. Un ateo, que se hallaba entre un grupo de curiosos escuchas, probaba que no había dios. Nosotros escuchábamos con particular atención a un orador de esta clase. Hablaba con acento irlandés que para nosotros resultaba más fácil de entender. Muy cerca, un representante del Ejército de Salvación, emitía histéricos gritos en favor de la omnipotencia de Dios, mientras que un poco más allá, el dependiente de una tienda denunciaba los horarios de explotación a que estaban sometidos los empleados de los grandes almacenes... Aprendimos mucho escuchando el inglés hablado. Finalmente, por medio de un aviso, Vladimir Ilich encontró dos ingleses deseosos de intercambiar lecciones, y empezó a estudiar asiduamente con ellos. Logró conocer la lengua bastante bien.

Vladimir Ilich también estudiaba a Londres. No exploraba, sin embargo, los museos londinenses, excepto el Museo Británico, donde pasaba la mitad del tiempo. Pero se sentía atraído no por el museo sino por la biblioteca más rica del mundo y las comodidades que brindaba para el estudio de la ciencia. Los museos comunes aburrían a Vladimir Ilich. En el Museo de Historia Antigua daba signos de desusada fatiga después de los primeros diez minutos. Por lo general pasábamos muy rápidamente a través de las salas repletas de armaduras medievales y las interminables salas llenas de cerámica egipcia y de otros antiguas países. Recuerdo, no obstante, un pequeño museo del que Vladimir Ilich no podía alejarse. El Museo de la Revolución de 1848 en París, en la Rue des Cordeliers, donde examinaba cada pequeño objeto, cada dibujo con profundo interés. Para él era un fragmento de la lucha viviente. Cuando visité nuestro propio Museo de la Revolución en Moscú, imaginaba a Ilich allí absorbiendo cada detalle.

Ilich estudiaba al Londres viviente. Le deleitaba realizar largos paseos por la ciudad en ómnibus. Le atraía el movimiento de esta enorme ciudad comercial. Las tranquilas plazas, las casas individuales con sus entradas separadas y sus brillantes ventanas adornadas con plantas especiales, las calzadas frecuentadas por las berlinas muy lustradas, todo ello impresionaba fuertemente; pero escondidas muy cerca se hallaban las callejuelas miserables —habitadas por el pueblo trabajador londinense—, donde las cuerdas de ropa colgaban a través de la calle y los chicos pálidos jugaban en las acequias; estas escenas podían

verse desde el asiento de un ómnibus. Por tales distritos andábamos a pie, y observando estos estridentes contrastes, entre la riqueza y la pobreza, Ilich solía murmurar con los dientes apretados, y en inglés: "*¡Two nations!*"

Sin embargo, aun desde lo alto de un ómnibus era posible apreciar muchas escenas características de la vida del pueblo. Ubicados frente a las tabernas se veían grupos de lumpenproletarios abogatados y sucios, en medio de los cuales podía descubrirse a alguna mujer borracha con un ojo amoratado y un vestido de terciopelo, roto y revolcado, del mismo color... En cierta ocasión observamos desde la plataforma de un ómnibus a un corpulento "bobby" [policía] —con su típico casco y barbijo— que llevaba delante de él, esposado, a un chiquilín que evidentemente había sido sorprendido en alguna ratería, y una compacta multitud lo seguía con gritos y silbidos en sus movimientos. Entre la gente del ómnibus también algunos se pusieron de pie y le gritaron algo al pequeño ratero. Vladimir Ilich, malhumorado, murmuró: "¡hum!". Una o dos veces realizamos un paseo en ómnibus hasta un distrito obrero durante la noche del día de pago. Alineados a lo largo del pavimento de una amplia calle había una interminable fila de puestos, cada uno iluminado por una luz de Bengala. El lugar se hallaba repleto de trabajadores de ambos sexos, quienes ruidosamente compraban toda clase de cosas y saciaban su hambre allí mismo. Vladimir Ilich se sentía siempre atraído por las multitudes de la clase obrera. Iba adonde podía encontrarlas. Concurría a las excursiones, en las cuales, los cansados trabajadores, contentos de estar lejos de la ciudad, se tendían por horas sobre el césped. Visitaba también las tabernas y salas de lectura. En Londres había salas de lectura con entrada directa desde la calle, las que carecían de comodidad para sentarse, con tarimas simplemente, a las que se adherían colecciones ordenadas de periódicos. En una época posterior, Ilich subrayaba que le hubiera gustado ver establecidas en toda Rusia soviética tales salas de lectura. Concurrimos asimismo a un pequeño restaurante... y a un templo. En los templos ingleses el servicio es generalmente seguido por un sermón, o en los templos *socializados* por una conferencia y discusión. A Vladimir Ilich le encantaba escuchar estas discusiones cuando la masa trabajadora tomaba parte en ellas. Revisaba los periódicos en busca de los anuncios de reuniones obreras en distritos apartados, donde no

había ninguna ostentación, ningún dirigente, sino simplemente trabajadores de taller, como los llamamos ahora. Las reuniones se dedicaban por lo general a la discusión de temas tales como el esquema de la ciudad jardín. Ilich escuchaba muy atento y luego exclamaba con alegría: "El socialismo emana simplemente de ellos. El orador dice tonterías, y un trabajador se levanta y en seguida, al tomar el toro por los cuernos, desnuda la esencia de la sociedad capitalista". Ilich siempre colocó sus esperanzas en el obrero inglés de la masa, quien a pesar de todo preservaba su instinto de clase. La gente que viaja a Inglaterra, por lo común, advierte sólo a la aristocracia del trabajo, la que ha sido corrompida por la burguesía, y se ha tornado ella misma pequeñoburguesa. Ilich, por supuesto, estudiaba también este estrato superior y las formas concretas que esa influencia burguesa asumía. Pero mientras no olvidaba en ningún momento el significado de este hecho, también se empeñaba en sentir el pulso de las fuerzas motoras de la futura revolución de Inglaterra.

No hay manera de relatar la extraña variedad de reuniones a que concurrimos en una u otra ocasión. Una vez nos hallábamos en un templo socialdemócrata. El socialista de turno leyó primero en voz alta, con su nariz pegada a la Biblia, y luego predicó un evangelio más o menos así: El éxodo de los judíos de Egipto simbolizó el éxodo de los trabajadores del reino del capitalismo al reino del socialismo. Cada uno permaneció de pie y cantó de un libro de himnos socialistas: "Llévanos, oh Señor, del reino del capitalismo al reino del socialismo". En otra oportunidad fuimos al mismo templo de las Siete Hermanas a conferenciar con el orador. Un joven leyó un discurso sobre socialismo municipal arguyendo que la revolución no era necesaria de ninguna manera. Y el socialista, que había actuado como sacerdote cuando realizamos nuestra primera visita al templo de las Siete Hermanas, declaró que llevaba doce años en el partido y durante ese tiempo venía luchando contra el oportunismo, ¡y el socialismo municipal era oportunismo puro y simple!

Nosotros no conocíamos mucho la vida cotidiana de los socialistas ingleses. Los ingleses son gente reservada. Consideraban la vida bohemia de los emigrados rusos con ingenua perplejidad. Recuerdo las preguntas que me planteó un socialdemócrata inglés a quien encontré en casa de los Takhtariev. "¿Realmente ha estado usted en la cárcel? Si

mi esposa fuera encarcelada yo no sabría qué hacer, estoy seguro. ¡Piense simplemente en esto: mi esposa encarcelada!" Cuán fuertemente se hallaba arraigada esta mentalidad pequeñoburguesa podíamos observarlo en la familia en cuya casa nos alojábamos, y por dos ingleses con quienes intercambiábamos lecciones. Aquí probamos por completo la total e insondable insustancialidad de la vida pequeñoburguesa del inglés. Uno de los ingleses que venía a casa por lecciones, y que era gerente de una gran librería, declaró que él pensaba que el socialismo era la más correcta teoría de evaluación. "Yo soy un socialista convencido", nos dijo. "En una época inclusive pronunció discursos socialist as. Entonces mi jefe me llamó y me dijo que los socialistas eran inútiles para él, y que si yo deseaba permanecer en su empresa tendría que mantener la lengua entre los dientes. Consideré esto y advertí que el socialismo vendría inevitablemente, bien que yo lo apoyara o no... y tengo mujer e hijos. Ahora, a nadie le cuento que soy socialista, pero puedo decírselo a usted".

Este Mr. Raymond, que conocía casi toda Europa, que había vivido en Australia y en otros lugares, que residía en Londres desde hacía años, no había logrado, sin embargo, ver ni la mitad de lo que Vladimir había observado en un año de estadía. Ilich en cierta ocasión lo llevó a algunas reuniones de Whitechapel. Como la mayoría de los londinenses, Mr. Raymond nunca había visitado esta parte de la ciudad, poblada por judíos rusos, quienes vivían su propio tipo de vida diferente del resto de la ciudad. Esto lo dejó estupefacto.

Teníamos también la costumbre de recorrer los suburbios. La mayor parte de las veces llegábamos hasta Primrose Hill, pues el viaje íntegro sólo costaba seis peniques. Casi todo Londres podía verse desde la colina: una vasta ciudad sumergida en el humo que retrocedía en la distancia. Aquí nos hallábamos junto a la naturaleza que penetraba profundamente en los parques y los verdes senderos. Nos gustaba ir a Primrose Hill porque estaba cerca del cementerio donde Marx fue sepultado. Realizáábamos frecuentes visitas al lugar.

En Londres nos encontramos con un miembro del grupo de Petersburgo, Appolinaria Alejandrovna Kakubova. En la época de Petersburgo se había mostrado muy activa y era muy estimada y respetada por todos. Mi relación con ella había sido particularmente amistosa, pues ambas trabajamos en la Escuela Dominical para adultos másá

allá de Nevsky. Eramos también amigas de Lydia Mikhailovna Knippovich. Después de escapar del exilio, Appolinaria se casó con Takhtariev, que antes fue director de *Rabotchaya Mysl* (El Pensamiento de los Trabajadores). Ahora vivían en Londres como emigrados y habían abandonado sus actividades partidarias. Appolinaria se alegró de nuestra llegada. Los Takhtariev nos tomaron bajo su protección, orientándonos para que fijáramos nuestro domicilio en barrios convenientes y económicos. Los veíamos a menudo, en consecuencia, pero como nosotros evitábamos toda alusión a la tendencia del *Pensamiento de los Trabajadores*, se mantenía cierta tensión en nuestras relaciones. Una o dos veces llegamos a la ruptura seguida de conciliación. Por fin, creo que en enero de 1903, los Takhtariev anunciaron firmemente sus simpatías con las ideas de *Iskra*.

Pronto llegó mi madre y decidimos hacer vida de familia, es decir, alquilamos dos cuartos y comíamos en casa. Pues habíamos descubierto que el estómago ruso no se adapta fácilmente a las "colas de buey", raya frita en grasa, tortas y otros misterios de la cocina inglesa. Lo más importante es que en esa época estábamos en la lista de pago de nuestra organización, y esto significaba que debíamos cuidar cada penique y vivir tan económicamente como fuera posible.

Desde el punto de vista conspirativo las cosas no podían andar mejor. En Londres, entonces, no se necesitaba ningún tipo de documento de identificación y uno se podía registrar con cualquier nombre. Otra ventaja era el hecho de que para los ingleses todos los extranjeros parecían iguales, y nuestra casera nos tomó por alemanes constantemente.

Después de un tiempo Martov y Vera Zassulich llegaron y establecieron una casa en familia junto con Alexeyev en uno de los grandes edificios con aspecto continental, no lejos de donde nosotros vivíamos. Vladimir Ilich no perdió tiempo en ordenarse para trabajar en el Museo Británico.

Por lo general se dirigía a ese lugar durante la mañana. Cuando él se marchaba venía Martov y abríamos y discutíamos la correspondencia. De este modo Vladimir Ilich se liberaba de una gran parte del cansador trabajo de rutina.

* Alusión a los residentes europeos. (N. del T.)

El conflicto con Plejanov estaba de algún modo terminado. Vladimir Ilich se fue por un mes a Bretaña a ver a su madre y a Anna Ilinichna; pasó el tiempo con ellas junto al mar. Le atraía el mar con su continuo movimiento y su interminable expansión. Realmente pudo descansar allí.

En Londres la gente inmediatamente vino a vernos. Tuvimos la visita de Inna Smidovich ("Dimka"), quien poco después salió para Rusia. Otro visitante fue su hermano, Peter Hermogenovich, a quien por sugestión de Vladimir Ilich llamamos "La Matrona". Acababa de cumplir un largo confinamiento en la cárcel. Después de su liberación se convirtió en un ferviente simpatizante de *Iskra*. Se consideraba un gran experto en falsificación de pasaportes. Sostenía que el mejor método era impregnarlos con transpiración. En una ocasión todas las mesas de nuestra "comunidad" fueron volcadas para servir de prensas a los pasaportes falsificados. Toda su técnica resultaba extremadamente primitiva, como sucedía con todo nuestro trabajo secreto en aquellos días. Al leer ahora la correspondencia con Rusia, mantenida entonces, uno se maravilla de las formas ingenuas de nuestro trabajo de conspiración. Todas nuestras cartas sobre pañuelos (pasaportes), cerveza en preparación, pieles de abrigo (literatura ilegal), todos esos nombres codificados de ciudades, que empezaban con la misma letra que el nombre real ("Ossip" por Odessa, "Terenty" por Tver, "Petya" por Poltava, "Pasha" por Paskov, etc.), el empleo de nombres de mujer en lugar de los hombres, era transparente en extremo. No nos parecía tan ingenuo entonces, sin embargo, y hasta cierto punto logró el cometido de cubrir las apariencias. En aquellos tempranos días los agentes provocadores no abundaban tanto, como aconteció después. Toda nuestra gente era digna de confianza y se conocía bien entre sí.

En Rusia el trabajo se realizaba por medio de los agentes de *Iskra*. Se les suministraban los ejemplares de *Iskra* y *Zarya* y los panfletos desde el exterior. Estos agentes se encargaban de que la literatura de *Iskra* fuese reimpresa en las imprentas ilegales y luego distribuida a los diversos centros. Asimismo, era parte de su tarea que *Iskra* no careciera de correspondencia y que el periódico se hallase bien informado respecto del trabajo ilegal que se estaba efectuando en Rusia. También recolectaban fondos para el periódico.

En Samara (en lo de Sonia) vivían los Krzhizhanovsky ("Roedores"),

Gleb Maximilianovich ("Claro") y Zinaida Pavlona ("El Caracol"). La hermana de Vlaidmir Ilich, María ("El Joven Oso"), también vivía allí. Samara se convirtió pronto en una especie de centro. Los Krzhizhanovsky tenían una capacidad especial para agrupar gente a su alrededor. Lengnik ("Kurz") se fue a vivir al sur, en Poltava (Petya). Lydia Mikahilovna Knippovich ("Tiita") vivía aún en Astrakán. En Pskov residían Lepeshinsky ("El Zapato") y Lyubov Nokolaevna Radchenko ("Pasha"). Por esa época Stepan Ivanovich Radchenko se hallaba por completo cansado de la tarea y había abandonado el trabajo ilegal. Pero su hermano Iván Ivanovich (conocido también como "Arcadio" y "Casiano") actuaba incansablemente en favor de *Iskra*. Era agente viajero. Otro agente que distribuyó *Iskra* por toda Rusia fue Silvin ("El Vagabundo"). En Moscú actuaba Baumann (apodos: "Víctor", "El Arbol", "La Corneja"), y en estrecho contacto con él Iván Vassilyevich Babushkin (alias "Bogdan"). Otro agente que se hallaba también en íntima relación con la organización de Petersburgo fue Yelena Dmitrievna Stassova (conocida también como "Absoluto" y "El Residuo"). *Iskra* mantenía activa correspondencia con todos estos agentes. Vladimir Ilich examinaba cada carta. Teníamos un conocimiento detallado de lo que hacían los diversos agentes de *Iskra*, y discutíamos su trabajo con ellos. Cuando los nexos entre ellos se quebraban los poníamos de nuevo en contacto entre sí, informándoles respecto de las interrupciones, etc.

Existía una imprenta en Bakú que trabajaba para *Iskra*. La tarea se realizaba con el mayor sigilo. Los hermanos Yenukidze estaban empleados allí, y el negocio era dirigido por Krassin ("El Caballo"). La imprenta se llamaba "Nissa".

Más tarde, tratamos de establecer otra imprenta en el norte (la imprenta de Akulina), pero muy pronto fracasó. La antigua imprenta ilegal en Kishinev, dirigida por Akim (León Goldman), ya se había derrumbado cuando nosotros vivíamos en Londres.

El transporte se organizó a través de Vilna (por medio de "Verde"). Los camaradas de Petersburgo trataban de realizar el transporte p r Estocolmo. Respecto de este tráfico, que funcionaba bajo el título de "cerveza", existía una interminable correspondencia. Solíamos despachar literatura a Estocolmo por peso y se nos informaba que la "cerveza" había llegado. Estábamos seguros que ésta se recibía en Petersburgo y continuábamos enviando literatura a Estocolmo. Más tarde,

en 1905, al retornar a Rusia, vía Suecia, descubrimos que la "cerveza" estaba todavía en la "fábrica", o en otras palabras, nuestra literatura había llenado una bodega entera en la Casa del Pueblo en Estocolmo.

"Pequeños barriles" se remitieron a través de Vardo. Sólo una vez se recibió un paquete; luego el tráfico se desorganizó. También enviamos "La Matrona" a Marsella, cuyo deber era ordenar un vehículo por medio de los cocineros que trabajaban en los barcos que iban a Batun. En este lugar la recepción de literatura la organizaron los camaradas de Bakú ("Los Caballos"). La mayor parte de esta literatura era arrojada al mar. (Se envolvía en papel impermeable, se depositaba en el agua en un lugar determinado y nuestros camaradas la extraían). Mikhail Ivanovich Kalinin, que entonces trabajaba en una fábrica de Petersburgo y era miembro de nuestra organización, nos entregó (a través de Stassova) la dirección de un marinero en Tolón. También se enviaba literatura por medio de Alejandría (Egipto) y se transportaba hasta Persia. Finalmente organizamos el tráfico a través de Kamenetz-Podolsk y Lwow (Galitzia). Aunque una gran suma de dinero, energía y tiempo se empleó en todo este trabajo de transporte, y se asumieron riesgos tremendos, probablemente no más de un décimo de la literatura despachada llegó a su destino. Usamos asimismo valijas de doble fondo y encuadernaciones de libros. Cuando nuestra literatura aparecía la gente se apoderaba de ella ansiosamente.

El folleto *¿Qué hacer?* alcanzó un gran éxito. Contenía la respuesta a un número de las cuestiones más esenciales y urgentes. Todos sentían profundamente la necesidad de una organización subversiva que trabajara en forma sistemática.

En junio de 1902 se efectuó en Belostok la Conferencia del Bund ("Boris"), donde la policía aprehendió a todos con excepción del delegado de Petersburgo. En relación con este hecho Baumann y Silvin fueron arrestados. En esta conferencia se decidió formar un comité organizador para convocar el congreso del partido. El problema, sin embargo, se arrastró indefinidamente. Fue necesario que los comités locales estuviesen representados, pero la naturaleza de éstos aparecía todavía informe y heterogénea. En Petersburgo la organización se escindió en un comité de trabajadores ("Manya") y un comité intelectual ("Vanya"). El deber principal del comité de los trabajadores residía en conducir la lucha económica, ¡y la de los intelectuales dirigir la alta

política! En realidad esta "alta política" resultaba bastante débil, pues se parecía más a la política liberal que a la revolucionaria. Tal tipo de estructura había surgido del *economismo*. Esta tendencia (concentración sobre el trabajo económico con desdén del aspecto político), aunque derrotada en principio todavía permanecía firmemente arraigada en muchos lugares. Iskra estimaba esta estructura en su verdadero valor. Vladimir Ilich desempeñó un papel especial en la lucha por una estructura organizadora correcta. Su *Carta a Yerem*, mejor conocida como *Carta a una camarada*, tuvo excepcional significado en la discusión de la organización del partido. Ayudó a fortalecer el carácter de clase trabajadora del partido, alentó a los obreros a participar en las deliberaciones sobre todos los problemas políticos más urgentes. Derribó el muro que la tendencia (economista) de *Rabocheye Delo* (La Causa de los Trabajaodres) había erigido entre los obreros y camaradas intelectuales. En el invierno de 1902-1903 se produjo una lucha desesperada de tendencias. Los partidarios de *Iskra* gradualmente ganaron terreno, pero no sin experimentar ocasionales "caídas".

Vladimir Ilich dirigió la lucha de los seguidores de *Iskra* al mismo tiempo que les advertía contra la concepción excesivamente simplificada del centralismo. Combatió toda tendencia de descubrir "amateurismo" en cada ejemplo vivo de autoactividad. Todo este trabajo de Vladimir Ilich, que tuvo una influencia tan profunda en la jerarquía de los comités, es poco conocido por la presente generación. Sin embargo, es justamente este rasgo lo que determinó el carácter de nuestro partido y colocó las bases de su actual organización.

Los "economistas" de *Rabocheye Delo* se mostraban particularmente agriados por esta lucha, porque les privaba de influencia y no les gustaba "recibir órdenes" del exterior.

El 6 de agosto el camarada Krassnukh llegó a Petersburgo para negociar sobre cuestiones de organización. Su contraseña era "¿Ha leído usted el número 47 del *Ciudadano*?". De aquí que se le conociera entre nosotros por el seudónimo de "Ciudadano". Vladimir Ilich habló mucho con él sobre la organización de Petersburgo y su estructura. Otro participante en esta consulta fue P. A. Krassikov (alias "Músico", "Horquilla", "Ignacio", "Pancracio"), así como también Boris Nicolaevich Noskov. Enviamos a "Ciudadano" desde Londres a Ginebra para conferenciar con Plejanov y ser finalmente incluido en la "*Iskra*-fobia". Después

de un par de semanas llegó una carta de Petersburgo, firmada por "Yerem", la que expresaba opiniones respecto de cómo debía ser organizado localmente el trabajo. No quedaba claro a través de la carta si "Yerem" era un propagandista individual o un grupo. Pero esto no tenía ninguna importancia. Vladimir Ilich empezó a pensar en la respuesta. La contestación alcanzó la forma del folleto *Carta a un camarada.* Primero circuló en un duplicado y se distribuyó, y más tarde, en 1903, la publicó ilegalmente el comité de Siberia.

Al comienzo de septiembre de 1902 llegó Babushkin, después de haberse escapado de la prisión de Ekaterinoslav. Su huida de la cárcel y el paso de la frontera fue preparado con la ayuda de algunos escolares. Ellos le tiñeron el pelo, que después de un tiempo se tornó carmesí y atraía la atención general. En Alemania cayó en manos de las autoridades del distrito y apenas pudo evitar ser deportado a América. Lo alojamos en la casa comunitaria donde vivió durante todo el tiempo de su estada en Londres. Por esta época Babushkin había realizado grandes progresos en sus conocimientos políticos. Era ahora un revolucionario endurecido con sus propias opiniones. Tenía una amplia experiencia de todo tipo de organizaciones obreras, y por ser él mismo un obrero nada tenía que aprender respecto de la manera de aproximarse a los trabajadores. Cuando llegó por primera vez a la escuela dominical, hace años, era un muchacho carente de toda experiencia. Recuerdo un episodio. Al comienzo estaba en el grupo de Lydia Mikailovna Knipovich. Se estudiaba gramática rusa con la aplicación de ejemplos. Babushkin escribió en el pizarrón: "Habrá pronto una huelga en nuestra fábrica". Después de la clase, Lydia lo llamó aparte y lo recriminó: "Si quieres ser un revolucionario no debes hacerte notar como tal sino ser capaz de utilizar el autocontrol. . ." Babushkin se sonrojó, pero después llegó a considerar a Lydia como su mejor amiga, y a menudo la consultaba sobre nuestras actividades.

En esta época llegó Plejanov a Londres. Se convino una reunión conjunta con Babushkin. Se discutieron los asuntos de Rusia. Babushkin tenía su propia opinión, que él defendía muy firmemente. Era tan tenaz que comenzó a impresionar a Plejanov. Georgi Valentinovich lo observaba por cierto más atentamente. Pero Babushkin habló de su futuro trabajo en Rusia sólo con Vladimir Ilich, con quien se sentía en mayor incidente. Dos o tres días después de la llegada de Babushkin, nos asem-

incidente. Dos o tres días después de la llegada de Babushki, nos asombramos al entrar en el hogar comunitario, de encontrar todo muy limpio. Todo estaba ordenado, los periódicos pulcramente colocados sobre la mesa y el piso barrido. Parecía que Babushkin había puesto todo en orden. "El intelectual ruso es siempre sucio", dijo Babushkin. "Necesita un sirviente porque él mismo es incapaz de limpiar".

Pronto partió para Rusia. No lo vimos más después de esto. En 1906 fue apresado en Siberia mientras transportaba armas, y junto con otros camaradas fue fusilado ante una tumba abierta.

Mientras Babushkin aún estaba en Londres llegó un grupo de camaradas de *Iskra*, que había escapado de la cárcel de Kiev. Estos eran Baumann, Krokhmal, Blumenfeld, Walach (alias Litvinov, "Paposha") y Tarsis (alias "Viernes"). Blumenfeld había sido encarcelado en la prisión de Kiev, después de ser sorprendido en la frontera con direcciones y una valija repleta de literatura que trataba de introducir en Rusia.

Nosotros sabíamos que se preparaba una fuga de la prisión de Kiev. Deutsch, que acababa de aparecer en el horizonte, y era un experto en fugas, y conocía las condiciones de la cárcel de Kiev, aseveró que esto era imposible. La huida se logró, sin embargo. Sogas, ganchos de hierro y pasaportes fueron introducidos en la prisión. Durante los ejercicios los prisioneros maniataron al centinela y al guardia y saltaron sobre el muro. El único que no escapó fue Silvin, el último en el turno, y que debía contener al guardia.

Los días que siguieron a esa visita resultaron muy agitados.

En mitad de agosto llegó una carta del director de *Yuzhnyi Rabochy* (El Trabajador del Sur), un órgano ilegal popular. Se informaba sobre diversos acontecimientos que habían sucedido en el sur y afirmaba que deseaba entrar en las relaciones más íntimas posibles con la organización de *Iskra* y *Zarya*. También anunciaba su solidaridad con nuestras opiniones. Esto, por supuesto, fue un gran paso adelante en la tarea de unir fuerzas. En la próxima carta, sin embargo *Yuzhnyi Rabochy* desaprobaba la severidad de la polémica de *Iskra* con los liberales. Luego presentaba la sugestión, según la cual el grupo literario de *Yuzhnyi Rabochy* continuaría preservando su independencia, etc. Empezamos a sentir que no sería fácil llegar a un entendimiento final.

Más o menos en esa época se nos informó desde Samara que

Bronstein (Trotsky) había llegado a ese lugar después de su huida de Siberia. Decían que era un ferviente partidario de *Iskra* y provocó una buena impresión sobre todos. "Es un real pichón de águila", escribían los camaradas de Samara. Se le llamaba "La Pluma" y fue enviado a Poltava a negociar con *Yuzhnyi Rabochy*. De estas negociaciones recogió la creencia de que era posible trabajar con esta gente, y advertía, y exactamente formulaba los puntos en que *Yuzhnyi Rabochy* difería: 1) subestimación del movimiento campesino; 2) descontento frente a la aguda polémica con los liberales; 3) el deseo de permanecer como un grupo separado y publicar su propio órgano popular.

Poco después —creo que en octubre— Trotsky llegó a Londres.

Una mañana oímos un violento golpear en la puerta de calle. Yo sabía muy bien que si el golpe era desusado, debía ser para nosotros, y corrí escaleras abajo a abrir la puerta. Era Trotsky, y lo conduje a nuestro cuarto. Vladimir Ilich se acababa de despertar y estaba todavía en cama. Los dejé solos y fui a ver al cochero y a preparar café. Cuando regresé encontré a Vladimir Ilich todavía sentado sobre el lecho en animada conversación con Trotsky sobre un tema bastante abstracto. Tanto las calurosas recomendaciones sobre la "joven águila" como esta primera conversación obligaron a Vladimir Ilich a prestar particular atención al recién llegado. Habló mucho con él y salieron a caminar juntos.

Vladimir Ilich lo interrogó sobre su visita a *Yuzhnyi Rabochy*. Estaba satisfecho por la manera en que Trotsky formulaba la posición. Le gustaba el modo en que Trotsky era capaz de captar inmediatamente la sustancia íntima de las diferencias, y percibir a través de la envoltura de bien conocidas afirmaciones, el designio —bajo el disfraz de un periódico popular— de preservar la autonomía de su pequeño grupo.

Mientras tanto de Rusia llegaban insistentes llamados para que Trotsky regresara. Vladimir Ilich deseaba que él permaneciera en el exterior a fin de aprender y ayudar en la tarea de *Iskra*.

Plejanov en seguida observó a Trotsky con sospecha: veía en él un apoyo a la sección directiva más joven de *Iskra* (Lenin, Martov, Potressov) y un discípulo de Lenin. Cuando Vladimir Ilich envió a Plejanov un artículo de Trotsky él replicó: "No me gusta la pluma

de su "Pluma". "El estilo es simplemente un problema de práctica —respondió Lenin—, pero el hombre es capaz de aprender y será muy útil". En marzo Vladimir Ilich propuso a Trotsky como colaborador en la dirección de *Iskra.*

Poco después Trotsky marchó a París, donde comenzó a afirmarse con notable éxito.

Una nueva llegada de su exilio en Olekma fue Ekaterina Mihkailnovna Alexandrovna ("Jacques"). Había sido un miembro prominente de la *Narodnaya Volya,* y esto dejó su impronta en ella. No era en modo alguno una joven impetuosa e impulsiva como "Dimka", sino dueña de un gran autocontrol. Ahora se había convertido en simpatizante de *Iskra,* y lo que decía tenía mucho peso. Vladimir Ilich estimaba mucho a los viejos revolucionarios, miembros de la *Narodnaya Volya.* Cuando Ekaterina Mikhailnovna llegó, el hecho de que anteriormente hubiera pertenecido a Narodnaya Volya y ahora se uniera a *Iskra sin* duda influyó en la actitud de Lenin hacia ella. En cuanto a mí confieso que me atraía en extremo. Antes de que yo me convirtiera en una decidida socialdemócrata visité a los Alexandrov (Olminsky) para preparar mi ingreso a un círculo de estudio para obreros. Me impresionaron profundamente el modesto mobiliario, los montones de trabajos de estadísticas esparcidos por todas partes, Mikhail Stepanovich sentado en silencio en el fondo del cuarto, y las apasionadas sugestiones de Ekaterina Mikhailovna tratando de persuadirme de que me uniera a Narodnaya Volya. Le conté todo esto a Ilich antes de la llegada de Ekaterina Mikhailovna. Entramos en una fase de entusiasmo por ella. Vladimir Ilich tenía siempre estos períodos de atracción por la gente. Parecía discernir alguna cualidad valiosa en una persona y se adhería a ella... Ekaterina Mikhailovna se trasladó de Londres a París. No retornó y se convirtió en un firme apoyo del grupo de *Iskra.* En el segundo congreso del partido no dejó de estar relacionada con esa red de oposición que se tejía contra las tácticas de "captación" de Lenin. Finalmente ingresó en el comité central conciliatorio y luego abandonó el campo político.

Entre los camaradas que llegaron a Londres desde Rusia también recuerdo a Boris Goldman ("Adela") y Dolivo-Dobrovolsky ("Las Profundidades"). Había conocido a Goldman mucho tiempo atrás en Petersburgo, cuando trabajaba en la producción técnica e imprimía

los folletos de la Liga de la Lucha. Una persona en extremo variable, era en esa época simpatizante de *Iskra*. Según su seudónimo este hombre era extraordinariamente silencioso. Solía sentarse y quedarse quieto como una piedra. Retornó a Petersburgo, pero después de un tiempo perdió la razón. Después de parecer curado parcialmente se pegó un tiro. Resultaba muy difícil en aquellos días vivir en la "clandestinidad" y no todos tenían la fortaleza para soportarla.

Todo el invierno pasó entre intensos preparativos para el Congreso. En noviembre de 1902 se constituyó el comité de organización para realizar el congreso. (El comité de organización incluía representantes del *Trabajador del Sur*, la liga del Norte, Krasnukh, I. I. Radchenko, Krassilov, Lengnik, y Krzhizhanovsky; el Bund se abstuvo al comienzo de representación).

El título "Comité de organización" era por cierto adecuada. Sin él hubiera sido imposible realizar el congreso. Dentro de las condiciones más difíciles de la persecución policial debía efectuarse el complejo trabajo de coordinar grupos que o habían sido recientemente formados en su organización e ideas, o aún se hallaban en proceso de gestación. Lo que es más, los grupos locales de Rusia tenían que ser adaptados al mismo esquema de organización que los centros del exterior. En realidad, todo el trabajo de comunicación con el comité organizador y la preparación del congreso descansaba en los hombros de Ilich. Potressov estaba enfermo; sus pulmones no podían soportar las nieblas londinenses, y se hallaba en tratamiento en algún lugar. Martov estaba cansado de Londres y su vida de reclusión, y se había ido a París donde se encontraba varado. Deutsch, viejo miembro del grupo de Emancipación del Trabajo, que se había escapado del exilio, debía llegar a Londres. El grupo de Emancipación del Trabajo depositaba grandes esperanzas en él como hábil organizador. "Esperemos hasta que venga "Zhenka" (Deutsch)", decía Vera Ivanovna (Zasulich), "él organizará las comunicaciones con Rusia mejor que nadie". Plejanov y Axelrod también ponían grandes esperanzas en él, reconociéndolo como su representante en la dirección de *Iskra*, que cuidaría todos los detalles. Cuando Deutsch apareció, sin embargo, todo dejaba entrever que los largos años de separación de las condiciones de Rusia habían dejado huellas en él. Demostró ser del todo incompetente para manejar las comunicaciones con Rusia. Anhelaba la vida social y se

unió a la liga de Socialdemócratas Rusos en el Exterior. Estableció amplios contactos con las colonias rusas en el exterior, y pronto partió para París.

Vera Ivanovna (Zassulich) vivía permanentemente en Londres. Pero aunque ella escuchaba ansiosamente los relatos del trabajo en Rusia no era capaz de continuar la tarea de comunicaciones. Todo recaía sobre Vladimir Ilich. La correspondencia de Rusia tenía un tremendo efecto sobre sus nervios. Esperar semanas o aun meses, las contestaciones a las cartas, estar en la angustia del fracaso de algo, en estado de ignorancia respecto de cómo seguía el proceso, todo esto resultaba incompatible con el carácter de Ilich. Sus cartas a Rusia rebozaban de exigencias para que se le escribiera con exactitud: "Una vez más sincera y categóricamente rogamos y demandamos que nos escriba más a menudo y con mayor detalle; en particular hágalo *enseguida*, el mismo día en que reciba esta carta. Comuníquenos que la recibió, aunque sea mediante un par de líneas..." Sus cartas abrumaban exigiendo rapidez. Ilich pasaba noches sin dormir después de recibir noticias como éstas: "Sonia está tan silenciosa como una tumba", o "Zarin no viene al comité desde hace tiempo", o "no hay ningún contacto con la vieja".

Aquellas noches insomnes permanecen grabadas en mi memoria. Vladimir Ilich soñaba apasionadamente con la formación de un partido sólido y unido en el cual podrían sumergirse todas las agrupaciones individuales cuya actitud ante el partido estaba al presente basada en simpatías o antipatías personales. Deseaba un partido en el cual no hubiera barreras artificiales, particularmente las de carácter nacional. De aquí la lucha con el Bund. En esa época la mayoría del Bund adoptó el punto de vista "economista" de la *Rabocheye Delo*. Vladimir Ilich estaba convencido de que mientras el Bund pudiera preservar su autonomía en problemas puramente nacionales, inevitablemente coincidiría con la línea del partido. El Bund, no obstante, deseaba completa autonomía en todas las cuestiones. Hablaba en términos de su propio partido político, aparte del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, y sólo aceptaba afiliarse sobre bases federales. Tales tácticas eran suicidas para el proletariado judío. Los trabajadores judíos no podían resultar victoriosos por separado. Sólo fundiendo sus fuerzas con el proletariado de toda Rusia lograrían ser fuertes. Pero los "bun-

distas" no entendían esto. Por esta causa, la dirección ed *Iskra* debía entablar una fiera lucha con el Bund. Era una lucha por la unidad. Toda la mesa directiva se unió en este problema, pero los "bundistas" sabían que el abogado más vehemente de la unidad era Vladimir Ilich.

Pronto el grupo de Emancipación del Trabajo planteó de nuevo el problema de trasladarse a Ginebra, y esta vez Vladimir Ilich fue el único en votar contra el traslado. Se iniciaron los preparativos para el viaje. Vladimir Ilich estaba tan sobreexcitado que contrajo una enfermedad nerviosa llamada "fuego sagrado" que consiste en la inflamación de los nervios terminales de la espalda y del pecho. Cuando la erupción apareció consulté un manual médico. Por su naturaleza parecía el "sarpullido de los esquiladores". Takhtariev, que había hecho cuatro o cinco cursos de estudios médicos, confirmó mis sospechas, y yo pinté a Vladimir Ilich con yodo, que le provocó profundos dolores. No podíamos pensar en ir a consultar un médico inglés, pues hubiera costado una guinea. En Inglaterra los trabajadores a menudo se trataban ellos mismos en su hogar dado que los médicos eran muy caros. En el camino a Ginebra Vladimir Ilich se mostró muy inquieto; al llegar se derrumbó por completo y tuvo que permanecer en cama dos semanas.

En Londres una tarea que no afectó los nervios de Vladimir Ilich sino que le dio cierta satisfacción, fue la redacción del folleto *A los pobres de la aldea.* Los levantamientos de campesinos de 1902 le brindaron la idea de la necesidad de escribir un folleto en su favor. En este folleto explicaba a qué apuntaba el partido de los trabajadores, y por qué los campesinos pobres debían marchar junto a los trabajadores.

En abril de 1903 partimos para Ginebra.

CAPITULO QUINTO

GINEBRA, 1903

En Ginebra fuimos a vivir a un barrio de la clase obrera, Séchéron, en los arrabales de la ciudad. Ocupábamos una pequeña casa. Había una gran cocina con piso de piedra debajo, y tres cuartos pequeños arriba. La cocina servía también para recibir a los visitantes. La carencia de mobiliario la remediábamos con los cajones de embalaje para nuestros libros y la vajilla. Ignacio (Krassikov) solía burlarse de nuestra cocina llamándola "cueva de contrabandistas". No pasó mucho tiempo sin que no dispusiéramos de lugar para movernos. Siempre que necesitábamos tener una conversación confidencial debíamos ir a un parque vecino o la orilla del lago.

Algunos de los delegados empezaban ya a llegar. Primero, los Dementiev. Kostya (la esposa de Dementiev) simplemente asombró a Vladimir Ilich por su conocimiento del trabajo en transporte. "¡Eso es un verdadero transportista!", repetía. "Ella no charla sino que actúa". Otro recién llegado era Liubov Nikolaevna Radchenko, con quien nosotros nos hallábamos personalmente en términos muy íntimos. Conversamos durante horas sin interrupción. Luego llegaron los delegados de Rostov: Gussier y Lokerman; poco después Zemlyachka, Shotman (Berg), el "Pequeño Tío", "el Joven" (el hermano de Vladimir Ilich; Dimitri Ilich). Todos los días aparecía alguien. Hablamos con l s delegados sobre cuestiones tales con el programa y el Bund, y escuchábamos lo que tenían que decir sobre el tema. Martov estaba continua-

mente en nuestro lugar y no se cansaba de hablar con los delegados. Llegó Trotsky. Le habían permitido siquiera regresar. El delegado petersburgués, Shotman, recién llegado, fue enviado a hacer compañía a Trotsky, con propósitos de "adiestramiento".

Teníamos que explicar a los delegados la posición del grupo del *Trabajador del Sur*, el cual cubriéndose con el disfraz de un periódico popular deseaba reservarse para sí el derecho a mantener una existencia separada. Debíamos explicar que en las condiciones de ilegalidad un periódico popular no podía convertirse en un órgano de masas, no podía contar con una circulación masiva. La posición de Vladimir Ilich y Martov sobre esta cuestión fue defendida por Trotsky, pero atacada por Plejanov. Una reunión de delegados se celebró en el café Landold, donde discutieron Plejanov y Trotsky. Los delegados, la mayoría de los cuales habían estado en contacto con el *Trabajador del Sur*, en Rusia, consideraron más correcta la posición del grupo de Trotsky. Plejanov estaba fuera de sí.

Toda clase de meltentenidos surgió entre los integrantes de la mesa directiva de *Iskra*. La situación se tornó insoportable. La dirección se dividía por lo general en dos grupos: Plejanov, Axelrod, Zasulich, por un lado, y Lenin, Martov y Potressov, por otro. Vladimir Ilich presentó de nuevo la propuesta ya adelantada por él en marzo, según la cual un séptimo miembro, Trotsky, fuera incluido en la dirección. Esta inclusión no se concretó debido a la protesta categórica de Plejanov. En cierta ocasión Vladimir Ilich regresó de una estas reuniones poseído de tremenda cólera. "¡Condenado estado de cosas!", "Nadie tiene suficiente coraje para replicar a Plejanov. ¡Observen a Vera Ivanovna! Plejanov no le da respiro a Trotsky, y Vera sólo dice: "Igual que nuestro Jorge. Todo lo que hace es gritar": No puedo continuar así". Por un tiempo, antes del congreso, se incluyó a Krassikov: era esencial tener un séptimo miembro en la mesa directiva. A la vez Vladimir Ilich comenzó a pensar en la posibilidad de un triunvirato. Este resultaba un problema muy penoso, y nada se dijo a los delegados sobre él. El hecho de que la dirección de *Iskra*, como se había constituido anteriormente, ya no se adecuara al trabajo que debía realizar, era algo demasiado deprimente para discutir.

Algunos de los delegados presentaron quejas sobre los miembros del comité de organización. Uno fue acusado de ser demasiado brus-

co; otro, de lentitud; algún otro de pasividad, etc. También se observaron signos de descontento respecto de que *Iskra* era muy afecta a ordenar. Pero la opinión general prevaleció de que no había reales diferencias y de que todo andaría sin tropiezos después del congreso.

Todos los delegados habían llegado para esta fecha, con excepción de Claro y Kurz (Krzhizhanovsky y Lengnik).

CAPITULO SEXTO

EL SEGUNDO CONGRESO, JULIO-AGOSTO DE 1903

Se había proyectado previamente celebrar el congreso en Bruselas y las primeras sesiones se realizaron allí. En esa época vivía en Bruselas Koltsov, un viejo plejanovista, que se encargó de organizarlo todo. Sin embargo, no resultó tan fácil preparar el congreso en esa ciudad. Se instruyó a los delegados que debían informar a Koltsov. Pero después que cerca de cuatro rusos lo habían visitado, la dueña de casa dijo a Koltsov que no toleraría estas visitas y que si una persona más llegaba ellos debían abandonar inmediatamente la vivienda. Así, la esposa de Koltsov tenía que permanecer en la esquina, esperar a los delegados y enviarlos al hotel socialista "Coq d'Or", como creo que se llamaba.

Los delegados invadieron este hotel en ruidosos grupos, y Gussev, con un copa de coñac en su mano, cantaba arias de ópera cada noche en tonos tan altos que multitudes se reunían bajo las ventanas. A Vladimir Ilich le gustaba oír cantar a Gussiev, especialmente "Nos casamos fuera del templo..."

La sede secreta del congreso fue modificada a último momento. El partido belga pensaba que para propósitos subversivos era preferible celebrar el congreso en un gran depósito de un piso. Nuestra llegaba no sólo molestó a las ratas sino también a la policía. Se corrió el rumor de que revolucionarios rusos se estaban reuniendo en algún misterioso cónclave.

Cuarenta y tres delegados con voto decisivo y catorce con voto consultivo asistieron al congreso. Si se compara ese congreso con los del presente, en los que gran número de delegados se reúnen en representación de centenares de miles de miembros del partido, parece muy pequeño. No obstante, resultaba entonces un gran congreso. En el primer congreso de 1898 sólo estuvieron presentes ocho personas... Se advertía que un considerable avance se había realizado en estos cinco años. El hecho más importante residía en que las organizaciones que enviaban esos delegados ya no eran semimíticas sino definitivamente formadas y vinculadas con el movimiento de los trabajadores ahora en plena expansión.

¡Cuánto había deseado este congreso Vladimir Ilich! Durante toda su vida —justamente hasta este momento— asignó un significado excepcionalmente grande a los congresos del partido. Consideraba que el congreso del partido era la autoridad suprema. Ante él todas las personalidades debían ser descartadas; nada debía ser ocultado y todo ser dicho abiertamente. Para los congresos del partido Ilich siempre realizaba una completa preparación y meditaba cuidadosamente sus discursos. La juventud de hoy, que no sabe lo que es esperar años antes de lograr discutir en conjunto con todo el partido las cuestiones más urgentes de la política y las tácticas partidarias, y que no puede comprender las dificultades involucradas en la convocatoria de un congreso ilegal en aquella época, quizá no consiga entender esta actitud de Vladimir Ilich hacia los congresos del partido.

Plejanov esperaba el congreso tan ansiosamente como Ilich. Fue él quien inauguró el congreso. De la gran ventana del piso del depósito, cerca de la improvisada plataforma, colgaban insignias rojas. Todos estaban excitados. El solemne discurso de Plejanov resonó con auténtico *pathos*. ¿Cómo podía ser de otra manera? Los largos años de la emigración le parecían diluirse en el pasado. Ahora él estaba presente en el congreso del Partido Obrero Socialdemócrata ruso y lo inauguraba realmente.

En realidad el segundo congreso era el inaugural. Aquí se discutieron los problemas fundamentales de la teoría y se colocaron las bases de la ideología del partido. En el primer congreso lo único que se aprobó fue el título del partido y el manifiesto sobre su formación. Hasta la época del segundo congreso se carecía del programa del par-

tido. La mesa directiva de *Iskra* preparó este programa y lo discutió extensamente. Cada palabra y cada frase fue cuidadosamente pensada y recibió su base. Se produjeron acaloradas disputas. La correspondencia sobre el programa duró meses. Entre los miembros de la dirección, entre las secciones de Munich y Suiza. Mucha gente con mente práctica consideraba que estas disputas eran de carácter puramente académico y que importaba poco si frases tales como "más o menos" permanecían en el programa o no quedaban en él.

Vladimir Ilich y yo recordamos un símil que L. Tolstoi usaba en alguna parte: En cierta ocasión, mientras caminaba, distinguió a la distancia la figura de un hombre en cuclillas que agitaba los brazos en forma absurda; un loco pensó. Sin embargo, al acercarse comprobó que se trataba de un hombre que afilaba su cuchillo en la piedra del pavimento. Lo mismo sucede con las controversias teóricas. Oídas separadamente parece que no vale la pena discutir sobre ellas, pero una vez que se ha captado su médula se advierte que el problema tiene la máxima importancia. Esto ocurría con el programa.

Cuando los delegados empezaron a llegar a Ginebra el tema del programa se discutió con ellos como cuestión capital y en detalle. De todo lo discutido en el congreso esto fue lo que ocasionó menos tropiezos.

Otra cuestión muy importante debatida en el congreso fue la del Bund. En el primer congreso se resolvió que el Bund consituyera una sección del partido, aunque autónoma. Durante los cinco años transcurridos desde el primer congreso el partido realmente no había existido como un todo unificado, y el Bund llevó una existencia separada. Ahora bien, el Bund deseaba fortalecer esta autonomía y establecer simplemente relaciones federativas con el P. O. S. D. R. La razón fundamental de esta tendencia residía en el hecho que el Bund, que reflejaba el estado de ánimo de los obreros artesanales de las ciudades provinciales judías, estaba más interesado en la lucha económica que en la política, y en consecuencia tenía mucha más simpatía por los economistas que por *Iskra*. La cuestión era: ¿Debe haber en el país un partido fuerte y unido que aglutine alrededor de sí mismo a los obreros de todas las nacionalidades que viven en el territorio ruso, o debe haber varios partidos obreros dentro del país, separados según nacionalidades? Se trata de un problema de solidaridad internacional

dentro del partido. *Iskra* estaba en favor de la consolidación internacional de la clase trabajadora; el Bund se manifestaba por la autonomía nacional y las simples relaciones amistosas de contacto entre los partidos obreros nacionales en Rusia.

La cuestión del Bund se discutió también en detalle con los delegados visitantes y asimismo se resolvió, según la línea de *Iskra,* por una aplastante mayoría.

Más tarde, el hecho de la escisión oscureció para muchos la tremenda importancia de las cuestiones de principio que habían sido planteadas y resueltas en el segundo congreso. Durante la discusión de estos problemas, Vladimir Ilich se sintió particularmente cerca de Plejanov. El discurso de éste, según el cual el principio democrático esencial residía en que "la salvación de la revolución es la ley suprema", y que aun la idea de los derechos políticos universales debían ser considerados desde el punto de vista de este principio, produjo una profunda impresión en Vladimir Ilich. Catorce años después, cuando los bolcheviques se encontraron ante el dilema de hierro de tener que disolver la asamblea constituyente, Lenin recordaría este episodio.

Otro discurso de Plejanov, que se hallaba en consonancia con las ideas de Vladimir Ilich, fue el referente al significado de la educación popular como "garantía de los derechos del proletariado". En el congreso Plejanov también experimentó la proximidad de Lenin.

Al replicar a Akimov, un ardiente defensor de *Rabocheye Delo,* que se había propuesto sembrar la discordia entre Plejanov y Lenin, Plejanov respondió en broma: "Napoleón se empeñaba vehementemente en lograr que sus mariscales se separaran de sus mujeres; algunos de ellos cedieron aunque amaban a sus esposas. El camarada Akimov procede en este sentido como Napoleón; desea que me divorcie de Lenin a toda costa. Pero yo voy a demostrar un carácter más fuerte que los mariscales de Napoleón. No estoy dispuesto a divorciarme de Lenin, y espero que él no intente separarse de mí". Vladimir Ilich sonrió y sacudió la cabeza en forma negativa.

Cuando se discutía el primer tema de la agenda (la composición del congreso) surgió un incidente inesperado sobre la cuestión de invitar al representante del grupo *Borba* (Lucha) (Ryazanov, Nevzorov, Gurevich, etc.). El comité organizador deseaba proponer su pro-

pia opinión al congreso. El punto en discusión no era el Grupo Borba mismo sino el hecho que el comité organizador trataba de unir a sus miembros por su propia disciplina como separados del congreso. El comité organizador intentaba actuar como un grupo, que previamente decidía de qué modo debía votar y hablar cada uno de sus miembros ante el congreso como conjunto. De esa manera la autoridad suprema para un miembro del congreso sería un grupo y no el mismo congreso. Vladimir Ilich ardía de indignación. "Pavlovich" (Krassikov), que se levantó para rebatir estas tácticas, no sólo fue apoyado por Lenin, sino también por Martov y otros. Aunque el comité organizador fue disuelto por el congreso este incidente resultó digno de notarse y anunciaba ulteriores complicaciones de toda clase. Pero este tropiezo quedó relegado a segundo plano en tanto otras cuestiones de enorme importancia referentes a los principios debían entonces ser discutidas, por ejemplo, el problema del lugar del Bund dentro del partido y el del programa. Sobre la cuestión del Bund y de la dirección de *Iskra*, tanto el comité organizador como los delegados locales actuaron de acuerdo. El representante del *Trabajador del Sur* y miembro del comité organizador, Egorov (Levin) también se opuso definitivamente al Bund. Plejanov durante el intervalo lo felicitó y dijo que su discurso debía ser "repetido desde todas las terrazas".

Al comienzo del congreso habló Trotsky con verdadera competencia. Fue considerado entonces por todos como un ardiente partidario de Lenin y alguien lo llamó el ariete de Lenin. Ciertamente, Lenin mismo no pensaba en modo alguno en esa época que Trotsky podría fluctuar. El Bund fue derrotado totalmente. Quedó aclarado sin duda que las peculiaridades nacionales no debían obstaculizar la unidad de trabajo del partido, la solidaridad del movimiento socialdemócrata.

Por esa época tuvimos que trasladarnos a Londres. La policía de Bruselas comenzó a hostigar a los delegados y hasta deportaron a Zemlyachta y a alguien más. Hicimos, pues, las maletas. En Londres los preparativos para el traslado del congreso fueron realizados en todos sus aspectos por los Takhtariev. La policía londinense no opuso ninguna reserva.

Continuamos la discusión sobre el Bund. Entonces, mientras la cuestión del programa se trataba al nivel de la comisión, pasamos al cuarto tema de la agenda: la ratificación de la línea del órgano cen-

tral. *Iskra* fue aceptada unánimemente como tal, con la abstención del grupo de *Rabocheye Delo*. Se saludó a *Iskra con fervor*. Hasta el representante del comité organizador, "Popov" (Rozanov) dijo: "Aquí, en este congreso, vemos un partido unido, creado en gran medida a través de la actividad de *Iskra*". Akimov gruñó: "Si no aprobamos la mesa directiva de *Iskra* significará que sólo reconocemos un nombre". Trotsky replicó: "Nosotros no estamos aprobando un nombre, camarada Akimov, sino una norma, ¡la norma sobre la cual se construirá realmente nuestro partido!" Era la décima sesión. Faltaban aún treinta y siete.

Poco a poco las nubes comenzaron a espesarse sobre el congreso. Estábamos a punto de elegir el triunvirato del comité central. Un núcleo básico para el comité central no se distinguía todavía. La única candidatura indiscutida era la de Glebov (Noskov) a quien se consideraba un infatigable organizador. Otro candidato fuera de discusión hubiera sido "Claro" (Krzhizhanovsky) de haber estado en el congreso. Pero no había venido. El y "Kurz" (Legnik) tenían que ser votados por poder, "en confianza", lo que no era de ningún modo adecuado. Entre tanto, había demasiados "generales" presentes en el congreso, que eran candidatos para el comité central. Estos incluían a "Jacques" ("Stein", Alexandrova, "Fomin" (Krokhmal), "Stern" ("Kostya", Rosa Gabelstad), "Popov" (Rozanov) y "Egorov" (Levin). Todos ellos eran candidatos para dos vacantes en el triunvirato del comité central. Además de esto, cada uno conocía a los otros no sólo como activistas del partido sino también su vida personal. Había así una red completa de simpatías y antipatías personales. Cuanto más se acercaba la votación más tensa se tornaba la atmósfera. La acusación lanzada por el Bund y la Rabocheye Delo contra el centro extranjero que deseaba mandar, dictar, etc., aunque halló un rechazo concertado al comienzo, ahora empezaba a tomar cuerpo. Ellos tenían su influencia sobre el centro, sobre los vacilantes si bien quizá aún inconscientemente. ¿Las órdenes de quién se temían? No, por supuesto, las de Martov, Zazzulich, Starover y Axelrod. Se temía el dominio de Lenin y Plejanov. Pero se sabía que respecto del problema del trabajo en Rusia y de los estatutos, Lenin sería el factor determinante, y no Plejanov, quien se mantenía apartado del trabajo práctico.

El congreso ratificó la política de *Iskra*, pero aún tenía que elegir la mesa directiva.

Vladimir Ilich mocionó para que la dirección estuviera compuesta de tres personas. El informó con anterioridad sobre esta propuesta a Martov y Potressov. Martov defendió entre los delegados a su llegada la idea de una dirección de tres personas como la más conveniente. Cuando Vladimir Ilich entregó a Plejanov una nota con su propuesta respecto de la dirección éste último nada dijo y la puso en su bolsillo. Entendió lo que se preparaba, pero lo aceptó. En tanto existiera el partido el trabajo práctico era necesario.

Martov, más que ningún otro en *Iskra*, se mescló con los miembros del comité organizador. Muy pronto se persuadió de que el triunvirato se dirigía contra él, y que si él entraba ello permitiría desplazar a Zassulich, Potressov y Axelrod. Zassulich y Axelrod estaban extremadamente preocupados por este asunto.

En tal atmósfera, la controversia sobre el parágrafo primero de los estatutos se tornó particularmente aguda. Sobre la cuestión del parágrafo primero de los estatutos del partido Lenin y Martov discreparon tanto políticamente como en el aspecto de la organización. A menudo ellos habían diferido en otras ocasiones, pero anteriormente las diferencias surgieron dentro de los confines de un pequeño círculo y pronto fueron superadas. Ahora las diferencias aparecían en el congreso y todo aquel que tenía un resentimiento contra *Iskra*, contra Plejanov y Lenin, trataba de magnificar el desacuerdo en una gran cuestión de principio. Lenin comenzó a ser atacado por su artículo *Cómo empezar* y el libro *¿Qué hacer?* y se le acusó de ser personalmente ambicioso, etc. Vladimir Ilich habló severamente en el congreso. En su folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás*, escribió: "No puedo evitar recordar una de mis conversaciones en ese congreso con uno de los delegados del "Centro". "Qué atmósfera deprimente prevalece en nuestro congreso", se quejó ante mí. "¡Toda esta fiera lucha, esta agitación de uno contra otro, estas agudas polémicas, esta actitud sin camaradería!" "Qué cosa hermosa es nuestro congreso", le repliqué. "Oportunidad para la lucha franca. Expresión de opiniones. Tendencias que se revelan, grupos que se definen, manos que se levantan, decisiones que se adoptan. Una etapa pasa. ¡Adelante! ¡Esto me gusta, esto es vida! Es algo diferente de las interminables y cansadoras discusiones intelectuales que terminan no porque la gente haya resuelto los proplemas sino porque se ha cansado de hablar". El camarada del "Cen-

tro" me miró como sorprendido y se encogió de hombros. Habíamos hablado lenguajes distintos".

Estas citas sintetizaban perfectamente a Ilich.

Desde el comienzo mismo del congreso sus nervios se hallaban en la máxima tensión. La mujer en cuya casa nos alojábamos en Bruselas se mostró muy molesta porque Vladimir Ilich no comía los hermosos rábanos y quesos holandeses que ella servía para el desayuno, pues carecía de apetito ya entonces. En Londres entró en tal estado que dejó también de dormir y estaba en extremo inquieto.

Nadie esperaba una escisión. Recuerdo una conversación con Trotsky. No importaba la rudeza con que Vladimir Ilich hablaba en las discusiones; él era por completo imparcial cuando actuaba como presidente, y no se permitía la menor injusticia hacia un oponente. Con Plejanov el caso era en absoluto distinto. Cuando él presidía le gustaba mostrar su agudeza a costa del adversario. Después que Plejanov se hubiera gastado una broma tal como: "Los caballos no hablan, pero los asnos por desgracia lo están haciendo en este momento", Trotsky me dijo: "Persuada a Ilich para que asuma la presidencia, o de lo contrario Plejanov llevará las cosas a un rompimiento".

No era una cuestión de presidente, sin embargo.

Aunque en el problema de la posición del Bund dentro del partido, el reconocimiento de la tendencia de *Iskra* como "bandera", y la cuestión del programa, la mayoría de los delegados no difería, ciertamente un golfo bien definido se advertía en el instante en que el congreso se hallaba a mitad de camino y se tornó más profundo hacia el final. Estrictamente hablando, serias diferencias impedían el trabajo en conjunto o la hacían imposible si aún no se habían presentado en el segundo congreso. Ellas estaban todavía ocultas, potencialmente presentes, podría decirse. El congreso, según resultaba ahora claro, se dividía en dos campos opuestos. Mucha gente consideraba que la falta de tacto de Plejanov, la "fiereza" y la ambición de Lenin, los alfilerazos de Pavlovich y la injusta actitud hacia Zassulich y Axelrod eran las causas que habían provocado esta situación. Los delegados que aceptaban esta opinión apoyaban a los "ofendidos", pero si sólo se veía en esto individualidades contrapuestas se diluía la sustancia íntegra de las discusiones. Tampoco Trotsky captaba esta sustancia. El punto real residía en que los camaradas que se agrupaban alrededor de Le-

nin tenían una actitud mucho más seria frente a los principios, quería concretarlos a toda costa e inculcarlos todos dentro del trabajo práctico; el otro grupo poseía una conformación más superficial; se inclinaba a los compromisos, a las concesiones en los principios y se preocupaba más de los individuos.

La lucha se tornó excesivamente aguda durante las elecciones. Un par de escenas producidas antes de votar permanecen en mi memoria. Axelrod reprochaba a Baumann ("Sorokin") por lo que a él le parecía una falta de sentido moral y le recordaba algún chisme desagradable de los días de exilio. Baumann quedó en silencio y las lágrimas asomaron a sus ojos.

Recuerdo otra escena. Deutsch reconvenía agriamente a "Glebov" (Neskov) sobre algo. Este último levantó su cabeza y con centelleante mirada dijo en forma cortante: "¡Conserva la boca cerrada, viejo decrépito!"

En congreso terminó. "Glebov", "Claro" y "Kurz" fueron elegidos miembros del comité central. Entre cuarenta y cuatro votos decisivos hubo veinte abstenciones. Plejanov, Lenin y Martov fueron elegidos para integrar el periódico central. Martov rechazó unirse a la dirección de *Iskra*. La escisión se había producido.

CAPITULO SEPTIMO

DESPUES DEL CONGRESO, 1903-1904

En Ginebra, adonde retornamos después del congreso, comenzó una batalla de recriminaciones. Los más insistentes en este sentido, eran en Ginebra los *émigrés*, que pertenecían a la colonia rusa de otras ciudades. Miembros de la Liga de Socialdemócratas rusos en el exterior solían llegar y preguntar: "¿Qué aconteció en el congreso? ¿Sobre qué disputaron? ¿Por qué deseaban separarse?"

Plejanov, que estaba totalmente aburrido de estas preguntas, refirió en cierta ocasión: "Vino N. N. Hizo muchas preguntas y repetía: "¡De modo que yo soy un asno como Burinadov!" "Así yo le pregunté a mi vez: ¿Por qué como Buridanov, en particular...?"

También empezaba a llegar gente de Rusia. Incidentalmente vino de Petersburgo Yerem, a cuyo nombre Vladimir Ilich había dirigido su carta a la organización de Petersburgo un año antes. El se alineó en seguida con los mencheviques y nos visitó. Al encontrarnos adoptó una actitud melodramática y dirigiéndose a Vladimir Ilich gritó: "¡Yo soy Yerem!" Luego empezó una perorata sobre la razón por la que acompañaba a los mencheviques... Recuerdo también a un miembro del comité de Kiev que insistía en descubrir cuáles eran los "cambios materiales" que determinaron la escisión del congreso. Yo lo miraba asombrada. No me había encontrado nunca con una interpretación tan primitiva de la correlación entre la "base" y la "superestructura". Ni siquiera había supuesto que podía existir.

La gente que antes nos ayudaba con donaciones o nos permitía utilizar sus departamentos para reuniones, u otros fines, retiró esta ayuda bajo la influencia de los mencheviques. Recuerdo una de mis antiguas relaciones, que con su madre se hallaba en Ginebra visitando a su hermana. En nuestra niñez habíamos realizado tan hermosos juegos de viajeros salvajes que vivían en los árboles, que me alegré mucho de oír sobre su llegada. Ahora ella no era joven de ningún modo, y se había convertido en una persona muy diferente. En nuestra conversación se menciona la ayuda que su familia había prestado siempre a los socialdemócratas. "No podemos ya permtirles a ustedes utilizar nuestro departamento para reuniones", declaró. "Consideramos esta separación entre bolcheviques y mencheviques muy desfavorablemente. Estos escándalos personales tienen un efecto dañino sobre la causa". Pero en lo que concernía a Ilich y a mí nuestra actitud era: ¡Que el diablo se lleve a estos "simpatizantes", que no pertenecen a ninguna organización y que imaginan que por prestar sus comodidades o contribuir con algún dinero están autorizados a influir en los problemas del partido proletario!

Vladimir Ilich escribió inmediatamente a Claro y a Kurz en Rusia sobre todo lo que había acontecido. En Rusia ellos susurraban y balbuceaban, pero eran incapaces de aconsejar algo útil. Por ejemplo, proponían el regreso de Martov a Rusia, escondiéndolo en algún lugar alejado, para que escribiese panfletos populares. Se decidió enviar a Kurz al exterior.

Después del congreso Vladimir Ilich no planteó ninguna objeción cuando Glebov propuso conservar a los antiguos miembros de la dirección: soportar el estado de cosas anterior era mejor que un rompimiento. Pero los mencheviques rehusaron. En Ginebra, Vladimir Ilich trató de llegar a un acuerdo con Martov. Escribió a Potressov a fin de que lo convenciera de que no había ninguna causa real para una escisión. También escribió sobre el caso a Kalmykova ("Tiita") y le contó cómo se mantenía la situación. Aún no podía creer que no existiera una salida. Sabotear las decisiones del congreso, comprometer el trabajo en Rusia y la actividad del partido recientemente formado le parecían a Vladimir Ilich simple locura, algo increíble. Había momentos en que él veía claramente que una ruptura era inevitable. En cierta ocasión comenzó a escribir a Claro para advertirle que no conocía cuál

era la verdadera situación, que había que entender que las viejas relaciones habían cambiado radicalmente, que la vieja amistad con Martov estaba terminada: tenían que ser olvidados los antiguos amigos y la lucha recomenzada. Mas la carta no fue ni terminada ni enviada por Vladimir Ilich. Resultaba particularmente difícil para él romper con Martov. El trabajo conjunto en Petersburgo, el período de tareas en la vieja *Iskra*, los había unido de manera íntima. En aquellos días Martov, que estaba especialmente impresionable, había mostrado un agudo sentido para captar las ideas de Lenin y desarrollarlas de manera talentosa. Finalmente, Vladimir Ilich combatió con vehemencia a los mencheviques, pero toda vez que Martov, aun en el mínimo grado, retomaba la línea correcta, revivía su vieja actitud hacia él. Tal fue el caso, por ejemplo, en París, en 1910, cuando Martov y Vladimir Ilich trabajaron juntos en la dirección de *El Social Demócrata*. Al llegar a casa desde la oficina, Vladimir Ilich a menudo solía relatar que Martov recuperaba la línea justa, o que se oponía a Dan. Más tarde, de regreso a Rusia, cuánto alegró a Vladimir Ilich la posición de Martov en los días de julio (1917); no porque resultaba de alguna ventaja para los bolcheviques sino porque actuaba dignamente, como correspondía a un revolucionario.

Cuando Vladimir Ilich estaba muy enfermo, me dijo tristemente: "Martov está moribundo también, según dicen..."

La mayoría de los delegados al congreso (los bolcheviques) retornaron a Rusia a trabajar. Todos los mencheviques permanecieron. En verdad, se les agregó Dan. En el exterior creció el número de sus seguidores.

Los bolcheviques que quedaron en Ginebra se reunían periódicamente. En estas reuniones Plejanov adoptaba la misma actitud intransigente y se burlaba de todos.

El miembro del comité central, Kurz, alias Vassiliev (Lengnik), llegó por fin. Se sintió abrumadoramente deprimido por la atmósfera de mutuos reproches prevaleciente en Ginebra. Fue aplastado con una carga de problemas: investigación de disputas, enviar gente a Rusia, etcétera.

Los mencheviques alcanzaron algunos éxitos en los círculos de los *emigrés* y decidieron presentar lucha a los bolcheviques. Convocaron un congreso de la Liga de Socialdemócratas Rusos en el Exterior para

oír el informe de Lenin, que era el delegado de la Liga ante el segundo congreso. En esa época el comité directivo de la Liga incluía a Deutsch, Litvinov y yo misma. Deutsch insistía en la celebración de un congreso de la Liga, pero Litvinov y yo nos oponíamos sabiendo muy bien que según las condiciones prevalecientes, el congreso se convertiría en un absoluto escándalo. Luego Deutsch recordó que el comité también incluía a Vechesslov, que vivía en Berlín, y a Leiteisen, que residía en Paris. En realidad, ellos no habían participado en el trabajo del comité de la Liga por mucho tiempo, pero no habían renunciado de manera oficial. Se les pidió que votasen y lo hicieran a favor del congreso.

Mientras se dirigía en bicicleta al congreso de la Liga, Vladimir Ilich, que iba abstraído en sus pensamientos, chocó con la parte trasera de un tranvía y estuvo a punto de perder un ojo. Apareció ante el congreso pálido y vendado. Los mencheviques lo atacaron con odio feroz. Recuerdo una escena turbulenta y revivo los rostros frenéticos de Dan, Krokhmal y otros, que estaban de pie y golpeaban el frente de sus escritorios.

En el congreso de la Liga los mencheviques eran numéricamente más fuertes que los bolcheviques. Sin embargo, había más "generales" entre su nómero. Los mencheviques adoptaron un estatuto de la Liga que la convertía en una fortaleza de su fracción, la tornaba independiente del comité central y otorgaba a los mencheviques el derecho de editar sus propias publicaciones. Al punto, Kurz (Vassiliev), en nombre del C. C., exigió el retiro de los estatutos, y como esto no fue obedecido él declaró disuelta la Liga.

Los nervios de Plejanov no soportarían el escándalo perpetrado por los mencheviques y declaró: "No puedo tirar contra mi propio lado".

En la reunión de los bolcheviques Plejanov expresó que debíamos llegar a un compromiso. "Hay momentos —dijo— en que hasta la autocracia está obligada a establecer un compromiso". "Entonces esto sig—nifica vacilar", replicó Liza Knuniantz. Plejanov le arrojó una mirada cargada de enojo.

Plejanov decidió, a fin, según expresó, de preservar la paz en el partido, integrar la vieja dirección de *Iskra.* Vladimir Ilich renunció a la mesa, aclarando que entregaría colaboraciones y no insistiría en

la publicación de su renuncia ante la dirección. Dejamos que Plejanov tratara de hacer la paz; él no estorbaría el camino de la concordia en el partido. Justamente antes de esto, Vladimir Ilich había escrito una carta a Kalmikova: "No puede haber un camino peor y más ciego que abandonar el trabajo". Al dejar la dirección él estaba internándose en tal camino muerto y lo comprendió. La oponisión exigió, además, el ingreso de representantes en el C. C. —dos asientos en el consejo— y que las discusiones del congreso de la Liga fueran reconocidas como válidas. Se convino en elegir dos representantes de la oposición ante el C. C., darles un lugar en el consejo y gradualmente reorganizar la Liga. Pero la paz no se obtuvo. Los compromisos de Plejanov envalentonaron a la oposición. Plejanov insistía en que un segundo representante del C. C., Rou (alias Konyaga, y cuyo nombre real era Galperin) debería dejar el consejo para ser remplazado por un menchevique. Vladimir Ilich por un largo tiempo dudó ante esta nueva concesión. Recuerdo cómo nosotros tres —Vladimir Ilich, Konyaga y yo— permanecimos esa noche cerca de la orilla del turbulento lago de Ginebra. Konyaga persuadió a Vladimir Ilich de aceptar su renuncia. Por fin, Vladimir accedió, y fue a ver Plejanov para expresarle que Rou dejaría el consejo.

Martov publicó un folleto, *Estado de sitio*, repleto de las más violentas acusaciones. Trotsky también escribió un folleto, *Informe de la delegación de Siberia*, en el cual los acontecimientos eran pintados por completo en el espíritu de Martov; Plejanov aparecía representado como un instrumento en manos de Lenin, etc.

Vladimir Ilich escribió su respuesta a Martov en la forma de un folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en el cual él hacía un detallado análisis de los acontecimientos del congreso.

Al mismo tiempo, la lucha estallaba en Rusia. Los delegados bolcheviques formulaban informes sobre el congreso. El programa adoptado en el congreso y la mayoría de las resoluciones eran saludados con gran satisfacción por las organizaciones locales. Para ellos la oposición de los mencheviques resultaba de lo más claro. Se adoptaron resoluciones que exigían que las decisiones del congreso fuesen obedecidas. Uno de nuestros delegados, que realizó un trabajo particularmente duro en esa época fue el "pequeño Tío" (Lydia M. Knippovich) quien, como una antigua revolucionaria, era por completo inca-

paz de entender cómo tal indisciplina hacia las decisiones del congreso podía ser posible. Ella y otros camaradas en Rusia escribieron estimulantes cartas. Uno tras otros los comités se alinearon junto a los bolcheviques.

Llegó Claro. El no había imaginado la extensión de la barrera que ya se había levantado entre boscheviques y mencheviques. En la creencia de que era posible reconciliar a las dos fracciones fue a hablar con Plejanov. Descubrió, sin embargo, que tal propósito era del todo inalcanzable, y regresó en un estado de ánimo deprimido. Vladimir Ilich estaba aún más sombrío.

Al comienzo de 1904 llegó a Ginebra Celia Zelikson, "El Barón" (Essen), representante de la organización de Petersburgo, y el obrero Wakar. Ambos eran seguidores de los bolcheviques, y a menudo visitaban a Vladimir Ilich. Conversaban no sólo de la querella con los mencheviques tino también del trabajo en Rusia. "El Barón", que era una persona muy joven entonces, se mostró eufórica sobre el trabajo en Petersburgo. "Ahora estamos colocando nuestra organización —dijo— sobre una base colectiva. Hay grupos separados en la tarea: el grupo de agitadores, grupo de propagandistas y grupos de organizadores". Vladimir Ilich escuchaba atentamente, luego de súbito preguntó: "¿Cuánta gente tienen ustedes en el grupo de propaganda?" "El Barón" pareció algo confundido y replicó: "Bien, por el momento sólo yo". "No muchos, es verdad", observó Lenin. "¿Y cuántos en el grupo de agitadores?" Enrojeciendo hasta la raíz de sus cabellos "El Barón" respondió: "Sólo yo hasta ahora". Ilich soltó una carcajada y "El Barón" también sonrió. Mediante un par de preguntas al azar, dirigidas a los puntos débiles, Ilich siempre era capaz de descubrir los hechos reales del residuo de los hermosos esquemas e informes altamente coloreados.

Más tarde llegó Olminsky (M. S. Alexandrov). Se había unido también a los bolcheviques. Otro recién venido fue "Zverka", "la Criatura Salvaje", que había escapado del lejano exilio.

"Zverka" (su nombre real era M. M. Essen), libre por fin, después del encierro en el exilio, se mostraba llena de alegría y energía, que contagiaba a todos los que estaban a su alrededor. No había nada de escepticismo o indecisión en ella. Se burlaba de todos los que se lamentaban o suspiraban ante la escisión. Los escándalos en el exterior no

parecían excitarla en lo más mínimo. En esa época había establecido una especie de recepción semanal, en Séchéron, para reunir a los bolcheviques entre sí más íntimamente. En estas "recepciones", sin embargo, no aparecían conversaciones "serias". Por el contrario, tenían el efecto de aventar los sentimientos que habían sido provocados por las riñas con todos los mencheviques. En esa atmósfera fue una gran diversión oír a "Zverka" cantar una canción cómica sobre un "niño bien" y al obrero Yegor, alto y calvo, unirse al coro. Este acababa de tener una charla mano a mano con Plejanov, y hasta se había puesto un cuello almidonado para la ocasión. Pero retornó de lo de Plejanov decepcionado y abatido. "Zverka" lo consoló con las palabras: "Animo, Yegor, vamos a continuar con la canción". "Ganaremos de cualquier modo". Ilich estaba radiante: esta alegría casi descarada parecía disipar su disminuido humor.

Bogdanov apareció entonces en el horizonte. En ese tiempo Ilich estaba poco familiarizado con sus trabajos filosóficos, y por otra parte, no lo conocía personalmente. Era evidente, sin embargo, que se trataba de un hombre capaz de ocupar una posición privilegiada en el partido. Su decisión de unirse a los bolcheviques tenía carácter definitivo. Se hallaba sólo en una visita temporaria, pues tenía extensos contactos en Rusia.

Por fin el período de eterna disputa se acercó a su fin. Ilich encontró que lo más difícil de todo resultaba romper definitivamente con Plejanov.

Durante la primavera Ilich trabó amistad con el viejo revolucionario de Narodnaya Volya, Natanson y su mujer. Natanson era un gran organizador del viejo cuño. Conocía multitud de gente, tenía un excelente conocimiento del valor de cada individuo, y entendía quién estaba mejor capacitado para las diversas clases de trabajo. Lo que particularmente impresionó a Vladimir Ilich fue que él no sólo tenía un excelente conocimiento del elemento de su propio partido sino también del de las organizaciones socialdemócratas y mejor que muchos de los miembros de nuestro comité central. Natanson había vivido en Bakú y conocía a Krassin, Postlovsky y otros. Vladimir Ilich pensó que sería posible persuadir a Natanson para que se convirtiese en socialdemócrata. Se hallaba muy cerca de este punto de vista. Alguien relató, algún tiempo después, cómo este viejo revolucionario sollozaba cuan-

do por primera vez en su vida presenció una enorme manifestación en Bakú. Había una sola cosa sobre la que Vladimir Ilich no podía concordar con él: Natanson no compartía la posición sostenida por los socialdemócratas en esa época respecto del campesinado. El trato íntimo con Natanson duró una quincena. Era un gran aamigo de Plejanov, y en verdad hablaba con él en segunda persona.[1] De un modo u otro Vladimir Ilich logró conversar con él sobre los problemas de nuestro partido y la escisión con los mencheviques. Natanson se ofreció para hablar con Plejanov. Regresó algo confundido; nosotros tendríamos que hacer concesiones...

El romance con Natanson se extinguió. Vladimir Ilich se enojó consigo mismo porque había llegado a conversar de los problemas socialdemócratas con alguien que era un extraño para el partido, y que esta persona había sido una especie de mediador. Quedó molesto consigo y también con Natanson.

Mientras en esa época el comité central en Rusia conducía una política conciliatoria y ambigua, los comités locales estaban firmes en apoyo de los bolcheviques. Era necesario convocar un nuevo congreso basado sobre Rusia.

En respuesta a la declaración de julio del comité central, que privó a Vladimir Ilich de la posibilidad de defender su punto de vista y de comunicarse con Rusia, él renunció al C. C. El grupo bolchevique, que alcanzaba a veintidós, aprobó una resolución sobre la necesidad de llamar al tercer congreso.

Vladimir Ilich y yo tomamos nuestras mochilas y nos fuimos a las montañas por un mes. "Zverka" había empezado a acompañarnos, pero pronto se cansó y exclamó: "A ustedes les gusta ir donde no se ve ni siquiera un gato, y yo no puede vivir sin gente". En verdad elegíamos siempre las sendas más primitivas y penetrábamos hasta el corazón de las montañas, lejos de los seres humanos. Vagamos durante un mes: ignorábamos cada día en dónde nos encontraríamos al siguiente; por la noche nos sentíamos siempre tan cansados que nos tirábamos en la cama y nos vencía el sueño instantáneamente.

Llevábamos muy poca plata y nos conformábamos, por lo general,

[1] Es decir, el uso familiar del tú en lugar del usted. Esto sólo se hace entre pariente, o amigos muy íntimo.

con huevos, quesos y cosas parecidas que acompañábamos con vino o agua de la fuente. Raramente nos sentábamos a comer ante una mesa bien servida. En una pequeña hostería, atendida por un socialdemócrata, un trabajador nos aconsejó: "No coman con los turistas sino con los cocheros, conductores y obreros. Lo hallarán dos veces más barato y comerán el doble". Así, aceptamos su consejo. Los modestos empleados públicos, mercaderes y otros semejantes, que aspiran a convertirse en burgueses, estarían más dipuestos a abandonar una excursión que sentarse ante la misma mesa como un sirviente. Esta inclinación pequeño-burguesa prevalece en toda Europa. Ellos hablan mucho sobre la democracia, pero sentarse a la misma mesa con su propio sirviente —no en casa, imagínense ustedes, sino en unu hotel de moda— está más allá de la sensibilidad de cualquier pequeñoburgués, que desea alternar "con la mejor gente". Vladimir Ilich se sentaba a la mesa con gran gusto, consumían lo que le servían, con especial apetito, y formulaba generosos elogios sobre la comida barata pero satisfactoria. Después preparábamos nuestras mochilas y seguíamos adelante. Las bolsas pesaban ciertamente: la de Vladimir Ilich contenía un voluminoso diccionario francés, y en la mía un libro en francés igualmente pesado, que acababa de recibir para su traducción. Ni el diccionario ni el libro, sin embargo, fueron abiertos siquiera una vez durante todo nuestro viaje; en lugar del diccionario mirábamos las montañas cubiertas de perpetuas nieves, los lagos azules y los rumorosas cascadas.

Después de pasar el tiempo de este modo por un mes, los nervios de Vladimir Ilich se normalizaron de nuevo. Parecía como si las corrientes de las montañas hubieran barrido las telarañas de la pequeña intriga. Pasamos agosto junto con los Bogdanov, Olminsky y Pervukhin en una pequeña aldea alejada, cerca del lago Bré. Con los Bogdanov discutimos un plan de trabajo. Bogdanov propuso incluir a Lunacharsky, Stepanov y Bazarov en la tarea literaria. El plan era publicar nuestro propio órgano en el exterior y agitar a Rusia con motivo del congreso.

Ilich se sentía otra vez completamente feliz, y por la noche cuando retornaba de casa de los Bogdanov, solía oírse un frenético ladrido; era el perro atado a la cadena con el que Ilich jugaba al pasar.

Cuando retornamos a Ginebra en el otoño nos mudamos de los suburbios de la ciudad más cerca del centro. Vladimir Ilich se unió

a la *Société de Lecture,* donde había una hermosa biblioteca, excelentes comodidades para trabajar y en la que se recibían gran número de periódicos en francés, alemán e inglés. Era muy cómodo trabajar en las la de consultas. Los miembros de la sociedad, en su mayor parte viejos profesores, raras veces visitaban la biblioteca. Ilich, en consecuencia, tenía el cuarto para sí.

El empleado de la *Societé de Lecture* de Ginebra podía testimoniar cómo llegaba hasta allí muy temprano un revolucionario ruso, con las botamangas del pantalón arremangadas, a la usanza suiza, para evitar el barro, y que él olvidaba estirar hacia abajo. Tomaba de nuevo los libros con los que no había terminado el día anterior. Ellos podrían ser sobre lucha en las barricadas o las técnicas de las ofensivas. Se ubicaba en el lugar acostumbrado ante la pequeña mesa cerca de la ventana, se alisaba el fino cabello de su cabeza calva con un gesto habitual y hundía su nariz profundamente en los libros. Sólo p eas veces se levantaba y entonces, lo hacía a fin de tomar un diccionario de un estante para la explicación de algún término no familiar. Solía también caminar de un extremo a otro de la sala por un momento, retornaba después a su asiento y en forma tensa garabateaba rápidamente algo en letra menuda sobre pequeños cuadrados de papel.

El podía descansar tranquilo, puesto que ningún camarada ruso irrumpiría aquí para comenzar a quejarse que los mencheviques habían dicho tal o cual cosa o se habían comportado indignamente en tal o cual lugar. Aquí se podía pensar sin ser distraído. y había mucho que pensar.

Rusia había comenzado la guerra con Japón, la cual ponía claramente en evidencia la podredumbre de la monarquía zarista. En la guerra japonesa entre los derrotistas se contaban no sólo los bolcheviques sino también los mencheviques y aun los liberales. Una ola de indignación popular se agitaba desde abajo. El movimiento de las clases trabajadoras entraba en una nueva etapa. Llegaban noticias, cada vez más frecuentes, sobre concentraciones públicas masivas celebradas en desafío de la policía, y luchas directas entre la policía y los trabajadores.

Frente al creciente movimiento revolucionario de masas las pequeñas rencillas de fracciones ya no nos perturbaban en la misma medida que lo habían hecho hasta recientemente. Estas disputas, en efecto, asumieron a veces el carácter de alboroto. Una ocasión, por ejem-

plo, fue cuando el bolchevique Vassiliev llegó del Cáucaso y quiso dar un informe sobre el estado de cosas en Rusia. Al comienzo de la reunión los mencheviques exigieron la elección de un presidium, aunque se trataba de un informe común que cualquier miembro del partido podía venir a oír y no de una reunión organizada. Los mencheviques al intentar convertir todo informe o lectura en una especie de contienda electoral, pretendían silenciar a los bolcheviques por "medios democráticos". Las cosas casi degeneraron en puñetazos. En la batahola alguien le desgarró la capa a Natalia Bogdanov (Natalia era la esposa de Bogdanov), mientras que otro resultó herido. Sin embargo, ya no nos asombrábamos tanto por estos hechos como anteriormente.

Ahora todos los pensamientos se volvían a Rusia. Se advertía una tremenda responsabilidad frente al movimiento de los trabajadores que se desarrollaba allá, en Petersburgo, Moscú, Odesa y otras ciudades.

Todos los partidos —liberales y socialistas revolucionarios incluidos— comenzaban a revelar su verdadera sustancia en forma particularmente clara. Los mencheviques también descubrían su fisonomía. Lo que dividía a los bolcheviques y a los mencheviques ahora se tornaba muy evidente.

Vladimir Ilich tenía la más profunda fe en el instinto de clase del proletariado, en su fuerza creadora, en su misión histórica. Esta fe no había nacido en Vladimir Ilich en un día. Se había plasmado en él durante los años en que estudió y meditó la teoría de Marx sobre la lucha de clases; cuando reflexionó sobre las verdaderas condiciones de la vida rusa; cuando al combatir la concepción de los viejos revolucionarios aprendió a contraponer al heroísmo de los militantes individuales el poder y el heroísmo de la lucha de clase. Así, no se trataba de una fe ciega en una fuerza desconocida sino de una profunda seguridad en el poder del proletariado y en su tremendo papel en la causa de la emancipación de los trabajadores. Era una certeza basada en el profundo conocimiento del tema, y en el más concienzudo estudio de las condiciones reales. Su trabajo entre el proletariado de Petersburgo revistió de formas vivientes esta fe en el poder de la clase trabajadora.

A fines de diciembre el período bolchevique *Vperiod* (Adelante) comenzó a aparecer. Además de Ilich, la dirección incluía a Olminsky y Orlovsky. Pronto Lunacharsky llegó a dar una mano. Sus artículos

y discursos, vibrantes de *pathos*, estaban en consonencia con el sentimiento bolchevique de ese tiempo.

El movimiento revolucionario en Rusia continuaba creciendo y al mismo tiempo la correspondencia con Rusia también se incrementó. Pronto se elevó a trescientas cartas por mes, que era una cifra enorme para aquellos días. ¡Y esto proporcionaba a Ilich una abundancia de material! En verdad él sabía cómo leer las cartas de los obreros. Recuerdo una carta, escrita por los trabajadores de las canteras de Odesa. Era un ensayo colectivo, compuesto por diversas manos que aparecían como rudimentarias, carente de sujetos, predicados, libre de puntos y comas. Pero irradiaba una inagotable energía y disposición para luchar hasta el fin, hasta la hora victoriosa. Era una carta en la cual cada palabra, aunque ingenua, resultaba elocuente por su inconmovible convicción. No recuerdo ahora a qué se refería la carta, pero recuerdo cómo era: el papel y la tinta roja. Ilich leyó la carta muchas veces y se paseaba de un lado al otro del cuarto absorbido en su pensamiento. No fue un intento vano cuando los picapedreros escribieron a Ilich su carta; se habían dirigido a la persona adecuada; a alguien que los entendía mejor que nadie.

Unos pocos días después de esta carta de los obreros de las canteras, llegó otra de Tanyusha, una joven propagandista de Odesa, que aparecía ahora justamente. Ella dio una concienzuda y detallada descripción de una reunión de los artesanos de Odesa. Ilich leyó esta carta y en seguida se sentó a responder a Tanyusha: "Gracias por la carta. Escriba más a menudo: son de gran importancia para nosotros las cartas que describen las actividades comunes de cada día. Recibimos excesivamente pocas de tales cartas".

En casi cada carta Ilich pedía a los camaradas rusos que proporcionaran más contactos. "La fuerza de una organización revolucionaria —escribía a Gussev— es el número de sus contactos". Solicitaba a Gussev que pusiera al centro bolchevique extranjero en relación con la juventud. Existe entre nosotros —sostenía— una clase de temor idiota y filisteo a la juventud, semejante al de Oblomod". Ilich escribía a su vieja amistad de los días de Samara —Alexei Andreyevich Preobrazhensky quien entonces vivía en el campo— y le pedía contacto con los campesinos. Requería de los camaradas de Petersburgo que cuando despachasen las cartas de los trabajadores hacia el centro en el exte-

rior, que no enviasen extractos o resúmenes sino la correspondencia original. Estas cartas de los obreros le decían a Ilich más claramente que cualquier otra cosa que la revolución se aproximaba y crecía. Estábamos ya en el umbral de 1905.

CAPITULO OCTAVO

EL AÑO 1905 EN LA EMIGRACION

Ya en noviembre de 1904, en el folleto *La campaña de le tierra* y *El plan* de *Iskra,* y después en diciembre, en los números 1-3 de *Vperiod,* escribía Ilích que el momento de la lucha de las masas por la libertad se aproximaba. Claramente experimentaba la cercanía del oleaje revolucionario. Pero una cosa es sentir que éste se acerca y otra saber que la revolución ya ha comenzado. En consecuencia, cuando la noticia del 9 de enero llegó a Ginebra, cuando las informaciones nos ilustraban respecto de la forma concreta en que la revolución había comenzado, parecía como si todo a nuestro alrededor hubiese cambiado, exactamente como si lo acontecido hasta ahora hubiera retrocedido hacia alguna parte del distante pasado. La noticia de los acontecimientos [1] del 9 de enero se conocieron en Ginebra a la mañana siguiente. Vladimir Ilich y yo íbamos a la biblioteca y encontramos a los Lunacharsky, que se dirigían a nuestra casa. Recuerdo la figura de la señora de Lunacharsky, Anna Alexandrovna, tan excitada que no podía hablar, y sólo agitaba desesperadamente su manguito. Nos dirigimos hacia donde todos los bolcheviques, que conocían las noticias de Petersburgo eran instin-

[1] El 9 de enero de 1905 ("el domingo sangriento") una pacífica concentración de trabajadores, encabezada por un sacerdote, el padre Gapon, intentó presentar una petición al zar en el palacio de Invierno en Petersburgo. Fueron atacados a tiros y la caballería cargó contra ellos con una pérdida de 200 muertos y 1.000 heridos. A esta masacre le siguió la lucha callejera en la capital, y una huelga general de protesta a través de toda Rusia.

tivamente atraídos: el restaurante para emigrantes de Lepechinsky. Deseábamos estar juntos. La gente allí reunida apenas hablaba algo entre sí; tan excitados se hallaban. Con rostros tensos cantaron la Marcha Fúnebre Revolucionaria. Todos estaban conmovidos con el pensamiento de que la revolución había comenzado, que los lazos de la fe en el zar se habían quebrado, que ahora se hallaba cerca el tiempo en que "la tiranía caerá y el pueblo surgirá... grande, poderoso y libre..."

Experimentábamos entonces la vida peculiar que todos los *emigrés* de Ginebra vivían en esos momentos: desde una edición del diario local *Tribune* hasta la otra.

Todos los pensamientos de Vladimir Ilich estaban centrados en Rusia.

Pronto llegó Gapon a Ginebra. En primer término entró en contacto con los socialistas revolucionarios, quienes trataron de pintar las cosas como si Gapon fuera "su" hombre, y en verdad todo el movimiento de los obreros de Petersburgo se debiera su su actividad. Ellos promovían a Gapon con todas sus fuerzas y lo elogiaban. En ese momento Gapon era el centro de la atención general, y el diario inglés *Times* le pagó sumas fabulosas por sus colaboraciones. Poco después que Gapon llegara a Ginebra una socialista revolucionaria vino directamente hasta nosotros e informó a Vladimir Ilich que Gapon deseaba vernos. Una entrevista se concertó en un café, en terreno "neutral". Entró la noche. Ilich no encendió la luz en su cuarto sino que se mantuvo caminando de un extremo a otro.

Gapon era una parte viviente de la revolución que barría a Rusia. Se hallaba estrechamente ligado a las masas trabajadoras, las cuales creían con devoción en él, por lo que Ilich estaba agitado por esta reunión.

Un camarada, en fecha reciente, preguntaba, con consternación, ¿cómo podía Ilich jamás tener algo que ver con Gapon?

Por supuesto, se pudo simplemente haber ignorado a Gapon, suponiendo por anticipado que nada bueno podía nunca venir de un cura. Esto es lo que hizo Plejanov, por ejemplo, al recibir a Gapon con gran frialdad. Pero la fortaleza de Ilich yacía precisamente en el hecho de que la revolución para él era algo viviente; era capaz de discernir sus rasgos, captando todos sus múltiples detalles al conocer y entender

lo que las masas deseaban. Y el conocimiento de las masas sólo se obtiene por íntima contacto con ellas. ¡Cómo podía Ilich pasar por alto a Gapon que estaba tan cerca de las masas y tenía tanta influencia sobre ellas!

Al retornar de su encuentro con Gapon, Vladimir Ilich relató sus impresiones. Gapon se hallaba entonces todavía envuelto en el espíritu de la revolución. Al hablar de los trabajadores de Petersburgo se encolerizó por completo, se agitó con indignación y reaccionó revulsivamente contra el zar y sus agentes. Esa reacción revulsiva fue muy ingenua, pero directa de cualquier manera. Se hallaba en consonancia con la indignación de las masas trabajadoras. "Tendremos sólo que enseñarle", expresó Vladimir Ilich. "Le he dicho: 'No escuche el halago, padrecito, estudie, o allá es donde usted se encontrará', y señalé debajo de la mesa".

El 8 de febrero Vladimir Ilich escribió en el número 7 de *Vperiod*: "Esperamos que G. Gapon, que ha experimentado y sentido tan profundamente la transición de las opiniones de un pueblo políticamente inconsciente a las perspectivas revolucionarias, tendrá éxito en trabajar para obtener esa claridad de amplitud revolucionaria indispensable en un dirigente político".

Pero Gapon nunca llegó a obtener esa claridad. Era hijo de un rico campesino ucranio, y hasta el fin conservó contactos con su familia y su aldea. Poseía un buen conocimiento de las necesidades de los campesinos, su lenguaje era simple y fácil para las rudas masas trabajadoras; este su origen, sus vinculaciones con el ambiente rural, constituye quizá uno de los secretos de su éxito; pero sería difícil descubrir a alguien que como Gapon se hallara tan embebido de la psicología del sacerdote. Anteriormente nunca había frecuentado círculos revolucionarios, y por su propia índole no era un revolucionario sino un clérigo astuto, preparado para cualquier compromiso. El mismo ha relatado lo siguiente: "En alguna época se abrigaban dudas sobre mí. La fe se había quebrantado en mí. Estuve muy enfermo y me trasladé a Crimea. Por este tiempo vivía allí un anciano que, se decía, llevaba una existencia santa. Fui hasta él a fin de lograr fortalecer mi fe. Me acerqué al anciano; la gente se congregaba junto al arroyo y él estaba oficiando misa. Pretendió hacer aparecer ante la multitud que San Jorge, el victorioso, emergía por un hueco en el arroyo. Pamplinas, por

supuesto. Pero, yo pensé, no es ésta la cuestión; el anciano tenía una profunda fe. Después de la misa me dirigí hacia él a pedir su bendición. Terminaba de quitarse la vestimenta y decía: 'y hemos establecido una tienda de velas aquí; el negocio ha sido muy bueno'. ¡He aquí la fe para ustedes! Bien, apenas logré llegar vivo a casa. Tenía entonces un amigo, el artista Vereschchagin, y éste subrayó: "¡Abandona el sacerdocio!" Mas pensé: en la villa mis parientes son ahora respetados, mi padre es el jefe de la aldea, honrado por todos, y luego se lo gritarían en la cara: '¡Tu hijo ha sido degradado!' Así, yo no abandoné el sacerdocio".

Este relato pinta concretamente a Gapon.

El no sabía estudiar. Había empleado mucho tiempo en aprender a tirar al blanco y a cabalgar, pero ignoraba el arte de llevarse bien con los libros. Es verdad que por consejo de Ilich comenzó a leer los libros de Plejanov. Pero los leía más por deber que por convicción. Gapon era incapaz de aprender por los libros. Sin embargo, tampoco pudo aprender de la vida. La psicología del sacerdote oscurecía su visión. Después él retornó a Rusia y se hundió en el abismo.

Desde los primeros días de la revolución toda la perspectiva se tornó inmediatamente clara para Ilich. Entendía que el movimiento crecería como un alud, que el pueblo revolucionario no se detendría a mitad de camino, que no podría ser contenido, que los trabajadores ya empujaban a la lucha contra la autocracia. Si los trabajadores serían derrotados o alcanzarían la vistoria, esto dependía del resultado de la contienda. Mientras tanto, para ganar ellos debían estar armados de la mejor manera posible.

Ilich tuvo siempre una especie de instinto particular, una profunda intuición respecto de lo que la clase obrera experimentaba en un momento dado.

Los mencheviques, que tomaban sus orientaciones de la burguesía liberal, la cual aún deseaba reorganizarse, hablaban de la necesidad de "desatar" la revolución. Ilich ya sabía que los trabajadores habían decidido luchar hasta el final y él estaba con ellos. Sabía que era arriesgado hacer un alto a mitad del camino, y esto habría desmoralizado tanto a la clase obrera, habría inferido un daño tan tremendo a la causa, que no podía ser emprendido en ninguna forma. Y la historia ha demostrado que en la revolución de 1905 la clase obrera sufrió una de-

rrota, pero no había sido vencida, pues su capacidad de lucha no fue quebrada. Esto no lo entendían quienes atacaban a Lenin por su "unilateralidad", y que, después de la derrota, no podían pensar en nada más que decir "no debimos haber recurrido a las armas". Para permanecer fieles a los trabajadores era imposible proceder de otro modo que recurrir a las armas, era imposible para la vanguardia dejar a la clase combatiente en la estacada.

Y Vladímir Ilich continuamente exhortaba a la vanguardia de la clase trabajadora —el partido— a luchar, a organizarse, y a trabajar para armar a las masas. Escribía sobre esto en *Vperiod* y en sus cartas a Rusia.

"El 9 de enero de 1905 reveló toda la gigantesca reserva de la energía proletaria revolucionaria, y al mismo tiempo la completa insuficiencia de la organización socialdemócrata", escribía Vladímir Ilich al comienzo de febrero en su artículo *¿Debemos organizar la revolución?* Cada línea de ese artículo resplandece con el llamado a tornar de las palabras a los hechos.

Ilich no sólo leyó con detención, estudió escrupulosamente y reflexionó sobre todo lo que Marx y Engels escribieron sobre la revolución y la insurrección. También examinó numerosas obras respecto del arte de la guerra considerando la técnica y la organización de la insurrección armada desde todos los puntos de vista. El se ocupó de esta tarea en mucha mayor medida que lo que la gente advertía, y sus referencias a los "grupos de choque" durante la guerra civil y a los "grupos de cinco y diez" no era la charla de un lego, sino una proposición bien fundada.

Los bolcheviques buscaban todos los medios posibles para enviar armas a Rusia, pero lo que se emprendía representaba sólo una gota en el océano. Un comité de lucha se formó en Rusia (Petersburgo) si bien trabajaba lentamente. Ilich escribió a Petersburgo: "En un asunto de esta índole debe haber menos esquemas uniformes y discusiones y charlas sobre fracciones en el comité de lucha y sus derechos. Aquí se requiere más frenética energía y aún más energía. Estoy absolutamente horrorizado que la gente pueda seguir hablando sobre bombas durante más de seis meses sin hacer una sola. Y es la gente más instruida la que habla. Hay que ir a los jóvenes, señores. Ese es el único camino de salvación. De otro modo, por Dios, ustedes llegarán tarde

(puedo ver esto claramente) y se encontrarán con notas "eruditas", planes, dibujos, esquemas y excelentes recetas, pero sin organización, sin empresa viviente... Por lo que más quieran, no se preocupen de todas las formalidades y esquemas, y el diablo se lleve todas sus "funciones, derechos y privilegios"...

Y los bolcheviques hicieron mucho ciertamente en el intento de preparar la insurrección armada desplegando a veces un increíble heroísmo, arriesgando sus vidas cada minuto. La preparación del levantamiento armado fue la divisa de los bolcheviques. Gapon también hablaba en términos de movimiento armado.

Poco después de su llegada él adelantó la propuesta para un acuerdo combatiente de los partidos revolucionarios. En el número 7 de Vperiod (5 de diciembre de 1905) Vladimir Ilich publicó una estimación de la propuesta de Gapon y examinó en detalle toda la cuestión de los preparativos para la lucha.

Gapon emprendió la tarea de proporcionar armas a los trabajadores de Petersburgo. Suscripciones de toda clase quedaron en sus manos y él compró armas en Inglaterra. El trato fue por fin cerrado. Se contrató un barco, el *Grafton*, cuyo capitán aceptó llevar las armas y descargarlas en una de las islas no lejos de la frontera rusa. Puesto que como no tenía idea alguna de cómo debía manejarse el problema del transporte ilegal, Gapon pensó que todo resultaría más fácil de lo que realmente era. Obtuvo de nosotros un pasaporte falso y contactos, y salió hacia Petersburgo para organizar la recepción. Vladimir Ilich veía en la totalidad de esta empresa, palabras que tenían que convertirse en hechos. Los trabajadores necesitaban las armas a toda costa. Nada, sin embargo, resultó de este intento, en absoluto. El *Grafton* encalló, y en general fue imposible llegar a la isla en cuestión. Pero tampoco en Petersburgo Gapon logró hacer nada. Tuvo que esconderse en los caseríos de la clase trabajadora con nombre supuesto. Se tornó extremadamente difícil entrar en contacto con la gente. Las direcciones de los revolucionarios sociales, donde iban a establecerse los arreglos para recibir las armas introducidas de contrabando, resultaron míticas. Sólo los bolcheviques enviaron gente a la isla. Todo esto produjo una impresión de estupor en Gapon. Vivir ilegalmente, pasar hambre, y permanecer por completo anónimo, era muy diferente a hablar en reuniones multitudinarias sin riesgo alguno. La organización del contrabando

de armas únicamente podía realizarse por gente de una cualidad revolucionaria del todo opuesta a la de Gapon, gente preparada para efectuar cualquier sacrificio inesperado.

Otra divisa anticipada por Ilich fue el apoyo a la lucha de los campesinos por la tierra. El apoyo habilitaría a la clase obrera, en su lucha, para confiar en el campesinado. Vladimir Ilich siempre prestó mucha atención al problema campesino. La única clase a la que él consideraba verdaderamente revolucionaria era el proletariado. Cuando el programa del partido se discutía en el segundo congreso Vladimir Ilich propuso, y la defendió enérgicamente, la premisa de devolverse a los campesinos los "lotes" de tierra que les habían sido arrebatados en la reforma de 1861.

Le parecía que a fin de atraer al campesinado era necesario defender una demanda concreta que se correspondiera tan íntimamente como fuera posible con las exigencias del campesinado. Por cierto que de la misma manera en que la socialdemocracia empezó su agitación entre los obreros con la lucha por el agua caliente (para el té), reducción de horas de trabajo, pago puntual de los salarios, así el campesinado debía ser organizado alrededor de una consigna concreta.

Los acontecimientos de 1905 obligaron a Ilich a considerar esta cuestión. Entrevistas con Gapon, campesino por su origen, que mantenía contacto con las aldeas; conversaciones con Matinshenko, un marinero del *Potemkin*, y con muchos obreros de Rusia que se hallaban íntimamente familiarizados con lo que acontecía en el ámbito rural, convencioneron a Ilich que la consigna del "lote-de-tierra" era inadecuada, que una consigna mucho más amplia tenía que ser lanzada, por la confiscación de la propiedad de los terratenientes y las tierras de la corona y de la Iglesia. No fue en vano que en una época Ilich examinara tan asiduamente las obras de estadísticas y pusiera al descubierto en el detalle la relación económica entre ciudad y campo, entre la industria pesada y la liviana, entre la clase obrera y el campesinado. Advirtió que había llegado el momento en que este nexo económico sirviera como base para una poderosa extensión de la influencia política del proletariado sobre el campesinado.

Recuerdo este incidente: Gapon en cierta oportunidad pidió a Vladimir Ilich que escuchara un manifiesto que había escrito, y que él comenzó a leer con gran *pathos*. El manifiesto estaba lleno de maldi-

ciones contra el zar. "No necesitamos al zar —rezaba el documento—, dejemos que exista un solo amo en la tierra, Dios, y todos vosotros seréis sus arrendatarios!" (Precisamente la reducción de las rentas de la tierra era la consigna combativa del movimiento campesino en esa época). Vladimir Ilich soltó una carcajada; la metáfora resultaba dolorosamente ingenua; sin embargo, por otra parte, indicaba con claridad cuán cerca estaba Gapon de las masas; él mismo un campesino, insuflaba en los trabajadores, que todavía retenían vínculos a medias con el ambiente rural, la pasión por la tierra que se mantenía latente en ellos desde tiempo inmemorial.

La risa de Vladimir Ilich molestó a Gapon. "Quizá no justamente así", expresó. "Dígame cómo y lo alteraré". Vladimir Ilich se puso serio un instante. "No —afirmó—, sería inútil, toda mi línea de pensamiento es diferente; escríbalo en su propio lenguaje y estilo".

Luego otra escena: ésta ocurrió después del tercer congreso, con motivo de la revuelta del *Potemkin*. La tripulación, internada en Rumania, se hallaba en un espantoso estado de necesidad. En este tiempo Gabon recibió una gran cantidad de dinero —por sus memorias y también toda clase de aportes para la revolución— y empleó días enteros en la compra de ropa para los tripulantes del *Potemkin*. El marinero Matinshenko, uno de los más prominentes participantes de la rebelión del acorazado, llegó a Ginebra. Inmediatamente estableció buenas relaciones con Gapon y se hicieron grandes amigos.

Durante esta época llegó un correligionario de Moscú (he olvidado el nombre). Era un joven de cara roja que trabajaba en una librería y que hacía muy poco que se había unido a los socialdemócratas. Refirió cómo y por qué se había adherido al partido, y finalmente comenzó una disertación para explicar por qué era correcto el programa socialdemócrata, exponiéndolo punto por punto con el ardor del novicio. Vladimir Ilich se aburrió tanto que se fue a la biblioteca, y me dejó al joven para que le diera té y obtuviera de él todas las noticias que pudiera. El mozo continuó recitando el programa. En ese instante entraban Gapon y Matinshenko. Justamente cuando me disponía a servirles té también a ellos, el joven llegaba al párrafo que trataba de la reivindicación de los "lotes de tierra" a los campesinos. Después de leer este punto explicó que los campesinos no podían ir más allá de la lucha por esta tierra, ante lo cual Gapon y Matinshenko se enfurecie-

ron y gritaban: "¡Toda la tierra para el pueblo!" No sé hasta dónde habrían llegado las cosas si Vladimir Ilich no hubiese retornado en ese instante. Rápidamente advirtió sobre qué se discutía y no se mezcló en la disputa. Pero se llevó a Gapon y a Matinshenko a su cuarto. Yo realicé un esfuerzo para desentenderme del joven de Moscú a la brevedad posible.

En la conferencia de diciembre en Tammerfors, Ilich mocionó para eliminar por completo del programa este punto sobre la tierra de los campesinos. En su lugar se insertó un párrafo sobre el apoyo que debía darse a las medidas revolucionarias del campesinado, incluyendo además la confiscación de las propiedades de los terratenientes y tierras fiscales, de la Iglesia, monasterios y de la corona.

El socialdemócrata alemán Kautsky, que entonces gozaba de gran popularidad, consideraba el asunto de manera muy diferente. Escribía en ese tiempo, en *Neue Zeit*, que en Rusia, por cierto, el movimiento revolucionario urbano debería permanecer neutral respecto de las relaciones entre el campesinado y los terratenientes.

Kautsky es ahora uno de los más prominentes traidores de la causa de los obreros, pero en aquel tiempo se lo estimaba como un revolucionario socialdemócrata. Cuando otro social demócrata alemán, Berstein, hacia el fin de la década del noventa, levantó la bandera de la rebeldía contra el marxismo, y trató de probar que las enseñanzas de Marx debían ser revisadas, que muchas de ellas habían envejecido, y que el objetivo (el socialismo) no representaba nada sino que el movimiento era todo, Kautsky se opuso abiertamente a Berstein y defendió las doctrinas de Marx. Entonces el nombre de Kautsky se rodeó de prestigio, como el discípulo más coherente y revolucionario de Marx. Por este motivo el juicio de Kautsky turbó y entristeció a Vladimir Ilich, y aun intentó excusarlo, diciendo que quizá eso fuera verdad para las relaciones europeas occidentales, pero que la revolución rusa sólo podía resultar victoriosa con el apoyo del campesinado.

Esta opinión de Kautsky, sin embargo, llevó a Ilich a confrontar si Kautsky reflejaba correctamente los puntos de vista de Marx y Engels. Vladimir Ilich estudió la actitud de Marx frente al movimiento agrario de América del Norte en 1848 y la posición de Engels ante Henry George. En abril Vladimir Ilich publicó su artículo: *Marx y el reparto negro americano.*

Terminaba este artículo con las palabras: "Difícilmente pueda hallarse en el mundo otro país en el cual el campesinado haya experimentado tantos sufrimientos, tanta opresión y humillaciones como en Rusia. En la medida en que fue más severa la opresión, tanto más poderosa será ahora el despertar, y mucho más ilimitada resultará su lucha revolucionaria. Es la tarea del proletariado conscientemente revolucionario apoyar esta lucha con todo su poder, a fin de borrar la vieja y maldita autocracia feudal de Rusia para crear una nueva generación de un pueblo libre y valiente, y exigir un nuevo país republicano, en el cual nuestra lucha proletaria por el socialismo se extenderá en completa libertad".

El centro bolchevique en Ginebra estaba situado en la esquina de la famosa *Rue de Carouge*, habitada por rusos *emigrés*, y el río Arne. Aquí se hallaban la dirección de *Vperiod*, la oficina de expedición, el restaurante bolchevique de Lepeshinsky, y los departamentos de Bonch-Bruevick, los Lyadov (Mandelstam) e Ilyin. Orlovky, Olminsky y otros eran asiduos visitantes a lo de Bonch-Bruevich. Bogdanov, que retornó a Rusia, llegó a un acuerdo con Lunacharsky (quien regresó entonces a Ginebra) para unirse a la mesa directiva de *Vperiod*. Lunacharsky se develó como un brillante orador y realizó una excelente contribución para ayudar a reforzar las posiciones bolcheviques. Desde entonces Vladimir Ilich estableció muy buenos vínculos con Lunacharsky, se alegraba ante su presencia, y fue un tanto parcial en su favor en la época de la diferencia con los simpatizantes de *Vperiod*. Y Anatoly Vassilievich (Lunacharsky) se mostraba siempre particularmente agudo e ingenioso frente a Lenin. Recuerdo una oportunidad —creo que en 1919 ó 1920— cuando Anatoly Vassilievich, que acababa de regresar del frente, describía sus impresiones a Vladimir Ilich, y cómo los ojos de este último centelleaban al escucharlo. Lunacharsky, Vorovsky, Olminsky, todos éstos fueron pilares de *Vperiod*. También hay que mencionar a Vladimir Dmitirevich Bonch-Bruevic, quien estaba a cargo de la parte comercial. Se mostraba siempre radiante, proyectaba grandes planes y constantemente ocupado en negocios de imprenta.

Los bolcheviques se reunían casi todas las noches en el café Landold, y ante un jarro de cerveza discutían los aconteciimentos en Rusia y formulaban planes...

Mucha gente se fue a Rusia. No pocos preparaban su retorno.

En Rusia proseguía la agitación para la reunión del tercer congreso. Tantas cosas habían cambiado desde el segundo congreso, tantas nuevas cuestiones surgían en la lucha diaria que otro congreso se había convertido en absoluta necesidad. La mayoría de los comités del partido estaban en favor del congreso. Se estableció un "buró de los comités de la mayoría". El comité central, por otra parte, había elegido muchos nuevos miembros, incluyendo también mencheviques, y se hallaba, en general, en actitud pacificadora aunque obstaculizaba la convocatoria del tercer congreso por diversos medios. Después del allanamiento del comité central, que tuvo lugar en Moscú, en el departamento del escritor Leonid Andreiev, sus miembros que permanecían en libertad accedieron a convocar el congreso, que se realizó en Londres. En este congreso hubo una clara mayoría de los bolcheviques, y por esta razón los mencheviques no enviaron sus delegados al congreso, pero los reunieron en una conferencia en Ginebra.

El comité central estuvo representado en el congreso por "Verano" (alias "Mark", "Lumbinov") e "Invierno" (Krassin). Mark se mostraba excesivamente sombrío, pero Krassin aparecía como si nada hubiera ocurrido. Los delegados atacaron ferozmente al comité central por su actitud conciliatoria. Mark se sentó muy silencioso y observaba con aire sumamente serio. Krassin también guardaba silencio y apoyaba su barbilla en la mano, aunque miraba serenamente, como si todos estos acres discursos no le concernieran en lo más mínimo. Cuando llegó su turno leyó su informe con voz calma sin contestar acusaciones. Y era evidente para todos que nada más debía decirse, que él había tenido inclinaciones conciliatorias que ahora había dejado atrás y que en adelante estaría en las filas de los bolcheviques y se mantendría con ellos hasta el fin.

Los miembros del partido conocen ahora el enorme y responsable trabajo emprendido por Krassin durante la revolución de 1905 al armar los destacamentos combatientes, dirigir el suministro de municiones, etc. Todo esto fue hecho secretamente, y sin ruido, lo que exigía un tremendo desgaste de energías. Vladimir Ilich conocía mejor que nadie esta tarea de Krassin, y desde entonces siempre lo estimó en gran medida.

Cuatro delegados llegaron desde el Cáucaso: Mikha Tskhakaya, Alesha Djaparidze, Leman y Kamenev. Había tres mandatos. Vladimir

Ilich inquirió respecto de cuáles de los cuatro delegados estaban autorizados para los tres mandatos. ¿Quién recibió la mayoría de votos? Mikha respondió consternado: "¡Cómo! ¿Usted cree que en el Cáucaso sometemos las cosas al voto? Decidimos todos los problemas como camaradas. Enviaron a cuatro de nosotros y no tiene importancia cuántos mandatos hay". Mikha demostró ser el delegado mayor entre los presentes; en esa época tenía cincuenta años. El inauguró el congreso. El comité de Polesia estuvo representado por Lyova Vladimirov. Le habíamos escrito muchas veces a Rusia sobre la escisión y no recibimos respuesta alguna. Pero en contestación a nuestras cartas sobre las posteriores extravagancias de los partidarios de Martov nos escribió relatándonos cuántos y qué volantes habían sido distribuidos, y dónde estallaron huelgas y demostraciones en Polesia. En el congreso Vladimirov mostró ser un firme bolchevique.

Otros delegados de Rusia presentes en el congreso incluían a Bogdanov, Postolovsky ("Vadim"), P. P. Rumyantsev, Rykov, Sammer, Zemlyachka, Litvinov, Skrypnik, Bur, Shklosky y Kramolnikov.

Todo lo que aconteció en el congreso producía la impresión de que el movimiento de la clase trabajadora en Rusia llegaba a su punto álgido. Se aprobaron resoluciones sobre la insurrección armada; sobre un gobierno revolucionario provisional; sobre la actitud hacia la táctica del gobierno en las vísperas de la revolución; sobre la cuestión de la acción abierta del P.O.S.D.R.; sobre las relaciones con el movimiento campesino; la actitud de los liberales; las organizaciones socialdemócratas de las naciones sometidas; sobre propaganda y agitación; sobre la sección del partido que se había separado, etc.

Además del problema referente a la confiscación de la propiedad terrateniente presentada por Vladimir Ilich, y a la que me he referido más arriba, el tercer congreso se caracterizó por otros dos problemas: el de los dos centros dirigentes y la cuestión de las relaciones entre trabajadores e intelectuales.

En el segundo congreso los elementos dominantes habían sido los *littérateurs* y los trabajadores prácticos, que habían realizado muchas actividades en favor del partido en una u otra forma, pero que estaban relacionados mediante nexos muy débiles con las organizaciones rusas que entonces sólo comenzaban a adquirir vida.

El tercer congreso, en consecuencia, exhibía una fisonomía muy

diferente. Por esta época las organizaciones en Rusia habían adquirido forma defintiva. Tenían el aspecto de comités ilegales que trabajaban en condiciones secretas muy difíciles. Debido a estas circunstancias los comités apenas si contaban con obreros fabriles entre sus miembros, aunque ejercían enorme influencia sobre el movimiento obrero. Los volantes e "instrucciones" de los comités correspondían al estado de ánimo de las masas trabajadoras, las que sentían así la presencia de un liderazgo; los comités, por tanto, gozaban de gran popularidad, pero para la mayoría de los trabajadores la actividad de aquéllos quedaba oscurecida por un velo secreto. Los trabajadores se reunían con frecuencia aparte de los intelectuales para discutir los problemas fundamentales del movimiento. Un informe fue enviado al tercer congreso por cincuenta trabajadores de Odesa sobre las principales cuestiones en las que diferían los mencheviques y los bolcheviques. Informaban que la reunión en la que se discutieron estos problemas no estuvo presente ni un solo intelectual.

El "komitetchic" (miembro del comité) era por lo general una persona segura de sí misma, que advertía la gran influencia que el trabajo de los comités tenía sobre las masas; comúnmente él no reconocía ningún tipo de democracia partidaria interna. "Este democratismo sólo nos conduce a caer en las manos de las autoridades; estamos ya suficientemente conectados con el movimiento", dirían los "komitetchiks". Y en su fuero interno estos miembros del comité casi siempre despreciaban "a la gente del exterior", la que —según ellos— sólo engordaba y tramaba intrigas. "Ellos debían ser enviados a trabajar en las condiciones reinantes en Rusia", según su juicio. A los "komitetchiks" les disgustaba soportar la presión desde el exterior. Al mismo tiempo rechazaban las innovaciones. No deseaban ni eran capaces de adaptarse a las condiciones cambiantes de la época.

En el período 1904-1905 estos miembros de los comités soportaron tremendas responsabilidades sobre sus hombros, pero muchos de ellos experimentaban la máxima dificultad para adaptarse a las condiciones de crecientes oportunidades del trabajo legal y los métodos de la lucha abierta. En el tercer congreso no hubo obreros presentes, o de cualquier modo, ni un solo trabajador prominente. El "Babushkin" presente no era el trabajador de ese nombre, quien para esa época estaba en Siberia, sino hasta donde recuerdo, se trataba del sobrenombre utili-

zado por el camarada Shklovsky. Por otra parte, había muchos miembros del comité. Si no se tiene en cuenta este carácter del congreso, gran parte del contenido de sus informes no se entenderá correctamente.

El problema del "control" del centro en el exterior no sólo fue planteado por los "komitetchiks" sino también por otros prominentes activistas del partido. La oposición "al exterior" fue dirigida por Bagdanov.

Hubo muchos debates libres sobre este tema, pero Vladimir Ilich no los tomó particularmente en serio. Consideraba que, debido al desarrollo de la revolución, la importancia del centro en el extranjero declinaba hora por hora. Sabía que él mismo no iba a ser de ningún modo un "residente fijo" en el extranjero, y su mayor preocupación consistía en que el órgano central fuera rápidamente informado por el comité central (en Rusia) respecto de cuanto acontecía. (De aquí que el órgano central debió llamarse *Proletarii,* pero, por el momento tenía que continuar publicándose en el exterior). También insistió en que reuniones periódicas debían realizarse entre los miembros de las secciones extranjeras y de Rusia del comité central.

La cuestión de llevar trabajadores a los comités fue objeto de mucha discusión. Vladimir Ilich defendió vigorosamente la idea de incluir obreros. La gente del exterior, Bogdanov y los escritores estaban también en favor. Los "komitetchiks" se oponían. Ambos bandos discutieron con calor. Los miembros de los comités insistieron en que ninguna resolución fuera adoptada sobre el tema; ¡en verdad hubiera resultado imposible aprobar una resolución que *no* incluyera a los trabajadores en los comités!

En su discurso sobre esta discusión Vladimir Ilich dijo: "Pienso que deberíamos considerar la cuestión más ampliamente. Llevar trabajadores a los comités no es sólo una tarea educativa sino también política. Los trabajadores tienen instinto de clase y aun con poca experiencia política se convierten rápidamente en socialdemócratas. Me gustaría, por cierto, ver ocho trabajadores en nuestros comités por cada dos intelectuales. Si nuestro consejo escrito, según el cual tantos trabajadores como fuera posible integrasen los comités, resultara inadecuado, sería mejor emitir este consejo en nombre del congreso. Si se obtiene una clara y definida directiva del congreso se tendrá un medio

radical para combatir la demagogia: será "la expresa voluntad del congreso".

Aun antes de esta ocasión, Vladimir Ilich había defendido con firmeza la necesidad de llevar el más grande número posible de trabajadores a los comités. Ya en 1903 escribía sobre esto en su *Carta a un camarada de Petersburgo*. Ahora al abogar por este punto de vista en el congreso se acaloraba, y también formulaba interrupciones. Cuando Mikhailov (Postolovsky) expresó: "Así en el trabajo práctico hay muy pocas demandas de intelectuales, pero hay grandes demandas de trabajadores, en efecto. Vladimir Ilich gritó: "¡Esto es absolutamente cierto!" Su exclamación fue ahogada por un coro de: "¡No es verdad!", de parte de los "komitetchiks". Cuando Rumyanstiev manifestó: "Hay un solo trabajador en el comité de Petersburgo, aunque la tarea se viene desarrollando desde hace quince años", Vladimir Ilich exclamó: "¡Qué desgracia!"

Finalmente, al concluir los debates Ilich expresó: "No podía sentarme tranquilo a escuchar que se dijera que no existen obreros capacitados para ser miembros de los comités. La cuestión se arrastra y muestra que hay una enfermedad en el partido. Los trabajadores deben ser llevados a los comités". Si Ilich no se preocupaba mucho de que su punto de vista tropezase con tal rechazo en el congreso, esto sucedía simplemente porque sabía que la inminente revolución curaría al partido de esta incapacidad para integrar en los comités a la clase trabajadora.

Otra gran cuestión ante el congreso fue la referente a la propaganda y agitación.

Recuerdo cómo una joven de Odesa llegó hasta nosotros en Ginebra y se quejó: "Los obreros vienen formulando demandas imposibles de parte del comité; desean que les proporcionemos propaganda. ¡Como si esto fuera posible! ¡Podemos sólo ofrecerles agitación!

La historia de esta joven de Odesa impresionó a Ilich. Condujo a una amplia discusión sobre el problema de la propaganda. Como Zemlyachka, Mikha Tskhakaya y Dessnitsky dijeron en sus discursos, las viejas formas de propaganda habían caducado. Con el colosal crecimiento del movimiento obrero la propaganda verbal y aun la agitación en general no podía satisfacer la demanda del movimiento: lo que se deseaba era literatura popular, un periódico popular, literatura para

los campesinos, para las nacionalidades que hablaban diferentes lenguas...

La experiencia diaria proponía centenares de nuevas cuestiones que no resultaba posible decidir dentro de las limitaciones de la vieja organización ilegal. Ellas sólo podían tratarse con ayuda de un diario, que debía establecerse en Rusia, es decir, por medio de una extensa actividad publicitaria legal. Sin embargo, la libertad de prensa aún no había sido conquistada. Se resolvió publicar un periódico ilegal en Rusia para adiestrar allí un grupo de periodistas cuyo deber sería atender a la formación de una literatura popular. Era obvio, no obstante, que todas estas cosas eran sólo paliativos.

Muchas discusiones en el congreso se dedicaron a la lucha revolucionaria que se hallaba en proceso. Se aprobaron resoluciones sobre los acontecimientos en Polonia y en el Cáucaso. "El movimiento crece más y más", decía el delegado de los Urales. "Es tiempo, ciertamente, que dejemos de considerar a los Urales como un límite atrasado y somnoliento, incapaz de movilizarse. La huelga política en Lyassa, las grandes huelgas en varias fábricas, la amplia variedad de síntomas revolucionarios que hasta llegan al terror agrario industrial, en las formas más diversas de pequeñas demostraciones espontáneas, todo esto muestra que la región de los Urales se halla en vísperas de un gran movimiento revolucionario. Es altamente probable que este movimiento en los Urales marque la transición de una insurrección armada. Fue el primer lugar donde los trabajadores emplearon bombas y hasta artillería (en los talleres Votinsky). ¡Camaradas, no olviden a los Urales!"

Vladimir Ilich, naturalmente, habló durante un largo rato con el delegado de los Urales.

En general, el tercer congreso formuló correctamente la línea de lucha. Los mencheviques decidieron la misma cuestión en forma muy distinta. Vladimir Ilich elucidó las diferencias de principio entre las resoluciones del tercer congreso y las de la conferencia menchevique en su opúsculo *Las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática.*

Retornamos a Ginebra. Yo fui elegida para integrar la comisión designada que debía editar los dictámenes del congreso, junto con

Kamsky y Orlovsky. Kamsky debió marcharse y Orlovsky se hallaba muy ocupado con otro trabajo. La verificación de las minutas se organizó en Ginebra en donde se congregó un gran número de delegados después del congreso. En aquellos días no había mecanógrafas ni secretarias especiales, y las minutas se registraban en turno por dos miembros del congreso y finalmente me las entregaban. No todos los delegados del congreso eran buenos secretarios, y ello va sin decirlo, no había tiempo para revisar los informes durante el congreso. Sin embargo, el control de los informes se realizó en Ginebra con la ayuda de los delegados, en el café de Lepeshinsky. Por supuesto, cada delegado descubrió que lo que había expresado no estaba correctamente registrado y deseaba introducir agregados. Esto no se permitió, empero, y los arreglos sólo se aceptaban cuando los otros delegados concordaban respecto de la validez de tales alteraciones. Esta tarea resultó muy difícil y ocasionó algunas fricciones. Skrypnik ("Shtchensky") quería llevarse a casa las minutas y cuando se le señaló que en ese caso tendrían que ser entregadas a cada uno lo que ocasionaría un absoluto embrollo para los informes, Skhypnik se enojó y envió una protesta al comité central sobre esto, escrita en letras mayúsculas. Cuando el duro trabajo se terminó un tiempo considerable fue empleado también en lo de Orlovsky, que editaba los informes.

En julio recibimos las primeras minutas de la reunión del comité central recientemente electo. Se informaba que los mencheviques en Rusia no estaban de acuerdo con *Iskra*, y realizarían también un boicot; que el comité central había discutido la cuestión de apoyar el movimiento campesino, pero no había hecho todavía nada porque deseaba consultar a los agrónomos.

La carta parecía excesivamente breve. La siguiente carta sobre el trabajo del comité central era todavía más pobre. Ilich se puso muy nervioso. Después de haber respirado la atmósfera rusa del congreso se hacía más difícil tolerar verse separado de la tarea en Rusia.

En su carta al comité central, de mediados de agosto, Ilich urgía a sus miembros a "dejar de ser tontos", y no contentarse con discutir las cosas entre ellos. "El comité central parece tener algunos defectos internos", escribió a los miembros del comité central en Rusia.

En cartas subsiguientes los reprendía severamente por no cumplir

la instrucción de mantener informado de manera regular al órgano central.

En la carta de septiembre dirigida a "Augustus", Ilich escribió: "Esperar hasta que ustedes logren un completo acuerdo con el comité central o entre sus agentes, es pura utopía. ¡Nosotros no deseamos una camarilla sino un partido, querido amigo!" En la misma carta, respondiendo a una indignada queja de que nuestra gente había impreso los volantes de Trotsky, Ilich dijo: "...ellos imprimen los volantes de Trotsky... pardiez... nada malo hay en ello, supuesto que los volantes son tolerables y han sido corregidos".

En una carta a Gussev del 13 de octubre de 1905, él señaló la necesidad de realizar una campaña sindical junto con los preparativos de una rebelión armada. Esta lucha, sin embargo, debía ser conducida en un espíritu bolchevique, y en oposición a los mencheviques.

Precursores de la libertad de prensa aparecieron en el horizonte de Ginebra. Empezaron a surgir editores y uno después de otro ofrecieron publicar legalmente panfletos que luego serían introducidos en forma ilegal en el extranjero. La "Burevestnik", de Odesa; la Casa Editora "Malych", y otras, todas ofrecieron sus servicios. El comité central nos requirió abstenernos de concluir ningún convenio porque se proponía establecer su propio aparato editor.

Al comenzar octubre se sugirió que Ilich fuera a Finlandia, donde según se propuso, se celebraría una reunión con el comité central. Pero los acontecimientos que trascendieron llevaron a reconsiderar la cuestión, y Vladimir Ilich se preparó para retornar a Rusia. Yo debía permanecer en Ginebra un par de semanas más a fin de que se aclarase el horizonte. Ayudé a Ilich a clasificar todos sus papeles y cartas y ordenarlas en sobres. Ilich mismo anotó los contenidos en cada sobre. Todo fue introducido en una valija y confiada, creo, al cuidado del camarada Karpansky. Esta valija fue preservada y regalada al Instituto Lenin después de la muerte de Ilich. Contenía una enorme cantidad de documentos y cartas que arrojan una sorprendente luz sobre la historia del partido de ese período.

En septiembre Ilich escribió al comité central:

"Respecto de Plejanov les hago conocer los rumores locales para su información. El se halla muy enojado con nosotros por haberlo

denunciado al Buró Internacional. En el número 2 del *Diario de un socialdemócrata* maldice como un carrero. Algunos hablan sobre un periódico suyo, y otros sobre su retorno a *Iskra*. Nuestra conclusión: debemos desconfiar de él crecientemente".

Y el 8 de octubre Vladimir Ilich continuaba: "Honestamente les pido ahora que abandonen todo pensamiento sobre Plejanov y designen nuestro propio delegado de los bolcheviques. Estaría perfectamente bien nombrar a Orlovsky".

Sin embargo, cuando llegaron noticias de que existía la posibilidad de fundar un diario en Rusia, y en el momento en que Ilich se preparaba para retornar, escribió una cordial carta a Plejanov, invitándolo para que colaborara en el diario. "Nuestra revolución borrará las diferencias tácticas con asombrosa rapidez. Se está creando una base sobre la cual será muy fácil olvidar el pasado y trabajar en armonía por una causa viva..." En síntesis, Ilich pedía una audiencia con Plejanov. No recuerdo si tuvo lugar. Quizá no se realizó, porque difícilmente habría olvidado semejante episodio.

Plejanov no retornó a Rusia en 1905.

En su carta, fechada el 26 de octubre, Ilich ya daba un detallado relato de su retorno: "Nuestra revolución rusa prosigue muy bien", expresaba. "¡Por Júpiter es así!" En respuesta a una pregunta respecto de para cuándo estaba fijada la insurrección, él escribió: "Yo dilataría la rebelión hasta la primavera. Pero, de cualquier manera, no seremos consultados".

CAPITULO NOVENO

EL AÑO 1905 EN PETERSBURGO

Se había convenido que en Estocolmo Vladímir Ilich se encontraría con un hombre que le proporcionaría documentos, bajo nombre supuesto, mediante los cuales podría cruzar la frontera y fijar residencia en Petersburgo. Los días pasaron, sin embargo, y el hombre no apareció; Ilich tuvo que esperar junto al mar que el tiempo cambiara. Mientras tanto, en Rusia los acontecimientos revolucionarios asumían cada vez proporciones más amplias. Esperó dos semanas en Estocolmo y llegó a Rusia a comienzos de noviembre. Yo lo seguí diez días más tarde, luego de arreglar todos los problemas en Ginebra. Un espía policial se echó tras de mí y subió al barco conmigo en Estocolmo y finalmente en el tren de Hango a Helsingfors. En Finlandia la revolución se hallaba en su apogeo: Hubiera deseado enviar un cable a Petersburgo, pero una joven finesa, alegre y sonriente, me informó que no podía aceptar telegramas: había una huelga postal y telegráfica. En los coches ferroviarios todos hablaban en voz alta. Entré en la conversación con un trabajador del partido finés, quien por alguna razón se expresaba en alemán. Describía los sucesos de la revolución. "A los espías —dijo— los hemos arrestado a todos y metido en la cárcel". Mi mirada recayó sobre el espía que me seguía. "Pero otros nuevos pueden llegar", expresé yo, comenzando a reir, y observando expresivamente a mi perseguidor. El finés captó la situación. "¡Oh —gritó—, sólo tiene que decir una palabra si usted advierte a alguien e inmediatamente lo arrestaremos!" Llegamos a una pequeña estación

cerca del camino. Mi espía se bajó en esa estación donde el tren paró un minuto. No lo vi más...

Yo había vivido durante cerca de cuatro años en el extranjero y sentía un ansia mortal por llegar a Petersburgo. La ciudad entera estaba en ebullición, según yo sabía, y el silencio de la estación de Finlandia, donde dejé el tren, se hallaba en contraste con mis ideas sobre Petersburgo y la revolución al extremo que me pareció al principio que me había bajado del tren en Pargolvo en vez de Petersburgo.

Confundida, me volví a un cochero que estaba allí de pie y le pregunté: "¿Qué estación es ésta?" El cochero extrañado retrocedió unos pasos, me miró socarronamente con los brazos en jarra y replicó: "Esta no es una estación sino la ciudad de San Petersburgo".

Fuera de la terminal me esperaba Peter Petrovich Rumyantsiev. Dijo que Vladimir Ilich se alojaba con ellos, y salimos hacia algún lugar en dirección de Peski.

Había visto a Peter Petrovich Rumyantsiev por primera vez en el funeral de Shelgunov. Era entonces un joven de cabello ensortijado y caminaba cantando a la cabeza de la manifestación. En 1896 lo encontré en Poltaba, justamente después de haber salido de la cárcel, pálido y nervioso. Fue el jefe de los socialdemócratas de Poltova. Mostró sobresaliente talento, tenía gran influencia y parecía un excelente camarada. Más tarde fue encarcelado en Las Cruces, y daba instrucciones desde la prisión.

En 1900 lo vi en Ufa adonde llegó desde Samara y parecía trasuntarse en él un aspecto decepcionado y sombrío.

En 1905 apareció de nuevo en la escena. Ahora era un *littérateur*, un hombre que tenía posición y "abdomen", con hábitos de *bon-vivant*, pero un orador inteligente y efectivo. El realizó de manera excelente la campaña de boicot contra la comisión Shidlovsky [organismo que estudiaba el descontento público] actuando como un decidido bolchevique. Poco después del tercer congreso fue elegido para el comité central.

Tenía un hermoso departamento familiar, bien amueblado, y al principio Vladimir Ilich vivió allí sin registrarse.

Vladimir Ilich se vio siempre extremadamente desconcertado cuando vivía en casa de otra gente. Esto disminuía su capacidad de

trabajo. Cuando llegué se apresuró a buscar algún lugar donde pudiéramos estar juntos, y nos mudamos a unos cuartos amueblados en la avenida Nevsky, sin registrarnos. Recuerdo la conversación con las muchachas de servicio. Me mantuvieron enterada sobre lo que acontecía en Petersburgo proporcionándome una masa de vivos y sorprendentes detalles. Yo, por cierto, en seguida se lo trasmití todo a Ilich. El hablaba elogiosamente de mi capacidad para la investigación, y desde ese momento me convertí en su celosa informante. Por lo general, cuando vivíamos en Rusia yo podía moverme mucho más libremente que Vladimir Ilich y hablar con mayor número de personas. Por las dos o tres preguntas que él solía plantear ya entendía yo lo que deseaba saber, y averiguaba cada cosa. Aun ahora no he superado este hábito de formular mentalmente mis impresiones para Ilich.

Al día siguiente hubo a este respecto una rica cosecha para mí. Fui a observar unos cuartos para nosotros, y en la calle Troitsky, mientras examinaba un departamento vacío, conversé con el encargado. Me habló durante largo rato sobre el ambiente rural, los terratenientes y la necesidad de expropiar la tierra de los señores y entregarla a los campesinos.

Por esa época habíamos decidido legalizar nuestra residencia. María Ilichna nos ubicó en algún lugar de la Perspectiva Grechesky, en casa de amigos. No bien nos habíamos registrado un enjambre de espías policiales comenzó a rodear la casa. El aterrorizado dueño de la finca no durmió en toda la noche y caminaba de aquí para allá con el revólver en su bolsillo, y había decidido que enfrentaría a la policía con las armas en la mano. "¡Oh, diablo, llévatelo!", decía Ilich. "Su imprudencia nos mezclará en un innecesario enredo. Así vivimos de nuevo en la ilegalidad, y separados uno de otro. Me dieron el pasaporte de cierta Prascovia Eugenevna Onegina con el que me arreglé todo el tiempo. Vladimir Ilich cambió su pasaporte muchas veces.

Cuando Vladimir Ilich llegó a Rusia, el diario legal *Novaya Zhizn* (Nueva Vida) ya aparecía. La propietaria era María Fedorovna Andreyeva (esposa de Gorky); el director, el poeta Minsky, mientras que los colaboradores incluían a Gorky, Leonid Andreyev, Chirikov, Balmont, y Teffi. Los bolcheviques que colaboraron en el diario eran Bogdanov, Rumyantsiev, Rozhkov, Goldenberg, Orlovsky, Lunacharsky, Bazarov, Kamenev y otros. El secretario de *Volna* y de todos los sub-

siguientes periódicos bolcheviques de esa época fue Dimitri Ilich Leschenko. Actuó también como director de noticias y cronista en las sesiones de la Duma, controlaba la impresión del diario, etc. El primer artículo de Vladimir Ilich apareció el 10 de noviembre. Empezaba con las palabras: "Las condiciones de actividad de nuestro partido han cambiado radicalmente. Las libertades de reunión, de agremiarse y de prensa han sido conquistadas. Y así Ilich se apresuraba a utilizar estas nuevas condiciones para esbozar en seguida en audaces trazos los rasgos principales de la "nueva línea". El aparato subversivo del partido debía ser preservado. Pero era absolutamente esencial, junto con el aparato ilegal, crear más y más organizaciones abiertas y semilegales del partido (así como también organizaciones auxiliares partidarias). Resultaba necesario atraer gran cantidad de trabajadores al partido.

La clase obrera era socialista instintiva y espontáneamente, pero más de diez años de trabajo de la socialdemocracia habían hecho todavía muy poco en la tarea de convertir esta espontaneidad en conciencia. "En el tercer congreso —escribía Vladimir Ilich en una nota al artículo arriba mencionado— yo expresaba el deseo de que los comités partidarios deberían incluir ocho obreros por cada dos intelectuales. ¿Qué fuera de época se ha tornado ahora ese deseo! Ahora debemos desear que las nuevas organizaciones del partido, por cada miembro de la *inteligencia* socialdemócrata haya varios centenares de trabajadores socialdemócratas. Apelando a los "komitetchiks", que temían que el partido se disolviera en la masa, Vladimir Ilich decía: "¡No forjen imaginarios terrores en sus mentes, camaradas!" La *inteligencia* socialdemócrata tenía ahora que volver "al pueblo". "La iniciativa de los trabajadores mismos se ha de desplegar hasta un grado tal que nosotros, los conspiradores y "kruzhkovniks"" [miembros de círculos ilegales] de ayer no nos atrevemos a soñar". Nuestra tarea no era ahora tanto la de pensar fórmulas para organizarnos sobre una nueva base sino la de desarrollar nuestras actividades de la manera más extensa y audaz.

Para colocar al partido dentro de una nueva estructura se necesitaba otro congreso.

Tal era el meollo del primer artículo "legal" de Ilich. (*Sobre la reorganización del partido*, Obras completas, vol. VIII, pp. 373-81, ed. rusa).

Los viejos métodos de trabajo del "círculo" eran evidentes en todas las cosas, y ellos debían ser combatidos.

Durante los primeros días de mi llegada me dirigí, naturalmente, hasta la Puerta de Nevsky a observar las clases nocturnas de la vieja escuela dominical de Smolensky. Ya no se enseñaban allí "geografía" ni historia natural. El trabajo de propaganda se realizaba hora en clases repletas de trabajadores de ambos sexos. Los propagandistas del partido leían conferencias. Recuerdo una de éstas. Un joven orador trataba un tema de Engels, *El desarrollo del socialismo desde la utopía a la ciencia*. Los obreros se sentaban y escuchaban sin pestañear, intentando afanosamente absorber lo que exponía el orador. Nadie formulaba preguntas. Abajo nuestros jóvenes del partido preparaban una reunión para los trabajadores, desempaquetando vasos que habían traído de la ciudad.

Cuando le referí a Ilich mis impresiones de la clase, permaneció pensativamente en silencio. Lo que él quería era algo diferente: la actividad de los trabajadores mismos. No significaba que tal actividad no se cumpliera. Pero no era prominente en las reuniones del partido. La corriente de trabajo del partido y la de la propia actividad de los trabajadores, de alguna manera parecían no coincidir.

Durante esos años los trabajadores se habían desarrollado enormemente. Experimenté esto en particular cada vez que me encontraba con mis "alumnos" de la antigua escuela dominical. En cierta ocasión fui saludada en la calle por un panadero que resultó ser mi ex alumno, el "socialista Bakin". Diez años atrás había sido deportado con escolta a su aldea natal por haber discutido ingenuamente con el gerente de la fábrica Maxwell en el sentido de que si cambiaba de dos mulas a tres, "la intensidad del trabajo" se acrecentaría. Ahora era un socialdemócrata en absoluto consciente, y hablamos un largo rato sobre la revolución que se estaba desarrollando y de la organización de las masas de trabajadores. Me relató todo lo referente a la huelga de los panaderos.

El primer artículo de Ilich en el cual escribía abiertamente sobre el congreso del partido y el aparato subversivo de éste, convirtió al *Novaya Zhizn* en un órgano por completo partidario. Resultaba así inconcebible que los Minsky, Balmont, y otros iguales permanecieran en el periódico. Tuvo lugar una reorganización y los bolcheviques se

hicieron cargo por completo del periódico. Se convirtió también en un órgano partidario desde el punto de vista organizador que trabajaba bajo el control y guía del partido.

El próximo artículo de Lenin en *Novaya Zhizn* estaba dedicado al problema fundamental de la revolución rusa: las relaciones mutuas entre el proletariado y los campesinos. No sólo los mencheviques interpretaban erróneamente estas relaciones sino que aun entre los bolcheviques ciertos camaradas adolecían de la desviación de la parcela de tierra. Estos camaradas convertían a la cuestión del lote de tierra del campesino en un fin en sí mismo, en vez de considerarlo simplemente un punto de partida para la agitación. Ellos se aferraban a la consigna del trozo de tierra para el campesino, aun después que la experiencia de la vida real había demostrado que era posible y necesario agitar y luchar sobre una base completamente diferente.

El proletariado y el campesinado constituía un artículo docente, que proporcionaba una clara consigna partidaria: el proletariado de Rusia junto con el campesinado luchan por la tierra y la libertad; junto con el proletariado internacional y los trabajadores agrícolas luchan por el socialismo.

Los representantes bolcheviques también empezaron a explotar este punto de vista en el Soviet (consejo) de los diputados de los trabajadores. Este soviet había surgido a la existencia el 13 de octubre cuando Vladimir Ilich estaba todavía en el extranjero. Apareció como el órgano combatiente del proletariado en lucha. No recuerdo que Vladimir Ilich hablara en el Soviet de los diputados de los trabajadores [1]. Recuerdo sí una reunión en la Sociedad de Economía Libre donde se congregó un gran número de gente del partido porque se esperaba que hablara Vladimir Ilich. El dio una conferencia sobre el prablema agrario. Allí encontró por primera vez a Alexinsky. Pero casi todo lo relacionado con esta reunión se ha borrado de mi memoria. Tengo

[1] Vladimir Ilich habló en la decimoséptima reunión del Soviet de Diputados de los Trabajadores el 26 de noviembre (15 del viejo calendario), sobre la cuestión del "lockout" declarado por los capitalistas en réplica a la introducción por los trabajadores de la jornada de ocho horas diarias en las fábrics y talleres. La resolución propuesta por Vladimir Ilich fue adoptada al día siguiente en la reunión del Soviet.

un vago recuerdo de una gran puerta gris y de Vladimir Ilich que pre-

sionaba a través de la multitud para salir. Sólo puedo decir que esta reunión se realizó en noviembre y que se encontraba allí Vladimir Ivanovich Nevsky.

El hecho de que los Soviets de los diputados de los trabajadores se presentasen como las organizaciones combativas del pueblo en lucha fue advertido en seguida por Vladimir Ilich en su artículo de noviembre. El adelantó entonces la concepción de que un gobierno revolucionario provisional sólo podía ser forjado en el calor de la lucha revolucionaria, por un lado, y por el otro, en la necesidad de que el partido socialdemócrata se esforzara resueltamente para salvaguardar su influencia en los Soviets de los diputados de los trabajadores.

Las condiciones de la subversión me obligaban a vivir apartada de Ilich. El trabajaba durante días interminables en la mesa directiva, que se reunía no sólo en las oficinas de *Novaya Zhizn* sino también en un departamento secreto y en lo de Leschenko, en la calle Glazovsky. Por razones de seguridad, sin embargo, no era conveniente que yo fuera hasta ese lugar. En consecuencia, muy a menudo nos veíamos en las oficinas de *Novaya Zhizn*. Aquí, no obstante, Vladimir Ilich estaba siempre ocupado. Sólo entonces, después de asegurarse un buen pasaporte, se domicilió en la esquina de Basseynava y Nadezhdinskaya, de modo que podía visitarlo y verlo cómodamente. Debía entrar por la cocina y hablar en tono bajo, pero podíamos sin embargo discutir todo.

De aquí partió para Moscú. Inmediatamente después de su llegada fui a visitarlo. Yo estaba asombrada del número de espías rondando alrededor de cada esquina. "¿Por qué se ha suscitado tal vigilancia sobre ti?", pregunté a Vladimir Ilich. Aún no había dejado la casa desde su llegada y no era consciente de esto. Empecé a abrir su valija e inesperadamente descubrí un par de grandes anteojos azules y redondos. "¿Qué diablos es esto?". Parece que los camaradas de Moscú habían colocado estos lentes a Vladimir Ilich como "disfraz", le proporcionaron una caja finlandesa amarilla, y lo embarcaron en un tren rápido a último momento. El resultado fue que un ejército de detectives simplemente se arrojó sobre él confundiéndolo sin duda con un ladrón. Nuestra tarea ahora era salir tan pronto como fuera posible. Aparecimos del brazo, cosa que nunca hacíamos por lo general,

caminamos en una dirección opuesta a la que necesitábamos, tomamos tres coches, uno después de otro, atravesamos algunos patios contiguos, y llegamos a lo de Rymyantsiev, después de despistar a nuestros seguidores. Pasamos la noche, yo creo, con los Wittmeyer, viejos amigos míos. Llamamos un coche y nos dirigimos hacia la casa donde se alojaba Vladimir Ilich. Los espías permanecían aún cerca de la vivienda. Ilich no retornó a ese departamento. Un par de semanas más tarde enviamos una chica a retirar sus cosas y ajustar cuentas con la dueña de casa.

En esa época yo actuaba como secretaria del comité central y me dediqué con ardor a esta tarea. El otro secretario era Mikhail Sergeyevich Weinstein. Como ayudante tenía a Vera Rudolfovna Menz'is-kaya. Esto constituía nuestro secretariado. Mikhail Sergeyevich se ocupaba más de la organización militar y siempre estaba atareado con el cumplimiento de las instrucciones de Nikitin (I. B. Krassin). Yo tenía a mi cargo los nombramientos y comunicaciones con los comités y los individuos. Sería difícil describir ahora la técnica simplificada con que operaba el secretariado del comité central. Recuerdo que nunca concurríamos a las reuniones del C. C., ninguno de nosotros estaba "a cargo", no se tomaban actas, las direcciones cifradas se mantenían en cajas de fósforos, dentro de las encuadernaciones de libros y en lugares similares.

Teníamos que confiar en nuestra memoria. Una multitud nos rodeaba y debíamos atenderla en todo sentido, proporcionándole lo que deseaba: literatura, pasaporte, instrucciones, consejos. Cuesta ahora imaginar cómo nos arreglábamos para hacer frente a todo esto, y de qué manera manteníamos las cosas en orden, pues nadie nos controlaba y actuábamos según "nuestra libre voluntad". Por lo general, al encontrar a Ilich le contaba en detalle sobre cada cosa. A los camaradas más capaces sobre los problemas más urgentes los enviábamos directamente a los miembros del comité central.

El enfrentamiento con el gobierno se acercaba. Ilich escribía sin reservas en *Novaya Zhizn* que el ejército no podía y no debía ser neutral; se ocupaba del hecho de armar al pueblo en escala nacional. El 26 de noviembre fue arrestado Khrustalev-Nossar. Trotsky asumió la dirección del Soviet de los diputados de los trabajadores. El 2 de diciembre el Soviet emitió un manifiesto por el que se convocaba a

no pagar los impuestos del gobierno. El 3 de diciembre, por haber publicado este manifiesto, ocho periódicos fueron clausurados incluyendo a *Novaya Zhizn*. Cuando el 3 de diciembre yo me dirigía, como de costumbre, a celebrar una "entrevista" en la oficina de la dirección, cargada con toda clase de literatura ilegal y documentos, un canillita me detuvo a la entrada. Gritaba el *Novoe Vremija*, el nombre de uno de los periódicos reaccionarios. Mientras tanto, entre los gritos, me advertía, *sotto voce*: "¡Están registrando la oficina!" Cuando le informé a Vladimir Ilich sobre este incidente respondió: "El pueblo está detrás de nosotros".

Al comienzo de diciembre tuvo lugar la conferencia del partido en Tammerfors. ¡Qué lástima que no se preservaran las actas de esta conferencia! ¡Cuán etnusiasta se mostró cada uno! La revolución llegaba a su cenit y cada camarada se hallaba poseído del máximo fervor, todos estaban listos para la lucha. En los intervalos aprendíamos a tirar. Una noche concurrimos a una concentración finlandesa de masas que se celebró bajo antorchas, y el carácter triunfal de esta reunión se correspondía con el estado de ánimo de los delegados. Es imposible imaginar que algunos de los delegados a esa conferencia lo haya olvidado. Entre los presentes se hallaban Lozovsky, Baransky y Yaroslavsky. Recuerdo a aquellos camaradas porque sus informes de las localidades habían sido tan apasionadamente interesantes.

En la conferencia de Tammerfors, a la que sólo concurrieron bolcheviques, se aprobó una resolución sobre la necesidad de la inmediata preparación y organización de la insurrección armada.

Esta revuelta estaba ya en pleno apogeo en Moscú y por esa razón la conferencia duró muy poco. Si la memoria no me engaña, regresamos en la misma víspera del envío del regimiento Semenov a Moscú. De cualquier modo un incidente se conserva en mi memoria: no lejos del templo de la Trinidad un soldado del regimiento Semenov caminaba con un aspecto lúgubre. A su lado marchaba un joven obrero con la gorra apretada en la mano tratando vehementemente de persuadir al soldado, implorándole sobre algo. Los rostros eran tan expresivos que resultaba claro lo que el trabajador pedía al soldado: no entrar en acción contra los obreros, y parecía evidente que el hombre del Semenov no accedería a ésto.

El C. C., exhortó al proletariado de Petersburgo a apoyar la rebe-

lión de los trabajadores de Moscú, pero la acción concertada no se alcanzó. Por ejemplo, un distrito comparativamente bisoño, como el Moskovsky, actuó, en tanto otro, tan avanzado como el Nevsky, nada hizo. Recuerdo cómo Stanislav Valsky, que había realizado agitación en ese mismo distrito, se enfureció y despotricó sobre esto. Pronto se sintió en extremo abatido y casi llegó a dudar de la capacidad revolucionaria de los obreros. El no tomó en consideración la fatiga que se había producido en los obreros de Petersburgo en razón de la serie precedente de huelgas, y lo que es más importante, que ellos comprendían cuán mal organizados se encontraban para una lucha decisiva con el zarismo, cuán pobremente armados estaban. Y advirtieron ya, a partir de los acontecimientos de Moscú, que se trataba de una lucha de vida o muerte.

CAPITULO DECIMO

PETERSBURGO Y FINLANDIA, 1906-1907

El levantamiento de diciembre fue aplastado y el gobierno tomó duras represalias contra los rebeldes.

En su artículo fechado el 1º de enero de 1906 *(La clase obrera y sus tareas en la presente situación)*, Vladimir Ilich estimaba así el estado de cosas: "La guerra civil se agita. La huelga política, como tal, empieza a agotarse, retrocede hacia el pasado como una forma envejecida de movimiento. En Petersburgo, por ejemplo, los obreros, cansados y debilitados demostraron no hallarse en condiciones de llevar hasta el fin la huelga de diciembre. Por otra parte, el movimiento en su conjunto, aunque sofocado momentáneamente por la reacción, se ha elevado sin duda a una etapa muy superior..." "Los cañones de Dubassov han revolucionado a nuevas masas de gente en un grado nunca visto hasta el presente..." "¿Qué pasará ahora? Tenemos que mirar la realidad directamente en la cara. Estamos enfrentados con la nueva tarea de asimilar y remodelar la experiencia de las últimas formas de lucha, inclusive el trabajo de preparar fuerzas en *los más importantes centros del movimiento*" (el subrayado es mío, N.R.). La derrota de Moscú resultó una amarga experiencia para Ilich. Parecía obvio que los trabajadores fueron mal armados, que la organización había sido débil, que aún los vínculos entre Petersburgo y Moscú carecían de firmeza. Recuerdo cómo Ilich escuchó una anécdota relatada por su hermana mayor, Ana. En la estación de Moscú ello se encon-

tró con una obrera que se quejaba amargamente: "Gracias, petersburgueses por su apoyo; por enviarnos el regimiento Semenov".

Y como en contestación a este reproche, Ilich escribió: "Sería en extremo ventajoso para el gobierno aplastar, como antes, las acciones desconectadas de los proletarios. Al gobierno le favorecería desafiar inmediatamente también a los trabajadores de Petersburgo a la lucha, en las condiciones más desventajosas para ellos. Pero los obreros no deben sucumbir a esta provocación y tienen que ser capaces de conservar para sí el margen de preparación independiente para la próxima contienda de toda Rusia.

Ilich pensó que en la primavera de 1906 el campesinado también se levantaría y que ello tendría sus efectos sobre las tropas. En sus palabras: "Debemos más definida y prácticamente dedicarnos a la tremenda tarea de un nuevo y activo movimiento, preparándonos más tenazmente, más sistemáticamente, más persistentemente; *hay que ahorrar en el máximo grado posible las fuerzas del proletariado,* desgastadas en la lucha huelguística (el subrayado es mío, N. K.).

"Dejemos que el partido de los trabajadores despeje el camino respecto de sus tareas. Aventemos las ilusiones constitucionales. *Debemos fortalecer a las nuevas fuerzas que se congregan alrededor del proletariado* (el subrayado es mío). Es necesario recoger las experiencias de los dos grandes meses de la revolución (noviembre y diciembre). Una vez más tenemos que adaptarnos a las condiciones de la autocracia restablecida; debemos, si ello es indispensable, ir de nuevo a la clandestinidad".

Y a la clandestinidad tuvimos que volver. La red de la organización secreta fue tejida otra vez. De todos los rincones de Rusia vinieron compañeros con quienes conferenciamos sobre la tarea y la política que había que adoptar. Al principio la gente se dirigía a un lugar señalado, donde yo, junto con Vera Rudolfovna o Mikhail Sergeyevich, recibíamos a los camaradas. Para los más íntimos y la gente más valiosa se ajustaban entrevistas con Ilich, o si se trataba de problemas militares, Mikhail Sergeyevich convenía una entrevista con Nikitin (Krassin). Las citas se realizaban en varios lugares: a veces en el consultorio dental de Dora Dvoires (en alguna parte de la calle Nevsky); otras en casa de la dentista Lavrentieva (en la calle Nikolayevskaya); en la librería Vperiod o en las casas de los diversos simpatizantes.

Recuerdo dos episodios. En cierta ocasión Vera Rudolfovna Menzhinskaya y yo convinimos en recibir a camaradas, llegados recientemente, en la librería Vperiod, donde un salón estaba reservado en especial para este propósito. Un trabajador del comité del distrito, o alguien semejante, entró con una pila de proclamas, mientras otro se sentaba esperando su turno. Repentinamente se abrió la puerta; un inspector de la policía metió su cabeza y dijo: "¡Ajá!", y nos encerró a todos con llave. ¿Qué podíamos hacer? Era inútil tratar de trepar por la ventana, de modo que nos sentamos mirándonos impotentes entre sí. Decidimos que entretanto podíamos quemar las proclamas y otro material ilegal, lo que hicimos. Después concordamos que deberíamos aceptar que habíamos venido a recoger literatura popular para las aldeas. Y esto fue lo que contamos. El inspector nos miró burlonamente, pero no nos arrestó. Anotó nuestros nombres y direcciones. Tanto los nombres como las direcciones eran falsos.

En otra ocasión me escapé por milagro de ser arrestada cuando iba a una cita en lo de Lavrentieva. En lugar del número 32 me dijeron 33. Llegué hasta la puerta y me sorprendí al ver que la tarjeta con el nombre había sido arrancada. Esta es una forma curiosa de trabajo subversivo, pensé yo... La puerta fue abierta por algún siriviente del oficial, y yo, sin preguntar nada, y cargada con toda clase de direcciones cifradas y literatura, me interné precipitadamente en el corredor. En mi persecución, pálido como un muerto y temblando como una hoja, se abalanzó el asistente. Yo me detuve: "¿No es hoy día de consulta?" Tengo un feroz dolor de muelas. El asistente tartamudendo replicó: "El coronel no está en casa". "¿Qué coronel?" "El coronel Riman". Parece que yo había caído en el departamento de Riman, coronel del regimiento Semenov, el cual sofocó el levantamiento de Moscú y emprendió las represiones punitivas en el ferrocarril Moscú-Kazan.

El temía, sin duda, un atentado contra la vida del coronel, lo que explica que se retirara la tarjeta de la puerta. Y yo había irrumpido en su vivienda y aun hollado su corredor sin permiso.

"Entonces, he venido a un lugar equivocado; quiero ver al dentista", dije, desandando mis pasos.

Ilich pasaba noches sin descanso, que lo fatigaban mucho. Se hallaba, por cierto, en extremo desconcertado. La cortés atención de nuestros amables anfitriones lo molestaba. Le gustaba trabajar en una bi-

blioteca o en casa, pero aquí se tenía que adaptar constantemente al nuevo ambiente.

Yo solía encontrarlo en el restaurante Viena. Pero como no era muy adecuado hablar allí en presencia de otra gente, después de sentarnos un rato o reunirnos en un lugar concertado en la calle, tomábamos un coche hasta el hotel. Por lo general íbamos a uno ubicado frente a la estación Nikolayev, tomábamos un cuarto privado y ordenábamos la comida. Recuerdo haber visto una vez en la calle a Yuzef (Dzerzhinsky). Nosotros detuvimos al cochero y lo invitamos a que se nos uniera. Iba sentado en el compartimento del conductor. Ilich se sentía ansioso por su comodidad, pero él se ría y nos decía que se había criado en el campo y podía aun viajar en el asiento del conductor de un trineo.

Por fin, Ilich se cansó de esta vida inquieta y fuimos a virir juntos a la Pantaleymonovskaya (en una casa frente a la iglesia), en la que la dueña se inclinaba hacia las Centurias Negras.

De los discursos de Ilich durante ese período, recuerdo una reunión de propagandistas de varios distritos en el domicilio de Knippovitch. Ilich habló sobre cuestiones rurales. Puedo recordar a un tal Nikolai del distrito exterior de Nevsky, quien le formuló cierta cuestión. En ese momento no me gustó en absoluto la forma vulgar de plantear la pregunta ni su manera de hablar. Después de la reunión le pregunté al "Pequeño Tío", que era el organizador en el distrito de la puerta de Nevsky, qué clase de activista era Nikolai. Habló de él como de un individuo inteligente, con buenos contactos en las aldeas, pero se quejaba de que él era incapaz de trabajo sistemático de masa sino sólo de crear una conmoción con un pequeño grupo de trabajadores. En 1906 Nicolai fue, sin embargo, un activo trabajador del partido. Durante los años de reacción se convirtió en provocador, pero incapaz de mantenerse en ese nivel, se suicidó. Nikolai perteneció a una categoría de camaradas que trató de penetrar entre todos los sectores posibles de la población. Recuerdo su visita a una posada de mala muerte para realizar agitación. El camarada Krylenko, que para esa época era muy joven y luchador, se introdujo en algunas reuniones de los bautistas, quienes casi le dan una paliza. Sergei Voitinsky también gustaba meterse en toda clase de enredos.

Se empezó a vigilar muy de cerca a Ilich. Había estado, en cierta

coasión, en una reunión (creo que en lo del abogado Cherekul-Kush) donde dio un informe. Se hallaban tan empeñados sobre su pista que él decidió no retornar a casa. Así yo me senté en la ventana toda la noche, y cuando llegó la mañana estaba convencida de que había sido detenido. Sin embargo, había logrado justamente esquivar a los policías, y con la ayuda de Bask (entonces un prominente miembro del movimiento cooperativo) escapó a Finlandia donde vivió hasta el congreso de Estocolmo.

En abril, mientras se encontraba allí, escribió el folleto *La victoria de los cadetes y las tareas del partido de los trabajadores*. Preparó las resoluciones para el congreso unido, y regresó a Petersburgo para participar en la discusión sobre ellas. Esta tuvo lugar en la casa de Wittmeyer, donde había un gimnasio. La reunión se desarrolló en una de las clases.

Los bolcheviques y los mencheviques se reunían juntos por primera vez desde el segundo congreso. Aunque los mencheviques, en los meses recientes, habían desplegado muy claramente su política, Ilich esperaba todavía que la nueva ola de la revolución, respecto de la cual él no tenía dudas, los afectaría y los reconciliaría con la línea bolchevique.

Yo llegué al congreso bastante tarde. Fui con Tuchapsky, a quien había conocido ya en la época del trabajo preparatorio para el primer congreso, y con Claudia Timofeyevna Sverdlova. También Sverdlov había intentado ir al congreso, pero en vista de la enorme influencia que ejercía en los Urales los trabajadores querían reternerlo allí a toda costa. Yo tenía un mandato de Kazan, mas le faltaba cierto número de votos. La comisión de credenciales, en consecuencia, sólo me dio un voto consultivo. Un breve instante en la comisión de credenciales advertía contra la real atmósfera del congreso; era decididamente de facción.

Los bolcheviques mantenían un frente muy sólido. Se hallaban muy unidos por la creencia de que la revolución, a pesar del temporario receso, se hallaba en un grado elevado.

Recuerdo cuán ocupado se hallaba el "Pequeño Tío". Tenía un buen conocimiento del idioma sueco y en consecuencia la molestia de ubicar a los delegados recayó sobre sus hombros. También tengo presente a Ivan Ivanovich Skvortsov y a Vladimir Alexandrovich Bazarov, cuyos ojos centelleaban con particular brillo cuando mostraba su índole

combativa. Con referencia a este hecho Vladimir Ilich observaba que Bazarov tenía un fuerte influjo político en él, y era seducido por su combatividad. Recuerdo asimismo un paseo a campo abierto con Rykov, Stroyer y Alexinsky cuando hablamos sobre el estado de ánimo de los trabajadores. Otros, presente ante el congreso, incluían a Voroshilov (Volodia Antimekov) y K. Samoilova (Natasha Bolshevikova). Estos dos últimos seudónimos, con pregusto de ardor juvenil, eran característicos del humor de los delegados bolcheviques en el congreso unido. Los delegados boscheviques se retiraron del congreso aún más unidos que antes.

El 27 de abril al inaugurarse la primera Duma del Estado, hubo una demostración de desocupados, entre los cuales había trabajado Voitinsky. El primero de mayo estuvo signado por un gran entusiasmo. A fines de abril, en la sede de *Novaya Zhizn*, comenzó a publicarse un nuevo periódico, *Volna* (La Ola). Una pequeña revista bolchevique *Vestnik Zhizni* (Heraldo de la Vida) también comenzó a aparecer. Una vez más el movimiento se hallaba en ascenso.

Al retornar del congreso de Estocolmo nos domiciliamos en la calle Zabalkansky, yo con mi pasaporte de Prascovia Onegin e Ilich según un pasaporte a nombre de Techkheidze. Había un patio corrido, y la vida era tranquila, excepto por el hecho de que nuestro vecino, un militar, se enzarzaba en tremendas peleas con su mujer, le pegaba y la arrastraba de los cabellos por todo el corredor; salvo, asimismo, por la obsequiosidad de la dueña de casa, que solía preguntar continua y sinceramente por los parientes de Ilich y nos aseguraba que lo había conocido cuando tenía cuatro años de edad, sólo que entonces poseía cabello oscuro...

Ilich escribió un informe sobre el congreso unido para los trabajadores de San Petersburgo, en el que elucidaba todas las diferencias sobre las cuestiones más esenciales. "Libertad de discusión, pero unidad de acción es lo que debemos obtener", expresaba Ilich en este informe. "...Al apoyar las actividades revolucionarias del campesinado, al criticar los esquemas utópicos y pequeñoburgueses, todos los socialdemócratas están de acuerdo". "En las elecciones de la Duma es imperativa la *completa* unidad de acción. El congreso decidió que nosotros participemos en las elecciones, siempre que ellas diesen margen para intervenir. Durante las elecciones reales no debe haber crí-

tica de la política de participación en ellas. La *acción* del proletariado debe ser unida".

El informe se publicó en *Vperiod,* en mayo.

El 9 de mayo Vladimir Ilich habló en público por primera vez desde que se hallaba en Rusia, en un gran mitin en la casa de Panina, bajo el nombre de Karpov. El local se hallaba lleno hasta desbordar, de obreros de todos los distritos. La ausencia de policía fue sorprendente. Dos inspectores de policía que merodeaban alrededor en el local antes que comenzara la reunión, desaparecieron. "Alguien debe haberlos espolvoreado con insecticida", comentó un bromista. Después del cadete Ogorodnikov, el presidente llamó a Karpov. Yo estaba entre la multitud. Ilich se hallaba muy excitado. Por un minuto permaneció en silencio, terriblemente pálido. Toda su sangre había afluido a su corazón. Se sentía inmediatamente cómo la excitación del orador se comunicaba al auditorio. En seguida estalló una estruendosa ovación. Los miembros del partido habían reconocido a Ilich. Recuerdo la cara excitada y de asombro del trabajador que permanecía cerca de mí. Preguntaba en voz alta: "¿Quién es, quién es?", pero nadie le contestó. Los aplausos se apaciguaron. Al final del discurso de Ilich todos los presentes se sintieron arrastrados por un extraordinario entusiasmo; en ese momento todos pensaban en la lucha inminente hasta el fin.

Camisas rojas fueron enarboladas como banderas, y al ritmo de canciones revolucionarias los obreros se dispersaron a sus distritos.

Era una noche blanca de mayo. Una de esas estimulantes noches blancas de Petersburgo. Habíamos esperado a la policía, pero no llegó. Después de la reunión, Ilich pasó la noche en lo de Dmitri Ilich Leshchenco.

Ilich no pudo hablar ya en ninguna otra reunión pública durante esa revolución.

El 24 de mayo fue clausurada *Volna.* El 26 de mayo comenzamos de nuevo la publicación del periódico bajo el nombre de *Vperiod*, que existió hasta el 14 de junio.

Sólo el 22 de junio pudimos empezar a publicar otro periódico bolchevique, el *Ekho* (El Eco), que continuó existiendo hasta el 7 de julio. El 8 de julio tuvo lugar la disolución de la Duma del Estado.

Hacia el fin de junio, llegó a Petersburgo Rosa Luxemburgo, jus-

tamente después de su liberación de la cárcel de Varsovia. Vladimir Ilich y nuestros bolcheviques tuvieron una reunión con ella. Se nos brindó un departamento para la cita por medio de "Papá Rode", un viejo propietario de casas, cuya hija había sido mi compañera en el distrito de la Puerta de Nevsky. Más tarde, habíamos estado en la prisión al mismo tiempo. El buen viejo trataba de ayudar en lo que podía. En esa ocasión reservó un amplio departamento vacío como lugar de reunión, y pensando que esto nos daba mayor secreto ordenó que todas las ventanas fuesen pintadas. Esto, por supuesto, sólo producía el efecto de atraer la atención de todos los guardianes. En esa reunión discutimos la situación real y las tácticas que debían ser empleadas. Desde Petersburgo Rosa partió para Finlandia y de aquí al exterior.

En mayo, cuando el movimiento había empezado a crecer y la Duma reflejaba el estado de ánimo de los campesinos, Ilich concedió a esto gran importancia. Durante ese período escribió los siguientes artículos: *El grupo de trabajadores de la Duma del Estado*, *El campesino o el grupo de trabajadores y el P.O.S.D.R.*, *La cuestión de la tierra y la Duma*, *Ni tierra, ni libertad*, *El gobierno, la Duma y el pueblo*, *Los cadetes impiden a la Duma apelar al pueblo*, *Los miserables octubristas y los cadetes*, *Malos consejos*, *Los cadetes, los trudoviques y el partido de los trabajadores*. Todos estos artículos tenían un solo objetivo en vista: la alianza de la clase trabajadora con el campesinado; la necesidad de elevar a los campesinos a la lucha por la tierra y la libertad; la exigencia de privar a los cadetes de una oportunidad para concluir un convenio con el gobierno.

Ilich se ocupó de este problema muchas veces durante este período.

Habló, por ejemplo, en una reunión de representantes del distrito de Vyborg. Esta se realizó en la Unión de Ingenieros en la calle Zabalskanky. Tuvimos que esperar un largo tiempo. Una sala estaba colmada por los desocupados y otra por los estibadores. Su organizador era Sergei Malyshev. La última vez ellos trataron de llegar a un arreglo con los patrones, pero en esta ocasión no pudieron concretar ningún acuerdo. Sólo cuando todos se retiraron logró Ilich dar su informe.

También recuerdo que Ilich habló ante una asamblea de maestros. Una corriente de simpatía en favor de los socialistas revolucionarios prevalecía entre los educadores, y los bolcheviques fueron excluidos del congreso de maestros. Se convino una conferencia, empero,

con un grupo de maestros. Esta se realizó en alguna escuela. Entre los presentes tengo en la memoria el rostro de una maestra pequeña de estatura y jorobada. Era la socialista revolucionaria Kondratieva. En esa reunión el camarada Ryazanov dio un informe sobre los sindicatos. Vladimir Ilich habló sobre la cuestión agraria. Se le opuso el socialista revolucionario Bunakov, quien lo acusó de contradecirse, y trató de citar a Ilin (seudónimo literario de Ilich en esa época) contra él. Vladimir Ilich escuchó atentamente, tomó notas y finalmente formuló un réplica bastante enérigca a esta demagogia del socialismo revolucionario.

Cuando la urgencia del problema de la tierra asumió todas sus proporciones, cuando, para usar las propias palabras de Ilich, "la unión de los funcionarios y los liberales contra los mujiks" quedó abiertamente revelada, el fluctuante Grupo de los Trabajadores se inclinó hacia los obreros. El gobierno, al experimentar que no podía depositar más confienza en la Duma, abrió la ofensiva. Las demostraciones pacifistas comenzaron a ser disueltas, se inició el incendio de edificios usados para reuniones públicas y progroms contra los judíos. El 20 de junio un comunicado emitido por el gobierno sobre la cuestión agraria atacaba enérgicamente a la Duma del Estado.

Por fin, el 8 de julio la Duma fue disuelta, los periódicos socialdemócratas clausurados, y comenzó todo tipo de represiones y arrestos. En Kronstadt y Sveaborg estalló una rebelión. Nuestra gente participó en ella activamente. Innokenty (Dubrovinsky) a duras penas logró escapar de Kronstadt, escurriéndose de las manos de la policía al simular una completa borrachera. Esto acaeció poco antes de que nuestra organización militar fuera arrestada. Se suponía que un provocador había actuado en su seno. Esto coincidió justamente en la época de la revuelta de Sveaborg. Ese día esperamos en vano telegramas sobre el progreso de la rebelión.

Nos ubicamos en el departamento de los Menzhinsky. Por esa época Vera Rudolfovna y Ludmilla Rudolfovna Menzhinsky tenían un departamento propio muy cómodo. A él llegaban a menudo los camaradas. Los camaradas Rozhkov, Yusef y Goldenberg estaban siempre en su lugar. En esa ocasión también se encontraban diversos camaradas, que incluían a Ilich. El envió a Vera Rudolfovna con un mensaje a Schlichtor para que éste fuera inmediatamente a Sveaborg.

Alguien recordó que un camarada llamado Kharrik estaba empleado como corrector de pruebas en el diario cadete *Rech* (La Palabra). Fui a verlo para saber si había telegramas. No estaba en la oficina, pero recibí los telegramas de otra persona. Esta me aconsejó ver a Kharrik, que vivía cerca, en la calle Gussevsky. Escribió la dirección de Kharrik en las pruebas de los telegramas. Llegué hasta la calle Gussevsky. Fuera de la casa caminaban del brazo dos mujeres. Me detuvieron para decirme: "Si busca el número tal y cual, no vaya. Hay un procedimiento y arrestan a todo el mundo". Me apresuré a regresar para advertir a nuestra gente. Como trascendió después, allí fue el lugar en que detuvieron a nuestro equipo militar, incluyendo a Vyacheslav Rudolfovich Menzhinsky. La rebelión fue aplastada. La reacción creció con mayor desenfado. Los bolcheviques renovaron la publicación del ilegal *Proletarii* y entraron en la clandestinidad. Los mencheviques se batieron en retirada, empezaron a escribir en la prensa burguesa, adelantaron la consigna demagógica de no convocar el congreso partidario de los trabajadores, que en ciertas condiciones significaba liquidar el partido. Los bolcheviques exigían un congreso especial.

Ilich debía marchar hacia una "emigración cercana", en Finlandia. Permaneció con los Leyteysen en Kaukola, no lejos de la estación. La vieja e incómoda casa de campo, "Vaza", había servido de refugio para los revolucionarios desde hacía largo tiempo. La gente que vivía allí anteriormente era socialista revolucionaria, y fabricaba bombas. Finalmente, el bolchevique Leyteysen (Lindov) y su familia se afincaron en el lugar. A Ilich le dieron un cuarto en el costado de la casa. Allí escribía sus artículos y panfletos y sostenía entrevistas con los miembros del comité central, los miembros del comité de Petersburgo y otros que llegaban de las provincias. Desde Kaukola, Ilich realmente dirigía todo el trabajo de los bolcheviques. Después de una temporada yo también fui a vivir a esa casa. Solía llegar hasta Petersburgo temprano en la mañana y retornaba tarde por la noche. Los Leytesen se marcharon finalmente y nosotros ocupamos la totalidad de la parte más baja. Mi madre vino a vivir con nosotros y más tarde María Ilinichna permaneció con nosotros por un tiempo. Los Bogdanov vinieron a vivir en la parte de arriba, y Dubrovinsky (Innokenty) llegó en 1907. En esa época la policía rusa había decidido no entrometerse

en Finlandia, y teníamos así considerable libertad. La puerta de la casa nunca se cerraba con cerrojo; una jarra de leche y una pieza de pan quedaban en el comedor por la noche y la cama se extendía en el diván, de modo que cualquiera que viniera durante esas horas podía entrar sin despertar a nadie, tomar algo refrescante y tirarse a dormir. Por la mañana encontrábamos a menudo camaradas en el comedor que habían ingresado nocturnamente.

Un mensajero especial visitaba a Ilich cada día con material, diarios y cartas. Ilich, después de mirar lo que le había sido enviado, se sentaba a escribir inmediatamente un artículo y lo enviaba por el mismo hombre. Dmitri Ilich Leshchenko venía a "Vaza" casi todos los días. Por las noches yo retornaba a casa con toda clase de noticias y encargos de Petersburgo.

Naturalmente, Ilich sentía deseos de regresar a Petersburgo, y no importaba en qué medida se tratara de mantener permanente contacto con él; no podía impedir caer en tales estados de ánimo al punto que a veces necesitaba alguna distracción. Así fue que los ocupantes de "Vaza" solían sentarse a jugar ciertos juegos de habilidad. Bogdanov jugaba con cálculo; Ilich a la vez calculaba y jugaba; Leyteysen se mostraba grandemente impresionado. Si en tales momentos hubiera acontecido que alguien llegara con un mensaje, el comité del distrito, sin duda, hubiera mostrado fastidio y asombro. ¡Imaginarse a los miembros del comité central jugando por dinero! Pero esto era sólo una anécdota.

Por aquellos días veía muy poco a Vladimir Ilich, pues yo pasaba todo el día en Petersburgo. Al regresar tarde a casa encontraba siempre a Ilich preocupado, de modo que no le formulaba preguntas, sino que sólo le contaba todo lo que había visto y oído.

Ese invierno Vera Rudolfovna y yo establecimos un lugar de reunión permanente en el comedor del Instituto Tecnológico. Era muy cómodo, puesto que gran número de gente utilizaba el comedor en el curso del día. Durante la jornada podíamos ver alrededor de una docena de camaradas. Nadie advertía nuestra presencia. Pero recuerdo una vez en que Kamo llegó para una cita. Vestido a la manera caucásica, con filas de cápsulas de proyectiles de puntas blancas, traía un objeto esférico envuelto en una servilleta. Todos en el restaurante dejaron de comer y empezaron a mirar con asombro al extraño visitante. "Tiene

una bomba", fue el pensamiento que sin duda cruzó la mente de la mayoría. Pero se descubrió que no era una bomba sino un melón. Kamo había traído el melón y nueces azucaradas coom regalo para Ilich y para mí. "Mi tía se los envía", explicó él tímidamente. Este luchador, con su coraje a toda prueba, su inconmovible fuerza de voluntad y su valor, parecía al mismo tiempo un hombre extraordinariamente sencillo, un camarada más bien ingenuo y apacible. Se sintió muy atraído por Ilich, Krassin y Bogdanov. Solía venir a vernos a Kaukola. Entabló buenas relaciones con mi madre y le contaba todo sobre su tía y sus hermanas. Kamo viajaba a menudo entre Finlandia y Petersburgo, y siempre andaba completamente armado. Mi madre le ataba cada vez sus revólveres a la espalda con particular cuidado.

En el otoño el periódico ilegal *Proletarii* empezó a aparecer en Vyborg; Ilich le dedicó mucha atención. El contacto se mantuvo a través del camarada Schlichter. El ilegal *Proletarii* se llevaba a Petersburgo y se distribuía en los distritos. La circulación la manejaba la camarada Irina (Lydia Gobi). Aunque este transporte y distribución estaban organizados y la literatura se infiltraba a través del órgano legal bolchevique *Delo* (La Causa), era indispensable, sin embargo, obtener direcciones a donde podía enviarse literatura. Vera Rudolfovna y yo necesitábamos un ayudante. Un miembro del distrito, Komissarov, sugirió a su esposa Katia para este trabajo. Llegó una mujer de aspecto modesto, con el cabello corto. En el primer momento un extraño sentimiento se apoderó de mí, una especie de aguda desconfianza. No podía saber de dónde surgía esta repulsión, y pronto desapareció. Katia demostró ser una ayudante muy eficaz: hacía todo rápida, exactamente y en secreto. No traslucía ninguna curiosidad y no formulaba preguntas. Recuerdo cierta vez, no obstante, cuando le pregunté adónde iría en el verano; su expresión pareció cambiar y me arrojó una mirada de malhumor. Más tarde se descubrió que Katia y su marido eran agentes provocadores. Katia, luego de haber llevado armas de contrabando a Petersburgo las condujo a los Urales. En seguida de llegar ella se produjo un allanamiento policial; las armas transportadas por Katia fueron confiscadas y todos arrestados. Sólo conocimos la verdad sobre esto algún tiempo después. Mientras tanto, su marido se había convertido en casero de Simonov, propietario de la casa número 9 de la avenida Zagorodny. Simonov solía ayudar a

los socialdemócratas. Vladimir Ilich vivió allí en alguna época, y más tarde su casa fue usada por el Club Bolchevique. También vivió en ella Alexinsky. Algún tiempo después —durante los años de reacción— Komissarov alojó a cierto número de camaradas prófugos en esta casa proporcionándoles pasaportes. Y por fin estos camaradas prófugos muy pronto "accidentalmente" tenían problemas en la frontera. Por ejemplo, Innokenty, al retornar desde el exterior a trabajar en Rusia, cayó en esta trampa. Fue difícil, por cierto, determinar el verdadero momento en que Komissarov y su mujer se tornaron provocadores. De cualquier modo, hubo muchas cosas que la policía no descubrió, tales como el lugar de residencia de Vladimir Ilich. En 1905 y durante todo el año 1906 el aparato policial estaba aún considerablemente desorganizado. La asamblea de la segunda Duma del Estado se fijó para el 20 de febrero de 1907.

Ya en la conferencia del partido en noviembre, catorce delegados, incluyendo los de Polonia y Lituania, dirigidos por Ilich, habían estado en favor de las elecciones de la Duma del Estado, pero contra cualquier *bloque* con los cadetes (según lo defendían los mencheviques). Con esa consigna se condujo el trabajo bolchevique para las elecciones de la Duma. Los cadetes fueron derrotados en los comicios. Ellos sólo alcanzaron la mitad del número de diputados en la segunda Duma que el que habían logrado en la primera. Las elecciones fueron muy demoradas. Parecía que surgía una nueva ola revolucionaria. Al comienzo de 1907 escribió Ilich: "Cuán miserables se presentan ahora nuestras recientes disputas 'teóricas' cuando se las ilumina con los brillantes rayos del sol revolucionario que ahora irrumpe!"

Los diputados de la segunda Duma venían por lo regular a menudo a Kaukola para conversar con Ilich. El trabajo de los diputados bolcheviques se hallaba bajo la dirección inmediata de A. A. Bogdanov, pero él vivía en Kaukola, en "Vaza", la misma casa ocupada por nosotros, y discutía todo con Ilich.

Recuerdo cierta oportunidad en que retornaba a Kaukola tarde por la noche desde Petersburgo. En el tren encontré a Pavel Boriscovich Axelrod. Dijo que los diputados bolcheviques, particularmente Alexinsky, no actuaba mal en absoluto en la Duma. Empezó a hablar del congreso de los trabajadores. Los mencheviques se agitaban enérgicamente en favor de un congreso de los trabajadores, en la esperanza

de que este congreso, sobre una amplia base, los ayudaría a contrarrestar la siempre creciente influencia de los bolcheviques. Los bolcheviques insistían en apresurar el congreso del partido. Finalmente fue fijado para abril. Hubo una gran concurrencia. Los delegados llegaban en multitudes, y formaban una larga fila ante la comisión de credenciales. Los representantes bolcheviques en la comisión eran Mikhail Sergeyevich y yo misma, mientras que la representación menchevique la formaban Krokhmal y M. M. Schick (la esposa de Kinchuk). La policía organizó una vigilancia. En la estación ferroviaria de Finlandia, Marat y otros camaradas fueron detenidos. Debimos tomar medidas de precaución más precisas. Ilich y Bogdanov ya habían partido para el congreso. No me apresuré a regresar a Kaukola. No regresé a casa hasta el sábado por la noche, ¿y qué encontré? Diecisiete delegados se hallaban en nuestra vivienda, ateridos y hambrientos, pues no habían comido ni bebido nada. La trabajadora doméstica que vivía con nosotros era una finlandesa socialdemócrata, y los sábados tenía el día libre. Ella empleaba el tiempo libre representando funciones en la Casa del Pueblo. Así me llevó bastante tiempo antes de que pudiera proporcionar a todos alimento y bebida. Yo no estaba en el congreso. No hubo nadie en quien pudiera descargar mi trabajo de secretaria y aquellos eran tiempos difíciles. La policía se tornaba cada vez más y más descarada. La gente empezó a asustarse y no alojaba a los bolcheviques por la noche, o ya no les permitía usar sus casas para encuentros. A veces yo salía a encontrar a los camaradas en la oficina de *Vestnik Zhizni*. Peter Petrovich Rumyantsiev, director de la revista, encontró molesto decirme personalmente que no deseaba que conviniera más entrevistas en *Vestnik Zhizni*, y así me envió al sereno, un obrero con quien había tratado a menudo algunos problemas. Me irritó que Rumyantsiev no me informara él mismo.

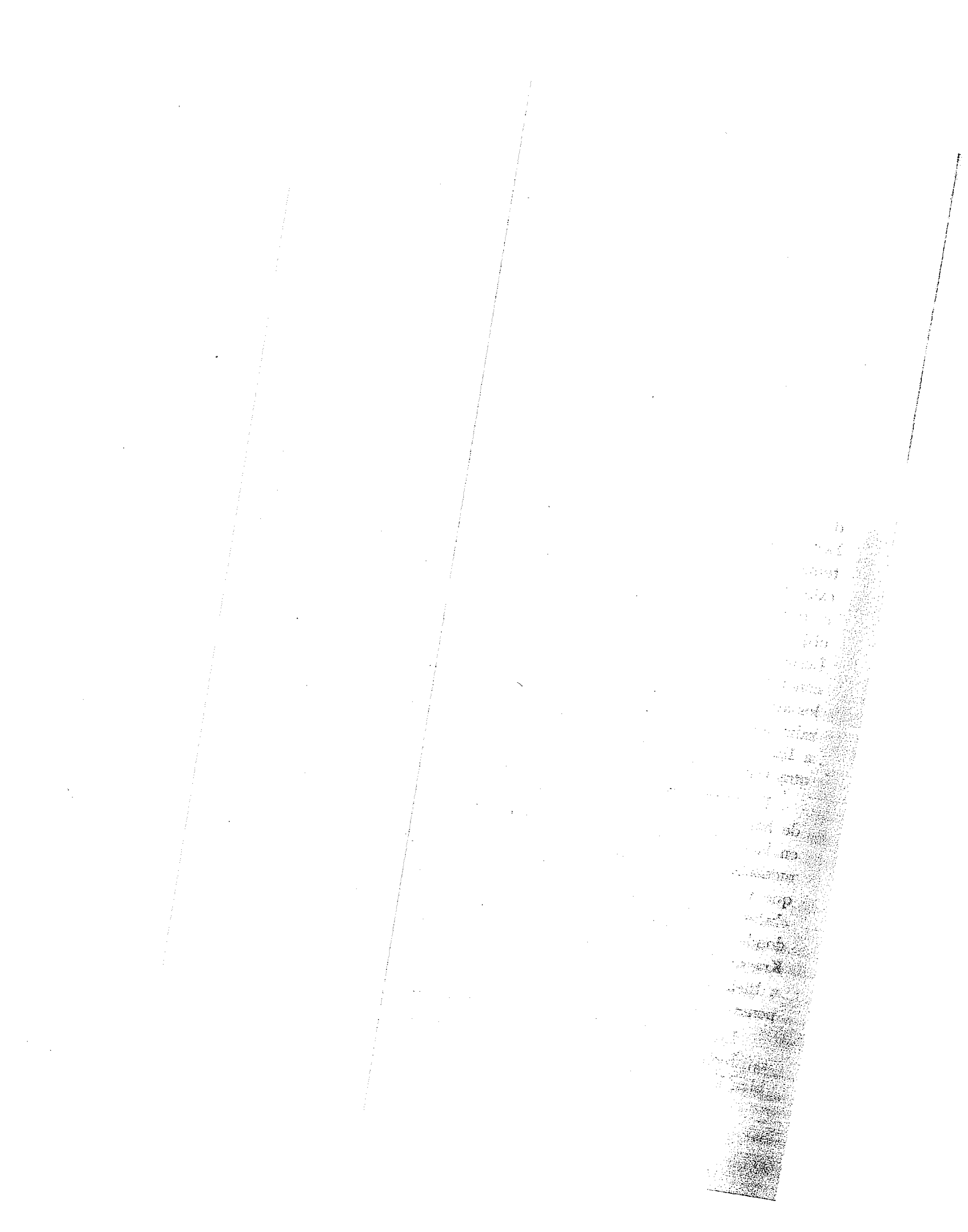
Ilich retornó del congreso más tarde que el resto. Su apariencia era de lo más extraordinaria: bigote recortado, barba afeitada, y gran sombrero de paja [1]. El 3 de junio fue disuelta la segunda Duma. La fracción bolchevique íntegra llegó a Kaukola muy tarde y discutió

[1] Inmediatamente después del congreso, Ilich dio un informe a un gran número de trabajadores que llegó desde Petersburgo. El discurso tuvo lugar en un hotel perteneciente a un finlandés llamado Kakko. (Más tarde el hotel fue incendiado.)

toda la noche la situación creada. Ilich se hallaba en extremo fatigado a partir del congreso. Estaba agotado y no podía comer. Preparé sus cosas y lo envié a Stirsuden, en el corazón de Finlandia, donde vivía la familia del "Pequeño Tío". Yo me quedé y solucioné rápidamente nuestros problemas. Cuando aparecí en Stirsuden, Ilich se había recuperado algo. Me contó que los primeros días lo pasaba dormitando. Solía sentarse bajo un abeto y en seguida se quedaba dormido. Los chicos lo llamaban "El dormilón". Los días de Stirsuden fueron maravillosos: los bosques, el mar, la naturaleza en todo su esplendor. Lo único malo resultaba que la puerta vecina correspondía a la casa de campo del ingeniero Zyabitsky, donde vivía Leschenko y su esposa, y Alexinsky. Ilich evitaba las converseiones con Alexinsky porque deseaba descansar. Este último se sentía ofendido. A veces íbamos a lo de Leshchenko a oír música. Xenia Ivanovna —parienta de Knippovich— tenía una hermosa voz y era una cantante profesional. Ilich escuchaba extasiado su canto. Pasábamos gran parte del día juntos cerca del mar o andábamos en bicicleta. Los vehículos eran viejos y nos veíamos obligados a arreglarlos continuamente, a veces con la ayuda de los Leshchenko o bien sin su concurso. Remendábamos las pinchaduras con restos de viejas galochas, y creo que invertíamos más tiempo en los arreglos que en los paseos. Pero era maravilloso cuando lográbamos salir sin inconvenientes. El "Pequeño Tío" alimentaba cuidadosamente a Ilich con *omelets* y pierna de reno. Ilich mejoró poco a poco y fue otra vez el mismo hombre.

De Stirsuden nos trasladamos a la conferencia de Terioki. Después de haber pensado la posición durante sus horas de ocio, Ilich habló en la conferencia contra un boicot a la tercera Duma. La lucha comenzaba ahora en otro frente. Era la lucha contra los boicoteadores que no deseaban contar con la inflexible realidad, pero que estaban ebrios con sus propias frases altisonantes. En la pequeña casa de campo donde se realizaba la reunión, Ilich defendió cálidamente su posición. Krassin llegó en bicicleta, y de pie en la ventana, escuchó con atención a Ilich. Finalmente, no entró en la casa; se alejó ensimismado en sus pensamientos... En verdad había mucho para reflexionar.

Luego se produjo el congreso de Stuttgart. Ilich se mostró muy satisfecho con éste. Aprobó las resoluciones sobre los sindicatos y también la actitud hacia la guerra.



CAPITULO UNDECIMO

OTRA VEZ EN EL EXTERIOR, FIN DE 1907

Ilich tuvo que internarse más aún en el corazón de Finlandia. Los Bogdanov, Innokenty (Dubrovinsky), y yo todavía ocupábamos la residencia "Vaza" en Kaukola. Ya se habían realizado procedimientos en Terioki y los esperábamos en Kaukola. Natalia Bogdanov y yo "limpiamos" y ordenamos todos los archivos, recogimos cuanto había de valor y lo entregamos a un camarada finlandés para que lo escondiera. El resto fue quemado. Cumplimos la tarea con tanta energía que una mañana advertí que la nieve alrededor de "Vaza" estaba mezclada de cenizas. Así, pues, si los gendarmes hubieran aparecido habrían encontrado mucho de interés, ya que grandes pilas de papeles yacían acumuladas en la casa. Teníamos que tomar medidas precautorias especiales. Cierta mañana el ama de casa irrumpió y dijo que los gendarmes habían llegado a Kaukola. Ella tomó todo el material ilegal que pudo llevar para esconderlo en su casa. Enviamos a Bogdanov e Innokenty a internarse en el bosque y nosotros nos quedamos a esperar la requisa. Pero en esta ocasión no registraron a "Vaza". Buscaban miembros de la organización militar.

En las profundidades de Finlandia, Ilich permanecía en Oglbu, una pequeña estación cerca de Helsingfors, en la casa de dos hermanas finlandesas. Se sentía fuera de peligro en ese cuarto extraordinariamente limpio y frío. Era agradable según la manera finlandesa: cortinas bordadas y todo primorosamente en su lugar. De la habita-

ción cercana llegaba sin interrupción el sonido de la risa, un piano y la charla en lengua finesa. Ilich pasaba días enteros escribiendo sobre el problema agrario en tanto pesaba con cuidado las experiencias de la revolución por la que habíamos atravesado. Caminaba en su cuarto de arriba abajo durante horas, en puntas de pies, para no molestar a las dueñas de casa. Creo que fui a visitarlo a Oglbu.

La policía buscaba a Ilich por toda Finlandia. Era necesario trasladarse al exterior. Parecía evidente que la reacción iba a durar muchos años. Tendríamos que retirarnos de nuevo a Suiza. Resultaba decididamente contra nuestro deseo, mas no podía hacerse otra cosa. Además, había que organizar la publicación del *Proletarii* en el exterior, ya que esto no era posible en Finlandia. Ilich debía viajar a Estocolmo en la primera oportunidad y esperarme allí. Yo tenía que realizar algunos trámites en Petersburgo en favor de mi anciana madre, que se hallaba enferma, y solucionar muchas otras cosas, tales como llegar a un acuerdo sobre un sistema de comunicaciones. Después que todo estuviera en orden yo debía seguir a Ilich.

Mientras yo apresuraba las cosas en Petersburgo, Ilich estuvo muy próximo a perder la vida en su camino a Estocolmo. Sucedió que la policía lo buscaba con tanta persistencia que trasladarse por el medio común, es decir, tomar el barco en Abo hubiera significado ser arrestado inmediatamente. Ya se habían producido casos de detenciones en esas circunstancias. Uno de los camaradas fineses de Ilich le aconsejó embarcarse en una isla vecina. Esto daba seguridad en cuanto la policía rusa no podía realizar allí arrestos. Sin embargo, para ir hasta la isla, había que caminar tres verstas sobre el hielo, y aunque estábamos en diciembre el hielo se mostraba quebradizo en algunas partes. Nadie deseaba arriesgar su vida ni había guías disponibles. Los campesinos fineses, bastante vacilantes, que habían llegado hasta esta parte de la costa, se comprometieron a acompañar a Ilich. Y al cruzar el hielo por la noche estuvieron a punto de perecer ellos y Vladimir Ilich. En un lugar el hielo comenzó a desplazarse debajo de sus pies. Sólo a duras penas lograron liberarse del peligro.

Borgo, un camarada finés (posteriormente asesinado por los guardias blancos), con cuya ayuda yo llegué a Estocolmo, me informó sobre el peligroso paso elegido, y que Ilich había escapado a la muerte por pura casualidad. El mismo Ilich me contó que cuando el hielo

comenzó a deslizarse debajo de sus pies pensó: "¡Oh, tener que morir en forma tan estúpida. . .!"

El éxodo de los rusos al exterior se iniciaba una vez más: bolcheviques, mencheviques, socialistas revolucionarios. Hacia Suecia viajaron en mi mismo barco Dan, Lydia Ossipovna, Zederbaum y una pareja de socialistas revolucionarios.

Después de una estada de algunos días en Estocolmo partimos para Ginebra vía Berlín. El día antes de nuestra llegada los rusos en Berlín habían sido sometidos a registros y detenciones. Por esta causa el camarada Abramov, miembro del grupo de Berlín que nos esperaba, nos aconsejó no visitar a nadie en su casa, y durante todo el día nos condujo de un café a otro. Pasamos la noche con Rosa Luxemburgo. El congreso de Stuttgart, en el que Vladimir Ilich y Rosa Luxemburgo habían actuado de acuerdo sobre la cuestión de la guerra, los había acercado mucho, por cierto. Esto sucedía ya en 1907, pero en ese congreso ambos dijeron que la lucha contra la guerra no debería apuntar simplemente a obtener la paz sino que debía tener como finalidad reemplazar el capitalismo por el socialismo. La crisis engendrada por la guerra tenía jue ser utilizada para derrocar a la burguesía. Al describir las decisiones de este congreso, Ilich expresó: "El congreso de Stuttgart ha puesto de relieve agudamente en un gran número de importantes problemas, las posiciones opuestas de las alas oportunistas y revolucionarias de la socialdemocracia internacional. Y ha dado una decisión sobre estas cuestiones en el espíritu del marxismo revolucionario". En el congreso de Stuttgart Rosa Luxemburgo y Vladimir Ilich marcharon unidos. Por tal causa su conversación de aquella noche fue particularmente amistosa.

Cuando retornamos a nuestro hotel esa noche nos sentimos enfermos. Ambos teníamos espuma blanca en los labios y una especie de debilidad se había apoderado de nosotros. Después advertimos que al transitar de un restaurante a otro habíamos contraído en algún lugar una intoxicación de pescado. Hubo que llamar a un médico durante la noche. Vladimir Ilich fue registrado como un cocinero finés y yo como una ciudadana americana. Por tanto, la mucama llamó a un médico americano. Primero examinó a Vladimir Ilich y dijo que lo suyo era muy serio. Luego me miró y expresó: "¡Bien, usted vivirá!" Nos prescribió un montón de remedios, y adivinando que algo raro ocurría

nos cobró exorbitantemente por la visita. Descansamos un par de días y luego nos dirijimos a Ginebra, adonde llegamos el 20 de enero de 1908. Ilich finalmente escribió a Gorky que habíamos contraído un "enfriamiento" en el camino.

Ginebra parecía triste. No había nieve sino un viento frío y penetrante. Tarjetas postales que mostraban cuadros de aludes estaban en venta en la verja del embarcadero del lago de Ginebra. La ciudad se mostraba desolada y vacía. Los camaradas que se hallaban en Ginebra en esa época incluían a Mikha Tskhaya, V. P. Karpinsky y Olga Ravich. Mikha Tskhaya vivía en un pequeño cuarto, y con dificultad se levantó de la cama cuando llegamos. Hablámos poco. Los Karpinsky vivían entonces en la librería rusa (del difunto Kuklin) que Karpinsky administraba. Al llegar comprobamos que estaba atacado de un fuerte dolor de cabeza que lo obligaba a pestañear constantemente. Todos los postigos estaban abiertos de modo que la luz lo irritaba. Después de dejar a los Karpinsky, mientras caminábamos a lo largo de las calles vacías de Ginebra, que se habían tornado inhóspitas, Ilich murmuró: "Me siento como si hubiera vuelto para ser enterrado".

Nuestro segundo período de emigración había comenzado. Y fue mucho más duro que el primero.

CAPITULO DUODECIMO

AÑOS DE REACCION

GINEBRA (1908)

En la noche de nuestra llegada a Ginebra Ilich escribió a Alexinsky —diputado de la segunda Duma que, junto con otros diputados bolcheviques había sido sentenciado a trabajos forzados, y que había emigrado y vivía entonces en Austria— contestando a su carta recibida en Berlín. Unos días más tarde escribía a Gorki, que presionaba a Ilich para que lo visitara en la isla italiana de Capri.

Fue imposible ir a Capri porque había que empezar a publicar el *Proletarii*, el órgano central ilegal del partido. Esto debía realizarse rápidamente a fin de brindar al movimiento en Rusia el liderazgo sistemático, tan esencial en aquellos duros tiempos de reacción, a través de un órgano central. No se podía pensar en ir, pero en su carta Ilich fantaseaba como si el viaje fuera realizable: "¡Ciertamente hubiera sido importante deslizarse hasta Capri!" Luego continuaba diciendo: "Pienso que sería preferible visitarte cuando estés menos atareado de modo que podamos holgazanear y conversar". Ilich había experimentado tantas vicisitudes en los últimos años que deseaba en efecto una conversación íntima con Gorky, pero se vio forzado a posponer el viaje.

No se había decidido si el *Proletarii* iba a ser publicado en Ginebra o en otro lugar del extranjero. Escribimos a Austria, al social-

demócrata Adler, y a Josef (Dzerzhinsky) que vivían allí. Austria estaba más cerca de la frontera rusa; en algunos aspectos hubiera sido más fácil imprimir ahí el periódico y el envío a Rusia hubiera sido también más cómodo. Pero Ilich alimentaba pocas esperanzas de poder organizar la publicación del periódico en otra parte que no fuera Ginebra, y así tomó las medidas necesarias para comenzar el trabajo en este último lugar. Para nuestra sorpresa descubrimos una máquina de componer que nos pertenecía y había quedado allí en épocas anteriores. Esto reducía los gastos y simplificaba el problema.

Apareció también el camarada Vladimirov, el cajista que componía para *Vperiod* (Adelante), periódico bolchevique publicado en Ginebra antes de la revolución de 1905. D. M. Kotlyarenko asumió el cargo de la parte comercial. En febrero todos los camaradas que habían sido enviados desde Rusia para organizar la publicación del periódico: Lenin, Bogdanov e Innokenty (Dobruvinsky) se reunieron en Ginebra.

En carta fechada el 2 de febrero Vladimir Ilich escribió a Máximo Gorki: "Todo está listo. Anunciaremos la publicación dentro de pocos días. Te hemos incluido como colaborador. Envíame unas pocas líneas y déjame saber si podrás escribir para los primeros números (algo semejante a las "Notas sobre el filisteísmo" en *Novaya Zhizn*, o extractos de la novela que estás escribiendo, etc.)". Ya en 1894 Lenin en su libro *Quiénes son los amigos del pueblo y cómo combaten los socialdemócratas* escribió sobre la cultura burguesa y sobre el filisteísmo de la pequeña burguesía a la que despreciaba y odiaba profundamente. De aquí que le complacieran en particular los artículos de Gorki sobre filisteísmo.

A Lunacharsky, que había ido a vivir junto a Gorki en Capri, Ilich le escribió: "Hazme unas líneas para saber si estás apropiadamente alojado y preparado para trabajar otra vez".

La nueva mesa directiva del periódico (Lenin, Bogdanov, Innokenty) envió una nota a Trotsky, que vivía en Viena, invitándolo a colaborar, pero Trotsky rehusó. En realidad no deseaba trabajar con los bolcheviques, si bien no lo dijo así abiertamente; se excusó aduciendo que estaba muy ocupado.

Las preocupaciones para enviar el periódico a Rusia comenzaron. Tratamos de restaurar los viejos contactos. En el pasado habíamos

embarcado nuestra literatura a Rusia por mar en Marsella. Ilich pensó que ahora nuevas combinaciones podían hacerse para enviar el periódico vía Capri donde vivía Gorki. Escribió a María Fedorovna Andreyeva, la mujer de Gorki, instruyéndola para convenir con empleados y trabajadores de los barcos el embarque de literatura hacia Odesa. También se comunicó con Alexinsky pidiéndole que preparase el envío a través de Vilna, aunque tenía pocas esperanzas de lograr éxito por ese lado. Alexinsky carecía de aptitud para tal trabajo. Escribimos a nuestro "experto en embarques", Pianitsky, que ahora era uno de los activistas principales del comitern, y quien en el pasado había realizado una excelente tarea para enviar literatura a través de la frontera alemana. Pianitsky se hallaba en Rusia, y según el tiempo empleado en eludir a la policía, evitar el arresto y cruzar la frontera para llegar hasta nosotros, transcurrieron casi ocho meses. En el camino intentó organizar el envío del periódico a través de Lvov, pero fracasó.

Llegó a Ginebra en el otoño de 1908. Decidimos que regresara a Leipzig donde él había vivido previamente a fin de restablecer los viejos contactos y organizar el embarque del periódico a través de la frontera alemana como lo había hecho en el pasado. Alexinsky resolvió trasladarse a Ginebra. Su esposa, Tatiana Ivanona, tenía que ayudarme con la corespondencia de Rusia. Pero éstos eran sólo planes. Respecto de las cartas esperábamos más de lo que recibimos.

Muy poco después de llegar a Ginebra ocurrió un accidente relacionado con el cambio de dinero. En julio de 1907 se realizó un "procedimiento" en las oficinas del Tesoro del Estado en la plaza Erivan, en Tiflis. Cuando el movimiento revolucionario se hallaba en su apogeo y la lucha contra la autocracia se desenvolvía en un amplio frente, los bolcheviques advirtieron la necesidad de realizar golpes y expropiaciones, como se llamaban, contra el Tesoro del Estado. Tal fue el caso de Tiflis. El dinero obtenido en la incursión de Tiflis fue entregado a los bolcheviques para fines revolucionarios. Pero resultaba imposible utilizar el dinero porque consistía en billetes de quinientos rublos, que no habían sido cambiados. Era inútil tratar de cambiar el dinero en Rusia porque todos los bancos tenían la numeración de los billetes y se había establecido una severa vigilancia. La reacción estaba muy activa; era indispensable organizar la huida de los revolucionarios a quienes se torturaba en las prisiones; a fin de impedir que el

movimiento se extinguiera se tornaba urgente establecer imprentas secretas para imprimir literatura, etc. El dinero se necesitaba imperiosamente. Y así un grupo de camaradas organizó intentos para cambiar billetes de 500 rublos en un número de ciudades en forma simultánea. Tal designio se realizó en Ginebra unos pocos días antes de nuestra llegada. Un agente provocador, llamado Zhitomirsky, conocía el hecho y tomó parte en la operación. En esa época, por supuesto, nadie sabía que Zhitomirsky era un agente provocador, y todos tenían completa confianza en él; pero ya por entonces había traicionado al camarada Kamo en Berlín. Merced a la doblez de Zhitomirsky al camarada Kamo se le sorprendió con una maleta que contenía dinamita. Fue arrestado por la policía alemana y sentenciado a un largo encierro. Más tarde lo entregaron a las autoridades rusas. Este Zhitomirsky advirtió a la policía sobre el propósito de cambiar los billetes y las personas comprometidas en ello fueron detenidas. A un camarada letón, miembro del grupo de Zurich, se le detuvo en Estocolmo, y Olga Ravich, miembro del grupo de Ginebra de nuestro partido, que recientemente había venido de Rusia, Bogdassarian y N. Khodzhamiran fueron arrestados en Munich.

En Ginebra se detuvo a N. A. Semashko. Una tarjeta postal había sido enviada a uno de los hombres detenidos, dirigida a su casa.

Los buenos ciudadanos suizos estaban mortalmente asustados por este incidente. Lo único de que se oía hablar era sobre los rusos "expropiadores". Se les discutía con horror en la mesa, en la pensión donde Ilich y yo comíamos habitualmente. Cuando Mikha Tskhakaya, el camarada caucasiano y presidente del tercer congreso del partido, quien vivía en Ginebra por esa época, vino a vernos por primera vez, con su traje típico, su presencia asustó tanto a la dueña de casa, la que sin duda pensó que él tenía el aspecto de un bandido, y con un chillido de susto le cerró la puerta en la cara.

Por esa época predominaban las opiniones ultraoportunistas en el partido socialdemócrata de Suiza y en relación con el arresto de N. A. Semashko, los socialdemócratas suizos declaraban que su país era el más demócrata del mundo, que la justicia regía en él y que, en consecuencia, no podían tolerar actos de violencia contra la propiedad privada en su territorio.

El gobierno ruso exigió la extradición de los detenidos. Los social-

demócratas suecos estaban preparados para intervenir, pero pidieron que el grupo de Zurich, al que pertenecía uno de los camaradas arrestados, declarara que éste, detenido en Estoclmo, era un socialdemócrata que había vivido siempre en Zurich. El grupo de Zurich, donde predominaban los mencheviques, rechazó esta sugestión. Los mencheviques también se apresuraron a separarse de Semashko mediante la prensa local de Berna, en la que declararon que éste no era socialdemócrata y no representaba al grupo de Ginebra en el congreso de Stuttgart.

Los mencheviques habían condenado el levantamiento moscovita de 1905; se oponían a todo lo que podía asustar a la burguesía liberal. Declaraban que el hecho de que la *inteligentsia* burguesa abandonase la revolución en el momento de la derrota se debió no al carácter de clase de la *inteligentsia* burguesa sino porque ella se sintió aterrorizada por los métodos de lucha empleados por los bolcheviques. Condenaron enérgicamente la exigencia de los bolcheviques según la cual cuando la lucha revolucionaria se hallaba en su apogeo, la expropiación resultaba un método legítimo de reunir fondos para tales fines. Opinaban que los bolcheviques alejaron y asustaron a la burguesía liberal. De aquí que los bolcheviques tenían que ser combatidos por cualquier medio.

En una carta fechada el 26 de febrero de 1908, escrita a Plejanov, P. B. Axelrod desarrollaba un plan para desacreditar a los bolcheviques ante los ojos de los extranjeros y y utilizar el incidente del cambio de dinero para ese objeto. Proponía que se redactara un informe que sería traducido al alemán y al francés y se enviaría al comité de administración (Vorstand) del partido socialdemócrata de Alemania, a Kautsky, Adler, la Oficina de la Internacional Socialista, Londres, etc.

La carta de Axelrod se publicó muchos años más tarde (1926). Muestra con claridad cómo aún en esa época los caminos de los bolcheviques y los mencheviques divergían ampliamente.

Como representante del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, Vladimir Ilich envió un informe a la oficina de la Internacional Socialista respecto del arresto de N. A. Semashko. También escribió a Gorki diciéndole que si conocía a Semashko personalmente debía defenderlo en la prensa suiza. Semashko fue liberado muy pronto.

Después de la revolución encontramos que resultaba difícil acos-

tumbrarnos de nuevo a la vida del exilio. Vladimir Ilich pasaba sus días en la biblioteca, pero por la noche no sabíamos qué hacer. No nos gustaba sentarnos en el cuarto frío e inhóspito que habíamos alquilado; queríamos estar entre la gente, y cada noche solíamos ir al cine o al teatro, aunque raramente permanecíamos hasta el fin sino por lo general nos retirábamos en la mitad de la función y salíamos a vagar por cualquier parte, muy a menudo hasta el lago.

Por fin, en febrero, se publicó en Ginebra el primer número del *Proletarii* (Nº 21). El primer artículo de Vladimir Ilich en éste es característico. Escribió:

"Podemos trabajar, durante muchos años antes de la revolución. No por nada se ha dicho que somos tan duros como el granito. Los socialdemócratas han constituido un partido proletario que no perderá empuje ante el fracaso del primer ataque militar, ni perderá su cabeza, ni será arrastrado al aventurerismo. Este partido marcha hacia el socialismo sin atar su fe al resultado de este o aquel período de las revoluciones burguesas. Por esta causa se ve libre de las debilidades de las revoluciones burguesas. Y este partido proletario marcha a la victoria".

Estas palabras expresaban los pensamientos que dominaban la vida entera de Vladimir Ilich en esa época. Durante el momento de la derrota soñaba con las grandes victorias proletarias. Hablaba sobre esto en nuestros paseos sobre las playas del lago de Ginebra.

El camarada Adoratsky, que fue desterrado de Rusia en 1906, y regresó al comenzar 1908, se hallaba todavía en Ginebra cuando nosotros llegamos a esa ciudad. El recuerda las conversaciones que tuvimos con Ilich sobre el carácter de la próxima revolución en Rusia y que Ilich expresaba la opinión que esta revolución colocaría indudablemente el poder en las manos del proletariado. Las reminiscencias de Adoratsky confirman el espíritu que penetra el artículo antes citado y todo cuanto Lenin dijo en esa época. Ilich no dudó por un solo momento que la derrota era únicamente temporaria.

El camarada Adoratsky también recuerda que Vladimir Ilich le hizo escribir un informe detallado sobre los acontecimientos de 1905, y particularmente sobre las lecciones que debían extraerse de las cuestiones concernientes a la tarea de armar a los obreros, la organización de destacamentos combatientes, la organización de insurrecciñn y de la toma del poder. Vladimir Ilich pensó que era necesario estudiar

muy cuidadosamente las experencias de la revolución porque, como él decía, esta experiencia resultaría útil en alto grado en lo futuro. Solía discutir con quienes habían tomado parte en la reciente lucha y mantenía con ellos largas conversaciones. En su opinión la tarea de la clase trabajadora rusa era: "Salvaguardar las tradiciones de la lucha revolucionaria a las que la *inteligentsia* y la pequeña burguesía se había apresurado a renunciar; desarrollar y fortalecer estas tradiciones; inculcarlas en las mentes de las amplias masas del pueblo; insertarlas en la próxima e inevitable insurrección del movimiento democrático." "Los mismos trabajadores —escribía— siguen, por cierto, espontáneamente esta línea. Pelearon en las grandes batallas de octubre y diciembre con denodada pasión; vieron claramente que podían modificar sus condiciones *sólo* por medio de esta lucha revolucionaria directa. Ahora se dice, o por lo menos, todos lo sienten, lo que expresó aquel trabajador textil que escribió una carta a su periódico sindical: "Los patrones han anulado todas nuestras conquistas; las capataces nos atormentan como antes, pero, calma, ¡1905 volverá de nuevo!"

"Calma, 1905 volverá de nuevo. Así es cómo un trabajador considera la situación. Para los trabajadores el año de lucha era un ejemplo de lo que *debería hacerse*. Para la *inteligentsia* y para la renegada clase media éste era un "año loco", un ejemplo de *lo que no debería hacerse*. Para el proletariado, el estudio y el análisis crítico de las experiencias de la revolución significaba aprender a aplicar los métodos de lucha empleados en ese tiempo *más exitosamente;* a fin de convertir este mismo movimiento huelguístico de octubre y la lucha armada de diciembre en un conflicto de clase más consciente, más extenso y más concentrado".

Ilich pintaba los años por venir como años de preparación para un nuevo ataque.

Era necesario sacar ventaja del "respiro" en la lucha revolucionaria a fin de ahondar en su contenido todavía más.

En primer término había que forzar la línea de lucha que debía ser protegida en las nuevas condiciones de reacción que prevalecían. Era necesario reflexionar en los medios por los cuales, en tanto el partido se mantenía en la clandestinidad, fuera posible a la vez capacitarlos para actuar abiertamente, conservar la posibilidad de hablar a las amplias masas de trabajadores y campesinos desde el recinto de la

Duma. Ilich advierte que muchos de los bolcheviques, los así llamados *otzovistas,* trataban de simplificar el problema; querían a toda costa aferrarse a las formas de lucha aceptables cuando la revolución se hallaba en su apogeo; pero al proceder así, en realidad desertaban de la lucha frente a las difíciles condiciones de la reacción, desertaban frente a las dificultades de adaptar el trabajo a las nuevas condiciones. Ilich definió a los *otzovistas* como liquidadores de izquierda. El *otzovista* más conspicuo era Alexinsky. Poco después de su retorno a Ginebra, las relaciones entre Ilich y él se tornaron tensas. Ilich tenía que tratar con él sobre una serie de cuestiones y más que nunca experimentaba la repulsión provocada por la absoluta estrechez mental de este hombre. Alexinsky no se hallaba en lo más mínimo preocupado por el uso de la Duma, aún en las condiciones de reacción, como medio de mantener contacto con las masas y campesinos. Desde que la segunda Duma había sido disuelta, él ya no podía hablar allí y así no era problema suyo; tal resultó la actitud que asumió. En el ámbito de Ginebra las ególatras quimeras de este individuo parecían sobresalir con gran relieve y desnudez, y, no obstante, en esa época era considerado como bolchevique.

Recuerdo el siguiente incidente: Caminaba yo por la Rue Carouge cierto día (por años y años esta calle había sido el centro donde se reunían los exiliados rusos) y vi a dos hombres del Bund, que permanecían en medio de la calzada, que parecían desesperados. Ambos eran miembros de un comité del cual Alexinsky se contaba como integrante, el que iba a editar el informe del congreso de Londres (informe publicado primeramente en Ginebra en 1908). Ambos me relataron que había empezado una discusión entre ellos, por una u otra causa, y que Alexinsky comenzó a gritarles, arrebató todos los informes que estaban sobre la mesa y huyó. Miré alrededor y en la distancia observé la pequeña figura de Alexinsky que caminaba enérgicamente, su cabeza levantada con orgullo y un espeso rollo de papeles debajo del brazo, en tanto desaparecía a la vuelta de la esquina. No era, por cierto, una broma.

No se trataba solamente de un problema de Alexinsky. Parecía obvio que la anterior solidaridad de la fracción bolchevique se había quebrado, que una escisión se aproximaba, y ante todo un rompimiento con Bogdanov.

En Rusia apareció un volumen titulado *Bosquejos de filosofía del marxismo*, que contenía ensayos de Bogdanov, Lunacharsky, Bazarov, Suvorov, Berman, Yushkevich y Helfand. El fin de estos ensayos era revisar la filosofía materialista de Marx sobre el desarrollo de la humanidad y la concepción de la lucha de clase.

La nueva filosofía abría las puertas a todo tipo de misticismo. Durante los años de reacción, cuando el pesimismo abundaba entre la *inteligentsia*, el suelo se hallaba particularmente maduro para la extensión del revisionismo Estaba claro que la escisión resultaba inevitable.

Ilich se interesó siempre por la filosofía. Estudió los problemas de la filosofía íntimamente en el exilio y conocía muy bien las opiniones de Marx, Engels y Plejanov. Había estudiado a Hegel, Feuerbach y Kant. Mientras permaneció exiliado en Siberia tuvo acaloradas discusiones con camaradas que se inclinaban hacia Kant; seguía lo que se escribía sobre el tema de filosofía en *Neue Zeit* y hablando en general poseía buenos fundamentos filosóficos.

En su carta a Gorki, fechada el 25 de febrero, Ilich le relató la historia de sus diferencias con Bogdanov. Mientras se encontraba aún en el exilio Ilich leyó el libro de Bogdanov, *Los elementos fundamentales de la concepción histórica de la naturaleza*, pero la posición entonces mantenida por Bogdanov era simplemente transitoria y previa a sus posteriores opiniones filosóficas. En 1903, cuando Ilich y Plejanov trabajaron juntos, éste se quejó más de una vez contra Bogdanov por sus opiniones filosóficas. En 1904 apareció el libro de Bogdanov *Empiriomonismo*, e Ilich declaró rotundamente a Bogdanov que él consideraba correcta la posición de Plejanov. En su carta a Gorki, Ilich decía lo que sigue:

En el verano y el otoño de 1904 Bogdanov y yo llegamos a un completo acuerdo como bolcheviques, y concluimos un convenio tácito por el cual la filosofía quedaba de igual modo convertida en tema neutral. Este convenio fue mantenido durante todo el período de la revolución y nos habilitó conjuntamente para realizar las tácticas de la socialdemocracia revolucionaria, es decir, el bolchevismo, el que, según estoy profundamente convencido, representaba la única táctica correcta por adoptar.

"Cuando le revolución estaba en su apegeo, teníamos poco tiempo

para la filosofía. Mientras se hallaba preso, al comienzo de 1906, Bogdanov escribió algo más. Creo que la parte III de su *Empiriomonismo*. En el verano de 1906 me obsequió un ejemplar de éste, y comencé a estudiarlo detenidamente. Después de haberlo leído, me sentí en extremo molesto e irritado. Era más claro que nunca para mí que él tomaba una línea en exceso equivocada y no marxista. Le escribí entonces una "carta de amor", una carta sobre filosofía que ocupaba tres cuadernos. Le aclaré, por supuesto, que yo era *un marxista raso* en el campo de la filosofía, pero que precisamente sus claras, populares y bien escritas obras me convencieron por completo de que él estaba equivocado y que Plejanov tenía razón. Mostré mis apuntes a varios amigos (Lunacharsky entre ellos) y pensaba publicarlos con el título: *Las opiniones de un marxista raso en filosofía*, mas por una razón u otra no pude hacerlo. Sin embargo lamento no haberlas publicado inmediatamente.

"Ahora han aparecido los *Bosquejos de la filosofía del marxismo*. He leído todos los ensayos de este volumen, excepto uno, el de Suvorov (lo estoy leyendo en este momento) y cada uno me pone furioso. Prefería ser colgado antes que contribuir a una publicación o formar parte de un grupo que propaga tales ideas.

"Volví de nuevo a las *Opiniones de un marxista raso en filosofía* y comencé a escribir. Mientras leía los *Bosquejos* me dirigí a Alexander Alexandrovich (Bogdanov) y le di mis impresiones, desde luego, en lenguaje llano."

Así describió Vladimir Ilich a Gorki este asunto.

Para la época en que apareció el primer número de *Proletarii* en el extranjero (13 de febrero de 1908) las relaciones entre Ilich y Bogdanov se habían tornado extremadamente tensas.

Hasta el fin de marzo Ilich todavía consideraba que las disputas filosóficas podían y debían ser separadas de las agrupaciones políticas en la fracción bolchevique. Creía que las discusiones filosóficas dentro de la fracción revelarían mejor que ninguna otra cosa que es imposible colocar al bolchevismo a igual nivel que la filosofía de Bogdanov.

Sin embargo, se tornó cada vez más claro que la fracción bolchevique pronto se escindiría.

Durante este difícil período Ilich estrechó particularmente amis-

tad con Innokenty (Dubrovinsky). Hasta 1905 conocíamos a Innokenty sólo de oídas. "Diadenka" (Lidia Mikhailovna Knippovich), que lo había conocido en el exilio en Astrakán, lo estimaba mucho. También era elogiado por la gente de Samara (los Krzhizhanovsky), pero nosotros no habíamos tenido oportunidad de tratarlo ni tuvimos correspondencia con él. Sólo una vez, después del segundo congreso del partido, cuando estalló la riña con los mencheviques, recibimos una carta de él en la que urgía la importancia de preservar la unidad del partido. Más tarde se convirtió en miembro del comité central conciliatorio y fue arrestado junto con otros miembros del comité central en el departamento de Leonid Andreev.

En 1905 Ilich observó a Innokenty en su tarea. Comprobó cuán completamente estaba dedicado a la causa revolucionaria y cómo emprendía los trabajos más difíciles. Esto último explica por qué Innokenty no podía estar presente en los congresos del partido; invariablemente solía ser arrestado antes de que se realizara el congreso. Ilich advirtió la firmeza con que Innokenty actuaba en la lucha: había tomado parte en el levantamiento de Moscú y se halló en Kronstadt durante la rebelión. No era un hombre de letras. Hablaba en las reuniones de obreros en las fáábricas y sus discursos inspiraban a los trabajadores en la lucha. Pero nadie tomó sus discursos por escrito, naturalmente. Ilich apreciaba a Innokenty en alto grado por su ferviente dedicación a la causa y se alegraba cuando regresaba a Ginebra. Tenían mucho en común y esto los acercó. Ambos asignaban gran importancia al partido y coincidían en que una lucha decidida debía emprenderse contra los liquidadores que argüían que el partido ilegal debía ser disuelto porque sólo obstaculizaba el trabajo. Además, estimaban muy especialmente a Plejanov y se felicitaban de que éste no se hubiera unido a los liquidadores. Opinan asimismo que Plejanov tenía razón en el campo de la filosofía, que era absolutamente necesario romper con Bogdanov y que la lucha en el frente filosófico había adquirido ahora un significado especial. Ilich comprendió que nadie entendía tan bien su línea de pensamiento como Innokenty. Este solía venir a comer con nosotros y después de la comida discutían planes de trabajo y la situación que se presentaba. Por las noches se reunían en el café Landold y continuaban sus conversaciones. Ilich le comunicaba a Innokenty su "intoxicación filosófica" como él la llamaba.

Todo los acercaba más. En esa época Ilich sentía gran adhesión hacia Innokenty. Fue un período muy difícil. En Rusia la organización caía en pedazos. La policía, con la ayuda de agentes provocadores, encarcelaba a los más prominentes activistas del partido. Resultó imposible organizar grandes reuniones y conferencias. No fue fácil para la gente que en fecha reciente había adquirido relieve a los ojos del público, pasar a la clandestinidad. En la primavera (abril-mayo) Kamenev y Varsky (un socialdemócrata polaco, amigo íntimo de Dzerzhinsky, Tyshka y Rosa Luxemburgo) fueron arrestados en la calle; unos días más tarde también se arrestó a Zinoviev y finalmente a N. A. Rozhkov (un bolchevique miembro del comité central). Las masas se replegaron dentro de sí mismas, como si se dijera. Deseaban pensar sobre todo lo ocurrido; todos estaban cansados de la agitación general que ya no satisfacía a nadie. La gente se unía prestamente a los círculos de estudio, pero no había nadie que la orientara. La situación creaba un clima favorable al crecimiento del *otzovismo*. Los destacamentos combatientes, que quedaron separados de la conducción de la organización del partido y que no actuaban en conexión con la lucha de masas sino divorciada de éstas, se desmoralizaron, e Innokenty debió desembrollar más de un caso complicado que surgía como consecuencia.

Con el fin de tratar y llegar a un entendimiento Gorki invitó a Vladimir Ilich para que viajara a Capri, donde entonces vivían Bogdanov, Bazarov y otros. Pero Ilich se negó a ir, pues advertía que no era posible entendimiento alguno. En su carta a Gorki, del 16 de abril, se expresaba así:

"Sería inútil y nocivo para mí ir: *Yo no puedo y no quiero tener nada que ver* con gente que está dispuesta a propagar la unidad entre el socialismo científico y la religión. Carece de sentido discutir y es absurdo molestarse por nada."

Sin embargo, cediendo a las súplicas de Gorki, Ilich viajó, en efecto, hasta Capri, en mayo, pero permaneció allí sólo unos pocos días. Por supuesto, no se logró ninguna conciliación con las opiniones filosóficas de Bogdanov. Finalmente, Ilich recordó cómo había dicho a Bogdanov y Bazarov: "En conclusión, tenemos que separarnos por dos o tres años", y que María Fedorovna, la esposa de Gorki, sonriendo lo llamó al orden.

Había una gran multitud en el domicilio de Gorki, mucho ruido y

animación. Algunos jugaban al ajedrez, otros iban a pasear en bote. Ilich dijo muy poco sobre este viaje. Habló principalmente de la belleza del lugar y de la cualidad del vino local, pero fue reticente respecto de la discusión de los grandes problemas que allí se trataron. Era un tema demasiado penoso para hablar con él.

Ilich se enfrascó de nuevo en el estudio de la filosofía.

De esta manera Vladimir Ilich describe la situación que prevaleció en esa época en una carta que dirigió en el verano de 1908 a Vorovsky, un camarada con quien había trabajado en *Vperiod* y también durante la revolución de 1905. Vorovsky vivía en Odesa por entonces.

"Querido amigo: Gracias por tu carta. Tus 'sospechas' son erróneas. No estaba irritable, pero la situación es difícil. Una ruptura con Bogdanov no puede evitarse. La verdadera razón reside en que se ha ofendido por la aguda crítica formulada sobre sus opiniones filosóficas en conferencia (no en las reuniones de la mesa directiva). Ahora Bogdanov busca deliberadamente puntos de divergencia. El y Alexinsky, que es muy pendenciero, y con quien me he visto obligado a romper toda relación, ha inventado la idea de un boicot a las elecciones de la Duma... Se preparan para una escisión apelando a un boicot sobre fundamentos empiriomonísticos. La cosa estallará pronto. La lucha será inevitable en la próxima conferencia. Una división es muy probable. Si la línea de la "izquierda" y del verdadero "boicotismo" prevalece yo dejaré la fracción inmediatamente. Te pido que vengas porque he pensado que tu rápida llegada nos ayudaría a salvar la situación. De manera absoluta contamos con tu presencia en agosto (nuevo calendario) como delegado a la conferencia. Debes planificar tu trabajo de modo que puedas viajar al extranjero. Mandaremos dinero a todos los bolcheviques para el viaje. Para las organizaciones locales vale la consigna: dar mandatos sólo a los auténticos trabajadores locales. Te rogamos escribir para nuestro periódico. Ahora podemos pagar por los artículos y pagaremos con regularidad. Sinceramente tuyo.

"Quizá conozcas un editor que quiera emprender la tarea de publicar un libro de filosofía que he de escribir".

En esta época los bolcheviques se hallaban bastante bien provistos de fondos. El joven Nikolai Pavlovich Schmidt, sobrino del magnate textil Morozov, y propietario de una fábrica de muebles en el distrito

Presnya de Moscú, se pasó a los obreros en 1905 y se unió a los bolchevijues. El proporcionó el dinero para fundar *Novaya Zhizn* y también para el proyecto de adquirir armas. Intimó con los obreros y fue uno de sus mejores amigos. La policía llamaba a la fábrica de Schmidt "el nido del diablo". La fábrica representó un importante papel en el levantamiento de Moscú. Nicolai Pavlovich fue arrestado. En la prisión se lo sometió a toda clase de torturas. La policía lo llevó para que viera en qué se había convertido su fábrica; lo condujeron a observar a los obreros asesinados, y finalmente lo mataron en la cárcel. Antes de morir logró informar a sus amigos de afuera que legaba sus propiedades a los bolcheviques.

Elizaveta Pavlona Schmidt, hermana del joven Nikolai Pavlovich, heredó parte de los bienes de su hermano, y ella también decidió cederlos a los bolcheviques. Pero era aún menor de edad y para que pudiera disponer de su dinero, como lo deseaba, se convino en simular un matrimonio. Elizabeta Pavlona aceptó una forma de matrimonio con el camarada Ignatiev, miembro del destacamento combatiente, que se había ingeniado para conservar su legalidad, y puesto que era legalmente su esposa, ella podía, con el consentimiento de su marido, hacer su voluntad respecto del legado. Mas el casamiento fue ciertamente ficticio. Elizabeta Pavlovna se casó en realidad con otro bolchevique, Víctor Taratuta. El matrimonio oficial la habilitó para obtener la herencia inmediatamente, y el dinero fue entregado a los bolcheviques. Por esta razón Ilich estaba tan seguro de que el *Proletarii* pagaría los artículos y que los delegados lograrían el dinero para sus gastos de viaje a la conferencia.

En el verano Víctor Taratuta llegó a Ginebra. Ayudó en problemas comerciales y mantuvo correspondencia con otros centros del exterior en su carácter de secretario de la oficina extranjera del comité central.

Gradualmente se establecieron contactos con Rusia; la correspondencia se reanudó. Sin embargo, yo tenía mucho tiempo disponible. Parecía que deberíamos permanecer en el extranjero largamente, y así decidí aprender francés a conciencia para poder tomar parte en la tarea socialdemócrata local. Ingresé en un curso de lengua francesa organizada por la universidad de Ginebra. Estudié los métodos de los

profesores extranjeros y no sólo aprendí la lengua francesa sino que también adquirí la aptitud suiza para trabajar con intensidad y eficacia.

Fatigado por la tarea que demandaba su libro sobre filosofía, Ilich solía tomar mis gramáticas francesas y los libros sobre la historia del lenguaje y el estudio de las peculiaridades de la lengua francesa; yacía en cama y los leía durante horas, hasta que sus nervios —extenuados por las disputas filosóficas— se calmaban.

También empecé a estudiar el sistema de educación en Ginebra, y advertí por primera vez lo que era una escuela burguesa "elemental". Observé cómo, en excelentes edificios, con amplias y altas ventanas, los niños de los trabajadores eran educados para convertirse en dóciles esclavos y comprobé que en una y la misma clase los maestros solían golpear y abofetear a los hijos de los obreros, pero nunca castigaban a los niños de los ricos. Vi como se sofocaba cada pensamiento independiente del niño; el aprendizaje de memoria predominaba por sobre todo y se inculcaba a los niños el respeto del poder de la riqueza. Nunca imaginé que algo semejante podía tener lugar en un país democrático. Yo comunicaba a Ilich mis impresiones en detalle y él me escuchaba con mucha atención.

Durante el primer período de exilio, hasta 1905, las observaciones de Ilich sobre la vida en el extranjero se concentraban particularmente en el movimiento obrero. En especial se interesaba en las reuniones de trabajadores, manifestaciones, etc. Tales reuniones jamás se habían realizado en Rusia, antes que Ilich viajara al extranjero por primera vez en 1901. Después de la revolución de 1905, tras haber experimentado la tremenda marejada del movimiento obrero en Rusia, las luchas del partido, la experiencia de la Duma, y en particular después que surgieron los Soviets de los diputados de los obreros, no sólo se interesó en el movimiento obrero en el extranjero sino también y, sobre todo, en lo que realmente era una república democrática burguesa, y qué papel representaban las masas en ella; cuán importante era la influencia de los obreros y la magnitud de la gravitación de otros partidos.

Recuerdo los tonos mitad de asombro y mitad de desprecio con que Ilich repetía las palabras del discurso pronunciado por un miembro del parlamento suizo quien (al referirse al arresto de Semashko) dijo que su república existía desde hacía centenares de años y no podía permitir la violación de los derechos de propiedad.

La lucha por la república democrática era un punto en nuestro programa en esa época. Ilich advertía ahora con particular claridad que una república democrático burguesa resultaba quizá un instrumento más sutil que el zarismo, pero en definitiva un instrumento para esclavizar a las masas trabajadoras. En una república democrática las autoridades hacen todo lo que está en su poder para insuflar a toda la vida social el espíritu de la burguesía.

Me parece que si Ilich no hubiera vivido la experiencia de la revolución de 1905 y el segundo período de exilio, no hubiera sido capaz de escribir su libro *El Estado y la revolución*.

Las discusiones que habían comenzado sobre cuestiones de filosofía exigían la rápida publicación del libro sobre el tema, que Ilich estaba preparando. Necesitaba algunos elementos que no podía obtener en Ginebra. Además, el ambiente de rencillas y altercados que era un rasgo acentuado de la vida en el exilio dificultaba en gran medida su trabajo. Decidió, en consecuencia, ir a Londres y trabajar en el Museo Británico para terminar allí su libro.

Mientras Lenin se hallaba ausente, se anunció que Lunacharsky daría una conferencia en Ginebra. Innokenty asistió al acto y tomó parte en el debate que siguió. Ilich le había enviado un bosquejo del discurso en el que Innokenty introdujo algunas alteraciones. Se hallaba muy nervioso antes de la fecha en que la conferencia debería realizarse y se sentaba en nuestra casa todos los días rodeado de libros y copiaba extractos. Hizo un buen discurso, sin embargo, y declaró en su nombre y en el de Lenin que el bolchevismo nada tenía que ver con la tendencia filosófica de Bogdanov (empiriomonismo), y que él y Lenin se adherían al materialismo dialéctico y se alineaban con Plejanov.

Aunque Lunacharsky pronunció la conferencia, el principal abogado del empiriocriticismo en la reunión fue Bogdanov, quien atacó duramente a Innokenty. El conocía muy bien a Innokenty; sabía que éste defendía una lucha abierta y directa en el frente filosófico y comprendiendo cuán fuertemente se hallaba imbuido del sentido de la dignidad revolucionaria, al atacarlo Bogdanov trató de herirlo en ese punto. Respecto del conferenciante dijo Bogdanov en su discurso: "Apareció un caballero que llevaba una guirnalda de rosas; pero fue herido por la espalda". La sucia ofensa no perturbó a Innokenty en lo más

mínimo. Cuando Ilich retornó de Londres le dio un informe detallado del debate.

Ilich regresó muy contento de su visita a Londres. Había conseguido recoger los materiales requeridos y ordenarlos. El 24 de agosto, poco después del retorno de Lenin, se realizó la reunión del comité central del partido. En esta reunión se decidió apresurar la convocatoria a la conferencia del partido. Innokenty se marchó a Rusia para efectuar los preparativos necesarios. Por esa época el liquidacionismo, que se había extendido a amplias secciones de los mencheviques, se tornó abiertamente manifiesto y empezó a crecer con energía. Los liquidadores deseaban disolver el partido y sus organizaciones ilegales, que, en su opinión, sólo favorecían las detenciones. Querían circunscribir las actividades del partido sólo a la tarea puramente legal, en los sindicatos, sociedades filantrópicas, etc. En las condiciones de reacción que entonces prevalecían, esto hubiera significado abandonar toda actividad revolucionaria, dejar el liderazgo, la rendición de todas las posiciones. Por otra parte, en las filas de la fracción bolchevique los ultimatistas y los *otzovistas* se iban al otro extremo; éstos no sólo objetaban que el partido trabajara en la Duma sino que lo hiciera también en organizaciones culturales y educacionales, en clubs, escuelas, sindicatos legales, sociedades de seguros de obreros, etc. Abandonaron por completo el trabajo entre las amplias masas y cesaron de conducirlas.

Innokenty e Ilich discutían a menudo la necesidad de combinar el liderazgo del partido (para la preservación del cual era necesario a toda costa defender la organización ilegal) con el trabajo extensivo entre las masas. La tarea inmediata consistía en preparar la conferencia del partido. Se convino que durante la campaña para la elección de delegados a la conferencia se realizara una amplia agitación contra los liquidadores en la derecha y la izquierda. Innokenti se trasladó a Rusia a cumplir este plan. Se estableció en Petersburgo donde organizó el trabajo del comité de los cinco del comité central, formado por él mismo, Meshkovsky (Goldenberg), el menchevique M. I. Broido, el representante del Bund, y un representante letón. Innokenty organizó una oficina de la que fue miembro Golubkov, que más tarde actuó como delegado del comité central de la conferencia del partido. Innokenty no pudo, sin embargo, llegar a la conferencia que se efectuó

en diciembre de 1908. Dos semanas antes de que la conferencia se celebrara fue arrestado en la estación ferroviaria de Varsovia mientras obtenía su boleto para irse al extranjero y se le desterró a la provincia de Vologda.

La policía demostró que estaba muy bien informada del viaje de Innokenty a Rusia, y sin duda fue Zhitomisky quien le dio los datos. Además, "Lucy", la mujer de Serov, miembro de la segunda Duma, fue incorporada para ayudar en la tarea del comité central que había organizado Innokenty. Muy pronto se descubrió que Lucy era agente provocadora.

Ilich completó su libro sobre filosofía en septiembre, después que Innokenty partió para Rusia. Se publicó mucho más tarde, en mayo de 1909.

Nosotros nos habíamos radicado ya en Ginebra.

Mi madre llegó y establecimos nuestra reducida casa. Alquilamos un pequeño departamento y empezó el manejo de la casa. En la superficie nuestra vida parecía deslizarse tranquilamente. María Ilinichna vino de Rusia; otros camaradas también comenzaron a llegar. Recuerdo que el camarada Skrypnik, que en esa época estudiaba el movimiento cooperativo estuvo asimismo presente. Acompañé al camarada Skrypnik, en carácter de intérprete, en las visitas al diputado suizo Sigg (un decidido oportunista) para discutir el movimiento cooperativo, pero los resultados de estas entrevistas fueron muy pobres, pues Sigg y Skrypnik abordaron la cuestión desde ángulos totalmente diferentes. El enfoque de Skrypnik era el de un revolucionario; Sigg, sin embargo, consideraba el movimiento nada más que como un "negocio" bien organizado.

Zinoviev y Lilina llegaron de Rusia. Lilina dio a luz un niño, y ella y Zinoviev se establecieron en su pequeña casa. Kamenev y su familia aparecieron también. Después de San Petersburgo, la vida en esta reducida, tranquila y pequeñoburguesa ciudad de Ginebra se presentaba terriblemente aburrida. Todos deseábamos trasladarnos a algún centro importante. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios ya se habían marchado a París. Ilich dudaba. En Ginebra —decía él— el costo de la vida no es tan elevado, y se disponían de mayores ventajas para estudiar. Finalmente, Lyadov y Zhitomirsky llegaron de París y comenzaron a convencernos para que nos mudáramos

a esa ciudad. Nos propusieron una serie de argumentos en apoyo del traslado: 1) sería posible tomar parte en el movimiento francés; 2) París es una ciudad muy grande y había menos espionaje; este último argumento convenció a Ilich. En el otoño retornamos a París.

En París pasamos los años más penosos del exilio. Ilich los recordaba con tristeza. Solía decir a menudo: "¿Quién diablos nos hizo venir a París?" No fue el diablo sino la necesidad de comenzar la lucha por el marxismo, por el leninismo, por el partido, en el verdadero centro de la vida del exilio ruso. En aquellos años de reacción el centro era París.

PARIS (1909-10)

Partimos para París en la mitad de diciembre. El 21 una conferencia del partido debía tener lugar con los mencheviques y Vladimir se hallaba totalmente absorbido por este hecho. Era necesario apreciar la situación correctamente, fortalecer la línea partidaria y asegurarse que el partido mantuviera su carácter de clase, la vanguardia que aun durante los tiempos más penosos no se aisló de los simples soldados, de las masas, sino que debería ayudarlas a superar todas las dificultades y a organizarse para nuevas batallas. Era necesario contener a los liquidadores. Los contactos con la organización en Rusia se habían deteriorado. La conferencia no podía esperar mucho apoyo de las organizaciones en Rusia (los únicos delegados que llegaron de Rusia fueron dos camaradas de Moscú; Baturin vino de los Urales, y durante el segundo día, Poletayev, un miembro de la tercera Duma, que procedía de San Petersburgo). Los *otzovistas* se organizaron en un grupo separado y estaban muy excitados. Antes de que se inaugurara la conferencia del partido los mencheviques convocaron una reunión de sus grupos en el extranjero en Basilea, durante la cual se aprobaron diversas resoluciones divisionistas. La atmósfera se tornó muy tensa.

Vladimir Ilich se tomó un interés muy remoto en los esfuerzos que realizábamos para fijar nuestro nuevo domicilio. Tenía cosas más importantes en qué pensar. Alquilamos un departamento en las afueras de la ciudad, sobre la calle Bonier, cerca de las fortificaciones de la

avenida Orleans, no lejos del parque Montsouris. El departamento era luminoso y amplio y hasta tenía espejos sobre las chimeneas. (Este era una característica de las nuevas casas). Había un cuarto para mi madre, otro para María Ilinichna, que había llegado a París, otro para Vladimir y para mí y una sala de estar. Pero este departamento resultaba casi lujoso y no se adaptaba con nuestro modo de vivir y con el "mobiliario" que trajimos de Ginebra. El desprecio con que el encargado observó nuestra mesa blanca de pino, las sillas comunes y los bancos era digno de registrarse. En nuestro "vestíbulo" teníamos sólo un par de sillas y una pequeña mesa. Por supuesto que no resultaba muy acogedor.

Los cuidados de la casa recayeron inmediatamente sobre mí. En Ginebra las tareas domésticas resultaban mucho más simples; aquí parecía existir una serie de formulismos para cada cosa. A fin de obtener gas tuvimos que ir tres veces a un lugar en el centro de la ciudad para obtener el certificado indispensable. La burocracia se conserva lozana en Francia. Para poder conseguir libros en préstamo de una biblioteca, el propietario de la casa tenía que servir de garantía, y éste, que nos juzgaba por nuestro pobre mobiliario, vacilaba en hacerlo. Al principio tuvimos muchos problemas para ordenar la casa. Yo soy una ama de casa poco eficiente; Vladimir Ilich e Innokenty no opinaban así, pero la gente acostumbrada al verdadero manejo de la casa, criticaba mis simples métodos.

La vida estaba llena de ruidos y agitación en París. En esa época los exiliados rusos eran atraídos a esa ciudad desde todas partes. Durante este año Ilich pasó poco tiempo en casa. Nuestra gente solía quedarse en los cafés hasta muy tarde. A Tarattuta le gustaba particularmente frecuentarlos. Poco a poco los demás fueron atraídos por este hábito.

La conferencia del partido se celebró en diciembre. Después de agitados debates logramos adoptar una política común. El *Sotsial-Demokrat* se convirtió en el órgano del partido en general. En la reunión del comité central, que se efectuó después de la conferencia, se designó una nueva mesa directiva, formada por Lenin, Zinoviev, Kamenev, Martov y Markhlevsky. Ocho números del periódico se publicaron en el año. Martov fue el único menchevique en la mesa y a menudo solía olvidar su menchevismo. Recuerdo que una vez Vladimir Ilich observó

con satisfacción que era un placer trabajar con Martov, y que se trataba de un periodista altamente talentoso. Pero esto duró hasta la llegada de Dan.

Dentro de la fracción bolchevique, sin embargo, las relaciones con los *otzovistas* se tornaron más y más tensas, puestos estos últimos eran muy agresivos en su oposición y hacia el fin de febrero todo contacto con ellos terminó por completo. Durante tres años antes de la ruptura habíamos trabajado permanentemente con Bogdanov y sus seguidores; no sólo habíamos trabajado sino luchado codo con codo. Luchar de esta manera es un motivo excepcional para que la gente intime ciertamente. Además, nadie podía como Ilich trasmitir a otros el entusiasmo por los ideales ni insuflarles su ardor al mismo tiempo que obtener de ellos lo mejor de sí. Cada camarada que actuaba con Ilich parecía, en efecto, estar poseído de una parte de él. Quizá por esa causa sentían tan poderosamente su atracción. El conflicto dentro de la fracción era para destrozar los nervios. Recuerdo una ocasión en que Ilich regresó a casa después de un agitado debate con los *otzovistas*. Apenas pude reconocerlo; su cara estaba tan demudada que casi no podía hablar. Decidimos que debía tomarse una semana de vacaciones en Niza para gozar del sol y alejarse del ruido y de la lucha. Regresó mucho mejor para reiniciar sus tareas.

Era muy difícil estudiar en París. La Biblioteca Nacional estaba muy lejos de donde vivíamos. Vladimir Ilich solía ir hasta allí en bicicleta, pero en verdad realizar este viaje en París no resultaba igual que pedalear por los suburbios de Ginebra. Demandaba mucho esfuerzo. Ilich volvía muy cansado de estos viajes. La biblioteca cerraba a mediodía. Había grandes problemas para conseguir libros en este lugar. Ilich se quejaba contra la biblioteca y contra París. Escribí a un profesor francés que en el verano había dirigido cursos franceses en Ginebra pidiéndole que me recomendara otras buenas bibliotecas. Recibí una inmediata respuesta con la información necesaria. Ilich recorrió todas las bibliotecas indicadas, pero no pudo hallar ninguna apropiada. Finalmente le robaron la bicicleta. Solía dejarla en la escalera de la casa vecina a la Biblioteca Nacional, y le pagaba por esto diez céntimos a la encargada. Cuando la bicicleta desapareció la encargada declaró que ella no se había comprometido a vigilar la bicicleta sino que sólo le permitía a Ilich dejarla debajo de la escalera.

Había que tener mucho cuidado para manejar una bicicleta en París y en los suburbios. En cierta ocasión en su camino a Juvissy, Ilich chocó con un automóvil. Apenas logró saltar libremente pero la bicicleta fue destrozada.

Innokenty, que había escapado de Solvychegodsk, regresó. Zhitomirsky lo invitó cordialmente a vivir con él. Innokenty estaba muy enfermo. En su camino al exilio las cadenas que le habían colocado se incrustaron en la carne de sus piernas y le provocaron profundas heridas. Nuestros médicos examinaron las piernas del enfermo y dijeron muchas cosas sabias sobre ellas, pero no pudieron hacer nada más. Ilich fue a consultar al profesor francés Dubouchier, un excelente cirujano, que había actuado en Odesa durante la revolución de 1905. Natasha Hopner, que también conoció a Dubouchier en Odesa, acompañó a Ilich. Cuando Dubouchier escuchó las extrañas cosas que nuestros médicos dijeron a Innokenty lanzó una carcajada y expresó: "Sus camaradas médicos pueden ser grandes revolucionarios, ¡pero como médicos son asnos!" Ilich reventaba de risa, y en muchas oportunidades relató después esta anécdota. En consecuencia, Innokenty debió soportar un tratamiento médico muy largo.

Ilich se alegró mucho por el regreso de Innokenty. Ambos experimentaron satisfacción al comprobar que Plejanov empezaba a alejarse de los liquidadores. El ya había anunciado que abandonaría la mesa directiva del *Golos Sotsial Demokrat* (La Voz de los Socialdemócratas), que los liquidadores controlaban desde 1908. Posteriormente retiró su renuncia si bien sus relaciones con los liquidadores se tornaron más tirantes y el 26 de mayo de 1909, cuando apareció el primer volumen del simposio menchevique *El movimiento social en Rusia en el comienzo del siglo veinte*, que contenía un artículo de Potresov, en el cual negaba el papel protagónico del proletariado en la revolución democrático burguesa, Plejanov renunció definitivamente a la mesa directiva del mencionado periódico. Tanto Ilich como Innokenty todavía esperaban que sería posible el trabajo en armonía con Plejanov. La generación más joven no albergaba sobre Plejanov el mismo sentimiento que la vieja guardia de marxistas en cuyas vidas aquél había representado un papel decisivo. Ilich e Innokenty tomaron muy en serio la lucha en el frente filosófico, pues los dos consideraban a la filosofía como un arma en la polémica. Opinaban que la filosofía se

hallaba orgánicamente vinculada con el problema de evaluar todos los fenómenos, desde el punto de vista del materialismo dialéctico, y el problema de la lucha práctica en todos los campos. Ilich escribió a Ana Ilinishna pidiéndole que apresurara la publicación de su libro. Se propuso convocar una reunión ampliada de la mesa directiva del *Proletarii* en la que debía tratarse la cuestión del rompimiento definitivo con los *otzovistas*. "La situación es muy penosa", escribía Ilich a su hermana Ana Ilinishna el 26 de mayo. "Una *Spaltung* (escisión) es inevitable; espero que dentro de un mes y medio podré darte un informe exacto sobre esto".

En mayo apareció el libro de Ilich *Materialismo y empiriocriticismo*. En esta obra él trascendió, como si dijéramos, todos los tramos y puntualiza todos los detalles de esta controversia. En opinión de Lenin las cuestiones de la filosofía se hallaban íntimamente vinculadas con los problemas de la lucha contra la religión. Por esta causa pronunció una conferencia sobre *La religión y la clase trabajadora* en el Club del *Proletarii* y escribió un artículo titulado "La actividad del partido de los trabajadores frente a la religión", para el número 45 del *Proletarii*, y otro artículo, "La actitud de las clases y los partidos frente a la religión", para el número 6 del *Sotsial Demokrat*. Estas notas, particularmente la de *Proletarii*, son hoy de rigurosa actualidad. En ambas, Ilich subrayaba el carácter de clase de la religión y señalaba que en manos de la burguesía la religión es un medio para alejar a las masas de la lucha de clase y aletargar la mente de sus integrantes. La lucha en este frente, insiste, no debe ser ignorada ni subestimada; pero no debe ser enfocada desde un ángulo demasiado simple; las raíces sociales de la religión deben ser evidenciadas; la cuestión tiene que ser aprehendida en toda su complejidad.

Ya cuando era un muchacho de 15 años Ilich entendió el pernicioso carácter de la religión. Cesó entonces de usar la cruz y dejó de ir al templo. En aquellos días esto no era algo tan fácil como en el presente.

Lenin creía que las religiones más sutiles, aquellas que se hallaban libres de absurdidades obvias y de las formas externas abyectas, eran más peligrosas que el resto. Tales religiones, pensaba, estaban destinadas sin duda a ejercer mayor influencia en el pueblo. Conside-

raba los intentos de crear a dios, de forjar nuevas religiones y creencias, como un ejemplo de tal religión sutil.

En junio los delegados comenzaron a reunirse para la conferencia ampliada de la mesa directiva del *Proletarii*. Esta mesa directiva ampliada del periódico era, en verdad, el centro bolchevique que en esa época incluía también a los adherentes de *Vperiod* (Adelante).

Golubkov (Davidov), un trabajador del partido en la oficina del comité central en Rusia bajo la dirección de Innokenty, que estuvo presente en la conferencia del partido de 1908, llegó de Moscú. Shulyatikov (Donat) y Shurkanov, miembro de la Duma (que más tarde fue descubierto como agente provocador), también se hicieron presentes. Pero éste no vino para participar de la conferencia. Según la costumbre francesa nuestros camaradas lo llevaron al café donde él y Shulyatikov pasaron su tiempo bebiendo cerveza. Pero Shulyatikov no podía soportar la bebida por ser un heredo alcohólico. La cerveza que bebió le provocó un severo ataque nervioso, y al abandonar el café atacó repentinamente a Shurkanov con su bastón. Innokenty y Golubkov apenas pudieron contenerlo. Lo trajeron a nuestra casa. Yo permanecí con él en tanto los otros salían en busca de un médico, y un cuarto para él en algún lugar de los suburbios. Encontraron una habitación en Fontenay-aux-Roses, donde vivían Semashko y Vladimirsky.

Durante dos horas permanecí con el enfermo Shulyatikov en nuestro desnudo vestíbulo. El se agitaba nerviosamente, saltaba y tuvo todo el tiempo visiones de su hermana que había sido colgada. Traté de calmarlo y distraer sus pensamientos. Le tomé sus manos y esto pareció apaciguarlo. No bien retiraba mi mano esto volvía a inquietarlo otra vez. Esperé con impaciencia que Innokenty y Golubkov vinieran por él.

Entre quienes concurrieron a la reunión ampliada de la dirección de la editorial del *Proletarii* se hallaban Lenin, Zinoviev, Kamenev, Bogdanov, representantes de las organizaciones bolcheviques en Rusia; Tomsky (San Petersburgo), Shulyatikov (Moscú), Nakoryakov (Urales); miembros del comité central: Innokenty, Rykov, Goldenberg, Taratuta y Marat (Shantser). Además de éstos estaban también presentes Skrypnik (Schur), Liubimov (Mark Zommer), Poletaev (un miembro

de la tercera Duma) y Davidov-Golubkov). La reunión duró desde el 4 al 13 de julio.

Fueron aprobadas resoluciones sobre los *otzovistas* y los ultimatistas por la unidad partidaria y contra la celebración de un congreso bolchevique especial. Se discutió en la reunión un tema particular, el referente a la escuela de Capri. Bogdanov advirtió que la fracción bolchevique se separaría y él, anticipándose a esto, empezaba a seleccionar y organizar su propia fracción. En Capri, Bogdanov, Alexinsky, Gorki y Lunacharsky habían establecido una escuela de propaganda socialdemócrata para trabajadores. Un obrero llamado Volonov reclutó estudiantes para la escuela en Rusia, y sus instrucciones eran reunir hombres "fuertes y de confianza". Después de las experiencias de la revolución, los trabajadores sintieron rigurosamente la necesidad de la preparación teórica; además, esta era una época en que la lucha inmediata había terminado y había tiempo para este tipo de cosas. Los trabajadores iban a Capri a estudiar, pero a cada uno que había estado en la vida activa del partido le resultaba claro que la escuela de Capri le inculcaba los fundamentos para una nueva fracción. Y así, la reunión ampliada de la mesa directiva de la editorial del *Proletarii* aprobó una resolución que condenaba la formación de esta nueva fracción. Bogdanov declaró que no se sometería a la decisión de la asamblea y fue expulsado de la fracción. Krassin salió en su defensa. La fracción bolchevique se dividió.

En la primavera, aun antes de la reunión de la mesa directiva del *Proletarii*, María Ilinishna cayó seriamente enferma. Ilich se alarmó de verdad. Por fortuna la enfermedad fue dominada a tiempo, mediante una operación, realizada por el doctor Dubouchier. Su convalescencia, sin embargo, fue bastante lenta. Necesitó un descanso fuera de París, en el campo.

La conferencia provocó en Ilich una aguda tensión, y cuando pasó debió marchar afuera para descansar, alejándose de la turbulencia y las reyertas de la vida de los emigrados.

Ilich comenzó a registrar los avisos de los diarios franceses en busca de pensiones económicas. Encontró una en la villa de Bon-Bon, en la región del Sena y el Loire que sólo cobraba diez francos por día para cuatro personas. Nos pareció muy cómodo el lugar y vivimos allí cerca de un mes.

Ilich no trabajó en Bon-Bon y tratamos de evitar las discusiones sobre problemas del partido. Caminábamos todos los días y casi a diario íbamos en bicicleta hasta los bosques de Clamar, distantes quince kilómetros. También observábamos las formas francesas de vida. La mayoría de los huéspedes de nuestra pensión eran empleados de oficina, auxiliares de comercio, etc. Había una vendedora de una tienda elegante, que vivía con su marido y su hija. Otro era el valet de cierto conde. Resultaba muy interesante observar a este grupo pequeñoburgués con su pronunciada mentalidad específica. Por una parte, esta gente era decididamente práctica, se preocupaba de estar bien alimentada y de que todo le fuera confortable. Por otra, aspiraba a ser considerada en el nivel de una clase superior. Madame Lagourette (este era el nombre de la vendedora) tipificaba al resto. Era obviamente una mujer de mundo. Poseía un inagotable repertorio de anécdotas que solía relatar con verdadero gusto. Pero esto no le impedía hablar sin descanso sobre la ocasión en que llevó a su hija Marta a la primera comunión, lo conmovedor del hecho, etc., etc. Por supuesto, en gran medida, esta mediocridad nos aburría. No era poco que pudiéramos aislarnos de esta gente y vivir como deseábamos. Ilich gozó de un excelente descanso en Bon-Bon.

En el otoño cambiamos nuestro domicilio. Nos mudamos a un departamento en la misma vecindad, en la calle Marie Rose. Teníamos dos cuartos y cocina, con ventanas que daban a un jardín. Nuestro "cuarto de estar" era ahora la cocina, donde tenía lugar nuestras conversaciones mano a mano. Durante la primavera Ilich se mostró ansioso por trabajar. Estableció cierta rutina, como él decía. Se levantaba a las ocho de la mañana, concurría a la Biblioteca Nacional y retornaba a las catorce. También realizaba mucho trabajo en casa. Yo trataba de mantener a la gente alejada de él. Siempre teníamos muchos visitantes, verdaderas multitudes, especialmente en esta época, debido a la reacción que resurgía en Rusia y las penosas condiciones del trabajo; la emigración desde Rusia aumentaba en forma considerable. La gente llegaba de Rusia y relataba con entusiasmo lo que allí acontecía, pero pronto parecía decaer. Se veían sumergidos en el esfuerzo diario de ganarse el sustento y las mezquinas preocupaciones de la vida.

Por esta época, los estudiantes de la escuela de Capri invitaron a Ilich a dar conferencias allí. El rehusó categóricamente. Les explicó el

carácter escisionista de la escuela y les pidió trasladarse a París. Dentro de la escuela de Capri estalló una lucha de fracción. Al comenzar noviembre cinco estudiantes (eran doce en total), incluyendo a Vilonov, organizador de la escuela, se declararon oficialmente firmes leninistas y fueron expulsados de la escuela. Este incidente, mejor que cualquier otra cosa, probaba cuán acertado estaba Lenin al señalar el carácter fraccional de la escuela. Los estudiantes expulsados llegaron a París. Recuerdo el primer encuentro que tuvimos con Vilonov. Comenzó a contarnos sobre su trabajo en Ekaterinoslav. Con frecuencia habíamos recibido cartas de un corresponsal obrero de Ekaterinoslav, que firmaba "Misha Zavodsky". Sus cartas eran muy interesantes y se ocupaban de las cuestiones más vitales del partido y de la vida de la fábrica. "¿Conoce acaso a Misha Zavodsky?", pregunté a Vilanov. "Pues bien, yo soy", contestó. Esto creó en seguida un sentimiento amistoso en Ilich hacia Miguel y ambos tuvieron una animada conversación ese día. Por la noche Ilich escribió a Gorki como sigue: "Querido Alexei Maximich: Durante todo este tiempo he estado firmemente convencido de que tú y el camarada Miguel eran los más resueltos defensores de la nueva fracción y con quienes me parecía absurdo tratar de conversar en forma amistosa. Hoy me encontré con el camarada Miguel por primera vez. Tuvimos una conversación franca sobre diversos temas y sobre ti mismo y me he dado cuenta que estaba grandemente equivocado. ¡Pardiez! El filósofo Hegel estaba en lo cierto: la vida progresa mediante contradicciones, y las contradicciones vivientes son mucho más ricas, más variadas y profundas que lo que la mente humana puede captar a primera vista. Yo consideraba a la escuela simplemente como un centro o una nueva fracción. Se ha demostrado que esto es un error: no en el sentido de que no es el centro de una nueva fracción (la escuela ha sido y es tal centro) sino en el sentido de que esto no es completo, no es toda la verdad. Subjetivamente, ciertas personas convertían a la escuela en tal centro; objetivamente era tal centro; pero aparte de eso extraía de la vida de la clase trabajadora real auténticos trabajadores avanzados". Y qué ardiente confianza se expresaba en la fortaleza de la clase trabajadora al final de la carta en la que Lenin escribía que la clase obrera debía forjar un partido con elementos de todo tipo y calibre. "No importa lo que ocurra —expresaba—, una excelente socialdemocracia revolucionaria surgirá en Rusia mucho más pron-

to de lo que nos parece, mirándolo todo desde el ángulo de este estado de exilio tres veces maldito; surgirá mucho más seguramente que lo que imaginamos, si hemos de juzgar por ciertos síntomas externos y ciertos incidentes. Hombres como Miguel son una garantía de esto".

Otros cinco estudiantes de la escuela de Capri llegaron con Miguel. Entre ellos "Vanya Kazanets" (Pankratov) era el más conspicuo por su actividad e integridad. Su oposición a la escuela de Capri se expresaba más agudamente que el resto. También integraban el grupo Lushvin (Pakhon), Kosirev (Foma), Ustinov (Vasily) y Romanov (Alya Alexinsky). Ilich les dictó una serie de conferencias y dedicó mucha atención a sus estudios. Después partieron para Rusia, excepto Miguel, que padecía de tuberculosis, la que había contraído como resultado del duro trato que recibió en el regimiento penal de Nikolayev. Lo ubicamos en Davos. No vivió mucho tiempo ahí, sin embargo. Murió el 1º de mayo de 1910.

Al fin de diciembre los estudios en Capri se clausuraron y el resto de los estudiantes llegó a París. Ilich les dictó clases también. Les habló de temas corrientes, sobre las reformas agrarias introducidas en Rusia por el entonces premier Stolipin, cuya política trataba de erigir una clase de campesinos pudientes; sobre el papel dominante del proletariado y el trabajo de los diputados socialdemócartas en la Duma. El camarada Kosirev relató que uno de los estudiantes intentó hacer creer que Ilich concedía más importancia al trabajo en la Duma que a la agitación en el ejército. Ilich sonrió y continuó hablando de la necesidad del trabajo en la Duma. Por supuesto, no pensó por un instante que el trabajo en el ejército debía ser disminuido en el menor grado, pero creía que esta tarea tenía que ser realizada más secretamente. "Este trabajo —subrayó— debe hacerse, pero no hablar de él". Justamente, en esta época llegó una carta de Tolón, de un grupo de marineros socialdemócratas, a bordo del crucero *Slava*, que pedía literatura y particularmente que se enviara una persona para realizar tarea revolucionaria entre los marineros. Ilich destinó un camarada domiciliado en Tolón. Por supuesto, Ilich ni siquiera aludió ni remotamente a este hecho frente a los estudiantes.

Aunque los pensamientos de Lenín se hallaban enteramente absorbidos por Rusia, realizó sin embargo un cuidadoso estudio del movimiento obrero francés. Durante esa época el partido socialista de Fran-

cia era oportunista hasta la médula. Por ejemplo: en la primavera de 1909 estalló una gran huelga de empleados postales. Toda la ciudad se hallaba en un estado de excitación por el acontecimiento; pero el partido se mantuvo alejado. "Es problema de los sindicatos y no de nosotros", dijeron los dirigentes del partido. Para nosotros, rusos, esta división del trabajo, el alejamiento del partido respecto de la lucha económica nos parecía sencillamente monstruoso.

Ilich prestó particular atención a la campaña electoral. La campaña no aparentaba vincularse con los problemas políticos inmediatos; estaba dedicada a los altercados personales y a las injurias mutuas. Sólo algunas de las reuniones resultaron interesantes. En una de ellas vi a Jaurès. Tenía una tremenda influencia sobre la multitud; pero no me gustó su discurso. Cada palabra parecía haber sido deliberadamente elegida. Estimé mucho más el discurso de Vaillant. Este había sido un combatiente en la Comuna de París y era en particular apreciado y querido por los trabajadores. Puedo recordar la figura de un hombre alto que había llegado a la reunión directamente del trabajo, con las mangas de la camisa arremangadas. Este hombre escuchaba a Vaillant con arrobada atención y de pronto exclamó: "¡Excelente orador el viejo!" Dos muchachos, hijos de este trabajador, sentados junto a él, compartían el entusiasmo. Mas no todos los oradores de la reunión eran como Jaurès y Vaillant. Los oradores comunes se adaptaban a su auditorio: ellos hablaban de una manera a la clase trabajadora y de otra a los intelectuales. Al asistir a las reuniones de la elección francesa logramos una idea clara de lo que significaban las elecciones en una "república democrática". Para un observador extraño el hecho parecía simplemente insólito. Por esta causa Ilich era tan afecto a los cantantes del revolucionario *music-hall* que ridiculizaban la campaña electoral. Recuerdo una canción que describía cómo un candidato va a la aldea a solicitar los votos; él bebe con los campesinos, les cuenta una inverosímil historieta, y cuando los campesinos están borrachos votan por él y cantan, *"T'as ben dit mon ga!"* (¡Lo que dices es verdad, camarada!). Después de haber logrado los votos de los campesinos el candidato comienza a cobrar 15.000 francos de salario como diputado, y traiciona los intereses de sus representados. En cierta ocasión un representante socialista de la cámara de diputados llamado Dumas vino a visitarnos y nos relató cómo había peregrinado a través de las aldeas

durante la elección para pedir los votos, e involuntariamente traje a mi recuerdo la canción del café cantante. Uno de los cantantes más populares del café concierto de la época era Montagus, hijo de un combatiente de la Comuna de París; se había convertido en el favorito de los *faubourgs* (barrios de la clase obrera). Sus canciones combinaban el sentimentalismo del pequeñoburgués con el espíritu del auténtico revolucionario.

A Ilich le gustaba visitar los teatros suburbanos y observar allí los auditorios de la clase trabajadora. Recuerdo una ocasión en que fuimos a ver una obra que mostraba las torturas de los soldados en un batallón penal en Marruecos. Era más interesante observar al público. Este estaba listo para responder con rapidez ante cualquier situación. La función aún no había empezado. Súbitamente se oyeron gritos por todo el teatro: "¡El sombrero! ¡El sombrero!" El estallido se debió a la entrada de una señora que usaba un elegante sombrero adornado con plumas. El público exigió que la dama se quitase el sombrero y se vio obligada a hacerlo. La función comenzó. En la obra un soldado es enviado a Marruecos, y su madre y la hermana quedan en el hogar en la indigencia. El propietario de la casa en que ellas vivían está dispuesto a permitirles que residan allí sin pagar alquiler si la hermana del soldado consintiese en convertirse en su concubina. "¡Bruto! ¡Perro sucio!", gritaban desde todas partes de la sala. He olvidado todos los detalles de la obra, pero recuerdo que pintaba cómo los soldados que no se sometían a los oficiales eran torturados en Marruecos. Terminó con un motín y el canto de la *Internacional*. La representación de esta obra fue prohibida en el centro de la ciudad; mas en los suburbios se representaba ante públicos entusiastas. En 1910 tuvo lugar una enorme manifestación en la que intervinieron cien mil personas para protestar contra la aventura de Marruecos. La reunión se realizó con el permiso de la policía. Fue encabazada por los miembros socialistas de la cámara de diputados que usaban bandas rojas. Los trabajadores mostraron un humor belicoso y golpearon con sus puños las ventanas de las casas de los barrios ricos de la ciudad. Aquí y allá se cerraban rápidamente los postigos. La manifestación, sin embargo, se desarrolló tan pacíficamente como pudo serlo. No parecía en absoluto una manifestación de protesta.

A través de Charles Rappaport, Vladimir Ilich fue presentado a

Paul Lafargue —yerno de Carlos Marx—, un auténtico y probado luchador de quien Ilich tenía muy elevada opinión. Lafargue y su esposa Laura, hija de Marx, vivían en Dravelle, a unos 25 kilómetros de París. Ellos ya se habían retirado de la tarea activa. Cierto día Ilich y yo nos fuimos en bicicleta hasta Dravelle a visitar a los Lafargue. Nos recibieron muy amigablemente. Vladimir Ilich comenzó a contarle a Lafargue sobre su libro de filosofía, mientras Laura Lafargue me llevó a dar un paseo por el parque. Yo estaba un poco excitada pues realmente me paseaba con la hija de Marx. Examinaba su rostro ansiosamente tratando de descubrir alguna semejanza con su padre en sus rasgos. En mi turbación balbuceé algo desarticuladamente sobre el papel que las mujeres estaban desempeñando en el movimiento revolucionario y sobre Rusia. Ella replicó, pero de un modo o de otro la conversación languideció. Cuando retornamos hallamos a Lafargue y a Ilich discutiendo sobre filosofía. "Pronto probará —dijo Laura refiriéndose a su marido— cuán sinceras son sus convicciones filosóficas", y ella intercambió significativas miradas con su esposo. En 1911, cuando me enteré de la muerte de los Lafague, entendí el significado de estas palabras y de sus cambios de miradas. Ambos murieron juntos como ateos. Se suicidaron y dejaron una nota donde decían que habían decidido morir a causa de su avanzada edad y porque se sentían demasiado débiles para continuar la lucha.

En 1910 se celebró una reunión ampliada del comité central del partido. En la reunión ampliada de la mesa directiva de *Proletarii* se aprobaron resoluciones en favor de la unidad del partido y contra la convocatoria de un congreso bolchevique separado. En esta reunión del comité central Ilich y un grupo de camaradas, que se reunían a su alrededor, mantuvo la misma línea. En el período de reacción era en extremo importante tener un partido que audazmente dijera toda la verdad aún cuando estuviera en la clandestinidad. Esta era un época en que la reacción trataba de hundir al partido, en que éste se hallaba sumergido en el oportunismo, por lo que resultaba importante mantener elevada la bandera del partido a toda costa. En Rusia, los liquidadores tenían su propio y fuerte centro legal oportunista. Fue necesario conservar al partido a fin de neutralizar ese centro. La experiencia de la escuela de Capri mostró cuán a menudo en esa época el fraccionalismo de los obreros fue relativo y peculiar. Resultaba importante tener

un partido unido alrededor del cual las masas de trabajadores social-demócratas podían aglutinarse. La lucha en 1910 se realizó en favor de la misma existencia del partido, para ejercer influencia sobre los trabajadores a través de este mismo medio. Vladimir Ilich estaba convencido que dentro del partido los bolcheviques serían mayoría, que al fin el partido tomaría la línea bolchevique; pero éste tenía que ser un partido y no una fracción. Ilich prosiguió esta línea también en 1911 cuando una escuela del partido se formó cerca de París, la que admitía a los seguidores del *Vperiod* y tanto a los mencheviques [no liquidadores] como a los bolcheviques. Esta línea fue proseguida en la conferencia del partido en Praga en 1912. Ilich no deseaba una fracción sino un partido que defendiera una línea bolchevique. Por supuesto, en este partido no tenían cabida los liquidadores, pues se reunían fuerzas para la lucha contra ellos. Por lo demás, tampoco había lugar en el partido para quienes habían resuelto de antemano no someterse a las decisiones partidarias. Algunos camaradas, sin embargo, interpretaban que la lucha en favor del partido significaba la conciliación con los liquidadores; perdían de vista el propósito de unidad y se empeñaban en reunir a todo el mundo sin considerar los fines de cada uno. Hasta Innokenty, que apoyaba enteramente el punto de vista de Lenin, y que consideraba que lo principal era unirse con los mencheviques del partido y los plejanovistas, se dejaba llevar tan lejos por el deseo de preservar el partido que, también él, empezó a inclinarse hacia el designio conciliatorio. Ilich lo restituyó a la vía correcta, sin embargo.

En conjunto, las resoluciones se aprobaron unánimemente. Es ridículo pensar que Ilich fuera derrotado y abrumado por el voto de los conciliadores y que cedería en su oposición. El plenario duró tres semanas. Ilich consideró que era necesario realizar las mayores concesiones en lo referente al aspecto organizativo sin ceder una pulgada respecto de los principios. *Proletarii*, el órgano de la fracción bolchevique fue cerrado. Los billetes de 500 rublos, que todavía no habían sido cambiados, se destruyeron. Los fondos de la fracción bolchevique quedaron en manos de tres camaradas alemanes llamados "depositarios": Kautsky, Mehring y Clara Zetkin, que sólo entregarían dinero para los fines generales del partido; en caso de escisión el saldo debía devolverse a los bolcheviques. Kámenev fue enviado a Viena como repre-

sentante bolchevique ante *Pravda* trotskista. "Las cosas han estado muy convulsionadas aquí últimamente —escribía Lenin a su hermana Ana—, pero todo terminó en un intento por hacer las paces con los mencheviques. Sí, sí, por extraño que parezca hemos cerrado el periódico de la fracción y estamos tratando de realizar un enérgico movimiento hacia la unidad".

Innokenty y Nogin fueron a Rusia a organizar (es decir, a trabajar en Rusia) en un consejo ruso del comité central. Nogin era un conciliador que deseaba unir a todo el mundo y sus discursos se enfrentaban con el rechazo de los bolcheviques. Innokenty seguía una línea diferente; pero Rusia no era el "exterior" donde cada palabra emitida se entendía: sus palabras se interpretaban en los términos de Nogin; todos los no bolcheviques estaban de acuerdo. Lindov y V. P. Miliutin se incorporaron al comité central. Innokenty fue arrestado muy pronto. Lindov compartía el punto de vista de Nogin, y no se mostraba muy activo. El estado del comité central ruso en 1910 no podía ser peor.

En el exterior las cosas no marchaban mejor. Mark (Liubimov) y Lyova (Vladimirov) eran "conciliadores en general" y con frecuencia se permitían ser influidos por cuentos sobre la supuesta belicosidad y deslealtad de los bolcheviques. Mark, en particular, oía muchas historias, pues él formaba parte de la oficina unida del comité central en el extranjero, en el que estaban representadas todas las fracciones.

Los partidarios del *Vperiod* continuaron organizando sus fuerzas. El grupo de Alexinsky en cierta ocasión irrumpió en una reunión de bolcheviques que se habían congregado en un café de la avenida Orleáns. Con aire insolente Alexinsky se sentó en una mesa y exigió que se le permitiera hablar, y cuando ésto le fue rehusado intentó crear un alboroto. Los partidarios de *Vperiod* que lo acompañaban se abalanzaron sobre nuestros camaradas para atacarlos. Abram Skovno e Isaac Krivoy, miembros de nuestro grupo, estaban a punto de mezclarse en la pelea, pero Nicolai Vassilievich Sapozhkov (Kuznetzov), un hombre de gran fuerza, lo tomó de un brazo, mientras que el propietario del café, que tenía mucha experiencia en materia de camorras, apagó las luces. No hubo pelea. Mas, después del incidente Ilich vagó toda la noche por las calles de París y cuando retornó a casa no pudo dormir hasta la mañana.

En una carta a Méximo Gorki, fechada el 11 de abril de 1907,

Ilich escribió: "Bien, parece que lo 'burlesco' es la nota predominante en la *unidad* y da buenos fundamentos para el desprecio, las bromas, etc. Es cansador tener que vivir entre esta 'necedad', entre la pendencia y el escándalo. Y es cansador observarlo. Pero no hay que ceder a los propios estados de ánimo. La vida de un exiliado es ahora cien veces más ardua que lo que era antes de la revolución. Exilio y riñas son inseparables. Mas la riña es algo menor; nueve décimas de las riñas se producen en el exterior; la riña es simplemente un subproducto. Sin embargo el desarrollo del partido, el desarrollo del movimiento socialdemócrata continúa con firmeza a pesar de las presentes condiciones endiabladamente difíciles. La purificación del Partido Socialdemócrata de sus 'desviaciones' peligrosas, de su liquidacionismo y *otzovismo*, progresa inconteniblemente; dentro del marco de la unidad ha realizado avances más considerables que antes."

Después expresa: "Puedo imaginar cuán duro es observar este difícil crecimiento de un nuevo movimiento socialdemócrata para aquellos que no han visto ni experimentado el difícil crecimiento al fin de la década del ochenta y la del noventa. En esa época los socialdemócratas se contaban por decenas si no por unidades. Ahora ellos suman centenares y miles. De aquí crisis tras crisis. Y la socialdemocracia *como un todo* viene superando estas crisis abierta y honestamente."

Cansado de reñir un número de camaradas se marchó. Lozovsky, por ejemplo, se entregó por entero al movimiento sindicalista francés. Nosotros, también, deseamos acercarnos más al movimiento francés. Pensamos que nos sería útil a este respecto si nos fuéramos a vivir por un tiempo al campo de vacaciones organizado por el partido francés. Este campo está situado en la playa del mar cerca de la aldea de Pornic, en la célebre costa de La Vendée. En un primer momento mi madre y yo fuimos a vivir allí, pero no éramos felices. Los franceses viven demasiado concentrados en sí mismos; cada familia se mantiene alejada de las otras y su actitud frente a los rusos era algo inamistosa. Este fue particularmente el caso con el director del campo. Me hice bastante amiga de una maestra francesa. Casi no había trabajadores en el campo. Pronto llegaron al campo los Kostitsin y Savvushka, partidarios de *Vperiod*, e inmediatamente tuvieron una riña con el director. Así todos nosotros decidimos mudarnos a Pornic y alojarnos juntos. Mi madre y yo alquilamos dos pequeños cuartos en lo del guardacosta.

En seguida llegó Ilich. El se bañaba en el mar a menudo, andaba en bicicleta —le gustaba el mar y la brisa marina— y charlaba alegremente sobre toda clase de temas con los Kostitsin y le encantaba comer cangrejos que el guardacosta pescaba para nosotros. En verdad, nuestro casero y su esposa se sentían muy atraídos por Ilich. La dueña de casa, robusta y de voz fuerte —era lavandera— solía contarnos los conflictos que sostenía con los curas. Tenía un hijo pequeño que concurría a la escuela estatal, y puesto que el jovencito era inteligente y capaz los curas trataban de persuadir a la madre para que permitiera que el muchacho fuera educado en el monasterio y prometían otorgarle una beca; pero la lavandera, indignada, mostraba a los curas la puerta. Ella no había tenido un hijo, según decía, para hacer de él un despreciable jesuita. Y ésta es la razón por la cual Ilich alababa tanto sus cangrejos. Ilich llegó a Pornic el primero de agosto y para el 26 estaba ya en Copenhague adonde se había dirigido para asistir a la reunión de la Oficina Socialista Internacional y al congreso socialista internacional. Al describir el trabajo del congreso expresó Ilich: "Asoman las diferencias con los revisionistas, pero éstos todavía se hallan lejos de una declaración de su propio programa independiente. La lucha contra el revisionismo se ha postergado, pero ella es inevitable." La delegación rusa ante el congreso fue numerosa: veinte en total, diez socialdemócratas, siete socialistas revolucionarios y tres delegados sindicalistas. El grupo socialdemócrata contaba con representantes de cada matiz: Lenin, Zinoviev, Kamenev, Plejanov, Varsky, Martov y Martinov. Trotsky, Lunacharsky y Kollontay se hallaban también en la delegación con voto consultivo. Durante el congreso se efectuó una conferencia en la que participaron Lenin, Plejanov, Zinobiev y los miembros de la tercera Duma, Poletaev y J. P. Pokrosky. En esta conferencia se decidió publicar un periódico popular en el extranjero, que se llamaría *Rabochaya Gazeta* (Periódico del Trabajador). Plejanov jugaba un papel diplomático; sin embargo, escribió un artículo para el primer número titulado "Nuestra posición".

Después del congreso de Copenhague, Ilich se trasladó a Estocolmo a ver a su madre y a su hermana María Ilinishna, donde pasó diez días. Fue la última vez que vio a su madre. Tenía una premonición de ello y observó con tristeza y mirada anhelante cómo partía el barco.

Cuando retornó a Rusia, siete años más tarde, en 1917, ella ya había muerto.

A su retorno a París, Ilich informó que se había ingeniado para tener una larga conversación con Lunacharsky en el congreso. Siempre conservó una marcada preferencia por Lunacharsky. Se sentía atraído por el talento de éste. Sin embargo, poco después, un artículo de Lunacharsky titulado "Tendencias tácticas en nuestro partido", apareció en *Le Peuple,* en el que trataba todos los problemas desde el ángulo *otzovista.* Ilich leyó la nota, pero no dijo nada. No obstante, más tarde, escribió una réplica. Otros que asistieron al congreso internacional también hicieron conocer su opinión. Trotsky publicó un artículo sin firma en *Vorwärts* en el que atacaba severamente a los bolcheviques y elogiaba a su propio periódico, *Pravda,* de Viena. Plejanov, Lenin y Varsky enviaron una protesta a *Vorwärts* por publicar este artículo. Ya desde 1903 Plejanov se mostró hostil hacia Trotsky cuando éste apareció en el exterior. Antes del segundo congreso del partido tuvieron una seria disputa sobre el problema de la publicación de un periódico popular. En el congreso de Copenhague Plejanov firmó una protesta contra la acción de Trotsky sin hesitación alguna. En represalia, Trotsky comenzó una campaña contra *Rabochaya Gazeta,* que los bolcheviques comenzaron a publicar. El declaró que *Rabochaya Gazeta* era un órgano estrecho de una fracción, y también pronunció una conferencia sobre el tema en el club de Viena. Como protesta contra esto, Kamenev renunció a la mesa directiva de *Pravda,* dirigida por Trotsky, para la que había sido nombrado después del plenario de enero. Los conciliadores de París, dirigidos por Mark, fueron influidos por la campaña de Trotsky, y también ellos comenzaron a atacar a *Rabochaya Gazeta* basándose en que combatían a las fracciones. Ilich odiaba este vago modo de concliar desprovisto de todo principio, conciliación con cualquiera y con todo el mundo, que en su opinión equivalía a abandonar la posición cuando la batalla se hallaba en su apogeo.

Neue Zeit, número 50 de 1910, contenía un artículo de Trotsky titulado "Tendencias en el desarrollo de la socialdemocracia rusa"; en el número 51, otro de Martov sobre "La discusión rusa y la experiencia rusa". Vladimir replicó a ambos en un artículo que llamó "La significación histórica de la lucha interna del partido en Rusia", pero los directores de *Neue Zeit,* Kautsky y Wurm, se negaron a publicarlo.

Markhlevsky (Karsky) contestó a Trotsky y a Martov por carta después de consultar a Vladimir Ilich.

En 1911 el camarada Kamo llegó a París. Era el camarada arrestado en Berlín en 1908 en circunstancias en que llevaba una valija repleta de dinamita. Estuvo recluido en una prisión alemana por más de 18 meses, y mientras duraba esa situación simuló estar loco. En octubre de 1909 se lo deportó a Rusia, y allí pasó otros 17 meses en la fortaleza de Metekh, en Tiflis. El médico de la prisión concluyó que Kamo estaba definitivamente insano y lo hizo trasladar al hospital mental Mihailovsk. Se escapó del hospital, se alejó en un barco destinado a Francia y por fin llegó a París para hablar con Ilich. Quedó enormemente impresionado cuando se enteró que se había producido una ruptura entre Ilich, Bogdanov y Krassin. Se hallaba muy vinculado a los tres, aparte de que no entendía la situación desarrollada durante los años que él estuvo en la cárcel. Ilich le contó todo lo que había ocurrido.

Kamo me pidió que le comprara almendras. Solía sentarse en nuestra cocina-vestíbulo a comer almendras, como lo hacía en su hogar, mientras nos relataba sobre su arresto en Berlín, sobre la forma en que había simulado su locura, y sobre el gorrión que amaestró en la prisión, etc. Ilich escuchaba y se sentía en extremo apesadumbrado por este hombre excesivamente valiente, infantilmente ingenuo, de corazón ardiente, que era capaz de realizar hechos heroicos, pero que no sabía qué tarea emprender. Las proposiciones que formulaba eran fantásticas. Ilich no lo contradecía, si bien con cuidado lo traía de regreso a la tierra, le hablaba de la necesidad de organizar el despacho de literatura, etc. Por fin, se decidió que Kamo iría a Bélgica para hacerse operar de la vista (padecía de estrabismo) y esto permitía que los espías lo identificaran fácilmente y después realizaría su viaje al sur de Rusia y de ahí al Cáucaso. Al examinar el abrigo de Kamo, Ilich preguntó: "¿Tienes un abrigo más pesado? En cubierta sufrirás frío con éste". Siempre que Ilich viajaba en barco caminaba de un extremo a otro de la cubierta de modo incesante. Cuando se estableció que Kamo no tenía otro abrigo, Ilich tomo su suave capa gris, que su madre le había regalado en Estocolmo, y a la que mucho apreciaba, y se la dio a Kamo. La conversación con Ilich y su generosidad apaciguaron a Kamo. Años después, durante la guerra civil, Kamo de nuevo halló su "elemento" y otra vez realizó milagros de heroísmo. Es verdad

que cuando adoptamos la nueva política económica reincidió en sus desvíos y hablaba continuamente sobre el deseo de ir a la escuela, soñando siempre con toda clase de hazañas. Murió en la época de la última enfermedad de Ilich. Transitaba en bicicleta y cuando bajaba la cuesta de Veryesk, en Tiflis, atropelló a un automóvil que lo mató.

En 1910 Inessa Armand llegó de Bruselas y en seguida se convirtió en participante activa de nuestro grupo de París. Con Semashko y Brittman (Kazakov) se unió al comité del grupo y comenzó una extensa correspondencia con otros conjuntos del exterior. Tenía dos hijos, un niño y una niña. Era una bolchevique ardiente y pronto congregó a nuestro alrededor a nuestra gente de París.

En general nuestro grupo de París comenzó a crecer y a ganar vigor. Ideológicamente éramos también más fuertes. La única dificultad residía en nuestra extrema pobreza. Los trabajadores se daban maña para ganarse la vida de un modo u otro, pero las condiciones de los intelectuales resultaban deplorables. No siempre podían convertirse en obreros. Vivir a expensas de los fondos de los exiliados y alimentarse en el comedor de éstos era humillante. Recuerdo varios casos dolorosos. Un camarada trató de aprender de pulidor, mas el oficio no se dominaba fácilmente, y se veía forzado a cambiar de trabajo a menudo. Vivía en un barrio obrero, lejos de los demás exiliados. Por fin se debilitó tanto que no podía abandonar la cama, y nos escribió pidiéndonos dinero. Sin embargo nos rogaba que no se lo lleváramos directamente sino que se lo dejáramos a la encargada.

Nikolai Vassilievich Sapozhkov (Kuznetsov) pasó una mala época. El y su esposa encontraron trabajo para pintar cerámica, pero ganaban muy poco, y podía observarse cómo este hombre de talla gigantesca se secaba prácticamente; su cara se surcaba de arrugas como resultado de la lenta inanición, aunque nunca se quejaba de su estado. Hubo muchos casos como éste. El más triste de todos fue el del camarada Prigara, quien había tomado parte en el levantamiento de Moscú. Vivía en alguna parte de un suburbio obrero y sus camaradas sabían muy poco de él. Un día nos visitó y comenzó a hablar excitada e incoherentemente sobre carros cargados con gavillas de trigo y hermosas muchachas de pie sobre ellos, etc., etc. Era evidente que el hombre estaba loco. Nuestro primer pensamiento fue que el hecho se debía al hambre. Mi madre preparó algo para que comiera. Ilich,

lleno de piedad, permaneció con Prigara, en tanto yo corría a llamar a un amigo especialista en este tipo de enfermedades. Este último llegó, tuvo una conversación con el enfermo y dijo que se trataba de un caso serio de inanición. La situación no era crítica, según expresó, aunque se convertiría en una manía de persecución y el paciente intentaría suicidarse. Tenía que ser vigilado. Nosotros ni siquiera conocíamos su dirección. Brittman fue a verlo a su casa, pero en el camino había desaparecido. Alertamos a nuestro grupo y organizamos la búsqueda, pero en vano. Más tarde, su cadáver se halló en el Sena con piedras atadas a su cuello y a sus pies: se había suicidado.

De haber vivido otro año o dos en esta atmósfera hubiera sido fatal. Pero los años de reacción cedieron ante los años de renacimiento del movimiento revolucionario.

En relación con la muerte de Tolstoi se organizaron demostraciones en Rusia. El primer número de *Zvezda* (La Estrella) se publicó; en Moscú empezó a aparecer el bolchevique *Mysl* (Pensamiento). Ilich revivió inmediatamente. Su artículo: "El comienzo de las manifestaciones", escrito el 31 de diciembre de 1910 exhala inagotable energía: "¡A trabajar, camaradas! Empiecen en todas partes a construir sus organizaciones, a crear y fortalecer las células de los trabajadores socialdemócratas, a desarrollar la agitación política y económica. En la primera revolución rusa el proletariado enseñó a las masas del pueblo a pelear por la libertad; en la segunda revolución debe conducirlas a la victoria".

CAPITULO DECIMOTERCERO

LOS AÑOS DE RENACIMIENTO REVOLUCIONARIO (1911-1914)

PARIS (1911-1912)

El año 1910 quedó marcado por el renacimiento revolucionario. Los años desde 1911 hasta 1914 fueron años en que hasta el comienzo de la guerra de agosto de 1914, cada vez dio la medida de un incremento en la fuerza del movimiento obrero. Pero este movimiento crecía ahora en condiciones por completo diferentes de aquellas dentro de las cuales se produjo el movimiento obrero antes de 1905. Este se desarrollaba sobre la base de la experiencia de la revolución de 1905. Ya no se trataba del mismo proletariado. Este había transitado un gran trecho: una ola de huelgas, un número de levantamientos armados, un tremendo movimiento de masas, y había experimentado también años de derrotas. Todo ello constituía la diferencia. Ello se reflejaba en cada cosa, y Lenin, que se arrojaba con ardor en el remolino de la vida, estaba capacitado para discernir el sentido y el peso de cada frase emitida por los trabajadores, sentía este crecimiento del proletariado en cada fibra de su ser. Por otra parte, sabía que no era sólo el proletariado sino las condiciones como un todo las que cambiaban. La *intelligentsia*, asimismo, se había transformado. En 1905, la amplia capa de la *intelligentsia* apoyó a los trabajadores. Ahora era diferente. El carácter de la lucha que debía sostener el proletariado

estaba ya definido. La lucha sería feroz, irreconciliable; el proletariado destruiría todo lo que se opusiera en su camino. La burguesía liberal ya no podría utilizar a los trabajadores como instrumento con el designio de obtener para sí misma la limitada constitución que deseaba. La clase trabajadora no se contentaría con una constitución limitada. Ella no se dejaría conducir sino que tomaría la vanguardia. Y las condiciones de la lucha cambiaban también. El gobierno zarista, por su parte, había aprendido la lección de 1905. Había sembrado toda la organización laboral con una red de agentes provocadores. Estos no constituían el viejo tipo de espías que solían merodear en las esquinas de las calles y de los cuales resultaba posible esconderse. Estos eran los Malinovsky, Romanov, Brendinsky, Chernomazov, que se habían ingeniado para penetrar en el partido y ocupar posiciones responsables en él. El espionaje y los arrestos no eran ya hechos fortuitos; se hallaban cuidadosamente planeados.

Estas condiciones servían como un campo de cultivo regular para el oportunismo de la peor clase. La política de los liquidadores que tendía a disolver el partido, vanguardia de la clase trabajadora, fue apoyada por la amplia capa de la *intelligentsia*. Los liquidadores surgían a diestro y siniestro como hongos. Cada *Cadete* insignificante trataba de arrojar lodo al partido ilegal. Era imposible no llevar una lucha a muerte contra ellos. La lucha resultaba desigual, sin embargo. Los liquidadores poseían un poderoso centro legal en Rusia y lograban realizar un extenso trabajo en favor de su política entre las masas. Los bolcheviques, por otra parte, tenían que pelear por cada centímetro de terreno, en las difíciles condiciones de trabajo ilegal que entonces prevalecían.

El año 1911 comenzó con una eliminación de la censura, por una parte, y por otra, una enérgica lucha por el afianzamiento de la organización ilegal del partido. La primera se inició dentro de la organización unida del exterior, que fue creada en la conferencia de enero de 1910, pero pronto se extendió más allá de los límites de esta organización y prosiguió su propio curso. Ilich se mostraba sumamente contento por la publicación de *Zvezda* en San Petersburgo y *Mysl* en Moscow. La organización de los embarques a Rusia de periódicos publicados en el exterior era muy deficiente en verdad, peor que antes de 1905. Rusia y los países extranjeros se hallaban plagados de *agentes*

provocadores, quienes estaban en condiciones de seguir la pista de cada cosa. De aquí la alegría de Ilich ante la publicación de revistas y periódicos legales en los cuales podían colaborar los bolcheviques.

La mesa editorial de *Zvezda* se componía de Bonch-Bruevich (bolchevique), N. Jordansky (seguidor de Plejanov en esa época) e I. P.l-rovsky (miembro de la Duma que simpatizaba con los bolcheviques). El periódico fue el órgano del Partido Social Demócrata en la Duma. El primer número contenía un artículo de Plejanov. Vladimir Ilich no se mostró del todo satisfecho con el resultado; le pareció aburrido. Pero sí se mostró complacido con el primer número del *Mysl*, de Moscú.

En ocasión de escribirle a Máximo Gorki sobre el periódico le decía: "Es *enteramente* nuestro y me complace mucho". Ilich empezó a escribir mucho para *Zvezda* y *Mysl*. No era tarea fácil publicar periódicos legales en ese tiempo. En febrero Skvortsov-Stephanov fue arrestado en Moscú, y en San Petersburgo Bonch-Bruevich. Lydia Mikailovna Knipovich, que trabajaba con Poletaev , y otros, también fueron detenidos. En abril *Mysl* fue clausurado, y en junio, *Zvezda*, órgano de la fracción de la Duma, cesó de publicarse luego de haber producido veinticinco números. No se reasumió su publicación hasta el 5 de noviembre. Entonces se convirtió en un periódico definitivamente bolchevique. En Bakú otro periódico bolchevique, *Sovremyennaya Zhizn* (Vida contemporánea) comenzó a publicarse.

En julio las negociaciones con el camarada Savelyev se iniciaron para la publicación de una revista legal, *Prosveshchenie* (Educación), en San Petersburgo, pero sólo logramos darla a luz a fin de 1911.

Vladimir Ilich vigilaba estas publicaciones muy estrechamente y escribía para ellas.

Con respecto al establecimiento de conexiones con los trabajadores, al comienzo se realizaron intentos para preparar a los estudiantes de la escuela de Bolonia en la misma forma que se había hecho con los estudiantes de la escuela de Capri, pero nada concreto salió de esto.

En noviembre de 1910, los *Otzovists* organizaron una escuela en Bolonia, Italia. Los estudiantes invitaron a un número de conferenciantes. Entre éstos se hallaban Dan, Plejanov y Lenin. Vladimir Ilich rehusó ir a Bolonia, pero pidió a los estudiantes que fuesen a París. Los partidarios del *Vperyod*, después de la experiencia de la escuela de Capri, comenzaron a cubrirse; exigieron una invitación oficial del

bureau del Comité Central del exterior, en el cual los mencheviques predominaban entonces. Y cuando llegaron a París junto con los estudiantes que iban a contrarrestar la influencia de Lenin, ellos pidieron autonomía. Sin embargo, no se organizó ningún estudio y el bureau envió a los estudiantes de regreso a Rusia.

En la primavera de 1911 conseguimos por fin establecer nuestra propia escuela del partido cerca de París. Esta escuela fue abierta a los trabajadores bolcheviques, y al partido menchevique y trabajadores partidarios del Vperyod (*Otzovists*). Los dos últimos grupos representaban, empero, una pequeña minoría.

Los primeros en llegar a la escuela fueron camaradas de San Petersburgo, dos trabajadores del metal: Belostotsky (Vladimir) y George (no puedo recordar su apellido), partidario de *Vperyod*, y una trabajadora llamada Vera Vasilyeva. Constituían un grupo inteligente y muy avanzado. En la primera noche de su llegada Ilich los llevó a un café para cenar, y yo recuerdo con qué fervor les habló esa noche, preguntándoles sobre San Petersburgo, sobre su trabajo, y tratando de descubrir en sus respuestas síntomas del renacimiento del movimiento obrero en Rusia. Nicolai Alexandrvich Semashko consiguió ubicarlos temporariamente en Fontenay-aux-Roses, un suburbio de París no lejos de donde él vivía. Mientras se esperaba la llegada de los otros estudiantes ellos empleaban su tiempo en leer; más tarde, llegaron dos camaradas de Moscú: Prisyagin, curtidor de oficio, y un trabajador textil cuyo nombre no recuerdo. Los camaradas de San Petersburgo muy pronto trabaron amistad con Prisyagin. Era un trabajador más allá de la inteligencia media y había editado un periódico ilegal de los trabajadores del cuero en Rusia. Escribía bien, pero era muy tímido. Sus manos temblaban con nerviosidad cuando hablaba. Belostotsky le hacía bromas sobre esto, pero muy dulcemente y con buena intención.

Durante la revolución de Octubre Prisyagin fue presidente del Consejo Provincial de los Sindicatos de Barnaul, en Siberia. Fue detenido y fusilado por Kolchak cuando éste capturó la ciudad.

Pero Belostotsky se burlaba del trabajador textil de Moscú de manera no menos cordial. El trabajador textil no había recibido mucha educación, mas se mostraba muy seguro de sí mismo. Escribió poemas y hablaba de manera muy intelectualizada. En cierta ocasión yo visitaba a los estudiantes en sus viviendas y me encontré con uno de los

camaradas de Moscú. El se anticipó para reunir a todos los demás estudiantes, y al hacerlo así gritó a voz en cuello: "Mister Krupskaya ha venido". Por este "Mister Krupskaya" Belostotsky le tomó el pelo sin piedad. Había constantes conflictos entre ellos. Finalmente, los petersburgueses empezaron a insistir en que el compañero fuera sacado de la escuela. Dijeron que "él no entendía nada y hablaba disparates sobre la prostitución". Tratamos de convencerlos de que el muchacho debía aprender aún, pero los petersburgueses insistieron en que fuera despachado de vuelta a Moscú. Nos vimos obligados a sacarlo de la escuela y hallarle un trabajo temporario en Alemania.

Decidimos organizar la escuela en la villa de Longjumeau, a 15 kilómetros de París, donde no había rusos ni visitantes en verano. Longjumeau era una villa francesa de extramuros situada a lo largo del camino sobre el cual circulaban carradas de productos de granja que toda la noche transportaban alimentos para llenar el "estómago de París". Había una pequeña curtiduría en la villa en un campo rodeados por huertos. Nuestro plan era el siguiente: los estudiantes iban a alquilar cuartos en la villa. Inessa debía alquilar una casa completa en la que se organizaría un comedor para los estudiantes. Nosotros y los Zinoviev también nos mudamos a Longjumeau. Katya Mazonova, esposa de un trabajador que había estado en el exilio con Martov en Turukhansk en Siberia, y más tarde trabajó ilegalmente en los Urales, asumió la tarea de ama de casa. Katya era una buena ama de casa y una excelente camarada. Todo resultó espléndidamente. En la casa que alquiló Inessa instalamos a S e r g o (Ordjonikidze), Simyon (Schwartz) y Zakhar (Breslav). Sergo llegó a París un poco antes. Hasta entonces había vivido en Persia y recuerdo la detallada correspondencia que manteníamos con él respecto de la línea que proseguía Ilich frente a los plejanovistas, los liquidadores y los partidarios del *Vperyod*. También manteníamos correspondencia regular con el grupo bolchevique del Cáucaso. Habíamos escrito a Sergo dándole detalles de la lucha que estallaba en el exterior y por un tiempo no recibimos ninguna respuesta. Cierto día el encargado llegó hasta mí y me dijo: "Hay abajo un hombre que no habla una palabra en francés; y debe buscarla a usted". Bajé y vi un sonriente caucasiano parado en el medio del vestíbulo. Era Sergo. Desde entonces se convirtió en uno de nuestros más íntimos camaradas. A Simyon Schwartz lo conocíamos

desde hacía tiempo. Mi madre simpatizaba mucho con él porque solía relatar en su presencia cómo siendo un muchacho de diecinueve años distribuía volantes en una fábrica por primera vez. Era un trabajador de Nikolayev. Según decía, en tanto entregaba los volantes pretendía estar borracho. A Breslav lo conocimos en San Petersburgo en 1905.

Así, la casa de Inessa fue ocupada enteramente por nuestra propia gente. Nosotros vivíamos al otro extremo de la villa y solíamos comer en el comedor comunal, donde resultaba grato charlar con los estudiantes, interrogarlos sobre diversos temas y discutir problemas comunes con ellos.

Alquilamos un par de cuartos en una pequeña casa de ladrillos de dos pisos (en Longjumeau todas las casas se construían de ladrillos) perteneciente a un trabajador empleado en la curtiduría, y esto nos dio oportunidad de observar la vida de un obrero de una pequeña empresa. Este hombre iba al trabajo temprano en la mañana y regresaba por la noche completamente exhausto. No había jardín agregado a la casa. Algunas veces solía sacar una mesa y una silla y se sentaba durante horas en tanto reposaba su cansada cabeza sobre sus extenuados brazos. Ninguno de sus compañeros de trabajo lo visitaba jamás. Los domingos concurría a la iglesia, cuya torre se elevaba a través del camino. La música parecía extasiarlo. Monjas con hermosas voces de ópera solían cantar en el templo; entonaban las composiciones de Beethoven y otros y no sorprende que el curtidor, cuya vida era tan monótona, se sintiera como transportado por la música. No podíamos impedir compararlo con Prisyagin, que era también de oficio curtidor, y cuya vida no era mucho más fácil que la del curtidor de Longjumeau; pero él era un luchador de clase consciente y un favorito entre sus camaradas. La mujer del curtidor francés muy temprano se ponía sus zapatos de madera, tomaba su escoba y se trasladaba a una mansión vecina donde realizaba tareas domésticas. Su hija, muy joven, permanecía en el hogar cuidando la casa. Todo el día permanecía en la húmeda y sombría casa a cargo de sus hermanitos y hermanitas. Todo indicaba que no tenía ninguna amiga de su edad. Su vida se limitaba a realizar las penosas tareas cotidianas y algunas visitas a la iglesia los domingos y feriados. Jamás se le ocurrió a ninguno de los miembros de la familia del curtidor la posibilidad de un cambio en el sistema

social. ¿Para qué? Dios creó a los ricos y a los pobres, por tanto, las cosas deben ser así, razonaba el curtidor.

La niñera francesa a quien los Zinoviev habían contratado para cuidar a su pequeño de tres años, compartía también esta opinión, y cuando el niño trataba de dirigirse al parque del castillo próximo a Longjumeau, ella le decía: "Esto no es para nosotros; es para los señores". Nos divirtió grandemente cuando el chico, con un aire de sabiduría, repitió las palabras de la niñera.

Pronto se reunieron todos los estudiantes; Andreyev, un trabajador de Nikolayev, quien en tanto se hallaba en el exilio, creo que en Vologda, aprobó un curso peculiar de estudios. Ilich lo llamaba en broma su mejor alumno. Se hallaba Dogadov de Bakú (Pavel), y Sema (Semkov). Dos llegaron de Kiev: Andrey Malinovsky y Chugurin. Estos dos eran partidarios de Plejanov. Más tarde descubrimos que Malinovsky era un *agente provocador.* No se distinguía en nada, con excepción de su hermosa voz. Era muy joven y no muy observador. Me contó cómo había eludido a la policía en su camino a París. Su relato no me pareció muy plausible, pero no despertó ninguna sospecha particular. El otro hombre, Chugurin, se consideraba como partidario de Plejanov. Estuvo empleado en los talleres Sormova y había cumplido un largo tiempo en la prisión. Era un trabajador inteligente, pero muy nervioso. Pronto se convirtió en bolchevique. Savva (Zevin), también partidario de Plejanov, procedía de Ekaterinoslav. Cuando alquilábamos cuartos para los estudiantes decíamos que ellos eran maestros rusos de aldea. Durante su permanencia en Longjumeau, Savva cayó enfermo de tifus. El médico francés que lo visitó expresó sonrientemente: "Qué extraños maestros tienen ustedes". Lo que más sorprendía a los franceses era que nuestros "maestros" andaban todo el día descalzos. (Aquel verano era insoportablemente caluroso).

Seis meses más tarde Zevin concurrió a la conferencia del partido en París. Luchó en las filas de los bolcheviques por muchos años hasta su trágica muerte. Fue uno de los veintiséis comisarios que fueron fusilados en Bakú por los guardias blancos en 1918.

Vasily (S. Iskryanistov) llegó de Ivanovo-Voznesensk. Era un excelente estudiante, pero se comportaba muy extrañamente. Se encerraba en su cuarto y evitaba a todos los demás. Cuando regresó a Rusia se negó rotundamente a emprender ninguna tarea. Sin embargo, era un

trabajador muy capaz. Durante años ocupó posiciones responsables. Muy pobre por lo demás. En las fábricas se le consideraba con desconfianza y en consecuencia le resultaba difícil conservar su trabajo. Durante mucho tiempo, él, su mujer y dos niños vivían de la muy magra ganancia de su mujer que era obrera textil. Según se descubrió más tarde, Iskryanistov no pudo soportar la tensión y se convirtió en agente provocador. Empezó a beber fuertemente. En Longjumeau era abstemio, mas cuando retornó a Rusia se derrumbó por completo y se suicidó. Una noche sacó a su mujer y a los niños de la casa, encendió la estufa, obturó la chimenea y en la mañana fue encontrado muerto. Por su "trabajo" como provocador recibió una miserable *recompensa* de cerca de diez rublos. Actuó como provocador por el término de casi un año.

Olyeg (Prukhnyak) representó a los polacos. En la mitad del término llegó Mantsev.

Los estudios prosiguieron regularmente. Ilich pronunció conferencias sobre economía política (trece conferencias), sobre la cuestión agraria (diez conferencias) y una de teoría y práctica de socialismo (cinco conferencias). Inessa actuó como preceptora en economía política. Zinoviev y Kamenek hablaron sobre historia del Partido y Semashko también dictó varias clases. Hubo otros diversos conferenciantes, entre ellos Riazanov, que se ocupó sobre la historia del movimiento obrero en Europa occidental; Charles Rappaport, que se ocupó del movimiento obrero francés, Steklov y Finn-Yenotaevsky hablaron sobre derecho público y finanzas; Lunacharsky, sobre literatura, y Stanislav sobre periodismo.

Los estudiantes trabajaron duro, pero algunas noches solían salir hacia el campo para cantar o yacer junto a las parvas de heno donde conversaban sobre todo tipo de cosas. Ilich solía acompañarlos.

Kamenev no vivía en Longjumeau y venía sólo a pronunciar sus conferencias. En esa época escribía su libro *Dos partidos*. A menudo discutía el tema con Ilich. Yacían sobre el césped en el prado o en los alrededores de la villa mientras Ilich exponía sus ideas. Ilich escribió un prólogo para este libro.

Yo no podía ir a París con frecuencia para ver a nuestra gente en su tarea. Esto era necesario a fin de ahorrarles a ellos el viaje a Longjumeau. Los estudiantes se preparaban para regresar y actuar en Ru-

sia, y era indispensable mantener su estada cerca de París lo más secreta posible. Ilich se hallaba muy contento con la tarea de la escuela. En nuestros momentos de ocio aprovechábamos para andar en bicicleta. Subíamos la colina y luego viajábamos unos quince kilómetros hasta un lugar donde había un aeródromo. Este era un lugar aislado y mucho menos frecuentado que el aeródromo de Juvissy. A menudo éramos los únicos visitantes, lo que aprovechaba Ilich para observar las maniobras de los aviones con toda tranquilidad.

A mitad de agosto regresamos a París.

La unidad de todas las fracciones, que fue realizada con tanta dificultad en 1910, gradualmente comenzó a resentirse. A medida que surgían los problemas prácticos del trabajo en Rusia se tornaba cada vez más claro que la tarea conjunta resultaba imposible. Las exigencias del trabajo práctico arrancaron la máscara que usaban algunos de los mencheviques. El verdadero sentido de la "lealtad" de Trotsky quedó revelada. Detrás de la máscara de la lealtad él intentaba unir a los liquidadores y a los partidarios del Vperyod. Cuando se tornó necesario mejorar el trabajo de las organizaciones en Rusia la artificialidad de esta unión se puso en evidencia. Hacia el fin de diciembre de 1910, Lenin, Zinoviev y Kamenev sometieron una propuesta al Bureau del Comité Central en el exterior por la que se urgía la necesidad de reunir un plenario del Comité Central. Pasó más de un mes antes que ellos recibieran una respuesta. El Bureau menchevique del Comité Central del exterior rechazó la propuesta. Las negociaciones sobre este tema se arrastraron hasta el fin de mayo de 1911. Era claro que nada bueno saldría del Bureau. El camarada Semashko, que era el representante bolchevique en el Bureau, renunció, y los bolcheviques se reunieron en una conferencia de los miembros del Comité Central que se hallaban en el exterior en esa época. En junio de 1911 había nueve miembros del Comité Central en el exterior. Todos, excepto el bundista Iyonov, que se hallaba enfermo, se reunieron el 10 de junio, pero el menchevique Goriev y el dirigente bundista abandonaron la conferencia. Los que permanecieron discutieron las cuestiones más apremiantes que enfrentaba el partido y también el problema de reunir una conferencia del partido. Se decidió establecer un comité de organización en Rusia, cuya función era hacer los preparativos para la conferencia del partido. En agosto los camaradas partieron para Rusia.

Breslav (Zakhar) se trasladó a San Petersburgo y a Moscú; Simyon (Schwartz) salió para los urales y Ekaterinoslav, y Sergo se dirigió al sur. Rykov también partió para Rusia, pero fue arrestado en la calle apenas llegado. Los diarios informaron que le encontraron muchas direcciones. Este no fue el caso, sin embargo. En verdad, un número de bolcheviques fue arrestado al mismo tiempo, entre ellos Presyagin, que acababa de retornar a Rusia; empero, más tarde, este problema se aclaró. Parece que en Leipzig, donde Piatnitsky trabajaba en la época en el embarque de literatura para Rusia, vivía cierto Brendinsky, que transportaba la literatura, en quien Pianitsky y Mark tenían completa confianza. Más tarde, se descubrió que este Brendinsky era un agente provocador. El codificó las direcciones para Rykov. Esto explica por qué la policía estaba en posesión de todas las direcciones aunque nada le habían encontrado a Rykov en el registro.

La conferencia se fijó en Bakú. Sólo gracias a un simple accidente esta conferencia no fue allanada por la policía porque uno de sus delegados, un trabajador muy conocido de Bakú, Stepan Shaumyan, fue arrestado junto con otro número de trabajadores del lugar. La conferencia se trasladó a Tiflis, donde se realizó con todo éxito. Estuvieron presentes representantes de cinco organizaciones. Schwartz, Sergo y otros entre ellos. Bolcheviques y plejanovistas fueron también representados. Chernomazov, que más tarde demostró ser un agente provocador, asimismo se encontró en la reunión; pero el Comité de Organización en Rusia logró completar su tarea: una conferencia del partido se convocó en enero de 1912.

En 1911 el grupo bolchevique en París era una organización muy fuerte. Incluía a los camaradas Sermashko, Vladimirsky, Antonov (Brittman), Kuznetzov (Sopozhkov), los Belinsky (Abram y su hermano Grisha), Inessa, Stahl, Natasha Copner, Kotlyarenko, Chernov (no recuerdo su verdadero nombre), Lenin, Zinoviev, Kamenev, Levina, Taratuta, Mark (Liubimov), Lyova (Vladimirov), y otros. En total, tenía más de cuarenta miembros. Tomado en su conjunto este grupo poseía considerable conexión con Rusia y mucha experiencia revolucionaria.

La lucha contra los liquidadores, los trotskystas y otros oponentes, había endurecido al grupo. Hizo mucho para ayudar el trabajo en Rusia, realizó su tarea entre los trabajadores franceses, y entre las masas de los trabajadores emigrados rusos. Había un gran número de ellos

en París. En una época el camarada Stahl y yo tratamos de efectuar alguna tarea entre las masas de obreras extranjeras: sombrereras, costureras, etc. Organizamos un número de reuniones, pero la importancia de este trabajo no fue apreciada en todo su alcance por nuestras camaradas y esto fue un serio impedimento. En cada reunión del grupo alguien invariablemente murmuraba: ¿Por qué una reunión de mujeres? Y así el esfuerzo se debilitaba, aunque mucho bien pudo haberse hecho. Ilich consideraba este trabajo muy necesario.

Hacia el fin de septiembre, Vladimir Ilich fue a Zurich para asistir a una conferencia del Bureau Internacional Socialista. En esta reunión se discutió la carta de Molkenburg al Comité Central del Partido Social Demócrata Alemán. En esta carta Molkenburg aseguraba que en vista de las inminentes elecciones resultaba impropio criticar la política colonial del gobierno alemán en relación con los incidentes de Marruecos. Rosa Luxemburgo había obtenido una copia de esta carta y la publicó. Bebel se indignó con ella por este asunto. Vladimir Ilich defendió a Rosa. La política oportunista seguida por los socialdemócratas alemanes quedó claramente en evidencia en esta reunión.

Durante este viaje, Ilich pronunció una serie de conferencias en Suiza.

En octubre se suicidaron los Lafargue. Su muerte provocó una profunda impresión en Ilich. Recordamos la visita que les hicimos. Ilich dijo: "Si uno no puede trabajar ya por el partido, debe ser capaz de mirar la verdad en la cara y morir como los Lafargue". Y sintió el deseo de decir sobre sus féretros que su trabajo no había sido en vano; que la causa que ellos iniciaron, la causa de Marx, con la cual Paul y Laura Lafargue habían estado tan estrechamente unidos, crecería y se extendería hasta la remota Asia. Justamente en esa época la marea de la revolución surgía en China. Vladimir Ilich escribió el discurso e Inessa lo tradujo. Recuerdo con qué profunda emoción él pronunció el discurso en el funeral en nombre del Partido de los Trabajadores Socialdemócratas Rusos.

En la víspera del nuevo año los bolcheviques convocaron una conferencia de los grupos bolcheviques en el exterior. Todos se hallaban en buen espíritu aunque la vida en el exterior había afectado considerablemente los nervios de cada uno.

EL COMIENZO DE 1912

Se realizaron intensos preparativos para la conferencia. Vladimir Ilich escribió a Nemetz, el representante checo en el Bureau Socialista Internacional, preguntándole si era posible sostener la conferencia en Praga. Esta ciudad era deseable porque no había allí ninguna colonia rusa, y además, Vladimir Ilich conocía a Praga, pues él había vivido allí en la casa de Modraczek en el período de su primer exilio.

Puedo recordar dos incidentes en relación con la conferencia de Praga (no estuve presente en ella). Uno fue la disputa entre Savva (Zevin), el delegado de Ekaterinoslav y ex estudiante de la escuela de Longjumeau, y el delegado de Kiev, David (Schwartzman), y creo, también, Sergo. Puedo aún evocar el rostro excitado de Savva. No recuerdo exactamente el motivo de la discursión, pero Savva era un plejanovista. Plejanov no fue a la conferencia. "El esquema de la conferencia —escribió en respuesta a la invitación— es tan uniforme, que sería mejor, esto es, más en interés de la unidad del partido, si me mantengo alejado". Pero él había adiestrado a Savva respecto de la línea que tomaría, y en la conferencia Savva presentó protestas tras protestas en el espíritu de Plejanov. Más tarde, como sabemos, Savva se convirtió en bolchevique. Otro partidario de Plejanov, David, se adhirió a los bolcheviques. Recuerdo las circunstancias en las cuales las conversaciones se realizaron en esa época respecto de si Savva debería ir o no ir a la conferencia. En Longjumeau Savva se mostraba siempre alegre y moderado, y esta es la causa por la cual yo estaba sorprendida por su excitación en la conferencia.

El otro incidente fue como sigue. Vladimir Ilich se había marchado ya a Praga. Philip (Goloschchyokin) y Brendinsky llegaron para ir a la conferencia. Yo conocía a Brendinsky sólo de nombre como transportador de literatura. Vivía en Vilna, donde también residía Goloschyokin. Su tarea principal era despachar la literatura recibida a las organizaciones, principalmente a Moscú. Poseía un pasaporte falso. Philip relató que dos semanas antes de la conferencia Brendinsky fue arrestado, que quedó libre después de unos diez días sin formulársele ningún cargo, pero que mientras estuvo en la prisión diversas personas vinieron a visitarlo, las que fueron finalmente detenidas. El no podía decir con exactitud quién fue arrestado. Le pedí a Philip que me trajera a

Brendinsky, pero sin decirle entretanto dónde tendría lugar la conferencia. La conversación con Brendinsky fue muy extraña. Teníamos información de Piatnisky según la cual la literatura se transportaba con regularidad y se despachaba a Moscú, y sin embargo los camaradas de esta ciudad se quejaban de que no recibían nada. La literatura era dirigida a Brendinsky, y así le pregunté si podía explicar qué ocurría con ella. Contestó que no había enviado la literatura a las organizaciones porque resultaba muy peligroso hacerlo así, pero que la había enviado a algunos trabajadores que eran sus amigos. Entonces le pedí mue me diera esos nombres. Mencionó diversos nombres, aunque resultaba obvio que los elegía al azar. Expresó que no recordaba sus direcciones. Comencé a preguntarle sobre sus viajes a varias ciudades. Algo particular sobre cierta ciudad, Yaroslav. Replicó que no podía ir hasta allí porque había sido arestado en ese lugar. "¿Por qué causa?", insistí. Contestó: "Por una causa criminal". Yo me quedé muda. Sus respuestas se tornaban más y más confusas. Le informé que la conferencia sería celebrada en Brittany y que Ilich y Zinovlev ya había partido para ese lugar. Después Philip y yo arreglamos que él y Gregory irían a Praga esa noche y dejarían una nota para Brendinsky diciendo que él había salido para Brittany. Fue a ver a Burtsev, que en esa época se especializaba en descubrir agentes provocadores. "No hay ninguna duda que él es un agente provocador", expliqué a Burtsev. Escuchó lo que tenía que decirle y replicó: "Mándamelo". No tenía sentido enviarle el espía a Burtsev. Más tarde, el 'arte" de Brendinsky quedó completamente en evidencia. No retornó nunca a Rusia. El gobierno zarista le compró una quinta en los suburbios de París por 40.000 francos.

Yo estaba muy orgullosa por el hecho de que había salvado la conferencia de un agente provocador. No sabía, sin embargo, que había otros dos agentes provocadores en la conferencia de Praga, esto es, Román Malinovsky y Romanov (alias Alexinsky, ex estudiante de Capri).

La conferencia de Praga fue la primera conferencia del partido con trabajadores de Rusia que logramos convocar después de 1908 y la primera en la que problemas referentes al trabajo en Rusia se discutieron en forma práctica y dentro de una línea definida para dar forma a esos trabajos. Se aprobaron resoluciones sobre la situación corriente y las tareas del partido, sobre las elecciones de la cuarta

Duma, sobre el trabajo de la fracción Social Demócrata en la Duma, sobre el carácter y formas organizacionales del trabajo del partido, sobre las tareas de los socialdemócratas en la lucha contra el hambre que entonces había estallado en Rusia, sobre el proyecto de seguro del Estado para los trabajadores que se hallaba ante la Duma, y sobre la campaña de petición. *

Una línea definda del partido sobre las cuestiones del trabajo en Rusia; real liderazgo del trabajo *práctico*: estos eran los resultados de la conferencia de Praga.

Esta es la razón por la cual la conferencia de Praga alcanzó tanta importancia. En la conferencia fue elegido un Comité Central que incluyó a Lenin, Zinoviev, Ordjonikidze (Sergo), Schwartzman (David), Goloshchyokin (Philip), Spandarian y Malinovsky. Se nombraron reemplazantes que deberían actuar si algunos de los miembros titulares eran arestados. Pronto después de la conferencia Stalin y Belostotshy (estudiante de la escuela de Longjumeau) fueron elegidos para el Comité Central y así se estableció la unidad en el Comité Central. sin la cual habría sido imposible realizar el trabajo durante estos tiempos de prueba. La conferencia significó indudablemente un gran paso adelante: impidió la desintegración del trabajo en Rusia. Relativamente poca importancia se asignó a los abusivos ataques de los liquidadores, a Tratsky, a la diplomacia de Plejanov, a los bundistas, etc. Aunque todo esto exigía una aguda resistencia y riesgo, no atrajo tanto la importancia de esta conferencia como en otras. La atención se concentró sobre el trabajo en Rusia. Resultó una desgracia que Malinovsky se hallara en el Comité Central, y todos los detalles de la conferencia tratados con los representantes de la tercera Duma, Poletaev y Shurkanov en Leipzig después de la conferencia de Praga, fueron también conocidos por la policía. Shurkanov, asimismo, se reveló como un agente provocador. Sin duda, el agente provocador sellaba el destino de un número de trabajadores del partido y debilitaba la organización; pero la policía era impotente para sofocar el movimiento obrero. La línea

* Campaña organizada en diciembre de 1910, que recogió firmas para una petición ante los "representantes del pueblo" en la tercera Duma en favor de la libertad de asociación para lo trabajadores.

adecuada prefijada guiaba al movimiento dentro del canal correcto y creaba nuevas fuerzas en número creciente.

Ilich se trasladó a Leipzig a conferenciar con Poletaev y Shurkanov; después de esto se dirigió a Berlín a fin de obtener de los "depositarios" el dinero que ellos mantenían y que ahora resultaba tan necesario para el trabajo. Mientras tanto Shotman vino a París a visitarnos. Había estado trabajando en Finlandia hasta entonces. La conferencia de Praga había aprobado una resolución que condenaba enérgicamente la política del gobierno zarista y de la tercera Duma hacia Finlandia, y subrayaba la necesidad de la unión entre los trabajadores finlandeses y rusos en la lucha contra el zarismo y la burguesía contrarrevolucionaria rusa. Nuestra organización ilegal trabajaba en Finlandia en esa época. El trabajo se realizaba entre los marineros en la Flota del Báltico. Shotman llegó para informarnos que en Finlandia todo estaba listo para la rebelión, que la organización ilegal que trabajaba entre las tropas rusas se hallaba preparada para la batalla (se planeaba la captura de las fortalezas de Sveaborg y Kronstadt). Ilich no había retornado todavía. Cuando llegó, él interrogó a Shotman detenidamente sobre la organización cuya existencia era un hecho interesante en sí mismo (entre los camaradas que actuaban en la organización se hallaban Rakhya, S. V. Vorobyev, y Kokko). El señaló, no obstante, que era incorrecto comenzar una rebelión en ese momento. Resultaba muy dudoso, manifestó, si los trabajadores de San Petersburgo apoyarían una rebelión justo en ese instante. En efecto, las cosas no llegaban nunca a la etapa decisiva. La organización fue descubierta por las autoridades; arrestos en masa se habían producido y cincuenta y dos personas eran juzgadas por los cargos de conspiración y amotinamiento. Todo estaba bastante lejos de la rebelión, por cierto, pero los fusilamientos en las minas de oro del Lena que ocurrieron en la mitad de abril y las huelgas que estallaron en todo el país, en protesta contra este ultraje, expresaban con claridad hasta qué extremos se había desarrollado el proletariado en estos años, revelaban que los trabajadores no habían olvidado nada, que el movimiento se elevaba a una etapa superior, que condiciones nuevas de trabajo surgían por doquier.

Ilich se había convertido en otra persona; se tornó menos irritable; se concentraba más; pensaba más en la tareas que habían surgido frente al movimiento obrero ruso. Yo diría que su estado de ánimo se

hallaba mejor expresado en el artículo que escribió a la memoria de Hertzen en el comienzo de mayo. En él parecía intepretar mucho de sí mismo: su pasión ardiente que fascinaba y se apoderaba del interlocutor. Escribió, por ejemplo: "Al honrar la memoria de Hertzen, vemos claramente tres generaciones, las tres clases que han estado activas en la Revolución rusa. Primero, la nobleza y los terratenientes, los decembristas y Hertzen. Este grupo de revolucionarios fue restringido. Estaban temerosamente remotos del pueblo. Pero la causa por la que lucharon no estaba perdida. Los decembristas elevaron a Hertzen. Hertzen desarrolló la agitación revolucionaria.

"Esta agitación fue recogida, ampliada, fortalecida y endurecida por los *rasnochintsi* [intelectuales de la clase media] revolucionarios, que se inician con Chernishevsky y terminan con los héroes de la *Narodnaya Volya* (la Voluntad de los Pueblos). El círculo de estos luchadores se amplió y sus contactos con el pueblo se tornó más íntimo. Hertzen los llamó "jóvenes pilotos de la próxima tormenta". Esa no fue todavía la real tormenta.

"La tormenta: esto es, el movimiento de las masas mismas. El proletariado, la única clase revolucionaria realmente coherente surgió y se convirtió en el dirigente de las masas y por primera vez precipitó a millones de campesinos para la lucha revolucionaria abierta. La primera tormenta estalló en 1905. El segundo estallido se desarrolla ante nuestros propios ojos."

Sólo unos meses antes de esto, Vladimir Ilich había dicho a Anna Ilynishna, que había llegado a Paris: "No sé ahora si viviré para ver el próximo surgimiento de la marea." Pero ahora observaba que se cernía la tormenta, el movimiento de las masas, lo sentía con todas las fibras de su ser.

Cuando salió el primer número de *Pravda* empezamos a realizar los preparativos para trasladarnos a Cracovia. Esta ciudad era, en muchos aspectos, más conveniente que París. Era más cómoda respecto de la policía. La policía francesa ayudaba a la policía rusa en toda forma posible. La policía polaca, sin embargo, era hostil a la policía rusa como también, en conjunto al gobierno ruso. En Cracovia podíamos estar seguros de que nuestras cartas no serían interceptadas y que nadie espiaría sobre los recién llegados. Además, la frontera rusa se hallaba más cerca y resultaba más fácil entrar y salir de Rusia. Cartas

y paquetes podían ser enviados a Rusia sin dificultad. Realizamos rápidos preparativos para partir. Vladimir Ilich se mostró muy alegre y particularmente solícito por el bienestar de los camaradas que debían quedar atrás. Multitudes de personas venían a vernos. Recuerdo a Kurnatovsky. Lo conocíamos desde nuestro exilio juntos en Shusha. Esa había sido la tercera vez que se exiliaba. Era graduado de la universidad de Zurich, en la carrera de ingeniero químico y trabajaba en una refinería de azúcar cerca de Minusinsk. Pronto después de su regreso a Rusia fue arrestado de nuevo en Tiflis y permaneció dos años en la prisión militar de la fortaleza de Metekh, después de lo cual fue enviado a Yakutsk. En el camino se vio envuelto en el "affair Romanov" [rebelión contra el inhumano tratamiento carcelario] y fue sentenciado a doce años de trabajos forzados. En 1905 se lo amnistió. El organizó la "República de Chita" (Siberia); fue capturado por el general Meller-Kakomelsky y entregado al general Rennenkampf. Sentenciado a muerte se le obligó a viajar en el tren punitivo de modo que él podía ver cómo los revolucionarios eran fusilados por los escuadrones de tiradores a lo largo de la línea férrea. Más tarde, su sentencia fue conmutada por exilio perpetuo. En 1906 logró escapar a Japón. Desde allí pasó a Australia donde vivió en extrema pobreza. En una época trabajó como hachero, contrajo un gran resfrío, se le inflamó uno de sus oídos y se vio reducido al estado de postración. Con gran dificultad realizó su camino a París. Su fin fue muy penoso. En el otoño de 1910 Ilich y yo lo visitábamos en el hospital. Sufría terribles dolores de cabeza. Ekaterina Ivanovna Okulova también lo visitaba con su pequeña hija que solía escribirle notas con su mano infantil, porque él estaba casi siempre sordo y nada podía oír. Se recuperó algo más tarde y se complicó con los conciliadores. En una conversación cierto día comenzó a hablar como los conciliadores y nuestra amistad con él se enfrió. Todos estábamos poseídos de una alta tensión. Yo lo visité un día en el otoño de 1911. Vivía en un pequeño cuarto en el bulevard Montparnasse. Le llevé nuestros diarios, le informé sobre la escuela en Longjumeau y tuvimos una larga consersación mano a mano. Luego sin reservas estuvo de acuerdo con la línea del Comité Central. Ilich se alegró mucho al oírlo y comenzó a visitarlo con frecuencia. Kurnatovsky nos observaba empacar nuestras cosas para el viaje a Cracovia. Al notar cuán alegremente mi madre preparaba sus

cosas, él dijo: "¡La verdad, hay gente que ha conseguido energía!" En el otoño de 1912, cuando nosotros estábamos ya en Cracovia, murió Kurnatovsky.

Subalquilamos un departamento a un polaco, un director de coro de Cracovia, que corría con el departamento amueblado. El le hizo muchas preguntas a Ilich sobre problemas domésticos: ¿Qué precio tiene el ganso? ¿La ternera? Ilich no sabía qué contestar. ¿Ganso? ¿Ternera? Ilich conocía muy poco sobre problemas domésticos, pero aun yo misma no podía contestarle nada sobre gansos y ternera, pues durante nuestra estada en París no habíamos comido ni uno ni otra. Si el polaco se interesaba en el precio de la carne de caballo y la lechuga podía informarlo.

Toda nuestra gente en París, en ese tiempo, deseaba fervientemente ir a Rusia: entre ella se hallaba Inessa, Safarov y otros. Nosotros sólo nos movimos un poco más cerca de Rusia.

Cracovia (1912-1914)

El exilio en Cracovia era distinto que el de París o Suiza. En verdad éste era un semiexilio. En Cracovia nos hallábamos casi siempre enteramente absorbidos por el trabajo en Rusia. Intimas relaciones con Rusia fueron rápidamente establecidas. Los diarios de Petersburgo llegaban a los tres días. En esta época *Pravda* se publicaba en Rusia. "Y en Rusia el renacimiento *revolucionario* no es cualquier clase de renacimiento sino un renacimiento revolucionario", escribía Ilich a Gorki. "Y logramos después de todo establecer nuestro diario *Pravda*, gracias, por cierto, a la conferencia (de enero) a la cual critican los tontos." Relaciones muy íntimas se establecieron con *Pravda*. Ilich escribió para él casi todos los días; envió cartas, observaba todo con cuidado y reclutaba ayuda para el diario. Trató de persuadir a Máximo Gorki para que escribiera en *Pravda*. Zinoviev también lo hizo regularmente y recogió interesante material sobre asuntos extranjeros. Tal sistemática colaboración hubiera sido imposible desde París y Suiza. La correspondencia fue asimismo pronto establecida. Los camaradas de Cracovia nos enseñaron cómo arreglar las cosas más secretamente. Lo más importante era advertir que las cartas no llevasen sellos postales extranjeros. Así la policía rusa no les prestaba atención. Las campesinas de

Rusia solían llegar al mercado de Cracovia y por unas monedas llevaban nuestras cartas a través de la frontera y las depositaban en los buzones rusos.

Cerca de 4.000 polacos exiliados vivían en Cracovia.

Cuando llegamos a Cracovia fuimos recibidos por el camarada Bagotsky, un exiliado político polaco, que inmediatamente nos tomó a su cuidado y nos ayudó en nuestro trabajo diario y secreto. Nos enseñó a usar el "polupaska" (o semipasaporte; éste era el término aplicado a los permisos para cruzar la frontera dados a los habitantes locales en cada lado). El "polupaska" costaba muy poco y sobre todo se facilitaba en gran medida el trabajo de nuestros camaradas ilegales que podían cruzar la frontera hacia Rusia y desde Rusia. Muchos camaradas pasaban a Rusia con la ayuda de estos permisos. Varvara Nickolayevna Yakoleva cruzó de contrabando de esta manera. Ella había estado exiliada en Siberia donde contrajo tuberculosis. Escapó de Siberia a fin de obtener tratamiento médico y ver a su hermano en Alemania. Después de un tiempo regresó a Rusia y se detuvo en Cracovia donde hizo arreglos para mantener correspondencia y organizar el trabajo en Rusia. Cruzó sin novedad alguna. Sólo muy recientemente supe que al cruzar la frontera los gendarmes se sorprendieron ante una gran valija que llevaba consigo y quisieron saber si ella iba en realidad al destino indicado en su boleto. Pero el encargado del coche le advirtió sobre el problema, y por cierta suma logró obtener un boleto hasta Varsovia. De esta manera llegó sin tropiezo. En una ocasión conseguimos que Stalin cruzara en esa forma. En la frontera se vociaban los nombres de los pasajeros y cada uno tenía que contestar "¡Presente!", en polaco. Recuerdo que trataba de inculcar este pequeño conocimiento en cada camarada. Poco después organizamos el cruce ilegal de la frontera, esto es, el contrabando de camaradas. En el lado ruso direcciones a las cuales podían dirigirse los camaradas eran proporcionadas por el camarada Krilenko que vivía en Lublin no lejos de la frontera en aquel tiempo. Así podíamos pasar literatura de contrabando. Debemos decir que en Cracovia la policía no nos espiaba, no interceptaba nuestra correspondencia, y, en general, no se hallaba en contacto con la policía rusa. En una oportunidad pudimos convencernos personalmente de esto. Cierto día, Shumkin, un obrero de Moscú, llegó hasta nosotros en busca de literatura que deseaba introducir en la

forma de un peto (un chaleco especial relleno de papeles). Era un gran conspirador y solía caminar por las calles con la gorra caída sobre su frente. Nosotros íbamos a una reunión y lo invitamos a que nos acompañara. Accedió, pero rehusó transitar junto a nosotros porque lo consideraba riesgoso; seguía, pues, detrás de nosotros a cierta distancia. El aspecto del obvio conspirador atrajo la atención de la policía de Cracovia. Al día siguiente nos visitó un oficial y nos preguntó si conocíamos al hombre y si podíamos responder por él. Respondimos que sí. Shumkin, sin embargo, insistió en llevar la literatura a pesar de que la policía había advertido su presencia. Tratamos de disuadirlo de su empeño, pero se aferró a su idea y logró pasar la literatura sin tropiezo alguno.

Llegamos a Cracovia en el verano y el camarada Bagotsky nos aconsejó mudarnos al suburbio de Zvezhintsa donde alquilamos una casa junto con los Zinoviev. Las calles de este distrito carecían de pavimento y había mucho barro. Pero el Vístula se hallaba muy cerca, en el cual podíamos bañarnos, y a unos cinco kilómetros se encontraba el "Volsky Lyas", un hermoso bosque que Ilich y yo visitábamos frecuentemente en bicicleta. En el otoño nos trasladamos al otro extremo de la ciudad, una sección recién construida. Bagotsky y los Zinoviev se cambiaron con nosotros.

A Ilich le gustaba mucho Cracovia; le recordaba a Rusia. El cambio de ambiente, la ausencia de riñas de los emigrados apaciguaron algo nuestros nervios. Ilich observaba cuidadosamente la vida diaria de la población de Cracovia, y su pobreza y sus trabajadores. A mí también me gustaba Cracovia. Yo viví en Polonia mientras era una niña de dos a cinco años; algunas cosas todavía se conservaban en mi memoria, y así las amplias galerías que miraban sobre los patios, acudían a mi recuerdo, pues evocaban las graderías donde solía jugar con los niños polacos y judíos. Me gustaban los pequeños huertos donde se vendían papas y leche ácida. Esto hacía recordar a mi madre de sus años juveniles. Ilich también se sentía muy feliz por haber escapado, por fin, de París. Se hallaba de excelente humor y en broma alababa la leche ácida y la "motsna starka" polaca" (un whisky de cereal muy fuerte).

Lilina podía hablar el polaco mejor que cualquiera de nosotros. Yo hablaba un poco. Recordaba algo de mi infancia y había estudiado

la lengua mientras estaba en Siberia y en Ufa, y tenía que hablar polaco en razón de mis tareas de ama de casa. Y la tarea era mucho más seria aquí que en París. No había gas y estábamos obligados a encender la cocina todos los días. En la carnicería pedía carne sin huesos, como se vendía en París. El carnicero me miraba con asombro y contestaba: "Dios ha creado las vacas con hueso, ¿cómo quiere que le venda carne sin hueso?" Teníamos que conseguir pan para el lunes con anticipación, pues ese día los panaderos tenían que recuperarse de los efectos de "la noche anterior" y las panaderías estaban cerradas. Había que estar preparada para discutir con las vendedoras del mercado. Había negocios polacos y judíos. En las tiendas judías se podía comprar siempre más barato que en las otras, pero había que discutir el precio, pretendiendo abandonar el local con disgusto y así la vendedora volvía a llamarlo.

Los judíos vivían en barrios separados de la ciudad y vestían de manera distinta que el resto de los habitantes. En las salas de espera de los hospitales se podía oír a los pacientes, mientras esperaban al médico, discutir seriamente si los niños judíos eran exactamente iguales que los niños polacos. En una ocasión escuché un diálogo de este tipo y muy cerca permanecía un niño judío que lo oyó todo. El poder del clero católico, de los sacerdotes, carecía de límites en Cracovia. Realizaban tareas filantrópicas y daba ayuda a aquellos cuyas casas habían sido incendiadas, a las ancianas y a los huérfanos; los conventos tenían oficinas para el servicio doméstico y observaban que las sirvientas no fuesen maltratadas por sus patronas. Concurrir a la iglesia era la única recreación de que gozaba la gente ignorante y pobre. En Galitzia se conservaban vivas costumbres feudales las que eran apoyadas por la iglesia católica. Por ejemplo, una señora solía ir al mercado a contratar una doméstica. Alrededor de una docena de campesinas que habían llegado al mercado a contratarse como sirvientas rodeaban a la señora y todas le besaban la mano. Por cualquier servicio se esperaba una propina. Un carpintero o un cochero, al recibir una propina, bajaba sus manos, doblaba sus rodillas e inclinaba su cabeza hasta el suelo. Pero a pesar de todo esto, las masas estaban llenas de odio contra sus amos. La niñera que los Zinoviev habían contratado para su pequeño iba a la iglesia todas las mañanas. Estaba en verdad agotada como resultado de todos sus ayunos y plegarias. Cuando yo conversé con ella me dijo

que odiaba a sus amos, que ella había trabajado durante tres años para la mujer de un oficial quien, como todas las señoras, dormía hasta las once, tomaba el café en la cama y obligaba a sus sirvientas que la vistieran y le pusieran las medias. Esta mucama, fanáticamente religiosa, decía que si estallaba una revolución ella sería la primera en atacar a sus amos. La pobreza y la miseria de los campesinos y los humildes era evidente en todos los aspectos y mayor aún que en Rusia en esa época.

En Cracovia, Vladimir Ilich encontró al camarada Ganetsky, que había sido delegado del Partido Social Demócrata de Polonia y Lituania al segundo congreso y más tarde actuó como delegado del comité directivo de los congresos de Estocolmo y Londres. A través de Ganetsky y otros camaradas polacos, Vladimir Ilich conoció los detalles de la escisión que había ocurrido dentro de los socialdemócratas polacos. El comité directivo inició una campaña contra el comité de Varsovia el cual contaba con el apoyo de toda la organización de esa ciudad. El comité de Varsovia exigía que el comité directivo prosiguiese una línea en armonía son principios estrictos y tomara una posición más definida en los asuntos partidarios del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. El comité directivo disolvió el comité de Varsovia y comenzó a difundir rumores según los cuales este último tenía relaciones con la policía secreta. Vladimir Ilich se puso de lado del comité de Varsovia. Escribió un artículo en el que lo defendió, y asimismo se dirigió al Bureau Socialista Internacional en protesta contra la conducta del comité directivo. El comité de Varsovia se hallaba íntimamente relacionado con las masas en Varsovia y con otros centros industriales (Lodz, etc.). Ilich no consideraba la lucha de los "Rozlamovits", o disidentes, como se llamaba al comité de Varsovia, un asunto extraño, sino como una parte importante de la lucha general dentro del partido, tan aguda en esa época. De aquí que no pudiera permanecer como un mero espectador. Sin embargo, su atención se hallaba principalmente absorbida en los asuntos rusos.

Safarov e Inessa, íntimos camaradas, se trasladaron de París a San Petersburgo para preparar la campaña electoral. Viajaron con pasaportes de otras personas. Inessa se detuvo en Cracovia y nos visitó en Zvezhintsa y permaneció dos días con nosotros. Discutimos todos los preparativos con ella y le proporcionamos direcciones y contactos.

Ella e Ilich discutieron todo el plan de trabajo. En su camino Inessa debía visitar a Nikolai Vasilievich Krilenko, que vivía en Lublin, en Polonia, no lejos de la frontera de Galitzia, a fin de discutir con él los acuerdos para que los camaradas pudieran cruzar la frontera hacia Cracovia. Inessa y Safarov nos enviaron gran cantidad de información osbre lo que sucedía en San Petersburgo. Después de establecer allí conexiones, realizaron una intensa tarea de información para los obreros del partido sobre las resoluciones aprobadas en la conferencia de Praga y discutir con ellos los problemas que entonces enfrentaba el partido. Establecieron su base en el distrito Narva de San Petersburgo. Restauraron el comité de San Petersburgo del partido, y más tarde formaron el Bureau Regional Norte del cual Inessa y Safarov, así como también Shotman y sus camaradas, Rakhya y Pravdi, fueron miembros. Una aguda lucha se había entablado en San Petersburgo contra los liquidadores. El Bureau Regional Norte preparó el terreno para la elección de Badayev, bolchevique de oficio ferroviario, como diputado por San Petersburgo. Los liquidadores perdían su influencia sobre las masas de obreros de San Petersburgo quienes advertían que en ves de realizar una lucha revolucionaria los liquidadores habían tomado el camino reformista y perseguían en realidad una política obrera liberal. Una lucha especial tuvo que ser llevada contra los liquidadores. Por esta causa Vladimir Ilich se molestó tanto cuando *Pravda* al comienzo deliberadamente tachó de sus artículos todos los argumentos en oposición a los liquidadores. Escribió enérgicas cartas a *Pravda* protestando contra esto. Sólo gradualmente se unió *Pravda* a la lucha. La policía, por su parte, había realizado todos los preparativos para la elección. El día 15, Inessa y Safarov fueron arrestados. Pero la policía no había descubierto aún a Stalin, que había escapado del exilio y llegó el 12. Las elecciones de la curia de los obreros se realizó con todo éxito. No fue elegido ni un solo candidato de la derecha. En todas las reuniones fueron aprobadas resoluciones de carácter político. Durante el mes de octubre toda la atención se concentró en las elecciones. En muchos distritos los obreros, debido a su ignorancia e inercia, eran indiferentes a las elecciones y no les adjudicaban mucha importancia, por lo que tuvo que efectuarse una amplia agitación para despertar su interés. Sin embargo, en todas partes los obreros votaron por los socialdemócratas. Las elecciones en todas las seis curias de obre-

ros de los centros industriales más importantes resultaron en favor de los bolcheviques. Trabajadores, miembros del partido, que gozaban de gran autoridad entre sus compañeros fueron elegidos. Seis diputados bolcheviques y siete mencheviques llegaron a la Duma, pero los seis bolcheviques representaban a un millón de trabajadores, mientras que los siete mencheviques representaban menos que la cuarta parte de esa cantidad. Además, desde el comienzo el grupo bolchevique se distinguió por su disciplina y solidaridad. La inauguración de la Duma el 18 de octubre fue acompañada por demostraciones y huelgas de los obreros. Los diputados bolcheviques debían trabajar en la Duma en unión con los mencheviques Entretanto, las diferencias internas del partido se tornaron más agudas. En enero se realizó la conferencia de Praga, que desempeñó una parte importante en la organización de las fuerzas bolcheviques.

Hacia el fin de agosto de 1912 una así llamaba conferencia del partido se reunió en Viena por iniciativa y con la participación activa de Trotsky. El objeto de esta conferencia, según se dijo, era unir todas las fuerzas socialdemócratas, pero el grado en que las sendas de los liquidadores y los bolcheviques habían divergido y el hecho de que la conducta de los liquidadores se hallaba en abierto desafío a la línea del partido, fueron por completo ignorados. Los partidarios de *Vperyod* se hallaban entre los invitados a esta conferencia. Podía anticiparse que la reunión tendría un carácter puramente liquidacionista. No sólo los bolcheviques, que apoyaban al comité central, se mantuvieron alejados de esta conferencia, sino también los mencheviques plejanovistas y los bolcheviques conciliadores que se agrupaban alrededor de la revista de Plejanov *Za Partiu* (Por el Partido), que se publicaba en el exterior. Los polacos, asimismo, no concurrieron, y Alexinsky, enviado a la conferencia por el grupo *Vperyod*, destacó el carácter unilateral de la conferencia. La gran mayoría de los delegados de la conferencia vivían en el exterior; dos delegados caucasianos fueron enviados para representar al Bureau Regional del Cáucaso; en su conjunto, todos los delegados resultaron electos por muy pequeños grupos. Las resoluciones aprobadas por la conferencia tenían un acentuado carácter liquidacionista. El *slogan* de la república democrática fue suprimido de la plataforma electoral; la consigna de la "revisión

de la ley agraria de la tercera Duma" fue remplazada por la de la confiscación de las haciendas de los terratenientes".

Boris Goldman (Gorev), uno de los principales oradores de la conferencia, declaró que el viejo partido ya no existía y que la presente conferencia debía convertirse en una conferencia "inaugural". Hasta Alexinsky protestó contra esto. Esta amalgama de compromisos, el *bloque* de agosto, según se lo conoció, se colocó en oposición al comité central y trató de desacreditar las decisiones de la conferencia de Praga. Bajo la capa de la unidad, se estableció la unidad contra los bolcheviques.

Mientras tanto el movimiento obrero crecía en Rusia. Esto resultaba probado por las elecciones.

Poco después de las elecciones, el camarada Muranov, miembro de la Duma, nos visitó. Cruzó la frontera ilegalmente. Ilich quedó impresionado. "¡Qué escándalo hubiera habido —le dijo a Muranov— si usted hubiera sido detenido! Usted es miembro de la Duma y tiene inmunidades parlamentarias; nada le impedía venir legalmente. Habría causado un escándalo por la forma en que entró!" Muranov relató muchos e interesantes hechos sobre las elecciones en Karkov, sobre el trabajo del partido, cómo logró que su esposa distribuyera volantes cuando iba al mercado con él. Muranov era un inveterado conspirador y simplemente no podía entender lo que significaba la "inmunidad parlamentaria". Ilich habló con él sobre la futura tarea en la Duma y lo urgió a volver lo más pronto posible. Después de esto los miembros de la Duma nos visitaban abiertamente.

La primera conferencia con los miembros de la Duma tuvo lugar a fines de diciembre y el comienzo de enero.

Malinovsky, desenmascarado después como espía policial, fue el primero en llegar. Parecía muy excitado por algo. Desde el comienzo no me gustó; sus ojos eran desagradables y yo rechazaba su afectada suficiencia; pero esta impresión pasó después de la primera conversación seria que tuvimos con él. Después llegaron Petrovsky y Badayev. Los diputados nos informaron sobre su primer mes de trabajo en la Duma y el trabajo entre las masas. Puedo ahora recordar a Badayev de pie en la puerta de entrada decir mientras agitaba su gorro: "¡Las masas han crecido enormemente durante estos últimos años!" Malinovsky daba la impresión de ser un activista inteligente e influyente.

Badayev y Petrovsky eran tímidos, pero resultaba por demás obvio que se trataba de proletarios excelentes y de confianza. En esta reunión se fijó el plan de trabajo, el carácter de los discursos que debían pronunciarse en la Duma, la clase de actividad a desplegarse entre las masas y se discutió el problema de vincular íntimamente esta tarea con el trabajo ilegal del partido. La supervisión de *Pravda* fue asignada a Badayev. El camarada Medvedev llegó con los diputados de la Duma. Nos informó sobre su tarea de imprimir volantes. Ilich se mostró muy satisfecho. "Malinovsky, Petrovsky y Badayev —escribió él a Gorki el 1º de enero de 1913— te envían sus mejores saludos. La base de Cracovia ha probado ser muy útil: nuestra llegada a Cracovia demostró ser provechosa (desde el punto de vista de la causa)".

En el otoño "las grandes potencias" intervinieron en el asunto de los Balcanes y las cosas se aproximaban a la guerra. El Bureau Internacional Socialista organizó reuniones de protesta por todas partes. Se celebró también un mitin en Cracovia, pero aquí exhibió un carácter bastante peculiar. Fue más una reunión convocada para incitar el odio de las masas contra Rusia que una protesta contra la guerra.

El Bureau Internacional Socialista convino en convocar un congreso especial de la Internacional Socialista en Basilea para el 11 y 12 de noviembre. Kamenev fue enviado a este congreso como representante del comité central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.

Vladimir Ilich estaba indignado por un artículo escrito por Kautsky en *Neue Zeit*. Este artículo era totalmente oportunista, y en él Kautsky argüía que sería un error para los trabajadores organizar levantamientos armados y huelgas contra la guerra. Vladimir Ilich había escrito ya mucho sobre el papel organizador que desempeñaron las huelgas en la revolución de 1905. Después de la publicación del artículo de Kautsky él trató sobre esta cuestión con amplitud en una serie de notas. Ilich asignaba enorme importancia a las huelgas como a toda otra forma de acción directa de parte de las masas.

En el Congreso de Stuttgart, en 1907, cinco años antes del Congreso de Basilea, el problema de la guerra fue discutido y enfocado en el espíritu del marxismo revolucionario. Durante esos cinco años, el oportunismo había hecho su camino. El artículo de Kautsky resulta al respecto una clara ilustración. Sin embargo, el Congreso de Basilea adoptó unánimemente el manifiesto contra la guerra y se organizó una

demostración antibélica grandiosa. La Segunda Internacional reveló en 1914 hasta qué punto había sido corroída realmente por el oportunismo.

Durante el período de Cracovia, esto es, los años que precedieron inmediatamente al estallido de la guerra imperialista, Vladimir Ilich dedicó mucha atención a la cuestión nacional. Desde su temprana juventud había odiado la opresión nacional en todas sus formas. La afirmación de Marx de que ninguna desdicha mayor puede acontecerle a un país que someter a otro era para él cercana y comprensible.

La guerra se aproximaba. El espíritu nacional de la burguesía se mostraba abiertamente. La burguesía trataba de excitar la pasión nacional y el odio en todas las formas posibles. La guerra inminente llevaba consigo la opresión acentuada de las nacionalidades débiles y la supresión de su independencia. Pero la guerra inevitablemente —Ilich no tenía ninguna duda de ello— provocaría profundas rebeliones; las nacionalidades oprimidas lucharían por su independencia. Este era su derecho. El congreso internacional socialista celebrado en Londres en 1896 había ya confirmado este derecho. La subestimación del derecho de las naciones a la autodeterminación en esta época, fin de 1912 y comienzo de 1913, en frente de la guerra inevitable, llenaba a Vladimir Ilich de indignación. No sólo había fracasado el bloque de agosto en elevarse a la más alta situación, no sólo no pudo poner esta cuestión más agudamente, sino que aprobó una resolución según la cual la autonomía cultural y nacional (respecto de la cual había estallado una controversia en 1903 en el segundo congreso del partido y que fue rechazada en la época) era compatible con el punto del programa del partido que exigía el derecho de las naciones a la autodeterminación. Esto equivalía a abandonar la posición sobre la cuestión nacional y restringir todo el problema a la lucha por la cultura como si no fuera obvio que la cultura estaba ligada por miles de hilos al sistema político. Ilich consideraba esto como oportunismo llevado al máximo extremo. Pero la controversia más seria sobre la cuestión del derecho de las naciones a la autodeterminación fue sostenida con los polacos. Estos últimos, Rosa Luxemburgo y los "Rozlamovists", sostenían que el derecho de las naciones a la autodeterminación no significaba necesariamente el establecimiento de estados separados. Ilich comprendió las razones por las cuales los polacos estaban molestos sobre la cuestión del derecho a la autodeterminación. Las masas polacas se hallaban p-

seídas de un intenso odio al zarismo, que se manifestaba diariamente en Cracovia: alguien recordaba lo que su padre había experimentado durante la rebelión polaca, y que apenas había logrado escapar de la horca; otro recordaba cómo las autoridades zaristas profanaban las tumbas de sus parientes más cercanos y queridos dejando entrar los cerdos en los cementerios, etc., etc. El zarismo ruso no sólo oprimía a los polacos sino que se burlaba de ellos y los humillaba.

La guerra se aproximaba y con ella surgía no sólo el nacionalismo de las Centurias Negras, no sólo el patrioterismo de la burguesía de los estados dominantes sino también la esperanza de emancipación de las nacionalidades oprimidas. El Partido Socialista Polaco pensaba más y más en la independencia de Polonia. Las tendencias separatistas crecientes del Partido Socialista Polaco —el partido era por completo pequeñoburgués— causaba alarma entre los socialdemócratas polacos. Los socialdemócratas polacos se oponían a la separación de Polonia de Rusia. Ilich conversó con miembros del Partido Socialista Polaco. Varias veces conferenció con uno de sus mejores representantes, Jodko, y escuchó hablar a Dasihnsky. En consecuencia, estaba en condiciones de entender lo que perturbaba a los polacos. "¡Pero no podemos enfocar la cuestión del derecho de las naciones a la autodeterminación sólo desde el punto de vista de los polacos!", solía decir Ilich.

La controversia sobre la cuestión nacional, que había surgido ya en el segundo congreso de nuestro partido, se tornó particularmente aguda en la víspera de la guerra en 1913-1914 y continuó en 1916 cuando la guerra imperialista estaba en su apogeo. En estas disputas Ilich desempeñó una parte decisiva. La polémica mostró ser muy útil, pues ayudó a nuestro partido a resolver el problema nacional en el estado soviético cuando éste fue establecido creándose la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas en la cual todas las nacionalidades son iguales y no son restringidos los derechos de nadie. En nuestro país vemos el rápido desarrollo cultural de las nacionalidades que antes habían vivido una opresión insoportable. Comprobamos que la unidad entre las nacionalidades en la URSS se torna cada vez más estrecha. En la URSS numerosas nacionalidades están unidas por los lazos comunes de la construcción socialista.

Sería un error pensar, sin embargo, que la cuestión nacional que ocupó a Ilich durante el período de Cracovia le hiciera olvidar proble-

mas tales como el campesino al que él asignaba siempre especial importancia. Durante la época de Cracovia, Vladimir Ilich escribió alrededor de cuarenta artículos sobre la cuestión campesina. Redactó un memorando *Sobre la cuestión de la política agraria (general) del presente gobierno* para el diputado de la Duma, Shagov, y un discurso *Sobre la cuestión de las estimaciones del Departamento de Agricultura* para el diputado de la Duma, G. I. Petrovsky. En Cracovia empezó a escribir su gran trabajo *Nuevos datos sobre las leyes del desarrollo del capitalismo en la agricultura*, basado en un estudio de informes americanos. América (del Norte) es famosa por la eficiencia y riqueza de sus estadísticas. En este trabajo Lenin refuta las opiniones de Himmer (el nombre del ahora notorio Sukhanov, una de las figuras dominantes en el caso de la conspiración de los saboteadores mencheviques, juzgada en 1931). Respecto de éste, Vladimir Ilich escribió: "Himmer no es sólo un escritor casual de artículos periodísticos casuales, sino un importante economista que representaba la tendencia *burguesa* de extrema "izquierda" más democrática en la opinión pública rusa y europea. Por esto precisamente las opiniones del señor Himmer deben tener —y en las secciones no proletarias de la población ellas ya tienen en alguna medida— particularmente amplia influencia. Pues éstas no son sus propias ideas personales ni sus propios errores; son lo especialmente democratizado, lo especialmente embellecido con alegada fraseología socialista, expresión de las ideas *burguesas generales*, que bajo el sistema capitalista de la sociedad, el profesor oficial que transita el camino trillado y el pequeño granjero que se distingue por su inteligencia entre los millones de su clase, pueden apreciar mejor.

La teoría de la no evolución capitalista de la agricultura en el sistema capitalista de la sociedad, que el señor Himmer defiende, es, en realidad, la teoría a la que se adhiere la gran mayoría de los profesores burgueses, los burgueses demócratas y los oportunistas del movimiento obrero en todo el mundo".

Este libro fue completado en 1915 pero no se publicó antes de 1917.

Ocho años después él había completado el libro, en 1923, cuando Ilich estaba ya enfermo, examinó las memorias de Sukhanov de la revolución y dictó un artículo sobre ellas, que se publicó en *Pravda*, con el título "Sobre nuestra revolución". En ese artículo escribió: "Ahora no existe ninguna duda sobre el hecho de que en lo funda-

mental hemos alcanzado la victoria". Sukhanov no ha logrado entender esto. Ilich continuaba en este artículo: "Durante los últimos días he revisado las memorias de Sukhanov sobre la revolución. Lo que choca en ellas es la pedantería, que es característica de toda nuestra pequeña burguesía demócrata, así como también de todos los héroes de la Segunda Internacional... Aparte del hecho de que ellos son excesivamente cobardes... su servil apoyo del pasado es lo más importante... Todos ellos se titulan marxistas, pero su conocimiento de Marx es desesperadamente pedante. El punto decisivo en el marxismo, su dialéctica revolucionaria, no han podido entenderla en lo más mínimo... En toda su conducta muestran ser débilmente reformistas que temen alejarse un paso de la burguesía, romper con ella por completo". Luego decía que la guerra imperialista mundial creó condiciones "en las cuales nosotros pudimos realizar precisamente esa alianza entre la guerra campesina y el movimiento obrero que un "marxista" como Marx sugería como una de las perspectivas para Rusia en 1856".

Han pasado otros ocho años desde entonces. Ilich no está ya entre nosotros, y todavía Sukhanov no puede entender las condiciones que la Revolución de Octubre ha creado para construir el socialismo y activamente se empeña en la tarea de erradicar los restos de capitalismo; él no advierte cómo ha cambiado el aspecto de nuestro país. Granjas del Estado y colectivas crecen y se consolidan. Los tractores aran las tierras vírgenes. Las viejas lonjas sin arar que servían de líneas divisorias entre los innumerables lotes campesinos es algo que pertenece al pasado; el trabajo se organiza sobre líneas modernas; todo el aspecto de la agricultura se ha modificado.

En los numerosos artículos que Ilich escribió durante el período de Cracovia trató un número extremadamente importante de cuestiones relacionadas con el cultivo terrateniente y campesino sobre el cual dio un cuadro muy claro de la situación en este ámbito durante la época; esbozó los programas agrarios de varias partes y expuso el carácter de las medidas de gobierno y llamó la atención sobre un número de problemas de extrema importancia, por eejmplo, la colonización, el trabajo a jornal en la agricultura, el trabajo de los niños, la compra y venta de tierra, la concentración de la tierra campesina, etc. Ilich conocía el distrito rural y las necesidades de los campesinos con

verdadera exactitud, y tanto los obreros como los campesinos advertían esto.

El surgimiento del movimiento obrero revolucionario a fines de 1912 y el papel que representó Pravda en esta alternativa fue obvio para todos, incluso para los partidarios de *Vperyod*.

En noviembre de 1912 Alexinsky se dirigió a la mesa directiva de *Pravda* en nombre del grupo de París, partidarios del *Vperyod*, ofreciendo su cooperación. Alexinsky escribió un número de artículos para Pravda y en el número 3 de la revista *Na Temi Dnya* (Temas generales), vinculada al *Vperyod*, urgía la necesidad de poner fin a la lucha interna entre las filas bolcheviques y la exigencia de formar un bloque que incluyera a todos los bolcheviques con el propósito de enfrentar a los liquidadores. La mesa editorial de *Pravda* no sólo incluyó a miembros del grupo de París como Alexinsky en su lista de colaboradores, sino también a Bogdanov. Ilich se enteró de esto sólo a través de la prensa. Uno de los rasgos característicos de Ilich era su habilidad para distinguir las disputas sobre principios de las acusaciones personales, y su talento para colocar los intereses de la causa sobre todo lo demás. Aun si Plejanov lo criticaba, si el interés de la causa exigía que se uniera con él, Ilich no dudaba en hacerlo. Aun cuando Alexinsky abrió su camino para una reunión del grupo y se comportó de manera desdichada, sin embargo, puesto que había advertido que era necesario trabajar armónicamente con *Pravda* para combatir a los liquidadores y luchar por el partido, Ilich recibía esto con agrado. Podrían darse muchos ejemplos similares. Cuando un oponente lo atacaba, Ilich contestaba, y presionaba sobre sus argumentos; pero cuando nuevas tareas surgían y descubría que era posible cooperar con el oponente, Ilich se aproximaba al contradictor de ayer como camarada. No tenía que forzarse para hacerlo; sucedía naturalmente. Aquí residía el tremendo poder de Ilich. Pues todo su celo tocaba a las cuestiones de principio; era un gran optimista en cuanto a las personas concernía. A veces solía equivocarse, pero en general su optimismo resultaba beneficioso para la causa. Pero si el acuerdo no podía logrrase sobre la esfera de los principios, entonces no había reconciliación.

En una carta a Gorki, escribió Ilich: "Estoy preparado con todo mi corazón para compartir tu alegría ante el retorno de los partidarios de Vperyod, esto es, *si*... *si* su suposición de que el *machismo* [alu-

sión a las teorías relativistas del físico y filósofo austríaco E. Mach], la creación de dios y todo ese material es en verdad, como tú dices, cosa del pasado. Si ese es realmente el caso, si los representantes de *Vperyod* han advertido o quieren advertir esto ahora, entonces me uno de corazón a tu alegría ante el retorno. Pero yo subrayo el *si*, porque hasta aquí es más un deseo que un hecho... Yo no sé si Bogdanov, Bazarov, Volsky (un semianarquista), Lunacharsky y Alexinsky son *capaces de aprender* una lección de la experiencia crítica de los años 1908-11. Ojalá hayan aprendido que el marxismo es algo más serio y más profundo que lo que ellos pensaban, que no es posible burlarse de él, como le sucedía a Alexinsky, o despreciarlo como un objeto inerte, según les sucedía a otros. *Si* han advertido esto... un millar de saludos para ellos, y todos los problemas personales (que inevitablemente surgen en las luchas agudas) desaparecerán en un momento. Sin embargo, si no han aprendido esto, si no han comprendido la lección, entonces no me culpen: la amistad es la amistad y el deber es el deber. Nosotros pelearemos hasta la muerte frente a cualquier intento de arrojar fango al marxismo o confundir la política de los trabajadores del partido".

"Estoy muy contento que se haya encontrado un camino para un gradual retorno de los partidarios de *Vperyod* vía *Pravda*, que no los ataca directamente. Estoy muy contento. Pero en favor de una amistad más *duradera* debemos aproximarnos a esto despacio, cautamente. he hecho lo mismo en *Pravda*. Los amigos que están ansiosos de realizar una reunión entre nosotros y los representantes de *Vperyod* deben concentrar su esfuerzo sobre esto: un cauto *retorno* de los partidarios de *Vperyod*, probado por la experiencia, desde el *machismo*, el *otzovismo* y la creación de dios puede hacer mucho bien. El menor descuido, sin embargo, puede causar una recaída en el *machismo*, otzovismo, etc., y una lucha más amarga que nunca es probable que resplandezca... Yo no he leído el libro de Bogdanov *Filosofía de la experiencia viviente*; muy probablemente es el mismo viejo filósofo mecanicista en una nueva vestidura".

Al leer ahora estas líneas, recordamos vívidamente todo el camino de luchas y el conjunto de ese período de desgarramiento entre 1908 y 1911. Cuando ese período pasó e Ilich se absorbió por completo en la tarea de Rusia y fue arrebatado por el creciente renacer del movi-

miento, podía hablar con más calma sobre los representantes de *Vperyod*, pero casi no creía, o para ser más corectos, él no creía de ninguna manera que Alexinsky fuera capaz de aprender de la experiencia y que Bogdanov hubiera abandonado el *machismo*. Las cosas se presentaron exactamente como Ilich anticipó. Pronto estalló un abierto conflicto con Bogdanov, quien con el pretexto de popularizar la palabra "ideología" intentó infiltrar su filosofía en *Pravda*. Los hechos llegaron finalmente al punto en que Bogdanov fue eliminado de la lista de colaboradores de *Pravda*.

En el período de Cracovia los pensamientos de Ilich estaban ya dirigidos hacia la construcción del socialismo. Por supuesto, esto sólo podía decirse en sentido convencional, pues en esa época la dirección que debería tomar la revolución socialista en Rusia no estaba clara. Sin embargo, si no hubiéramos experimentado el período de Cracovia de semiexilio en una época en que el liderazgo de la lucha política de la fracción de la Duma requería el manejo concreto de cuestiones de la vida económica y cultural, hubiera sido difícil, en la etapa que siguió inmediatamente a la revolución de Octubre, tratar con todos los aspectos que planteaba la construcción soviética. Era una especie de clase preparatoria para la edificación socialista. Como es natural, al comienzo, Ilich presentaba estos problemas en escuetos bosquejos, pero ellos eran tan vivos que conservan todavía hoy su atractivo.

Durante esta época Vladimir Ilich dedicaba considerable atención a los temas de la cultura. Hacia el fin de diciembre, arrestos y allanamientos ocurrieron en San Petersburgo entre los estudiantes del Colegio Secundario Vitmer. El Gimnasio Vitmer era, en verdad, diferente de los otros establecimientos de su tipo. La directora y su esposo intervinieron activamente en los primeros círculos de estudios marxistas que se formaron en la década del noventa. En 1905-1907 ellos prestaron considerables servicios a los bolcheviques. En el Gimnasio Vitmer se permitía a los estudiantes participar en la vida política, formar círculos políticos, etc. Y así la policía allanó este colegio. En la Duma se dio una interpretación respecto de los arrestos de los estudiantes. El ministro de Educación, Kasso, explicó el hecho. Su explicación fue rechazada como insatisfactoria por una mayoría de votos. En un artículo titulado "Discrepancias crecientes", escrito para los números 3 y 4 de *Prosveshchenie* (Educación) en 1913, Vladimir Ilich, en el ca-

pítulo 10, afirmó que en relación con los arrestos de los estudiantes del Gimnasio Vitmer, la Duma aprobó un voto de censura contra Kasso, ministro de Educación. Pero esto —agrega— no es lo único que el pueblo debe saber. El pueblo y la democracia deben saber las *razones* de esta falta de confianza a fin de *entender* las causas de lo que es considerado como anormal en política, y para poder encontrar un camino hacia lo normal". Luego continúa examinando la manera en que los diversos partidos de la Duma formularon su moción "para proseguir con la orden del día". Después de examinar el modo en que los socialdemócratas formularon su moción, Ilich prosigue: "Aún esta fórmula no puede ser considerada irreprochable. No podemos sino desear que se la formulara en un estilo más claro y popular; debemos lamentar que no se señalara la legalidad de comprometerse en política, etc., etc. Pero la crítica *de todas las fórmulas* no se halla de ningún modo dirigida contra la manera en que fueron bosquejadas sino que se dirige exclusivamente contra las ideas políticas de sus autores. Lo más importante que un demócrata debió haber dicho era: que los círculos y las discusiones son *naturales* y *deben ser bien recibidos*. Este es el punto. Toda condena de la actividad política, aun en una "época temprana", es hipocresía y oscurantismo. Un demócrata debió haber planteado la cuestión desde aquella de un "gabinete unido" hasta el del régimen político. Un demócrata debió haber señalado el "indisoluble nexo", primero con el dominio de la policía secreta, en segundo término con el dominio de la clase de grandes terratenientes del tipo feudal en la vida económica".

De esta manera Vladimir Ilich enseñaba cómo vincular las cuestiones concretas de la cultura con importantes problemas políticos.

Al hablar sobre la cultura, Ilich siempre subrayaba la relación entre la cultura y el sistema económico y político general. En su resuelta protesta contra esta consigna de la autonomía cultural nacional, Ilich expresó: "En la medida en que diferentes nacionalidades viven bajo un mismo estado ellas se hallan unidas por millones y billones de hilos de carácter económico, jurídico y social. ¿Cómo podemos excluir la educación de estos nexos? ¿Puede la educación ser "eliminada de la esfera de control" del estado, según lo expresa el ejemplo clásico de absurdidad, la fórmula del Bund? Si la economía une a las naciones que viven bajo un mismo estado entonces el intento de dividirlas defi-

nitivamente en la esfera de la "cultura", y en particular en problemas de educación es absurdo y reaccionario. Por el contrario, nos esforzamos en *unir* a las naciones en la esfera de la educación a fin de que la escuela pueda preparar para lo que se realiza en la vida. En el presente vemos la desigualdad de las naciones y el desequilibrio en su nivel de desarrollo; en tales condiciones la división de la educación según la nacionalidad será por cierto una desventaja para las naciones más atrasadas. En los estados del sur de América del Norte, que anteriormente fueron estados esclavos, los niños negros hasta el presente se educan en escuelas separadas, mientras que en los estados del norte los niños blancos y negros asisten a la misma escuela".

En febrero de 1913 Vladimir Ilich escribió un artículo especial titulado "Rusia y los Negros", en el que se esforzaba por mostrar que la ignorancia, el atraso cultural de una nacionalidad afecta a la cultura de otras nacionalidades y que el atraso cultural de una clase pone su sello sobre la cultura del país entero.

Lo que Vladimir Ilich dijo sobre la política proletaria en la esfera de la educación en esa época es en extremo interesante. Al argumentar contra la autonomía cultural, "contra la supresión de la enseñanza de la esfera del control del Estado", expresó: "Los intereses de la democracia en general y el interés de la clase trabajadora en particular exigen precisamente lo opuesto. Debemos empeñarnos en asegurar que los niños de todas las nacionalidades de un lugar dado concurran a la misma escuela; que los trabajadores de todas las nacionalidades *juntamente* realicen la política proletaria en educación, que fue tan bien formulada por Samoilov, delegado de los trabajadores de Vladimir, en nombre del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, en la Duma (Samoilov exigió la separación de la iglesia y del estado y de las escuelas de la iglesia; pidió la completa secularización de las escuelas)". Vladimir Ilich manifestó también que sería fácil ordenar para los niños de las minorías nacionales el estudio de su propia cultura bajo una real democracia cuando la burocracia y el *Peredonovismo* [alusión a un personaje de un libro de Sologub] fueran eliminados de las escuelas.

En el verano de 1913 Ilich escribió un bosquejo de un discurso que Badayev debía pronunciar en la Duma sobre "La política del ministerio de educación". Al pronunciar su discurso en la Duma Badayev fue continuamente interrumpido por el presidente del cuerpo, y por

fin se le impidió terminarlo. En este bosquejo Ilich citaba estadísticas que mostraban el asombroso atraso cultural del país y la insignificante suma asignada por el gobierno para la educación. Señalaba cómo la política de los gobernantes zaristas bloqueaba el camino a la educación a las nueve décimas partes de la población. Describía el trato del gobierno para con los maestros como "salvaje, vergonzoso, odioso y tiránico". Aquí, también, trazó una comparación entre Rusia y América. En América —sostuvo— el 11 por ciento del total de la población era analfabeta, pero entre los negros el porcentaje se elevaba al 44 por ciento; sin embargo, la educación es dos veces más elevada entre los negros americanos que entre los campesinos rusos". Los negros eran más alfabetizados que los campesinos rusos en 1900 porque medio siglo antes el pueblo americano derrotó a los esclavistas. El pueblo ruso debió también haber derrocado a su gobierno para convertir al país en un centro alfabetizado y culto.

Ilich escribió asimismo el esquema de un discurso para el camarada Shagov, en el cual afirmó que el único camino por el cual Rusia podía transformarse en un país alfabetizado consistía en quitarle la tierra a los terratenientes y entregársela a los campesinos. En un artículo escrito por ese tiempo titulado "¿Qué puede hacerse por la educación?", Ilich describió con gran detalle cómo estaban organizadas las bibliotecas en América y urgía para que el mismo sistema fuera adoptado en Rusia. En junio publicó un artículo titulado "La clase trabajadora y el neomaltusianismo", en el que expresó: "Luchamos mejor que nuestros padres; nuestros hijos lo harán mejor que nosotros y *ellos alcanzarán la victoria*. La clase trabajadora no decrece, aumenta y se torna más fuerte, más viril, más unida y más ilustrada y endurecida en la lucha. Somos pesimistas con respecto al feudalismo, el capitalismo y la pequeña industria, pero somos ardientes optimistas en cuanto se refiere al movimiento obrero considerado como un todo. Estamos colocando los fundamentos para un nuevo edificio y nuestros hijos lo completarán."

Ilich se vio atraído no sólo por las cuestiones de desarrollo cultural sino también por muchos problemas que tienen significación práctica en la construcción socialista. Característico de este período de Cracovia son los artículos que escribió, como aquel titulado "Una de las grandes victorias de la técnica", en el que comparaba el papel de las

grandes invenciones en el capitalismo y el socialismo. Bajo el capitalismo —afirmó— las invenciones llevan al enriquecimiento de un puñado de millonarios, y al deterioro de las condiciones generales de vida de los trabajadores y al crecimiento del desempleo. "Bajo el socialismo la aplicación del método de Ramsay liberaría a millones de mineros de una tarea penosa y el resultado inmediato sería el acortamiento de la jornada de trabajo para todos los obreros de ocho a siete horas, por ejemplo, y quizá menos. La electrificación de todas las fábricas y tranvías tornaría las condiciones de trabajo mucho más higiénicas y aliviaría a millones de trabajadores del humo, el polvo y la suciedad; los lóbregos y siniestros talleres serían muy pronto convertidos en laboratorios limpios y bien iluminados dignos de seres humanos. La luz eléctrica y la calefacción de todas las viviendas rescataría a millones de esclavos domésticos de la necesidad de desperdiciar las tres cuartas partes de su vida en oscuras y malolientes cocinas. La técnica capitalista *supera* cada vez más las condiciones sociales, que condenan a los trabajadores a la completa esclavitud." Hace diecisiete años Ilich ya pensaba en la "electrificación, la jornada de siete horas, las cocinas modernas y la emancipación de la mujer".

El artículo titulado "Una moderna rama de la industria", mostraba que hace diecisiete años Ilich reflexionaba sobre el significado de la industria automotriz en el socialismo. En su nota "El hierro en la agricultura", describe a ese metal como el "fundamento de la cultura de un país". "A todos nos gusta mucho hablar de la cultura, del desarrollo de las fuerzas productivas, de la elevación de la economía campesina a un nivel más elevado, pero tan pronto como surge la cuestión de eliminar los obstáculos que aparecen en el camino de "elevar" a millones de campesinos sumergidos, marginados, hambrientos, descalzos, analfabetos, a un grado superior, en ese caso nuestros millonarios pierden la facultad de hablar... nuestros magnates industriales prefieren compartir sus privilegios medievales con los Purishkevitches [alusión a Purishkevit, el terrateniente creador de las "Centurias Negras"] y suspiran sobre la liberación de la "patria" a partir de la necesidad medieval de la cultura".

En este sentido es particularmente interesante el artículo de Ilich "Las ideas del capital progresista". En esta nota discute las ideas de un hombre de negocios americano, el millonario Filene, quien trataba

de persuadir a las masas que aceptaran a los patrones como dirigentes, pues ellos entendían mejor sus intereses y porque los intereses de las masas y de los empleadores eran comunes. La democracia se extiende, sostenía Ilich en este artículo, el poder de las masas crece, el costo de la vida se eleva. El parlamento y la prensa diaria con su enorme circulación permiten que las masas estén cada vez más informadas. De aquí que el designio de los capitalistas progresivos sea engañar a las masas, hacerles creer que no hay ningún antagonismo de intereses entre el capital y el trabajo, y que ellos están dispuestos a emplear cierta cantidad de dinero (acordando a sus empleados de oficina y a sus obreros calificados una participación en los beneficios) a fin de cumplir sus objetivos. Después de examinar las ideas del capitalismo grogresista, Ilich exclama: "¡Mi estimado Mr. Filene! ¿Está usted del todo convencido de que los obreros de todo el mundo son tan tontos?"

Estos artículos, escritos diecisiete años atrás, muestran cuán profundo era el interés de Ilich en problemas de construcción en esa época. Cuando se estableció el gobierno soviético estos problemas eran ya familiares para él, y todo lo que debía hacerse residiía en aplicar las soluciones elaboradas.

En el otoño de 1912 trabamos relación con Nikolai Ivanovich Bujarin. Aparte de Bagotsky, a quien veíamos con frecuencia, nos visitaba Casimir Chapinsky, un polaco que trabajaba en el periódico de Cracovia *Napshud* (Adelante). Este nos habló largamente sobre Zakopane, lugar de veraneo de Cracovia, y describió las imponentes montañas y la belleza del panorama. De paso, también nos dijo que un socialdemócrata llamado Orlov, que pintaba hermosos cuadros de las montañas de Zakopane, vivía en las cercanías. Cierto día, muy poco después de mudarnos desde Zvezhintsa a la ciudad, mirábamos a través de la ventana y observamos a un hombre joven que llevaba un gran saco de lona a su espalda y se dirigía hacia nuestra casa. Este era Orlov, Bujarin, por otro nombre. Ese día él y Vladimir Ilich tuvieron una larga conversación. Bujarin vivía en Viena. Desde entonces íntimos nexos se establecieron con esa ciudad. Los Troyanovsky vivían también allí. Cuando le preguntamos a Nikolai Ivanovich (Bujarin) sobre sus pinturas él tomó un número de espléndidos cuadros de artistas alemanes de su saco y los examinamos con mucho interés. Entre ellos había trabajos de Beckling y un gran número de otros artistas.

A Vladimir Ilich le gustaban mucho los cuadros. Recuerdo cuán sorprendida me sentí un día en que vistábamos a Vorovsky. Ilich descubrió un montón de descripciones ilustradas de los trabajos de varios artistas y las leyó y estudió las reproducciones de los cuadros con gran interés durante toda la noche.

Mucha gente nos visitaba en Cracovia en esa época. Los camaradas que se hallaban en su camino a Rusia se detenían a veces para discutir planes sobre su trabajo. Cierto día, Nikolai Nikolaevich Yakovlev, hermano de Varvara Nicolaevna, vino a visitarnos y se quedó cerca de dos semanas. Iba en camino a Moscú donde debía fundar un periódico bolchevique *Nash Put* (Nuestro Camino). Era un bolchevique enérgico y digno de confianza. Ilich tuvo largas conversaciones con él. Yakovlev comenzó su periódico, pero éste fue pronto suprimido y él arrestado. Esto no es sorprendente, pues Malinovsky, el delegado de Moscú, "ayudó" a fundar el periódico. Cuando Malinovsky estuvo con nosotros nos relató los numerosos viajes que había realizado a través de la provincia de Moscú y sobre las reuniones de trabajadores que dijo haber organizado. En cierta ocasión nos informó sobre una reunión en la cual, según señaló, estaba presente un policía quien escuchó atentamente y trataba de ser obsequioso. Mientras contaba este incidente Malinovsky reía. Por lo general le gustaba mucho hablar de sí mismo. Nos confió por qué se había presentado como voluntario en la guerra ruso-japonesa. Se hallaba en una oficina de reclutamiento, según aclaró, para informar en respuesta a la orden de movilización, cuando acertó a pasar un grupo de manifestantes. El no pudo controlarse y pronunció un discurso desde la ventana. Fue arrestado, en consecuencia, y el coronel se llegó hasta él y le dijo que no sería enviado a una prisión militar si se presentaba como voluntario a la guerra. No le quedó otra alternativa, aseguró Malinovsky. Nos dijo también que su esposa era religiosa y que cuando ella descubrió su ateísmo trató de suicidarse, y que con frecuencia tenía ataques nerviosos después de este incidente. Los relatos de Malinovsky nos parecían muy extraños. Sin duda había algo de verdad en ellos. Nos relataba lo que en verdad había experimentado, pero no decía toda la verdad; omitía los puntos más importantes y ofrecía muchos cuadros con falsos colores. Más tarde yo pensé: quizá la historia que nos contó sobre lo que ocurrió en la oficina de reclutamiento era cierta, y que tal vez, al retornar de la guerra

la policía le presentó un ultimátum entre hacer de agente provocador o ir a la cárcel. Quizá su esposa era de naturaleza inestable y realmente pudo haber intentado suicidarse, pero la razón pudo haber sido otra que la que dio Malinovsky; ello pudo sospechar que su esposo era un agente provocador. De todas maneras los cuentos de Malinovsky se hallaban entretejidos con verdades y esto los tornaba aceptables. A nadie se le ocurrió en esos momentos que se trataba de un espía al servicio de la policía.

El gobierno intentó colocar otro agente provocador en *Pravda,* además de Malinovsky. Era Chernomazov. El vivía en París y en su camino a Rusia, también se detuvo en Cracovia y nos trajo una carta de Pianitsky. Iba a trabajar para *Pravda.* No nos gustaba Chernomazov y yo ni siquiera lo invité a pasar la noche con nosotros, de modo que se vio obligado a caminar toda la noche por las calles de Cracovia.

Ilich concedía enorme importancia a *Pravda* y escribía artículos casi todos los días para el diario. Observaba con cuidado dónde se habían hecho colectas para el periódico, cuánto se había recogido, cuántos artículos se habían escrito para él, sobre qué temas, etc. Se sentía muy dichoso cuando el diario publicaba buenos artículos y proseguía una política correcta. En una ocasión, a fines de 1913 pidió a *Pravda* que le enviara una lista de sus suscriptores, y durante dos semanas mi madre y yo nos sentábamos noche tras noche ordenando los nombres de los suscriptores según las ciudades en que vivían. El noventa por ciento de los suscriptores eran trabajadores. Nos encontramos con una ciudad que tenía muchos suscriptores. Observado el caso descubrimos que había allí una gran fábrica que no conocíamos. La carta que formamos y que mostraba la distribución de *Pravda* resultó muy interesante; Ilich se manifestó muy contento, pero no fue nunca publicada. Seguramente Chernomazov arrojó la lista al cesto de los desperdicios. Cosas peores que éstas acontecieron. Algunas veces, aunque raramente, los artículos de Ilich se perdían. Otras veces sus artículos quedaban detenidos y aparecían después. Esto irritaba a Ilich y escribió enérgicas cartas a *Pravda,* pero nada mejoró con ello.

No sólo éramos visitados por camaradas que pasaban a través de Cracovia en su camino a Rusia, sino también por aquellos que venían de Rusia para requerir consejos sobre diversos temas. Recuerdo cuando llegó Nikolai Vassilievich Krilenko poco después que Inessa lo hu-

biera visitado. Vino con el fin de ajustar los acuerdos sobre los contactos. Ilich se alegró mucho por su llegada. En el verano de 1913 Gnevich y Dansky vinieron con el propósito de ultimar los detalles para la publicación de la revista *Cuestiones de Seguros*, que iba a ser publicada por la Cía. Editora Priboy. Esto se realizaba en relación con las próximos elecciones de los comités de fondos de seguros en Rusia. Ilich adjudicaba gran importancia a esta elección y creía que la campaña electoral fortalecería nuestros contactos con las masas.

A mediados de febrero de 1913 se celebró en Cracovia una conferencia de los miembros del Comité Central. Llegaron nuestros diputados ante la Duma; también llegó Stalin. Ilich se había encontrado con Stalin en la conferencia de Tammerfors y en los congresos de Estocolmo y de Londres. Ilich tuvo largas discusiones con Stalin sobre la cuestión nacional. Se alegró de encontrarse con un hombre seriamente preocupado por este problema y que estaba bien informado sobre él. Antes de su paso por Cracovia Stalin había estado dos meses en Viena donde estudió la cuestión nacional. Allí se relacionó íntimamente con nuestra gente, Bujarin y Troyanovsky. Después de la conferencia Ilich escribió a Gorki sobre Stalin como sigue: "Tenemos un maravilloso georgiano aquí que está escribiendo un largo artículo para *Prosveshchenie*. Para ello ha recogido todo el material de Austria y de otras fuentes". En esa época Ilich estaba preocupado por *Pravda*, y también Stalin compartía ese estado de ánimo. Ambos discutieron los métodos para ordenar este problema. Creo que el camarada Troyanovsky fue invitado a estas reuniones. Vladimir Ilich tenía mucha fe en los Troyanovsky y esperaba mucho de ellos. Elena Fedorovna Troyanovskaya (Rozmirovich) se preparaba para ir a Rusia. En esta conferencia se discutió la posición de *Prosveshchenie* y también la cuestión de que *Pravda* emitiera una serie de folletos. Se bosquejaron amplios planes.

Justamente antes de esto llegó un paquete de Rusia que contenía salmón, caviar y esturión. Tomé un libro de cocina de mi madre y preparé una fiesta. Vladimir, que gustaba tratar a sus camaradas lo mejor que podía, quedó ampliamente satisfecho con todo este procedimiento.

En su retorno a Rusia Stalin fue arrestado en San Petersburgo el 22 de febrero.

Nuestra vida en Cracovia era bastante monótona cuando no había

visitantes. "Vivimos aquí como si estuviéramos en Shushya", escribía a la madre de Ilich; "la llegada del cartero es el mayor acontecimiento que se espera. Hasta las once tratamos de pasar el tiempo de cualquier manera. A las once llega el cartero y vuelve de nuevo a las seis; apenas podemos esperar tanto". A Vladimir Ilich no le gustaban mucho las bibliotecas de Cracovia. Intentó patinar sobre hielo, pero pronto llegó la primavera. En pascuas realizamos una visita al bosque de Volsky. La primavera es hermosa en Cracovia y en la selva era simplemente esplendorosa. Los arbustos reventaban con floración amarilla y la savia surgía en las ramas de los árboles. La primavera se sentía por todas partes, en forma embriagadora. Nos llevó un buen tiempo regresar a la ciudad, por cierto, y para llegar a casa tuvimos que cruzar toda la ciudad a pie. Los tranvías no corrían debido a las fiestas de pascuas. Yo estaba exhausta cuando llegué a casa. Había estado bastante enferma durante el invierno de 1913. Algo andaba mal en mi corazón; mis manos temblaban y me afectaba una debilidad general. Ilich insistía en que debía ver a un médico. Este dijo que mi caso era serio, que mis nervios estaban sobrecargados y mi corazón débil. Me aconsejó que fuera a las montañas de Zakopane. Cuando regresé a casa conté lo que el doctor había dicho. La esposa del zapatero, que venía a atender la cocina y hacía nuestras compras, se mostró indignada: "¿Quién dijo que usted está nerviosa? ¡Las señoras *gordas* son nerviosas y arrojan los platos!" Yo no arrojo platos, pero en el estado que estoy no me encuentro en condiciones para el trabajo.

Decidimos mudarnos a Poronin en el verano, a siete kilómetros de Zakopane. Este lugar estaba superpoblado y era caro, Poronin era modesto y más barato. Nosotros, es decir, los Zinoviev, los Bagotsky y su famoso perro Zhulik, alquilamos un amplio bungalow y nos mudamos todos juntos. Este bungalow se hallaba situado a 700 metros sobre el nivel del mar al pie de las montañas Tatra. El aire era maravilloso, y aunque había frecuentes nieblas y lloviznas la vista de las montañas durante los claros intervalos resultaba muy hermosa. Solíamos ascender a la meseta que se encontarba junto a nuestro bungalow y observar los picos nevados de las montañas de Tatra en todo su esplendor. A veces Ilich y Bagotsky iban hasta Zakopane para visitar a Vigelev y realizaban largas caminatas en la montaña. A Ilich le gustaba caminar. El aire de la montaña me ayudó muy poco. Mi salud empeoró

y después de consultar a Bagotsky, que era neurólogo, Ilich insistió en que me fuera a Berna para ser operada por Kocher. Fuimos a mediados de junio. En nuestro camino nos detuvimos en Viena y visitamos a los Bujarin. Nadezhda Mikhailovna, la esposa de Bujarin, estaba muy enferma y Bujarin tenía que atender la casa. En tanto ponía azúcar en la sopa en vez de sal, él hablaba animadamente con Ilich sobre problemas que a éste interesaban y sobre nuestra gente que vivía en Viena. Nos encontramos con algunos camaradas de Viena y recorrimos la ciudad con ellos. Viena tiene su propio encanto. Es una gran ciudad capital y en contraste con Cracovia recibimos una gran impresión. En Berna los Shklovsky nos acogieron y se preocuparon por nosotros. Vivían en un chalet apartado, con jardín. Ilich jugaba con las pequeñas niñas y bromeaba con Jenorka. Yo permanecí en el hospital cerca de tres semanas. Ilich solía quedarse conmigo la mitad del día y el resto lo pasaba en las bibliotecas. Leía mucho y hasta se interesó por un número de libros de medicina sobre mi enfermedad, y tomó extensas notas sobre cuestiones que le interesaban. Mientras yo estaba en el hospital visitó a Zurich, Ginebra y Lausana para pronunciar conferencias sobre la cuestión nacional. También habló sobre el tema en Berna. En esta ciudad —esto sucedió después que yo dejé el hospital— se celebró una conferencia de los grupos del exterior en la que se discutió el estado de los problemas del partido. Después de la operación tuve que emplear cerca de dos semanas para recuperarme en las montañas de Guttenberg, donde Kocher me aconsejó ir, pero recibimos noticias de Poronin según las cuales había muchos asuntos urgentes que considerar, y al recibir un telegrama de Zinoviev regresamos.

En el camino nos detuvimos en Munich. Boris Knipovich, sobrino de Ludia Mikkhailovna Knipovich (conocida como Dyadenka) vivía allí. Lo conocía desde que era un niño cuando solía contarle cuentos de hadas. El chico de ojos azules, de cuatro años, solía treparse a mis rodillas, ponía sus brazos alrededor de mi cuello y me decía: "¡Krupa, cuéntame la historia del pequeño soldado de lata!". En 1905-07 Boris era un activo organizador de los grupos socialdemócratas entre los estudiantes universitarios. En el verano de 1907, después del congreso de Londres, Ilich había vivido con los Knipovich en la villa de Stirsuden en Finlandia. Por esa época Boris era todavía un estudiante, pero ya se interesaba en el marxismo y escuchaba extasiado lo que

Ilich decía. Admiraba tanto a Ilich como a Diadenka. En 1911 fue arrestado y finalmente exiliado en el exterior. Se dirigió a Munich y estudió en su universidad. El 1912 publicó su primer libro sobre *La diferenciación entre el campesinado ruso,* de cuyos ejemplares envió uno a Ilich. En respuesta Ilich le escribió una carta en la cual demostraba particular atención e interés en el joven autor. "Leí tu libro con gran placer —decía— y me alegra que te empeñes en escribir un trabajo extenso y serio. Un libro de esta clase te habilitará para probar, profundizar y fortalcer tus convicciones marxistas." Y luego Lenin procedió a sugerirle varias correcciones y le aconsejó respecto del método.

Al volver a leer esta carta, recuerdo la actitud de Ilich hacia los autores sin experiencia. Al discutir sus trabajos con ellos iba directamente a la médula del tema, a los fundamentos y formulaba sugestiones para mejorarlos. Mas hacía todo esto muy discretamente, de modo que tales autores apenas advertían que se les corregía. Ilich estaba siempre presto para ayudar a la gente en su trabajo. Si, por ejemplo, deseaba que alguien escribiera un artículo pero no estaba seguro que fuera capaz de hacerlo correctamente, iniciaba una discusión con el interesado, exponiéndole sus ideas para lograr atraerlo. Después que había insistido sobre el tema suficientemente, le preguntaba: "¿Le gustaría escribir algo sobre esto?" Y el autor no siempre se daba cuenta que su discusión preliminar con Ilich lo había ayudado a escribir su artículo y que al redactarlo había en realidad usado expresiones y giros de Lenin.

Nos hubiera gustado permanecer en Munich por muchos días para comprobar los cambios que se habían producido desde la época que vivimos allí en 1902, pero teníamos tanto apuro en regresar que sólo nos detuvimos unas horas hasta que tomamos el tren. Boris y su esposa vinieron a vernos. Pasamos el tiempo en el restaurante que era famoso por su cerveza *Hof-bräu* [cervecería imperial]. En los muros y sobre los porrones de cerveza estaban inscriptas las iniciales H. B., que semejaban las letras rusas N. V. "Esta es la cervecería de la Narodnaya Volya", dije yo en broma. Ilich apreciaba la cerveza de Munich como si fuera un *connoiseur*. El y Boris hablaron sobre la diferenciación de clase entre el campesinado, y su esposa y yo hablamos sobre Diadenka que estaba muy enferma. Ilich le dirigió unas líneas urgiéndola a ir al exterior para operarse con el doctor Kocher. Llega-

mos a Poronin a comienzos de agosto, creo que el día 6. Nos encontramos con la lluvia frecuente en el lugar, con Lev Borisovich Kamenev y una gran cantidad de noticias sobre Rusia.

Se había preparado una conferencia del comité central para el día 9. *Pravda* había sido clausurado. En su lugar se publicaba *Rabochaya Pravda* (La Verdad de los Trabajadores), pero casi cada número era suspendido. Las huelgas estallaban en todas partes: en San Petersburgo, Riga, Nikolayev y Bakú. De los diputados presente de la Duma sólo recuerdo a Malinovsky. La conferencia discutió los problemas de *Rabochaya Pravda*, de la revista *Proveshchenie* de Moscú, y la Compañía Editora Privoy, y las tácticas que debían proseguirse en los próximos congresos de la clase cooperativa y comercial, y otros temas urgentes.

Kamenev se mudó al departamento sobre el nuestro, y por la noche él y Vladimir Ilich, después de la cena, se instalaban en nuestra amplia cocina y discutían las noticias de Rusia.

Se hacía preparativos para la conferencia del partido, conocida como la "conferencia de verano". Fue celebrada en Poronin desde el 21 de septiembre al 1º de octubre. Llegaron todos los diputados de la Duma excepto Samoilov. Estaban presentes también dos electores de Moscú, Novozhilov y Balashov, Roznirovich de Kiev, Sima Deryabina de los Urales, Shotman de San Petersburgo, y otros. *Prosveshchennie* estuvo representada por Troyanovsky; los polacos, por Canetsky, Domsky y por dos rozlamovists (la influencia de los rozlamovits en esa época se había extendido sobre los cuatro distritos industriales más importantes de Polonia: Varsovia, Lodz, Dombrow y Kalish). Mientras la conferencia estaba en su apogeo llegó Inessa. Había sido arrestada en septiembre de 1912 con un pasaporte falso. Las condiciones en la prisión eran muy duras y habían minado su salud; mostraba síntomas de tuberculosis, pero su energía aparecía intacta y se arrojó en el trabajo del partido con todo su ardor usual. Nos sentíamos muy contentas por su llegada. En total hubo veinticuatro personas presentes en la conferencia.

En la conferencia se decidió plantear la cuestión de convocar un congreso del partido. Habían transcurrido seis años desde el quinto congreso celebrado en Londres y muchos cambios se habían producido a partir de entonces. Los problemas frente a la conferencia fue-

ron los *siguientes*: el movimiento huelguístico, la preparación para la huelga política general, las tareas de agitación, la publicación de una cantidad de panfletos populares, la inadmisibilidad de modificar las consignas: República democrática, confiscación de la tierra de los latifundistas y la jornada de ocho horas en el curso de la agitación. Se discutió el problema de cómo realizar tareas en sociedades legales y cómo efectuar el trabajo socialdemócrata en la Duma. Las decisiones sobre la necesidad de obtener iguales derechos para los bolcheviques en la fracción socialdemócrata de la Duma e impedir que los bolcheviques fuesen derrotados por la mayoría de uno, por los "siete" que representaban sólo una insignificante minoría de los trabajadores, fueron particularmente importantes. Otra resolución decisiva aprobada fue la referente a la cuestión nacional que expresaba el punto de vista de Vladimir Ilich. Recuerdo las discusiones que tenían lugar en nuestra cocina sobre estos temas. No olvido la vehemencia que se suscitaba alrededor de esta cuestión y el ardor con que se discutía.

En esta ocasión Malinovsky se hallaba en un estado nervioso, casi desesperado; se emborrachaba todas las noches, se ponía pesado y se quejaba de que se desconfiaba de él. Los electores de Moscú, Balashov y Novozhilov estaban muy indignados por su conducta. Advertían cierta falsedad y actitudes teatrales en los relatos y comportamiento de Malinovsky.

Permanecimos en Poronin durante otras dos semanas después de la conferencia. Caminábamos mucho y visitamos a Cherny Stav, un lago de montaña de extraordinaria belleza, y otros lugares en las montañas.

Todos nosotros, el grupo íntegro de Cracovia, se acercó íntimamente a Inessa. Ella se presentaba siempre de buen humor y llena de energía. La habíamos conocido en París, pero allá había una gran colonia, mientras que en Cracovia vivíamos en un pequeño círculo de camaradas aislados. Inessa alquiló un cuarto en el mismo departamento en que vivía Kamenev. Mi madre se hizo muy amiga de ella y a menudo la visitaba para charlar y fumar. Todo parecía más íntimo y más vibrante cuando Inessa estaba presente.

Todos nos hallábamos absorbidos en los problemas del partido y nuestro modo de vida semejaba más a las de los estudiantes que a la existencia familiar y nos sentíamos muy contentos de tener a Inessa

cerca. Nos contaba gran parte de su vida y sobre sus hijos; me mostraba sus cartas y al hablar de ellos parecía irradiar calor y entusiasmo. Ilich, Inessa y yo caminábamos sin tregua. Zinoviev y Kamenev nos designaron los "caminantes del Partido". Por lo general caminábamos por los prados fuera de la ciudad. La palabra polaca para prado es *Blon*, y de allí provenía el seudónimo de Blonina aplicado a Inessa. Le gustaba la música y nos hacía asistir a los conciertos de Beethoven. Ella misma era una buena intérprete y tocaba muchas de las composiciones de Beethoven muy bien por cierto. A Ilich le gustaba en particular la *Patética* y siempre le pedía que la tocara. Ilich también amaba la mósica. Más tarde, en la época de los soviets, solía visitar al camarada Tsurupa para oír la sonato tocada por un famoso músico. Hablábamos mucho sobre ficción. "Aquí padecemos el hambre de la ficción", escribí a la madre de Ilich. "Volodia casi se ha aprendido de memoria las obras de Nadson y Nekrasov y el único volumen que poseemos de *Ana Karenina* ha sido leído y releído cien veces. Dejamos nuestras obras de ficción, una parte insignificante de las que teníamos, en San Petersburgo, en París y aquí no podemos conseguir ningún libro ruso. En ocasiones leemos codiciosamente los avisos de los libreros de segunda mano que ofrecen veintiocho volúmenes de Uspensky, diez volúmenes de Pushkin, etc. Para empeorarlo todo Volodia repentinamente se ha convertido en un aficionado de *les belles-lettres*. Y es tremendamente nacionalista. No va a ver las obras de los pintores polacos por nada del mundo. Pero un día tomó un catálogo de las galerías Tretyakov en la casa de uno de nuestros amigos y con frecuencia se absorbe en él."

Al comienzo pensábamos que Inessa permanecería en Cracovia y traería sus niños de Rusia. Incluso la ayudaba para buscar un departamento. Pero llevábamos una vida muy aislada en Cracovia que nos recordaba algo del exilio. Nada había en Cracovia que le proporcionara a Inessa una salida para su abundancia de energías. Ella decidió realizar una serie de visitas en el exterior y pronunciar algunas conferencias y luego quedarse en París para organizar el trabajo de nuestro comité en el exterior. Antes de su partida tuvimos una larga conversación sobre el trabajo de las mujeres. Ella insistió enérgicamente en la necesidad de efectuar el trabajo de propaganda entre las obreras y publicar una revista especial para las trabajadoras en San Petersburgo.

Ilich escribió a Anny Ilyinishna sobre la organización de una revista que se publicó un poco después. Más tarde Inessa se preocupó en gran medida por el desarrollo de la actividad entre las obreras y dedicó mucho esfuerzo a este aspecto.

En enero de 1914 Malinovsky vino a Cracovia y partió con Ilich a París y de allí a Bruselas para asistir al cuarto congreso de los social-demócratas letones que se inició el 13 de enero.

En París Malinovsky presentó lo que en opinión de Ilich era un informe muy hábil sobre el trabajo de la fracción de la Duma, y Vladimir Ilich pronunció un largo discurso sobre la cuestión nacional. También habló en una reunión en memoria del 9 de enero. Además, dirigió la palabra al grupo de bolcheviques de París sobre la intervención del Bureau de la Internacional Socialista en los asuntos de Rusia y sobre la declaración que formuló Kautsky en la reunión de diciembre del Bureau de la Internacional Socialista en el sentido de que el Partido Socialdemócrata en Rusia estaba muerto. Ilich se hallaba grandemente perturbado por la decisión del Bureau de la Internacional Socialista de intervenir en los asuntos rusos, porque él pensaba que ello sólo serviría para retardar la influencia creciente de los bolcheviques en Rusia. Ilich envió un informe a Huysman, secretario del Bureau Internacional, sobre la situación en el partido. El cuarto congreso de los socialdemócratas letones resultó una victoria para los bolcheviques. En este congreso los camaradas Berzin, Latsis, Hermand y un número de otros bolcheviques letones estuvieron presentes. Ilich habló en el congreso y apeló a los letones para que se afiliasen al comité central. En una carta a su madre Ilich escribió que el viaje a París lo había reconfortado. "París no es una ciudad para gente con modestos medios; es muy cansadora", añadía. "Pero para una corta visita no hay una ciudad mejor o de mayor vivacidad. Me ha animado mucho".

En el invierno, poco después de que Vladimir Ilich retornó de París, se decidió que Kamenev debía ir a Rusia a hacerse cargo de *Pravda* y a supervisar el trabajo de la fracción de la Duma. Tanto el periódico como la fracción de la Duma necesitaban ayuda. Entre tanto llegó la esposa de Kamenev y su pequeño hijo. El hijo de Kamenev y la pequeña Stepa Zinoviev tenían agrias discusiones sobre si San Petersburgo era una ciudad o Rusia. La partida para Rusia comenzó. Todos

fuimos a la estación a despedirlos. Era una noche de invierno muy fría. Hablábamos poco. Sólo el pequeño hijo de Kamenev mantenía una animada charla. Cada uno estaba como cubierto en sus propios pensamientos. Todos nos preguntábamos cuánto tiempo resistiría Kamenev y cuándo nos veríamos de nuevo. ¿Cuándo podríamos ir a Rusia? Cada uno de nosotros secretamente pensaba en Rusia; cada uno sentía un fuerte deseo de ir. Noche tras noche yo soñaba con Nevaskaya Zastava (un suburbio de Petersburgo). Evitámabos hablar de este tema, mas todos pensábamos en lo mismo.

El 8 de marzo de 1914, Día Internacional de las Mujeres, apareció el primer número de la revista popular *Rabotnitza* (La Trabajadora) en San Petersburgo. Se vendió a cuatro copeks el ejemplar. El comité del partido de San Petersburgo emitió folletos sobre el Día de las Mujeres. Inessa y Stahl colaboraron en la revista desde París y Lilina y yo escribimos desde Cracovia. Siete números de esta revista se publicaron. Preparábamos el número 8 y pensábamos conseguir artículos sobre el Congreso Socialista de Mujeres que debía celebrarse en Viena, pero esta edición nunca apareció debido al estallido de la guerra.

Tratamos de convocar un congreso del partido para que tuviera lugar al mismo tiempo que el Congreso Internacional Socialista que debía celebrarse en Viena en agosto. Deseábamos que algunos de los delegados pudieran venir legalmente. Después se planeó que el cruce de la frontera *en masa* fuera organizado bajo la forma de una excursión. Esto fue preparado por los gráficos de Gracovia.

En mayo nos mudamos de nuevo a Poronin.

A fin de preparar la campaña para el congreso en San Petersburgo fueron movilizados los camaradas Kisilev, Glevov-Avilov y Ana Nikiforova. Ellos llegaron a Poronin para discutir los preparativos con Ilich. El primer día de su llegada nos sentamos por un largo tiempo sobre una pequeña colina cerca de nuestro bungalows y ellos nos informaron sobre el trabajo en Rusia. Todos eran jóvenes, llenos de energía y causaron una buena impresión sobre Ilich. Clebov-Avilov intercambiaba miradas con Kisilev. Al día siguiente nos dijeron la razón de estas señas. Glebov-Avilov había sido alumno de la escuela de Bolonia, pero no había dejado de pertenecer al grupo de *Vperyod*. Ilich aconsejó a los visitantes realizar un paseo por las montañas. El no se sentía muy bien de modo que no los acompañó. Cuando regresaron riéndose nos

contaron dónde habían estado. Habían escalado un pico escarpado, según dijeron, y sus mochilas se mantenían en su camino, de modo que se turnaban para llevarlas. Cuando le toco el turno a Anna todos los transeúntes le hacían bromas e irónicamente le aconsejaban poner a sus amigos también sobre sus hombros.

Finalmente se decidió el carácter de la agitación que debía realizarse por el congreso. Con las instrucciones del caso Kisilev partió para la región del Báltico, y Glebov-Avilov y Anna se dirigieron a Ucrania.

Entre quieies vinieron de Moscú se hallaba Alya, un ex estudiante de Capri que, según trascendió después, era un agente provocador. No puedo recordar con qué pretextos llegó, pero deseaba información sobre el congreso que debía celebrarse próximamente. La policía secreta, por supuesto, quería tener información más exacta sobre el hecho y por eso lo enviaron a él.

Inessa trajo sus niños de Rusia en el verano y vivía en Trieste cerca del mar. Ella preparaba un informe sobre el Congreso Internacional de Mujeres a celebrarse en Viena al mismo tiempo que el Congreso Socialista Internacional. También se ocupaba de otras actividades. A mediados de junio el Bureau Socialista Internacional decidió convocar una conferencia en Bruselas de los representantes de once organizaciones del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en la que debían intervenir todos los matices de la opinión a fin de discutir las difeerncias que prevalecían y establecer la unidad. Resultaba claro, sin embargo, que la conferencia no se limitaría a esta cuestión, y que los liquidadores, los trotskistas, los Bundistas y otros sacarían ventajas de la ocasión para tratar de restringir la actividad de los bolcheviques y comprometerlos mediante un número de decisiones. La influencia de los bolcheviques crecía en Rusia. Como el camarada Badayev señala en su libro *Los bolcheviques en la Duma zarista*, en el verano de 1914 los bolcheviques tenían la mayoría en los comités ejecutivos de catorce de los dieciocho sindicatos de San Petersburgo. Las uniones más poderosas, incluyendo la Unión de Trabajadores Metalúrgicos, que era la más fuerte en San Petersburgo, se hallaban de parte de los bolcheviques. Igual cosa resultaba evidente entre los grupos de trabajadores de las organizaciones del seguro. De los delegados del Fondo del Seguro electos en San Petersburgo y Moscú, treinta y siete eran bolcheviques, y sólo siete mencheviques, y de los delegados electos para el comité del

Fondo de Seguro de toda Rusia, cuarenta y siete eran bolcheviques y diez mencheviques. La elección de delegados al congreso internacional en Viena estuvo bien organizada. La mayoría de las organizaciones de los trabajadores eligieron a los bolcheviques.

Los preparativos para el congreso del partido también proseguían con éxito. "La tarea que enfrentamos —dice Badayev en su libro— esto es, fortalecer y ampliar las células del partido local antes del Congreso, se realizó en gran medida gracias a la tremenda oleada que había tenido lugar en el movimiento revolucionario del país durante los últimos meses. La atracción de los trabajadores hacia el partido aumentaba; nuevos cuadros de trabajadores de mentalidad revolucionaria se unían a las organizaciones del partido. La tarea de conducir a los grupos del partido mejoraba constantemente. Merced a esta labor el próximo congreso y las cuestiones en su orden del día tenían asegurada la íntima atención de las masas del partido".

Badayev recogió considerables sumas de dinero para el fondo de la organización del congreso. Ya había recibido también un número de mandatos y resoluciones sobre problemas que debían ser planteadas en el congreso, instrucciones a los delegados, etc. El describe vivamente cómo todo el trabajo ilegal se entretejía con las actividades legales. Dice, por ejemplo:

"El verano nos brindó la oportunidad de organizar reuniones ilegales fuera de la ciudad, en los bosques, donde nos hallábamos comparativamente seguros de los allanamientos policiales. Cuando se hacía necesario convocar más o menos reuniones generales éstas se arreglaban a la manera de excursiones al campo en nombre de alguna sociedad educacional. Después de dejar San Petersburgo un par de docenas de verstas atrás "iniciábamos una caminata" en lo más denso del bosque. Colocábamos patrullas que podían indicar el camino sólo mediante un santo y seña, y celebrábamos nuestra reunión... Los espías, en gran número pululaban en todas las organizaciones obreras y prestaban particular atención a los centros bien conocidos que realizaban tareas del partido, tales como la oficina editorial de *Pravda* y los lugares en que se reunía nuestra fracción. Pero mientras crecía la actividad de la policía secreta nos ingeniábamos para mejorar nuestra técnica de sigilo. Hubo, desde luego, arrestos de camaradas aislados, aunque no ocurrían detenciones en general".

Así, la línea seguida por el comité central para organizar la salida de publicaciones legales, darles una dirección definida, desarrollar el trabajo de la fracción de la Duma dentro y fuera de ella, presentar las mociones clara y distintamente y combinar el trabajo legal y el ilegal, demostró ser absolutamente correcta.

El intento, por parte del Bureau de la Internacional Socialista de impedir que se siguiera esta línea y obstaculizar esta tarea enfurecía a Ilich. Decidió no ir a la conferencia de la unidad de Bruselas. Inessa debió ir. Ella hablaba francés (como una nativa), nunca se confundía y poseía una fuerte voluntad. Todo dependería de que ella no depusiera su posición. Inessa vivía en Trieste y Vladimir Ilich le envió un informe del comité central que él había esbozado y un número de instrucciones cómo debía actuar en particulares circunstancias. El pensó en todo y previó las contingencias. Además de Inessa la delegación del comité central se integró con M. F. Vladimirsky y N. F. Popov. Inessa debía someter el informe del comité central en francés. Como se esperaba, las cosas no se limitaron simplemente a un cambio de opiniones en la conferencia. Kautsky, en nombre del Bureau, sometió una resolución que desaprobaba la escisión y declaraba que no había importantes diferencias de opiniones entre las diversas fracciones. Todos votaron por la resolución excepto los delegados del comité central y los camaradas letones que rehusaron votar a pesar de la amenaza de Huysman según la cual él denunciaría en el congreso de Viena que aquellos que no votasen ahora debía ser considerados responsables por impedir los intentos de realizar la unidad.

En una conferencia privada en Bruselas, los liquidadores, los trotskistas, los partidarios de *Vperyod*, los plejanovistas y la organización del distrito del Cáucaso formaron un bloque contra los bolcheviques. Este bloque decidió sacar ventaja de la situación que se había creado para presionar sobre los bolcheviques.

A pesar del problema de la unidad de Bruselas la atención de Ilich en el verano de 1914 estaba concentrada en otra cuestión muy seria, la de Malinovsky.

El general Junkovsky había sido designado viceministro del interior y él dejó trascender que Malinovsky era empleado de la policía secreta. Informó sobre esto a Rodzyanko, presidente de la Duma, y le señaló que como Malinovsky era miembro de la Duma esto llevaría a

un grave escándalo político si tomaba estado público. El 8 de mayo Malinovsky presentó su renuncia de la Duma a Rodzianko e informó a los miembros de la fracción socialdemócrata sobre el problema. La razón que daba para su renuncia eran "motivos privados", pero no dijo cuáles eran. Después de renunciar partió al exterior. Las organizaciones locales y centrales del partido condenaron la acción de Malinovsky como anarquista y disolvente y lo expulsaron del partido. El cargo de que Malinovsky era un provocador parecía tan monstruoso que el comité central designó una comisión especial bajo la presidencia de Donetsky, incluyendo a Lenin y Zinoviev, para investigar el caso. Los rumores que que Malinovsky era un agente provocador habían circulado desde hacía largo tiempo. Estos rumores venían de los círculos mencheviques. Elena Fedorovna Rosmirovich tenía fuertes sospechas en relación con su arresto; ella había trabajado con la fracción de la Duma. Los gendarmes que la cuestionaron poseían información sobre detalles que ellos podían haber obtenido sólo de un espía dentro de la organización. Bujarin también tenía cierta información sobre la conducta de Malinovsky. Vladimir Ilich pensaba que era del todo imposible que Malinovsky hubiese actuado como agente provocador. Sólo una vez una duda cruzó por su mente. Recuerdo un día en Poronin que regresábamos de lo de Zinoviev y hablamos sobre estos rumores. Repentinamente Ilich se detuvo sobre el pequeño puente que cruzábamos en ese momento y dijo "¡Puede ser verdad!", y su cara expresó ansiedad. "Lo que dices es una tontería", contesté desdeñosamente. Ilich se calmó y empezó a criticar a los mencheviques, sosteniendo que eran inescrupulosos en los medios que empleaban en la lucha contra los bolcheviques. No tuvo otras dudas sobre el problema.

La comisión investigó todos los rumores sobre Malinovsky; escuchó la opinión de Burtzev que la acusación era improbable e indagó a Bujarin y Rozmirovich; pero no se obtuvo ninguna prueba definitiva sobre el cargo.

Completamente fuera de acción y en un estado de ansiedad Malinovsky merodeaba alrededor de Poronin. Alá sabe de qué vivió durante este tiempo. Luego desapareció y nadie supo dónde. Su verdadero carácter fue revelado definitivamente después de la revolución de febrero. Tras la Revolución de Octubre retornó a Rusia por su vo-

luntad, se entregó al gobierno de los Soviets y fue juzgado y sentenciado a muerte por el Supremo Tribunal Revolucionario.

Mientras tanto la lucha en Rusia se tornaba más aguda. La huelga se extendía particularmente en Bakú. Las masas de obreros ayoyaban a los huelguistas de Bakú. En San Petersburgo la policía tiroteó a una multitud de 12.000 obreros de Putilov. Los conflictos con la policía se hacían más feroces. Los diputados de la Duma se convertían en dirigentes del proletariado insurgente. Las huelgas en masa estaban a la orden del día. El 7 de julio 130.000 trabajadores se declararon en huelga en San Petersburgo. El proletariado estaba preparado para la batalla. Las huelgas no disminuían; por el contrario, crecían en intensidad. Barricadas eran erigidas en las calles de la roja San Petersburgo.

Después estalló la guerra.

El 1º de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia. El 3 de agosto Alemania le declaró la guerra a Francia; el 4 de agosto le declaró la guerra a Bélgica, y ese mismo día Inglaterra le declaró la guerra a Alemania. El 6 de agosto Austria le declaró la guerra a Rusia; el 11 de agosto Francia e Inglaterra le declararon la guerra a Austria.

La guerra mundial comenzó y por un tiempo sofocó el creciente movimiento revolucionario en Rusia. Agitó al mundo entero. Dio origen a numerosas y profundas crisis; planteó los más imporanes problemas de la lucha revolucionaria en una forma nueva y más aguda; elevó al conjunto del proletariado como dirigente de todos los trabajadores; empujó a nuevos sectores de la sociedad a la lucha; convirtió a la victoria del proletario en una cuestión de vida muerte para Rusia.

CAPITULO DECIMOCUARTO

LOS AÑOS DE LA GUERRA HASTA LA REVOLUCION DE FEBRERO (1914-1917)

Cracovia (1914)

Aunque la guerra era algo que se presentía desde hacía tiempo, cuando en verdad se declaró produjo en todos una gran conmoción. Teníamos que dejar a Poronin, pero todavía no sabíamos a dónde dirigirnos. Lilina estaba muy enferma en esa época y Zinoviev no podía partir por tanto. A la sazón vivían en Zakopane, donde había médicos. Nosotros, en consecuencia, decidimos permanecer en Poronin por el momento. Ilich escribió a Kobetzky en Copenhague pidiéndole que lo tuviese informado, para establecer conexiones con Estocolmo, etc. La población local de la montaña se hallaba muy deprimida cuando comenzó la movilización. Nadie tenía una idea clara de contra quién era la guerra y por qué se luchaba; no existía ningún entusiasmo, y los hombres iban como si los condujesen a la matanza. Nuestra propietaria, la dueña de la casa, una campesina, estaba abrumada; su marido había sido reclutado para la guerra. Desde el púlpito el sacerdote católico trataba de elevar los sentimientos patrióticos. Toda suerte de rumores empezaron a extenderse, y el niño de seis años de una vecina familia pobre, que correteaba en nuestra casa, me informó con aire de misterio que los rusos —así decía el sacerdote— echaban veneno en los pozos.

El 7 de agosto el comisario de los gendarmes locales llegó a nuestra casa acompañado de un testigo, un campesino local, armado de un rifle, a realizar un registro. El oficial no sabía exactamente qué debía registrar; curioseó en la biblioteca, halló una pistola Browning descargada, tomó diversos cuadernos de notas que contenían estadísticas sobre el problema agrario y formuló unas pocas e insignificantes preguntas. El testigo, en un estado de confusión, se sentó en el borde de una silla y miraba alrededor en forma perpleja. El oficial de gendarmes se burló de él e indicándole un recipiente de engrudo, le dijo que era un bomba. Después el oficial expresó que existía una denuncia formal contra Ilich, y que en realidad debería arrestarlo, pero dado que tenía que enviar el prisionero al día siguiente por la mañana a Novy Targ, la localidad más cercana donde había autoridades militares, resultaría adecuado también para Ilich dar parte en la mañana en tiempo para tomar el tren de las seis. El peligro de arresto era obvio, y en tiempo de guerra, durante los primeros días de ésta, ellos podían fácilmente eliminarlo. Vladimir Ilich fue a ver a Ganetsky, quien vivía asimismo en Poronin, y le contó lo que había ocurrido. Ganetsky telegrafió en seguida al diputado socialdemócrata Mareck, y Vladimir Ilich telegrafió a la policía de Gracovia, donde él era conocido como exiliado político. Ilich estaba alarmado porque mi madre y yo tendríamos que quedar solas en la espaciosa casa de Poronin. Convino con el camarada Tichomirnof para que éste viviera con nosotros en el cuarto de arriba. Tichomirnov había regresado recientemente del exilio en Olonesk, y el comité editorial de *Pravda* lo envió a Boronín a restablecer su salud quebrantada durante el exilio, y también, a la vez, para ayudar a Ilich a preparar datos en relación con las campañas en curso para la prensa obrera, etc., sobre la base del material impreso en *Pravda*.

Ilich y yo permanecimos levantados toda la noche. No podíamos dormir, tan alarmante era la situación. Por la mañana lo fui a despedir y regresé al cuarto vacío. El mismo día, Ganetsky alquiló un coche para trasladarse a Novy Targ. Allí logró ver al comandante regional; hizo un gran escándalo; le dijo al comandante que Ilich era miembro del Bureau de la Internacional Socialista, un hombre por quien muchos intercederían y por cuya vida el comandante debería responder. Entrevistó asimismo al fiscal, le dijo quién era Ilich, y obtuvo permiso para

que yo lo viera al día siguiente. Cuando Ganetsky retornó de Novy Targ ambos redactamos una carta para Victor Adler de Viena, miembro del Bureau Internacional y diputado socialdemócrata en el parlamento de Austria. En Novy Targ se me permitió ver a Ilich. Quedamos solos, pero Ilich habló poco: la situación era todavía por completo confusa. La policía de Cracovia telegrafió que no había motivos para acusar de espionaje a Ulianov. Un telegrama similar se envió a Mareck desde Zakopane, y un escritor polaco bien conocido llegó a Novy Targ a interceder en favor de Ilich. Cuando se enteró del arresto de Ilich, Zinoviev, que vivía en Zakopane, a pesar de la lluvia torrencial, partió en bicicleta para ver al antiguo miembro del Partido Narodnaya Volya, el polaco doctor Dlussky, el cual residía a diez millas de Zakopane. Dlussky inmediatamente alquiló un carruaje y fue a Zakopane, donde despachó telegramas y cartas y luego se trasladó a algún lugar para conducir las negociaciones del caso. Se me permitió visitar a Ilich todos los días. Temprano, por la mañana, tomaba el tren de las seis para Novy Targ, un viaje de una hora; luego hasta las once caminaba alrededor de la estación, la oficina postal y el mercado, y por fin tenía una entrevista de una hora con Vliadimir Ilich. El me hablaba de sus compañeros de prisión. Había muchos campesinos locales en la prisión: algunos por utilizar pasaportes cuya fecha legal había expirado, otros por no pagar impuestos, y otros por desacato a las autoridades locales. Entre los prisioneros había un francés, un suboficial polaco que viajaba con el boleto reducido de otro por razones de economía, un gitano que llamaba a su esposa desde el patio de la prisión a través del muro donde la mujer solía venir a una hora determinada. Ilich recordaba que cuando estuvo exiliado en Shushenkoye solía asesorar jurídicamente a los campesinos locales a los que sacaba de toda clase de dificultades, y en la prisión instaló una improvisada oficina jurídica, redactaba peticiones, etc. Sus compañeros de prisión lo apodaban Ilich "Bitchiy Kholp", que significaba "campesino porfiado". "Bitchiy Khlop" se adaptó a la prisión de Novy Targ y estaba más alerta y calmo ante nuestras reuniones. En esta prisión de contraventores, durante la noche, mientras los compañeros dormían, él hacía planes para el posterior curso del partido, las medidas que habría que tomar a fin de convertir la guerra en un conflicto mundial

entre el proletariado y la burguesía. Le relaté a Ilich las noticias de la guerra que había logrado obtener.

No le conté lo siguiente: en cierta ocasión, mientras retornaba de la estación ferroviaria escuché a una campesina que salía del templo discutiendo en voz alta —aparentemente para que yo la oyese— cómo debían ser tratados los espías. Aún si las autoridades liberaban al espía, los campesinos debían sacarle los ojos, cortarle la lengua, etc. Resultaba claro que nosotros no podríamos permanecer en Poronin después que Ilich fuese liberado. Empecé a empacar, seleccionando las cosas que debíamos llevar y las que podíamos dejar en Poronin. Nuestra casa se deshizo. Nuestra sirvienta, que habíamos tomado para el verano, a causa de la enfermedad de mi madre, había esparcido entre los vecinos toda clase de fábulas sobre nosotros y nuestra conexión con Rusia, de modo que me arreglé para deshacerme de ella tan pronto como pude enviarla a Cracovia, adonde ella deseaba ir, pagándole el viaje y el salario con anticipación. La pequeña del vecino nos ayudó a atender la cocina y comprar las provisiones. Mi madre —tenía casi setenta y dos años— estaba muy enferma. Ella advertía que algo andaba mal, pero no podía entender el motivo. Aunque yo le había dicho que Ilich estaba arrestado, a veces creía que había sido reclutado para la guerra. Se agitaba cada vez que yo dejaba la casa pensando que podría desaparecer en la misma forma que Vladimir Ilich. Tichomirnov, que vivía con nosotros, fumaba pensativamente y empaquetaba libros. En cierta ocasión tuve que conseguir un certificado del mismo campesino testigo de quien se burló el oficial de gendarme cuando nuestra casa fue registrada. Fui a verlo a su casa al extremo de la villa, una típica casa de campesino pobre, y tuvimos una larga charla sobre la guerra, la gente que peleaba en ella y los que estaban interesados en la guerra. Después vino a verme a casa en forma muy amistosa.

Finalmente, la presión ejercida por el diputado de Viena, Victor Adler, y el diputado Diamond de Lvov, quienes salieron ambos de fiadores por Ilich, tuvo sus efectos. El 19 de agosto Vladimir Ilich fue libertado. Fui a Novy Targ en la mañana, como de costumbre, pero esta vez fui admitida en la prisión para ayudarle a recoger sus cosas. Alquilamos un coche y marchamos a Poronin. Nos vimos forzados a permanecer allí por otra semana antes de lograr un permiso para tras-

ladarnos a Cracovia. En Cracovia fuimos a la misma dueña de casa a la que Kamenev e Inessa había alquilado cuartos. La mitad de la casa se había convertido en un hospital militar, pero ella se ingenió en hallarnos un rincón. No disponía de mucho tiempo para nosotros, por lo demás. Una batalla había tenido lugar recientemente en Krasnik en la que dos de sus hijos tomaron parte, y carecía de noticias sobre ellos.

Al día siguiente observamos una horrible escena desde de ventana de nuestro cuarto. Había llegado un tren de Krasnik, que traía soldados muertos y heridos. Los parientes de los hombres que participaron en la batalla corrieron tras los camilleros para mirar el rostro de los muertos y moribundos, temerosos de reconocer a los suyos. Aquellos que no se sentían tan afectados por sus heridas llegaban despacio desde la estación ferroviaria con cabeza y brazos vendados. La gente que esperaba el tren ayudaba a los heridos a conducir su equipaje, les ofrecía comida y cerveza obtenida de los restaurantes cercanos. Alguien no pudo impedir pensar: "¡Esta es la guerra!" Y se trataba de la primera batalla.

En Cracovia no nos costó mucho obtener un permiso para ir al extranjero, un país neutral, Suiza. Teníamos algunas cosas que ordenar. Un poco antes de esto mi madre se había convertido en "capitalista". Su hermana, maestra de escuela, murió en Novotcherkask y le dejó toda su propiedad, cucharas de plata, íconos, algunos vestidos y cuatro mil rublos ahorrados en el curso de treinta años de profesión. El dinero fue depositado en un banco de Cracovia. Para obtenerlo resultó necesario recurrir a los servicios de un banquero de Viena quien obtuvo el dinero reteniendo exactamente la mitad por sus servicios. Durante la guerra vivimos casi de este dinero, con tanta economía que cuando regresamos a Rusia en 1917 todavía quedaba algo, y esta suma, que nos fue secuestrada durante un allanamiento en San Petersburgo en julio de 1917, se ofreció como evidencia de que Vladimir Ilich había recibido dinero del gobierno alemán como recompensa por su espionaje.

Nos llevó una semana completa viajar de Cracovia a la frontera suiza. Nos detuvimos largos períodos en las estaciones ferroviarias para dejar pasar a los trenes militares. Observábamos la agitación patriotera dirigida por monjas y otros grupos de mujeres. En las estaciones ferroviarias ellas distribuían pequeñas imágenes, libros de oraciones y objetos

similares entre los soldados. Militares elegantemente vestidos se hallaban en todas las estaciones de ferrocarril. Los coches estaban decorados con diversas consignas respecto de lo que debía hacerse con los franceses, los ingleses, los rusos: "Jedem Russ ein Schuss!" (Un tiro para cada ruso). A uno de los lados permanecían diversos coches cargados con insecticidas; los coches estaban destinados para el frente.

En Viena nos detuvimos un día para conseguir los papeles necesarios, liquidar el problema de dinero, telegrafiar a Suiza para que alguien saliera de fiador por nosotros, de modo que pudiéramos entrar en el país. Obtuvimos la fianza de Greulich, el miembro más antiguo del Partido Socialdemócrata de Suiza. En Viena, Riazanov llevó a Vladimir Ilich a ver a Victor Adler que había ayudado a asegurar la libertad de Ilich. Adler nos informó sobre su conversación con el ministro. Este último había preguntado: "¿Está usted seguro de que Ulianov es un enemigo del gobierno zarista?" "¡Oh, por cierto —contestó Adler— un enemigo más implacable que su Excelencia". Desde Viena a la frontera suiza seguimos rápidamente.

Berna (1914-15)

El 5 de septiembre entramos por fin en Suiza y fuimos a Berna.

No habíamos decidido todavía dónde iríamos a vivir si en Ginebra o en Berna. Ilich se sentía atraído por el viejo hogar, su acostumbrado lugar en Ginebra en el que le resultaba tan cómodo trabajar —la Société de Lecture— que poseía una buena biblioteca rusa. Pero nuestros amigos de Berna sostenían que Ginebra había cambiado considerablemente y estaba repleta de exiliados de otras ciudades y de Francia, y que la atmósfera usual del *emigré* prevalecía allí. Sin decidir del todo el problema alquilamos un cuarto en Berna por el momento.

Ilich comenzó su correspondencia con Ginebra para asegurarse si alguna gente se traladaba a Rusia: ella debía ser utilizada para establecer contactos con Rusia; averiguó si aún había una imprenta rusa en Ginebra y si sería posible publicar allí panfletos rusos, etc.

Al día siguiente de nuestra llegada de Galitzia se celebró una conferencia de todos los bolcheviques presentes en esa época en Berna: Shklovsky, los Safarov, el diputado de la Duma Samoilov, Mokho y

otros. En esa conferencia, mantenida en los bosques, Ilich expuso sus opiniones sobre los acontecimientos corrientes. Como resultado de la reunión se adoptó una resolución que caracterizaba la guerra como guerra de rapiña imperialista y marcando a fuego la conducta de los dirigentes de la Segunda Internacional, que habían votado los créditos de guerra, como traición a la causa del proletariado.

La resolución establecía que "desde el punto de vista de la clase trabajadora y de las masas obreras de todas las nacionalidades *rusas* en Rusia el mal menor sería una derrota de la monarquía zarista y su ejército que oprime a Polonia, Ukrania y a un número de nacionalidades en Rusia". La resolución planteaba la consigna de conducir la propaganda en todos los países por una revolución socialista, la guerra civil y una lucha decisiva contra el chovinismo y el patrioterismo en todos los países sin excepción. Al mismo tiempo la resolución subrayaba un programa de acción para Rusia: lucha contra la monarquía, propaganda por la revolución, lucha por la república, por la emancipación de las nacionalidades oprimidas por la "Gran Rusia", por la confiscación de los latifundios de la nobleza y por la jornada de ocho horas.

La resolución de Berna era en su esencia un desafío al capitalismo mundial en su conjunto. La resolución de Berna no había sido escrita, por cierto, con el propósito de ser archivada. Fue enviada en primer término a todas las secciones bolcheviques del exterior. Después Samoilov llevó la tesis consigo para discutirla con la parte rusa del comité central y la fracción de la Duma. Todavía no era segura qué posición tomarían ellos. Las relaciones con Rusia se hallaban interrumpidas. Sólo más tarde se supo que la parte rusa del comité central y los bolcheviques de la fracción de la Duma habían tocado la nota exacta desde el comienzo. Para los trabajadores avanzados de nuestro país, para la organización de nuestro partido, las resoluciones de los congresos internacionales sobre la guerra no eran simplemente trozos de papel sino guías para la acción.

Durante los primeros días de la guerra, cuando se declaró la movilización, el comité de San Petersburgo emitió un folleto con la consigna: "¡Abajo la guerra! ¡Guerra contra la guerra!" Un número de empresas industriales de San Petersburgo declaró una huelga el día en que las reservas fueron movilizadas, y se hizo un esfuerzo para realizar una demostración. Pero la guerra provocó tal orgía de patrio-

tismo del populacho y la reacción militar fue tan grandemente fortalecida que no era mucho lo que podía realizarse. Nuestra fracción de la Duma se ajustó con firmeza a la línea de lucha contra la guerra, la línea de lucha continua contra el gobierno zarista. Esta firmeza creó su impresión hasta en los mencheviques, y la fracción socialdemócrata en su conjunto adoptó una resolución que fue leída desde la tribuna de la Duma. La resolución fue redactada en términos cautos, mucho quedó entre líneas; no obstante, fue una resolución de protesta y provocó general indignación entre el resto de los miembros de la Duma. La indignación aumentó cuando la fracción socialdemócrata (también en conjunto) se abstuvo de votar los créditos de guerra y abandonó la cámara en masa como demostración de protesta. La organización bolchevique rápidamente pasó a la clandestinidad, empezó a difundir folletos sobre cómo utilizar la guerra en interés del desarrollo y profundización de la lucha revolucionaria. La propaganda antibélica se inició en las provincias. Los informes de las localidades indicaban que la propaganda encontró apoyo entre los trabajadores con mentalidad revolucionaria. De todo esto supimos en el exterior más tarde.

En nuestros grupos del exterior, que no habían experimentado la marejada revolucionaria de los meses precedentes en Rusia, y estaban cansados de la atmósfera del *emigré*, de la cual se buscaba escapar a todo costo, no se notaba la firmeza mostrada por nuestros diputados de la Duma y por las organizaciones bolcheviques rusas.

En París nuestro grupo bolchevique oscilaba. Aunque la mayoría del grupo se expresaba contra la guerra y contra la condición de voluntario, algunos camaradas, Sapozhkov (Kuznetsov), Kazakov (Britman, Svyagin), Misha Edisherov (Davidov), Moisseyev (Ilya, Zefir) y otros se unieron al ejército francés como voluntarios. Los voluntarios bolcheviques, mencheviques y socialistas revolucionarios (ocho en total) adoptaron una declaración en nombre de los "Republicanos Rusos", que fue publicado en la prensa francesa. Antes de que los voluntarios dejaran la ciudad de París Plejanov pronunció un discurso de despedida en su honor.

La mayoría del grupo de París condenó a los voluntarios. Pero aun los otros grupos no estaban seguros sobre la cuestión. Vladimir Ilich advirtió que ante un momento tan serio resultaba particularmente importante que cada bolchevique reflexionara sobre la importancia de

los acontecimientos que tenían lugar; era necesario un intercambio de opiniones al nivel de camaradas; no resultaba oportuno fijar en seguida cada matiz de la opinión desde el comienzo. Era indispensable llegar a un completo entendimiento. Por esta causa, al contestar la carta de Karpinsky que establecía el punto de vista de la sección de Ginebra, Ilich escribió: "Quizá sería mejor convertir esta 'crítica' y mi 'anticrítica' en un tema de discusión".

Ilich sabía que en una discusión entre camaradas sería más fácil llegar a un entendimiento que a través de la correspondencia. Pero, por supuesto, los tiempos no eran tales como para permitir que el problema se limitara a una discusión de camaradas en un estrecho círculo de bolcheviques.

Al comienzo de octubre se supo que después de su regreso de París Plejanov había pronunciado una conferencia en Ginebra y preparaba otra en Lausana.

La posición de Plejanov perturbaba a Vladimir Ilich. El creía y no creía que Plejanov se había convertido en *oboronetz* [defensor de la guerra "nacional"]. "Esto es simplemente imposible", solía decir pensativamente: "Debe ser el efecto del pasado militar de Plejanov". Cuando el 10 de octubre llegó un telegrama de Lausana que anunciaba la conferencia para el día siguiente, 11, Ilich se apresuró para ir, y yo traté de liberarlo de otras tareas, a fin de coordinar con nuestros amigos quiénes podrían concurrir desde Berna. Nosotros estábamos asentados en Berna. En esa época los Zinoviev también vivían aquí, pues llegaron dos semanas después que nosotros. Inessa, asimismo, vivía en Berna.

Ya no pude ir a la conferencia, y fui informada en detalle más tarde. Pero habiendo leído en las *Notas del Instituto Lenin* las memorias de F. Ilyin sobre esa conferencia, y sabiendo lo que ella significaba para Ilich en esa época, puedo representarme muy vívidamente lo que aconteció. Inessa, también, más tarde me relató lo sucedido. Nuestra gente concurrió a la conferencia de todas partes. De Berna, Zinoviev, Inessa; Shklovsky, de Bojio-on-Clarant, Krylenko, Bujarin y, por supuesto, los camaradas de Lausana.

Ilich temía no poder entrar a oír la conferencia de Plejanov para expresar todo lo que tenía pensado; los mencheviques podrían no admitir a tantos bolcheviques. Yo podía comprender muy bien su deseo

de no hablar a la gente sobre todo tipo de inconsecuencias en esa época y recuerdo las ingenuas estratagemas a que él recurría a fin de permanecer aislado. Recuerdo claramente cómo, en medio del tumulto, un día, en la mesa de los Movshovich, Ilich estaba tan absorto en sí mismo, tan agitado, que no pudo tragar un bocado. Se puede entender la broma un tanto forzada que Ilich expresó ante los camaradas sentados ante él en el vestíbulo, cuando Plejanov, en sus observaciones introductorias dijo algo respecto de que no había esperado hablar ante una audiencia tan amplia. "Zhulyabia" (balandronada), murmuró Ilich y se entregó enteramente a lo que Plejanov tenía que decir. Con la primera parte de la conferencia en que Plejanov atacó a los alemanes. Ilich se mostró de acuerdo y aplaudió. En la segunda parte, Plejanov desarrolló la defensa del punto de vista de la patria. No podía haber ninguna duda respecto de la posición de Plejanov. Ilich pidió la palabra. Nadie más lo hizo. Con un vaso de cerveza en la mano se aproximó a la mesa del orador. Habló calmosamente, y sólo la palidez de su rostro denotaba su excitación. En su discurso dijo, en efecto, que el estallido de la guerra no era un accidente, que toda la naturaleza del desarrollo de la sociedad burguesa había colocado las bases para la guerra. Los congresos de la Internacional Socialista, en Stuttgart, Copenhage y Basilea habían establecido cuál debía ser la actitud de los socialistas frente a la guerra inminente. Los socialdemócratas cumplirían su deber sólo cuando ellos entablaran una lucha contra la embriaguez patriotera en sus propios países. Era necesario convertir la guerra que acababa de empezar en un conflicto entre el proletariado y la clase dirigente.

Ilich tenía sólo diez minutos. No expresó nada más que lo esencial. Plejanov, con su habitual agudeza de talento, realizó la refutación. Los mencheviques —se hallaban en abrumadora mayoría— les aplaudieron estruendosamente. Se creó la impresión de que Plejanov salía victorioso.

El 14 de octubre, tres días más tarde, en el mismo lugar donde Plejanov pronunció su conferencia —en la Casa del Pueblo— se anunció una disertación de Ilich. El local estaba repleto. La conferencia fue un éxito; Ilich reveló un alto espíritu militante. Desarrolló con amplitud su tesis de la guerra como guerra imperialista. Señaló que en Rusia se había publicado ya un folleto del comité central contra la

guerra, que un folleto similar había sido impreso por la organización del Cáucaso y otros grupos. El mejor periódico socialista de Europa en ese momento —expresó— era *Golos* (La Voz) en el que colaboraba Martov: "A menudo yo he discrepado enérgicamente con Martov", agregó. "Debo decir, en consecuencia, como lo más definitivo, que este escritor hace en el presente lo que un socialdemócrata debe hacer. Critica a su propio gobierno, desenmascara a la burguesía en su propio país, denuncia a sus ministerios".

En conversaciones privadas Ilich más de una vez observó cuán valioso hubiese resultado que Martov hubiese trabajado para nuestro lado. Pero él no creía que Martov permaneciese mucho tiempo en la posición que había tomado. Sabía cuán fácilmente caía Martov bajo la influencia de otras personas. "El escribe así mientras está solo, agregó Ilich. La conferencia de Vladimir Ilich alcanzó un tremendo éxito. Repitió esta disertación, "El proletariado y la guerra", más tarde, en Ginebra.

Al retornar de la gira de conferencias Ilich encontró una carta de Shyapnikov, quien le informaba desde Estocolmo del trabajo en Rusia, del telegrama de Vandervelde a la fracción socialdemócrata de la Duma y de la réplica de los diputados mencheviques y bolcheviques. Cuando se declaró la guerra Emile Vandervelde, delegado belga del Bureau de la Internacional Socialista, aceptó un puesto ministerial en el gobierno belga. No mucho antes de la guerra él había estado en Rusia y comprobó la lucha que los trabajadores de Rusía sostenían contra la autocracia zarista, pero no entendió su profundidad. Vandervelde telegrafió a ambos grupos de la fracción socialdemócrata de la Duma instándolos a ayudar al gobierno ruso a conducir una guerra decisiva contra Alemania.

Los diputados mencheviques que al comienzo rehusaron votar los créditos de guerra vacilaron considerablemente cuando se enteraron de la posición tomada por la mayoría de los partidos socialistas, y así su respuesta a Vandervelde mostraba un completo cambio de frente. Declararon que no se opondrían a la guerra. La fracción bolchevique que envió su réplica rechazando vigorosamente toda sugestión de apoyar la guerra y cesar la lucha contra el gobierno zarista. Mucho quedó sin decir en la respuesta, pero la línea básica quedó correctamente establecida. La importancia de mantener contacto con Rusia era evi-

dente, y Vladimir Ilich, con mayor energía que nunca, insistió en que Shlyapnikov permaneciera en Estocolmo y reforzara sus relaciones con la fracción de la Duma y los rusos en general. Esto podía realizarse mejor a través de Estocolmo.

Tan pronto como Ilich llegó a Berna desde Cracovia escribió a Karpinsky preguntándole si sería posible imprimir un folleto en Ginebra. Las tesis adoptadas en los primeros días después de nuestra llegada a Berna debían ser, por una decisión tomada un mes más tarde, retocadas y publicadas en forma de manifiesto. Ilich renovó la correspondencia con Karpinsky sobre la publicación del folleto, enviando cartas por mensajeros de confianza según se ofrecía la ocasión, permaneciendo el problema muy secreto. En ese momento no estaba aún clara qué posición tomaría el gobierno de Suiza frente a la propaganda antibelicista.

Al día siguiente después de recibir la carta de Shlyapnikov, Vladimir Ilich escribió a Karpinsky:

"Querido K: Mientras yo estaba en Ginebra *gratas* noticias llegaron de Rusia. El texto de la respuesta de los socialdemócratas rusos a Vandervelde también llegó. En consecuencia, decidimos publicar en lugar de un manifiesto separado un periódico que se llamará *Sotsial Demokrat*, órgano central... El lunes te enviaremos algunas ligeras correcciones al manifiesto y una firma *diferente* (pues luego de la comunicación con Rusia apareceremos oficialmente)".

A fines de octubre Ilich realizó otra gira de conferencias; primero visitó a Montreaux y después a Zurich. En su disertación de Zurich habló Trotsky y se mostró indignado porque Ilich había llamado a Kautsky "traidor". Y Vladimir Ilich había planteado deliberadamente cada cuestión en la forma más aguda a fin de deslindar la posición de cada uno. La lucha con los "defensistas" estaba en todo su apogeo.

Esta lucha no fue simplemente una lucha interna del partido y no se refería sólo a los problemas rusos. Se trataba de una lucha de carácter internacional.

"La Segunda Internacional agonizaba, conquistada por el oportunismo", sostenía Ilich. Era indispensable reunir fuerzas para la tercera internacional, purgada de oportunismo.

¿Pero en qué fuerzas se podía confiar?

Los únicos miembros socialdemócratas del parlamento que rehusaron votar créditos de guerra, aparte de los rusos, fueron los servios. En la Skupshtshina (parlamento servio) había únicamente dos. En Alemania, al estallar la guerra, todos los miembros socialdemócratas del Reichtag votaron los créditos de guerra, pero ya el 10 de septiembre Karl Liebknecht, R. F. Mehring, Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin formularon una declaración de protesta contra la posición tomada por la mayoría de los socialdemócratas alemanes. Esta declaración sólo la pudieron publicar en los diarios suizos a fines de octubre, si bien en la prensa alemana nada lograron en ese sentido. De los diarios alemanes el Burgerzeitung de Bremen, desde el comienzo mismo de la guerra, adoptó la posición más alejada de la izquierda, afirmando el 23 de agosto que la "internacional proletaria" estaba destruida. En Francia el Partido Socialista con Guesde y Vaillant a la cabeza se deslizó hacia el patrioterismo. Sin embargo, en las bases del partido el sentimiento antibelicista se hallaba ampliamente extendido. En el partido belga la conducta de Vandervelde resultaba típica. En Inglaterra al chovinismo de Hyndman y al Partido Socialista Británico se opuso MacDonald y Keir Hardie del Partido Laborista oportunista. En los países neutrales existía un sentimiento antibélico aunque de naturaleza pacifista. El más revolucionario era el Partido Socialista Italiano con su diario Avanti a la cabeza; combatió el chovinismo y expuso los fines predatorios que se hallaban detrás de las incitaciones a la guerra. Esta actitud era apoyada por la gran mayoría de los trabajadores de vanguardia. El 27 de septiembre se realizó en Lugano una conferencia socialista ítalo-suiza. Nuestras tesis sobre la guerra fueron enviadas a esta reunión. La conferencia calificó la guerra como imperialista y apeló ante el proletariado internacional a luchar por la paz.

En general, las voces contra el patrioterismo, las voces internacionales eran todavía débiles, desunidas, inseguras, pero Ilich no dudaba que crecerían cada vez con mayor fuerza. Durante el otoño Ilich se hallaba poseído de un alto espíritu militante.

El recuerdo de ese otoño se halla entretejido en mi mente con la escena del bosque de Berna. El otoño de ese año fue maravilloso. Vivíamos en la Distelweg, una pequeña, pulcra calle contiguo al bosque de Berna que se extiende por varios kilómetros. A través del camino vivía Inessa; a cinco minutos de camino, los Zinoviev; a diez minutos,

Shlovsky. Solíamos vagar durante horas a lo largo de los caminos del bosque, cubiertos de hojas amarillentas. En muchas ocasiones los tres íbamos juntos en estos paseos: Vladimir Ilich, Inessa y yo. Vladimir Ilich desarrollaba sus planes de lucha internacional. Inessa tomaba todo esto con mucha seriedad. En esta lucha que se extendía ella empezaba a ocupar una parte cada vez más directa: conducía la correspondencia, traducía nuestros documentos al francés y al inglés, reunía materiales, hablaba con la gente, etc. A veces nos sentábamos durante horas en la falda boscosa de la montaña bañada por el sol, mientras Ilich escribía los bosquejos de sus discursos y artículos y pulía su estilo; yo estudiaba italiano con la ayuda de un tezto de Toussain; Inessa cosía una camisa y se exponía con placer al sol otoñal; todavía no se había recobrado del todo de los efectos provocados por su prisión. Por la noche todos nos reuníamos en el pequeño cuarto de Zinoviev (los tres, Gregory, Lilina y el pequeño Styopa vivían en un cuarto) y después de bromear con Styopa, antes que el niño se fuera a dormir, Ilich solía formular una serie de proposiciones concretas.

Los puntos principales de la línea de lucha Ilich los formuló de manera precisa y condensada en su carta a Shlyapnikov el 17 de octubre:

"...Kautsky es ahora el *más dañino que todos ellos*. No hay palabras que puedan describir cuán peligrosos y mezquinos son sus sofismas que cubren la bellaquería de los oportunistas (*en Neue Zeit*) con suaves y alambicadas frases. Los oportunistas son un mal ostensible; el centro alemán con Kautsky como su cabeza es un mal oculto embellecido con propósitos diplomáticos y para enturbiar los ojos, la inteligencia y la conciencia de los trabajadores, por lo que resulta más peligroso que cualquier otro. Nuestra tarea en el presente es una firme y abierta lucha contra el oportunismo internacional y los que lo protegen (Kautsky). Esto es lo que vamos a hacer en el órgano central que pronto publicaremos (probablemente dos páginas). Hay que hacer toda clase de esfuerzo para sostener el justo odio de los trabajadores de clase conscientes ante la descarada conducta de los alemanes; debemos extraer de esta odiosa política las correctas conclusiones contra el oportunismo y contra toda concesión al oportunismo. Esta es una tarea internacional. Recae en nosotros y en nadie más. Es imposible eludirla. La consigna de restablecer "simplemente" la Internacional es incorrecta (¡porque el peligro de una resolución conciliatoria servil según la línea

de Kautsky y Vandervelde es muy, muy grande!). La consigna de paz es incorrecta, pues la consigna debe ser: Transformar la guerra nacional en guerra civil. (Este cambio puede llevar un largo tiempo, puede y debe exigir un número de condiciones previas, pero todo este trabajo tiene que ser conducido *sobre la línea de tal cambio*, en este espíritu y en esta dirección). Ni el sabotaje de la guerra ni la realización de actos esporádicos individuales en ese sentido, sino la conducción de la propaganda entre las masas (y no sólo entre los "civiles") llevará a la transformación de la guerra en guerra civil.

"En Rusia el chovinismo se esconde detrás de frases sobre la *Bella Francia* y la infortunada Bélgica (¿y qué decir de Ukrania y otros países?), o detrás del odio "popular" por los alemanes (y el "kaiserismo"). En consecuencia, nuestro deber absoluto es luchar contra estos sofismas. Para que la lucha pueda proseguir sobre una línea definida y clara, es necesaria una consigna que la sintetice. Esta consigna es: Para nosotros, rusos, desde el punto de vista de los intereses de las masas obreras y la clase trabajadora de *Rusia*, no puede haber la menor duda, en absoluto, que el mal *menor* sería, aquí y ahora, la derrota del zarismo en la presente guerra. Porque el zarismo es cien veces peor que el "kaiserismo". Nosotros no saboteamos la guerra, pero luchamos contra el chovinismo, y toda propaganda y agitación se dirige hacia la unificación internacional (acercamiento, solidaridad y acuerdos, según las circunstancias) del proletariado en los intereses de la guerra civil. Sería también erróneo instigar tanto los actos de ataques armados *individuales* a los oficiales, como admitir argumentos semejante al que dice: No deseamos ayudar al "kaiserismo". La primera es una desviación hacia el anarquismo; la segunda, hacia el oportunismo. En cuanto a nosotros debemos preparar una acción de masas (o por lo menos colectiva) en el ejército, no de una sola nación, y conducir *toda* tarea de propaganda y agitación en esta dirección. Dirigir el trabajo (un trabajo obstinado, sistemático, que puede requerir largo tiempo) en el espíritu de transformar la guerra nacional en guerra civil; eso es todo el problema. El momento para tal transformación es una cuestión diferente; en el presente no está todavía clara. Debemos permitir que este momento madure, debemos sistemáticamente "forzarlo a que madure"... La consigna de paz es, a mi juicio, incorrecta, en el momento actual.

Esta es una consigna de filisteo, de predicador. La consigna proletaria debe ser la guerra civil.

"Objetivamente, a partir del cambio fundamental de la situación en Europa, surge tal consigna para la época de guerra de masas. La misma consigna se deduce de la resolución de Basilea.

"No podemos ni 'prometer' ni 'decretar' la guerra civil, pero es nuestro deber trabajar *en esta dirección*, si fuera necesario, por un largo tiempo. Encontrará detalles en el artículo del Organo Central".

Dos meses y medio después del comienzo de la guerra, Ilich había forjado ya una línea de lucha clara y distinta. Esta línea guió toda su actividad posterior. El carácter internacional de su actividad dio un nuevo tono a su tarea para Rusia, le concedió nuevo vigor y nuevos matices. Si no hubiera sido por los muchos años de duro trabajo previo destinado a la erección del partido, a la organización de la clase trabajadora rusa, Ilich no hubiera podido tan rápida y firmemente tomar una línea correcta respecto de los nuevos problemas planteados por la guerra imperialista. Si no se hubiera sumergido en lo más profundo de la lucha internacional, no hubiera logrado conducir con tanta firmeza al proletariado ruso hacia la victoria de Octubre.

El número 33 del *Sotsial Demokrat* fue publicado el 1º de noviembre de 1914. Al comienzo sólo 500 ejemplares se imprimieron, pero más tarde se consideró necesario agregar otras mil. El 14 de noviembre Ilich alegremente informó a Karpinsky que el diario había sido enviado a uno de los puntos no lejos de la frontera y que pronto sería embarcado para su distribución.

Con la ayuda de Naine y Craber un resumen del manifiesto se publicó el 13 de noviembre en *La Sentinelle*, un periódico suizo editado en francés en el centro de trabajadores de Chamaux-de-Fonds. Ilich estaba radiante. Enviamos traducciones del manifiesto a los diarios franceses, ingleses y alemanes.

A fin de desarrollar la propaganda entre los franceses, Vladimir Ilich comunicó a Karpinsky el deseo de organizar una conferencia que debía ser pronunciada en francés por Inessa. Escribió a Shlyapnikov para que hablara ante el congreso sueco. Shlyapnikov lo hizo con todo éxito. Así poco a poco la "acción internacional" de los bolcheviques fue desarrollándose.

Respecto de las conexiones con Rusia la situación no era tan buena.

Shlyapnikov envió algún material interesante desde San Petersburgo para el n3mero 34 del diario, pero junto con éste tuvimos que publicar en esa edición la noticia del arresto de los cinco diputados bolcheviques de la Duma. La relación con Rusia se tornó otra vez más débil.

Mientras mantenía una apasionada lucha contra la traición a la causa del proletariado por la Segunda Internacional, Ilich al mismo tiempo empezó en seguida de su llegada a Berna a preparar un ensayo sobre "Karl Marx" para el *Diccionario Enciclopédico Granat.* En este trabajo empieza por explicar su exposición de las enseñanzas de Marx mediante una introducción a su filosofía, dividiéndola en dos partes: "Materialismo filosófico" y "Dialéctica", y luego, después de explicar las teorías económicas de Marx, muestra cómo éste enfoca la cuestión del socialismo y las tácticas de la lucha de clase del proletariado.

Esta no era la manera usual de presentar las enseñanzas de Marx. Antes de escribir los capítulos sobre el materialismo filosófico y la dialéctica Ilich volvió a leer diligentemente a Hegel y a otros filósofos y continuó estos estudios aun después que terminó el ensayo. El objetivo de su trabajo en el campo de la filosofía era dominar el método de transformar la filosofía en una guía concreta para la acción. Sus breves observaciones sobre el enfoque dialéctico de todos los fenómenos, efectuadas en 1921 en el curso de la controversia con Trotsky y Bujarin respecto de los sindicatos, representan la mejor evidencia de cuánto había ganado Ilich en este sentido a partir de sus estudios de filosofía comenzados con su llegada a Berna y que constituían una continuación de lo que había realizado en el problema de los estudios filosóficos de 1908-09, cuando polemizó con los *machistas.*

Lucha y estudio, estudio y trabajo científico se hallaban siempre para Ilich estrechamente unidos. Aunque a primera vista todo puede parecer sólo tarea paralela había siempre la más íntima y profunda conexión entre ellos.

Al comienzo de 1915 se continuó el enérgico trabajo de consolidar los grupos bolcheviques en el exterior. Si bien ya se había alcanzado entre ellos un entendimiento definitivo los tiempos exigían sedimentar esa unidad más que nunca. Antes de la guerra el centro de los grupos bolcheviques, el así llamado Comité de Organizaciones en el Exterior, tenía su cuartel general en París. Ahora el centro tenía que ser trasladado a Suiza, país neutral, a Berna, donde fue establecida la dirección

editorial del órgano central. Había que lograr un acuerdo sobre todos los puntos: la estimación de la guerra, la confrontación de las nuevas tareas del partido y el modo de enfrentarlas; el trabajo de los grupos debía realizarse con más exactitud. El grupo de Bojio, por ejemplo (Krilenko, Bujarin, Rozmirovich) decidió publicar su propio órgano en el exterior, *Zwezda* (Estrella), y ellos acometieron la empresa de modo tan apresurado que ni siquiera trataron el problema con el órgano central. Conocimos este plan por Inessa. Tal publicación era de alcance restringido. Ni siquiera había dinero para publicar el órgano central, y aunque no existían diferencias de opinión todavía, éstas podían surgir fácilmente. Cualquier frase imprudente podría ser sorprendida por los oponentes y exagerada en todo sentido. Era necesario medir el paso. Tal resultaba la imposición de la época.

Hacia el fin de febrero fue convocada en Berna una conferencia de todos los grupos del exterior. Aparte del grupo suizo se hallaba el grupo de París. Los parisienses enviaron a Grisha Belenky, que informó en detalle sobre los sentiimentos "defensistas" que prevalecían en el grupo de París al comenzar la guerra. Los londinenses no pudieron venir y designaron representante por poder. El grupo Bojio dudaba en concurrir, y llegó sólo al final. Junto con este grupo llegaron los "Japoneses", sobrenombre de los Kievites, camaradas Piatakov y Bosche (hermana de E. F. Rozmirovich) que habían escapado de Siberia a través de Japón y América. Era la época en que nos aferrábamos convulsivamente de cada nueva persona que concordaba con nuestras ideas. Los "Japoneses" provocaron una buena impresión en nosotros. Su llegada reforzó sin duda nuestras fuerzas en el exterior.

La conferencia adoptó una terminante resolución sobre la guerra; hubo un debate sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa (al que Inessa se opuso con particular calor); se planeó el carácter del trabajo de los grupos del exterior; se decidió no publicar el periódico en Bojio. Fue elegido un nuevo Comité de Organizaciones del Exterior, integrado por los camaradas de Berna Shklovsky, Kaparov, Inessa, Lilina y Krupskaya.

La tarea del momento era unificar nuestras fuerzas en escala internacional. La dificultad de este trabajo quedó puesta de manifiesto por la Conferencia Socialista Interaliada, integrada por representantes de los partidos socialistas de Inglaterra, Bélgica, Francia y Rusia que se

celebró en Londres el 14 de febrero de 1914. La conferencia fue convocada por Vandervelde, pero la organizó el Partido Laborista Inglés Independiente dirigido por Keir Hardie y Macdonald. Antes de la conferencia se oponían a la guerra y defendían la unidad internacional. Al principio el Partido Laborista independiente propuso invitar a los delegados de Alemania y Austria, pero los franceses declararon que ellos no participarían en la conferencia en tales circunstancias. Hubo once delegados de Inglaterra, dieciséis de Francia, tres de Bélgica. Tres socialistas revolucionarios llegaron de Rusia y había un delegado del comité de organización menchevique. Nosotros fuimos representados por Litvinov. Se podía prever qué clase de conferencia sería, qué resultados arrojaría, y se convino por tanto que Litvinov simplemente leyera la declaración de nuestro comité central. Ilich redactó un bosquejo de esta declaración para Litvinov. Esta contenía la exigencia para que Vandervelde, Guesde y Sembat renunciaran inmediatamente de los gabinetes burgueses de Bélgica y Francia y que todos los partidos socialistas apoyaran a los trabajadores rusos en lucha contra el zarismo. La declaración afirmaba que los socialdemócratas de Alemania y Austria habían cometido un monstruoso crimen contra el socialismo y la internacional al votar los créditos de guerra y concluir la "paz civil" con los junkers, los curas y la burguesía, pero que los socialistas belgas y franceses no habían actuado mejor. La declaración continuaba: "Los trabajadores de Rusia extienden sus manos de camaradas a los socialistas que han actuado como Karl Liebknecht, como los socialistas de Servia y de Italia, como los camaradas ingleses del Partido Laborista Independiente y ciertos miembros del Partido Socialista Inglés, como nuestros camaradas arrestados del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.

"Los conminamos a seguir este camino, el camino del socialismo. ¡Abajo el chovisnismo que arruina la causa del proletariado! ¡Viva el socialismo internacional!"

Estas eran las palabras con que concluía la declaración. Fue firmada por el comité central y también por Berzin, representante de los socialdemócratas letones. El presidente no permitió a Litvinov leer la dclaración hasta el final, y así se la entregó a aquél a la vez que abandonaba la conferencia declarando que el Portido Socialdemócrata Obrero Ruso no participaría en ella. Después de la partida de Litvinov la

conferencia adoptó una resolución por la que apoyaba la "guerra de liberación" hasta que la victoria sobre Alemania fuese alcanzada. Keir Hardie y Macdonald también votaron por esta resolución.

Al mismo tiempo se realizaban los preparativos para una conferencia internacional de mujeres. Por supuesto no sólo resultaba importante que tal conferencia se efectuara sino que no fuera de tono pacifista, y que adoptara una definitiva posición revolucionaria. Esto necesitaba un gran trabajo preliminar, el que en su mayor parte le tocó a Inessa. Dado que por lo general ella ayudaba a los directores del Organo Central a traducir diversos documentos y había participado en la lucha creciente contra el "defensismo" desde el comienzo, Inessa se hallaba bien calificada para esta tarea. Además, sabía lenguas. Ella se escribía con Clara Zetkin, Balabanova, Kollantai, y mujeres inglesas, fortaleciendo así los hilos de los vínculos internacionales. Estos hilos eran muy débiles y se quebraban constantemente, pero Inessa se mantenía firme en su misión. A través de Stahl, que vivía en París, mantenía correspondencia con los camaradas franceses. Lo más fácil resultaba comunicarse con Balabanova. Ella trabajaba en Italia, y ayudaba a publicar Avanti. Era éste el período en que el espíritu revolucionario del Partido Socialista Italiano se hallaba en su apogeo. En Alemania se extendía el sentimiento antidefensista. El 2 de diciembre Karl Liebknecht votó contra los créditos de guerra. La Conferencia Internacional de Mujeres fue convocada por Clara Zetkin. Era la secretaria del Bureau Internacional de Mujeres Socialistas. Junto con Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y F. Mehring, ella luchó contra la mayoría chovinista dentro del Partido Socialdemócrata Alemán. Con ella se comunicaba Inessa. Kollontai había dejado a los mencheviques por esa época. En enero ella escribió a Vladimir Ilich y a mí, enviándonos un panfleto. "Mi estimada camarada —escribió Vladimir Ilich en retorno—, quedo muy agradecido por el envío del folleto; por el momento sólo puedo entregarlo a los miembros locales de la dirección de *Rabonitsa* (La Trabajadora). Ya le han remitido una carta a Zetkin, aparentemente del mismo contenido que la suya". Y luego Vladimir Ilich procedía a explicar la posición de los bolcheviques. "Seg2n parece, usted no concuerda del todo con la consigna de la guerra civil y le asigna, por así decir, un lugar subordinado (y quizá aun condicional) ante la consigna de la paz. Y usted subraya que "debemos adelantar una *consigna*

que nos una a todos". Le diré francamente que lo que yo más temo en el momento presente es una unidad indiscriminada que, estoy convencido, es la más peligrosa y dañina para el proletariado". Inessa condujo su corespondencia con Kollontai respecto de la conferencia contra el trasfondo de la posición de Ilich. Kollontai no logró llegar a la conferencia.

La conferencia internacional de Berna se realizó los días 26-28 de marzo. La delegación más organizada y más amplia fue la alemana, dirigida por Clara Zetkin. Las delegadas del comité central fueron Armand, Lilina, Ravich, Krupskaya, Rozmirovich. Las "roziamovits" polacas estuvieron representadas por Kamneskaya (Domskaya), que apoyó a la delegación del comité central. Los rusos tenían dos delegadas más que representaban al comité de organización. Balabanova vino de Italia; Louise Simanot, una francesa, se hallaba en gran medida bajo la influencia de Balabanova. La delegación holandesa se presentó en una actitud puramente pacifista. Rolland-Holst, que entonces pertenecía al ala izquierda, no pudo venir; vino una persona del Partido Troelstra, por completo chovinista. Las delegadas inglesas pertenecían al Partido Laborista Independiente oportunista; las delegadas de Suiza eran de inclinación pacifista. En realidad, el pacifismo era el tono predominente. Por supuesto, si consideramos la conferencia de Londres, un mes y medio antes, éste significaba un considerable paso adelante. El mismo hecho de que la conferencia se componía de delegaciones de países en guerra entre sí era significativo.

La mayoría de las mujeres alemanas pertenecían al grupo de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Este grupo había empezado a disociarse de los chovinistas y a combatir al gobierno. Rosa Luxemburgo ya había sido arrestada. Pero esto ocurría dentro de las fronteras. En la conferencia internacional ellas pensaban que tenían que mostrarse conciliadores en lo posible, pues formaban la delegación de un país que en ese momento obtenía victorias en el frente de batalla. Si la conferencia, reunida después de tanto esfuerzo, se desmoronara —pensaban— toda la culpa recaería sobre ellas; los chovinistas de todos los paises, y los socialpatriotas alemanes sobre todo se hubieran alegrado del colapso de la conferencia. En consecuencia, Clara Zetkin estaba preparada para hacer concesiones a los pacifistas, que significaba enfriar el contenido revolucionario de las resoluciones. Nuestra delega-

ción, la delegación del comité central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, defendió el punto de vista de Ilich, según se expresaba en la carta a Kollontai. El objetivo no era realizar la unidad *indiscriminadamente, sino* la unidad para la lucha revolucionaria contra el chovinismo, por la lucha revolucionaria implacable del proletariado contra la clase dirigente. No se advertía condena alguna del chovinismo en la resolución redactada por la comisión compuesta de alemanas, inglesas y holandesas. Nosotros presentamos nuestra propia declaración. Fue defendida por Inessa. La representante polaca Kamenskaya también habló en apoyo de ésta. Quedamos solas. En todas partes se denunció nuestra "escisión". Pero los acontecimientos pronto probaron la justeza de nuestra posición. El beato pacifismo de las inglesas y las holandesas no avanzó un solo paso en la acción internacional. El importante papel de apresurar el fin de la guerra estuvo representado por la lucha revolucionaria y la ruptura con los chovinistas.

Ilich se dedicó ardientemente a la movilización de las fuerzas para la lucha en el frente internacional. "No importa que ahora sumemos sólo un puñado de individuos", observó alguna vez; "millones estarán con nosotros". El redactó nuestra resolución para la Conferencia de las mujeres realizada en Berna y siguió toda su tarea. Pero comprobábamos cuán difícil resultaba para él permanecer en el papel de dirigente detrás del escenario en un problema de tanta importancia que se realizaba justamente en la vecindad y en el cual deseaba intervenir con toda su energía.

Recuerdo un incidente: Inessa y yo estábamos sentadas en el hospital ante el lecho de Abram Skovono que había sido operado. Ilich llegó e inmediatamente comenzó a urgir a Inessa sobre la necesidad de ver a Zetkin y persuadirla de la corrección de nuestra tesis; ella debería entender —dijo—; ello no podía dejar de comprender que en este momento no debíamos caer en el pasifismo; todas las cuestiones debían ser propuestas en la forma más apremiante. Y continó reuniendo argumentos sobre argumentos que Inessa tenía que usar para convencer a Zetkin. Inessa no deseaba ir; pensaba que nada se obtendría de esto. Ilich insistió, y le rogó con vehemencia que fuera. La conversación entre Zetkin e Inessa no se realizó, sin embargo.

El 17 de abril hubo otra conferencia internacional en Berna, una conferencia de la juventud socialista. En Suiza, en ese tiempo había

un número considerable de hombres jóvenes de los países beligerantes que no querían ir al frente para intervenir en la guerra imperialista; habían emigrado a Suiza, como país neutral. Naturalmente, estos jóvenes estaban inmbuidos de sentimientos revolucionarios. No es un accidente que la Conferencia Internacional de Mujeres fuese seguida por la Conferencia de la Juventud Socialista.

En nombre del comité central de nuestro partido Inessa y Safarov participaron en esta conferencia.

En marzo murió mi madre. Había sido una íntima camarada, que ayudaba en todos nuestros trabajos. En Rusia, durante los allanamientos, ella escondía el material ilegal; ella visitaba a los camaradas en prisión y llevaba mensajes; había vivido con nosotros en Siberia y en el exterior, dirigendo nuestra casa, aendiendo a los camaradas que llegaban a partían; cosía "corazas" sobre camisas especiales y chalecos en los cuales se escondía la literatura ilegal; escribía los "esqueletos" de las letras entre las líneas en los cuales se insertaban nuestros mensajes con tinta invisible, etc. Los camaradas la querían. El último invierno fue decisivo para ella. Todas sus fuerzas la abandonaron. Anhelaba ir a Rusia, pero no teníamos allá a nadie que cuidara de ella. A menudo discutía con Vladimir Ilich, pero siempre fue solícita con él, y Vladimir, también, fue afectuoso con ella. En cierta ocasión mi madre se hallaba muy deprimida. Era una fumadora empedernida y había olvidado comprar cigarrillos; era feriado y no se los podía obtener por ninguna parte. Cuando Ilich advirtió esto dijo: "No se preocupe, los conseguiré en seguida". Fue a registrar los cafés, encontró los cigarrillos y se los trajo a mi madre. No mucho antes de morir ella me dijo: "No, no quiero ir sola a Rusia, esperaré a ir con ustedes dos". En otra ocasión comenzó a hablar sobre religión. Ella se consideraba religiosa, pero no había pisado el templo durante años, nunca observaba los ayunos, nunca oraba, y en general la religión no ocupaba ningún lugar en su vida, pero nunca le gustaba discutir el tema y ahora repentinamente expresó: "Yo fui religiosa en mi juventud, mas a medida que vivía y entendía la vida, comprendí que esto era pura tontería" Más de una vez había expresado el deseo de ser cremada cuando muriera. La pequeña casa donde vivíamos estaba situada justamente sobre el bosque de Berna. Cuando el templado sol de la primavera comenzaba a brillar mi madre se sinió atraída hacia el bosque. Yo fui

con ella, nos sentamos en un banco por una media hora, y luego apenas pudo regresar a casa. Al día siguiente estaba ya en la agonía de la muerte. Cumplimos su pedido: fue cremada en el crematorio de Berna.

Vladimir Ilich y yo esperamos en el crematorio. A las dos horas poco más o menos un empleado nos trajo una urna de metal con las cenizas todavía calientes y nos mostró dónde debían ser sepultadas.

Nuestra vida de familia se tornó aún más semejante a la vida estudiantil. Nuestra propietaria, una vieja y piadosa lavandera, nos pidió que buscáramos otro cuarto, explicándonos que deseaba alquilar su cuarto a creyentes. Nos mudamos a otro lugar.

El 10 de febrero se realizó el juicio de los cinco diputados de la Duma.Todos los diputados bolcheviques: Petrovxsky, Muranov, Badayey, Samoilov, Shagov y también L. B. Kamenev fueron sentenciados a exilio.

En el artículo "¿Qué ha probado el juicio de la fracción socialdemócrata obrera rusa?", del 24 de marzo de 1915, Ilich escribió: "Los hechos nos dicen que en los primeros meses después de comenzada la guerra, la vanguardia de la clase consciente de los trabajadores de Rusia se unió, *en la práctica*, alrededor del comité central y del órgano central. Este hecho puede ser desagradable para ciertas "fracciones"; sin embargo no puede ser negado. Las palabras citadas en el proceso: "Es necesario tornar los cañones no contra nuestros hermanos, los esclavos asalariados de otros países, sino contra la reacción de las burguesías gobernantes y sus partidos de todos los países", éstas palabras se extenderán, gracias al juicio, y ya se han extendido sobre Rusia como un llamado al internacionalismo proletario a iniciar la revolución proletaria. La consigna de clase de los trabajadores de vanguardia de Rusia ha llegado, merced al juicio, a las amplias masas de los obreros.

"Una epidemia de chovinismo entre la burguesía y un sector de la pequeña burguesía, vacilaciones en otro sector, y un llamado de la clase obrera de esta índole, éste es el real cuadro objetivo de nuestras divisiones políticas. A este verdadero cuadro, y no a los benevolentes deseos de la *intelligentsia* y fundadores de pequeños grupos, es al que debemos adaptar nuestras "perspectivas", esperanzas y consignas.

"Las notas de *Pravda* y el tipo de trabajo de Muranov había realizado la unidad de las cuatro quintas partes de la clase de trabajadores

coscientes de Rusia. Cerca de cuarenta mil obreros compraban *Pravda*; muchos más la leían. No importa que la guerra, la prisión, Siberia y trabajos forzados irrumpan cinco veces más o diez veces más; este sector de los trabajadores no puede ser destruido. Está vivo. Ha absorbido el espíritu revolucionario; es antichovinista. *Sólo éste* permanece entre las masas del pueblo, y profundamente enraizado en su medio, como un protagonista del internacionalismo del trabajador, del explotado, del oprimido. *Sólo* éste ha mantenido su terreno en el desastre general. *Sólo* él aleja a los elementos semiproletarios del chovinismo social de los Cadetes, Trudoviques, Plejanov, *Nasha Zarya* y los conduce al socialismo. Su existencia, sus ideas, su trabajo, su llamado a la "hermandad de los esclavos asalariados de otros países" han sido revelados a toda Rusia por el juicio contra la fracción de la social democracia obrera rusa.

"Con esta sección tenemos que trabajar. Debemos defender su unidad contra el social chovinismo. Sólo siguiendo este camino el movimiento obrero en Rusia puede desarrollarse hacia la revolución social y no hacia el liberalismo nacional de tipo europeo".

Los acontecimientos probaron muy pronto lo correcto de la posición de Lenin. Ilich trabajaba sin interrupción en la propoganda de las ideas del internacionalismo y la denuncia del socialchovinismo en todas sus variadas formas.

Después de la muerte de mi madre tuve una recaída de mi enfermedad, y los médicos me ordenaron ir a las montañas. Ilich examinó los avisos para elegir una pensión barata en una localidad modesta en la falda del Rothorn en Soerenberg. Elegimos el Marienthal Hotel, y vivimos allí todo el verano.

Poco antes de nuestra partida los "Japoneses" (Bosche y Piatakov) llegaron a Berna con un plan para publicar una revista ilegal en el exterior, en la cual sería posible discutir completamente todos los problemas importantes. El *Comunista* debía ser publicado bajo la dirección del Organo Central, aumentada por P. y N. Kievsky (Bosche y Piatakov). Esto fue aceptado. En el curso del verano Ilich escribió un largo artículo para el *Comunista,* titulado *El colapso de la segunda internacional.* Durante el mismo verano Ilich, junto con Zinoviev, preparó, como base para la conferencia de los internacionalistas, un folleto titulado *El socialismo y la guerra.*

Estábamos muy cómodos en Soerenberg; alrededor todo era bosque y altas montañas, y hasta había nieve en la cima del Rothorn. La correspondencia llegaba con suiza puntualidad. Descubrimos que en una villa tan aislada como Soerenberg era posible obtener libre de cargo cualquier libro de las bibliotecas de Berna o Zurich. Se enviaba una tarjeta a la biblioteca con la dirección y el pedido de envío de una libro deseado. Ninguna pregunta, ni certificados, ni garantías para impedir el engaño a la biblioteca, con completo contraste con la burocrática Francia. Dos días más tarde llegaba el libro, envuelto en cartón; una tarjeta venía adherida al paquete, la que en lado contenía la dirección de la persona que solicitaba el libro, y en el otro la dirección de la biblioteca que lo enviaba. Este procedimiento permitió a Ilich trabajar en tal apartado lugar. Ilich sólo tenía alabanzas para la cultura suiza. Resultaba muy confortable trabajar en Soerenberg. Tiempo después vino Inessa y permaneció con nosotros. Nos levantábamos temprano, y antes del almuerzo, que en Suiza se sirve a las doce en todas partes, cada uno de nosotros trabajaba en rincones diferentes del jardín. Durante estas horas Inessa a menudo tocaba el piano, y era particularmente grato trabajar con la música que llegaba hasta nosotros. Después de comer a veces íbamos a la montaña por el resto del día. Ilich amaba las montañas; le gustaba llegar hasta las estribaciones del Rothorn hacia la tarde, cuando el espectáculo arriba era maravilloso y debajo la nieve se tornaba rosa. o vagar sobre el Schrattenfluh —existía tal montaña a unos dos kilómetros de nuestra residencia— y traducíamos su nombre como "escalones malditos". Era imposible trepar a la amplia y chata cima. La montaña se hallaba por completo cubierta de cierta roca corroída por las corrientes de primavera. Raramente escalábamos el Rothorn, aunque desde allí la vista de los Alpes era maravillosa. Nos íbamos a dormir con las gallinas, recogíamos rosas alpinas, fresas; todos éramos ardientes colectores de hongos; había una gran variedad de hongos blancos, pero se advertían también muchas otras variedades, y discutíamos con tanto calor sobre su clasificación que se podría haber pensado que se trataba de una cuestión de resolución que envolvía importantes principios.

En Alemania la lucha comenzaba a encenderse. En abril el *Internacional*, una revista fundada por Rosa Luxemburgo y Franz Mehring, fue publicada e inmediatamente clausurada. El folleto de Junius (Rosa

Luxemburgo) se publicó con el título *La crisis de la socialdemocracia alemana*. Un llamado de los socialdemócratas alemanes de izquierda escrito por Karl Liebknecht, titulado *El enemigo principal está en su propio país*, se publicó al comienzo de junio; K. Liebknecht y Dunker redactaron *Una carta abierta al comité central del Partido Socialdemócrata y la fracción del Reichtag*, en la que protestaban contra la actitud de la mayoría socialdemócrata hacia la guerra. Esta *Carta abierta* fue firmada por unos mil miembros importantes del partido.

Al advertir la creciente influencia de los socialdemócratas de izquierda, el comité central del Partido Socialdemócrata Alemán decidió cortar este peligro y publicó un manifiesto firmado por Kautsky, Haase y Bernstein contra las anexiones y reclamando la unidad del partido. Al mismo tiempo se dio a conocer otra resolución en su nombre y en el de la fracción del Reichtag contra la oposición de izquierda.

En Suiza Robert Grimm convocó una conferencia preliminar para el 11 de junio en Berna a fin de discutir los arreglos para la conferencia internacional de los izquierdistas. Hubo siete personas presentes en esa conferencia (Grimm, Zinoviev, P. B. Axelrod, Varsky, Valetsky, Balabanova, Morgari). En realidad, aparte de Zinoviev no hubo izquierdistas verdaderos en esa conferencia preliminar, y la impresión que se obtuvo de todas las conversaciones fue que ninguno de los participantes deseaba en verdad convocar a la conferencia.

Vladimir Ilich se hallaba muy excitado y diligentemente escribía cartas en todas direcciones: a Zinoviev, a Radek, a Berzin, a Kollontai, a los camaradas de Lausana, ansioso para que en la inminente conferencia se asegurasen lugares para los verdaderos izquierdistas y que hubiera la más sólida unidad posible entre la izquierda. Hacia la mitad de agosto los bolcheviques ya había emitido: 1º, un manifiesto; 2º, resoluciones; 3º, un bosquejo de declaración, los que fueron enviados a los más decididos camaradas de la izquierda para su consideración y discusión. En octubre el folleto *El socialismo y la guerra*, por Lenin y Zinoviev, estaba ya traducido al alemán.

La conferencia se realizó del 5 al 8 de septiembre en Zimmerwald. Estuvieron presentes delegados de once países (treinta y ocho delegados en total). La así llamada izquierda de Zimmerwald consistió sólo de nueve personas (Lenin, Zinoviev, Berzin, Hoeglund, Nerman, Radek, Borchardt, Platten; después de la conferencia se unió Rolland-

Holst). De Rusia llegaron también para la conferencia, Trotsky, Axelrod, Martov, Natanson, Chernov y un bundista. Trotsky no se unió a la izquierda de Zimmerwold.

Vladimir Ilich fue a la conferencia antes de que se inaugurara, y el 4 de septiembre, en una reunión privada, dio un informe respecto de la naturaleza de la guerra y las tácticas que debían ser adoptadas por la conferencia internacional. Los debates se centraron sobre la cuestión de un manifiesto. Los izquierdistas propusieron su esquema de manifiesto y resolución sobre la guerra y las tareas de los socialdemócratas. La mayoría rechazó el bosquejo de los izquierdistas y adoptó un manifiesto considerablemente más vago y menos militante. Vladimir Ilich ofreció una estimación de la conferencia de Zimmewald en su artículo *El primer paso.* Los izquierdistas habían firmado el manifiesto general que fue adoptado en la conferencia, y en su artículo Ilich pregunta: "¿Tuvo razón nuestro comité central al firmar este *manifiesto*, que adolece de falta de consistencia y expresa timidez?" Y contesta: "Creemos que sí. Que discrepamos, que no sólo nuestro comité central sino que toda la sección izquierdista internacional de la conferencia que se adhirió a los principios del marxismo revolucionario discrepa, se expresa únicamente en una resolución especial, en un esquema de manifiesto separado y en una declaración separada sobre los motivos que nos llevaron a votar por un manifiesto de compromiso. Nosotros no escondimos ni una coma de nuestras opiniones, consignas, tácticas. La edición alemana de nuestro folleto *El socialismo y la guerra* fue distribuido en la conferencia. Hemos propalado, propalamos y propalaremos nuestras opiniones con no menos energía que el manifiesto. Que este manifiesto da *un paso adelante* hacia una lucha real contra el oportunismo y la ruptura y escisión con él, es un hecho. Sería sectarismo negarse a avanzar este paso *junto* con la minoría de socialistas alemanes, franceses, suecos, noruegos y suizos en tanto retenemos completa libertad y total posibilidad para criticar la incoherencia y luchar por más".

En la conferencia de Zimmerwald los izquierdistas organizaron su propio bureau y en general formaron un grupo distinto.

Aunque ante de la conferencia de Zimmerwald Ilich había escrito que nuestro proyecto de resolución debía ser presentado a los partidarios de Kautsky, advertía: "Los holandeses más nosotros, más los alemanes de izquierda, más nada, esto no importa; después no será nada sino todo". Sin embargo, el progreso era muy lento en verdad, y Lenin

no podía conformarse con esto. El artículo *El primer paso* comenzaba, en efecto, con el énfasis sobre el lento desarrollo del movimiento revolucionario. "El desarrollo del movimiento de la internacional socialista prosigue muy despacio en la época de la inmensa crisis creada por la guerra". Ilich, en consecuencia, volvió de la conferencia de Zimmerwald en un estado de irritación.

El día después de la llegada de Ilich de la conferencia de Zimmerwald escalamos el Rothorn. Trepamos con un "espléndido apetito", pero cuando llegamos a la cumbre, Ilich repentinamente se tiró en el suelo, en una posición incómoda, casi sobre la nieve, y se quedó dormido. Las nubes se reunían, luego se dispersaban; la vista de los Alpes desde el Rothron era magnífica, y Vladimir Ilich dormido como un muerto. No se agitó ni un momento y durmió más de una hora. Aparentemente Zimmerwald había desgastado mucho sus nervios y había deprimido su energía.

Fueron necesarios varios días de descanso en las montañas y la atmósfera de Soerenberg antes de que Ilich volviese a ser el mismo. Kollontai partía para América y Vladimir Ilich le escribió recomendándole hacer todo lo posible a fin de consolidar los elementos internacionales de la izquierda americana. A principios de octubre regresamos a Berna. Ilich se trasladó a Ginebra donde pronunció una charla sobre la conferencia de Zimmerwald, y continuaba a la vez su correspondencia con Kollontai sobre los americanos, etc.

El otoño fue bastante sofocante. Berna es principalmente una ciudad administrativa y académica. Tiene muchas y buenas bibliotecas, mucha erudición, pero la vida se halla influida por una especie de espíritu pequeñoburgués. Berna es muy "democrática"; la esposa del más alto funcionario de la República sacude sus alfombras todos los días sobre el balcón, pero estas alfombras, lujos del hogar, absorben al máximo las energías de la mujer de Berna. En el otoño alquilamos un cuarto con luz eléctrica, mudamos nuestras valijas y nuestros libros, y cuando el día que nos mudamos llegaron los Shklovsky, yo empecé a mostrarles cuán magníficamente iluminaba la electricidad, pero cuando los Shklovsky se fueron, la dueña de casa irrumpió y exigió que nos mudáramos al día siguiente, pues ella no toleraría que la electricidad se usara en su casa durante el día. Decidimos que ella no era la dueña de todas las casas, de modo que alquilamos otro cuarto más modesto, sin electricidad, y nos mudamos al día siguiente. El espíritu pequeño-

burgués era dominante y acentuado en toda Suiza. Un conjunto teatral ruso que actuaba en alemán, visitó Berna; representaron *El cadáver viviente*, de L. Tolstoy. Fuimos a ver la obra. La representación era muy buena. Ilich, que odiaba profundamente toda clase de filisteísmo y convencionalismo, fue muy emocionado por la obra. A los suizos también les gustó. ¿Pero por qué les gustó a los berneses? Ellos se sentían muy apenados por la esposa de Protasov y se tomaron a pecho sus tribulaciones. "¡Tenía que casarse con un hombre tan descarriado! Ellos eran ricos con una posición en la sociedad. ¡Podían haber sido tan felices, pobre Lisa!"

En el otoño de 1915 concurrimos a las bibliotecas más asiduamente que nunca; realizábamos paseos como siempre, pero todo esto no podía quitarnos el sentimiento de estar encerrados en esta jaula democrática. Más lejos, en otra parte, una lucha revolucionaria ascendía, la vida estaba en movimiento, mas todo esto se hallaba tan lejos...

En Berna poco podría realizarse para el establecimiento directo de las conexiones con la izquierda. Recuerdo que Inessa fue a la Suiza francesa a entablar contactos con los izquierdistas suizos, Naine y Graber, pero no logró reunirse con ellos. O Naine se había ido de pesca, o bien Graber se hallaba ocupado en su casa. "Mi padre se halla muy atareado hoy; es nuestro día de lavado, y se halla colgando la ropa", informó respetuosamente a Inessa la pequeña hija de Graber. Pescar y colgar la ropa no son malas ocupaciones. Ilich más de una vez ha montado guardia frente al hervidor para evitar que se derramara el líquido, pero cuando el lavado y la línea de pescar se interponen con conversaciones sobre importantes problemas de organización de las izquierdas, ya no resultan tan buenas. Inessa obtuvo un pasaporte ajeno y marchó a París. Después de retornar de Zimmerwald, Merrheim y Bourderon había fundado un comité en París para el restablecimiento de las conexiones internacionales. Inessa concurrió a representar a los bolcheviques en el comité. Allí tuvo que combatir duramente por la línea que por fin prevaleció. Escribió a Vladimir Ilich en detalle sobre la tarea. También intervino en forma activa en nuestro grupo de París; conversó con un miembro del grupo, Sapozhkov, que había ingresado como voluntario en la marina, pero que ahora compartía las opiniones de los bolcheviques y comenzaba a realizar propaganda entre los soldados franceses.

El camarada Shklovsky organizó un pequeño laboratorio químico, y algunos de los nuestros, Kasparov y Zinoviev, trabajaban en él para ganar algún dinero; Zinoviev observaba atentamente los tubos y retortas que ahora aparecían en todos los cuartos.

En Berna fue posible realizar trabajo teórico principalmente. Durante el año de guerra muchas cosas se tornaron más claras. En este contexto la cuestión de los Estados Unidos de Europa es característica. En la declaración publicada por el comité central en el órgano central el 1º de noviembre de 1914, leemos: "La consigna política inmediata de los socialdemócratas de Europa debe ser la creación de una república de los Estados Unidos de Europa. En contraste con la burguesía que está preparada para "prometer" cualquier cosa a fin de atraer al proletariado dentro de la corriente general del chovinismo, los socialdemócratas explicarán que esta consigna es falsa y sin sentido si no la acompaña el derrocamiento revolucionario de las monarquías alemana, austríaca y rusa".

En marzo, durante la conferencia de las secciones del extranjero esta consigna ya provocó una considerable controversia. En el informe de la conferencia se afirma: "...en el problema de la consigna de 'los Estados Unidos de Europa' la discusión adquirió un carácter político unilateral, y se decidió posponer la cuestión que dependía de un análisis del aspecto *económico* de ésta a dilucidarse en la prensa".

La cuestión del imperialismo, su esencia económica, la explotación de los estados más débiles por los estados imperialistas poderosos, la explotación de las colonias, surgió en toda su magnitud. Por esta razón el órgano central llegó a la conclusión que: "Desde el punto de vista de las condiciones económicas del imperialismo, por ej., la exportación de capitales y la división del mundo entre los poderes coloniales 'progresistas' y 'civilizados', los Estados Unidos de Europa resultan bajo el capitalismo o imposibles o reaccionarios... Los Estados Unidos de Europa bajo el capitalismo apuntan a un acuerdo respecto de la división de las colonias".

Pero quizá era posible adelantar otra consigna: la de los Estados Unidos del Mundo. Esto es lo que Ilich escribió sobre el caso: "Los Estados Unidos del Mundo (no sólo de Europa) es una forma de estado de unificación nacional y de libertad que relacionamos con el socialismo; pensamos en ello como una realidad únicamente cuando la

victoria total del comunismo haya consumado la total desaparición del estado, incluida su forma democrática. Como consigna separada, sin embargo, los Estados Unidos del Mundo difícilmente sería correcta, primero porque coincide con el socialismo; segundo, porque podía ser erróneamente interpretada al significar que la victoria del socialismo en un solo país es imposible; también podía crear concepciones erróneas respecto de las relaciones de tal país con los otros". Este artículo revela muy bien las líneas a lo largo de las cuales Ilich pensaba en 1915. Es claro que él consideraba un estudio más profundo de las raíces económicas de la guerra mundial, por ej., del imperialismo, por una parte, y, por otra, la determinación de los caminos que la lucha mundial por el socialismo adquiriría.

En estas cuestiones trabajó Ilich a fines de 1915 y 16, reuniendo materiales para su trabajo *El imperialismo, fase suprema del capitalismo*, para lo cual volvió a leer a Marx y a Engels una y otra vez a fin de obtener un cuadro más claro de la época de la revolución socialista, sus caminos y su desarrollo.

ZURICH (1916)

En enero de 1916 Vladimir Ilich comenzó a escribir su trabajo sobre el imperialismo para la editorial "Parus". Ilich concedió gran importancia a este problema, y opinaba que era imposible ofrecer una estimación profunda de la guerra sin aclarar por completo la esencia del imperialismo, tanto en el aspecto económico como en el político. En consecuencia emprendió esta tarea resueltamente. A mediados de febrero, Ilich tenía mucho que hacer en las bibliotecas de Zurich, y nos trasladamos a esa ciudad por un par de semanas, y luego pospusimos nuestro regreso hasta que por fin nos quedamos en Zurich, que era más atrayente que Berna. En Zurich había un número considerable de jóvenes extranjeros imbuidos de sentimientos revolucionarios; también gran cantidad de trabajadores; el partido socialdemócrata del lugar estaba más inclinado hacia la izquierda y parecía haber menos espíritu pequeño burgués en la ciudad.

Fuimos a alquilar una habitación. Nos dirigimos a cierta señora Prelog, que parecía más vienesa que suiza, lo que se explicaba por el hecho de que ella había trabajado por largo tiempo como cocinera

en un hotel de Viena. Nos quedamos en su casa, pero al día siguiente apareció su anterior inquilino. Alguien le había aplastado la cabeza y había estado en el hospital, pero ya se hallaba repuesto. La señora Prelog nos pidió que buscáramos otro cuarto, si bien nos ofreció proporcionarnos las comidas por un precio muy razonable. Comimos allí durante dos meses. Nos servía una comida simple, pero abundante. A Ilich le agradaba la simplicidad del servicio: el hecho de que el café se sirviera en una taza con el asa rota, que comiéramos en la cocina, que la conversación fuera simple, no sobre el alimento, ni sobre la cantidad de papas utilizadas para cierta clase de sopa sino sobre problemas que eran de interés para los pensionistas. Estos no eran muchos, en verdad, ni eran siempre los mismos. Pronto advertimos que habíamos caído en un ambiente muy peculiar, los "bajos fondos" de Zurich. Durante algún tiempo una prostituta solía cenar en el lugar, quien hablaba sin reservas de su profesión, pero lo que más la preocupaba no era su profesión sino la salud de su madre y el tipo de trabajo que su hermana podría hallar. Por varios días una enfermera nocturna comió allí; luego aparecieron otros pensionistas. La señora Prelog tenía un inquilino que no hablaba mucho, aunque por las frases ocasionales que emitía era claro que se hallaba implicado en actividades casi delictivas. Nadie se sentía molesto por nuestra presencia, y habría que decir que en la conversación de esa gente se destacaba más lo "humano", el elemento viviente, que lo que se oía en los salones comedores estirados de un hotel respetable concurrido por huéspedes ricos.

Yo urgí a Ilich para que nos cambiáramos a una pensión privada porque temía que con esta gente podríamos mezclarnos en algún asunto desagradable. Sin embargo, algunos de los rasgos de los "bajos fondos" de Zurich no carecían de interés.

Más tarde, leí *La hija de la revolución*, de John Reed, y lo que me gustó particularmente fue el hecho de que Reed pintara a las prostitutas, no desde el punto de vista de su profesión o del amor. sino del punto de vista de sus otros intereses. Por lo general, cuando se pinta el "bajo mundo" poca atención se presta a las condiciones sociales.

Cuando nos hallábamos ya en Rusia, Ilich y yo fuimos a ver *Los ex hombres* de Gorki en el teatro del Arte —Ilich deseaba ardientemente ver esta obra—, pero le disgustó la "teatralidad" de la produc-

ción, la ausencia de aquellos detalles de la vida social que, como dice el refrán, "forman la música", pintan el ambiente en toda su concreción.

Después de dejar su casa, cada vez que Ilich encontraba a la señora Prelog en la calle la saludaba siempre en forma muy amistosa. Y de continuo la encontrábamos, pues nos mudamos a un lugar cercano, en una calleja estrecha, donde nos alojábamos con la familia de un zapatero llamado Kammerer. Nuestro cuarto no se adecuaba del todo a nuestras necesidades. La casa era vieja y sombría, cuya construcción databa sin duda del siglo XVI; el patio era maloliente. Por el mismo precio hubiéramos podido encontrar una habitación mejor, pero nosotros valorábamos en mucho a nuestros anfitriones. Era una familia de trabajadores; su punto de vista era revolucionario y condenaba la guerra imperialista. El lugar era en verdad "internacional": dos habitaciones las ocupaba el "propietario"; otra, la esposa de un panadero-soldado alemán y sus chicos; otra, un italiano; una tercera, actores austríacos que tenían un hermoso gato color castaño, y la cuarta, nosotros, rusos. No había chovinismo en el aire, y en cierta ocasión en que una verdadera internacional de mujeres se reunió alrededor de la cocina de gas, la señora Kammerer exclamó indignada: "¡Los soldados deberían volver sus armas contra sus gobernantes!" Después de eso Ilich no quería escuchar ninguna propuesta para cambiar de habitación.

De la señora Kammerer aprendí muchas cosas: cómo cocinar comidas y cenas satisfactorias con el menor gasto de dinero y tiempo. Aprendí algo más. Se había anunciado en los periódicos que Suiza experimentaba dificultades para importar carne y que el gobierno apelaba, en consecuencia, a los ciudadanos para que se abstuviesen de la carne dos veces por semana. Las carnicerías continuaban vendiendo carne los días "vedados". Yo compré carne para la comida como de costumbre, y mientras permanecía cerca de la cocina de gas le pregunté a la señora Kammerer qué control existía para comprobar si los ciudadanos cumplían con el llamado de no utilizar carne. ¿Había inspectores que vigilaban los domicilios?

"¿Pero por qué un control?", se preguntó la señora Kammerer. "Una vez que se ha publicado en los periódicos que hay dificultades, ¿qué trabajador comerá carne los días vedados? ¡Sólo un burgués haría eso! Y al notar mi confusión ella agregó cortésmente: "Esto no

se aplica a los extranjeros". Ilich quedó por completo cautivado por este inteligente enfoque proletario.

Al revisar mis cartas a Shlyapnikov de este período encontré una fechada el 8 de abril de 1915. Caracteriza el estado de ánimo de esa época. "Querido amigo —yo escribía—, recibí su carta del 3 de abril y me provocó cierto alivio, pues resultaban duras de leer sus malhumoradas cartas en las cuales promete partir para América y está preparado para formular toda clase de acusaciones. La correspondencia es algo odioso; los malentendidos se amontonan uno sobre otro... En la carta perdida yo escribía en detalle por qué era imposible arrastrar a Gregory bien a Rusia o a vuestra parte. El recibió su reproche de no haberse trasladado a Estocolmo como una ofensa. No perjudicará a la dirección editorial del Organo Central y la base extranjera en general. Particularmente ahora el Organo Central ha conquistado con su propio esfuerzo más de una posición durante la guerra. Su dirección editorial ha desempeñado un papel no pequeño en la Internacional. Este debe ser dicho directamente, arrojando a un lado toda superflua modestia. Ni pudo haber aparecido *El Comunista* sin el apoyo de la dirección editorial del Organo Central. Costó no pocas discusiones, cuidado y ansiedad. Esto se aplica aún más a *Vorbote* (órgano del grupo izquierdista de Zimmerwald). Si la dirección editorial se derrumba no quedará nadie para hacer el trabajo. Reunir una nueva dirección editorial no es tan fácil. Aquí se ha hecho todo tipo de esfuerzo para atraer a Nikolai Ivanovich; se ha hablado de su traslado a Cracovia, luego a Berna. Nada pudo hacerse. Aun dos persons no son suficientes, y usted intenta sustraer una. Si usted arruina la base extranjera, no habrá nada para trasmitir. A veces Gregory se siente tremendamente fastidiado de vivir en el extranjero y comienza a irritarse. Y usted con sus reproches añade leña al fuego. Si miramos la cosa desde el punto de vista de la utilidad de la tarea como un todo, entonces Gregory no debe ser tocado. Se planteó la cuestión de trasladar el departamento editorial completo, pero esto trajo aparejado la cuestión del dinero, la influencia internacional, los problemas de la policía. En cuanto al problema del dinero los "Japoneses" afirman que nada tienen. Es mucho más caro vivir en Estocolmo, y aquí Gregory trabaja en un laboratorio, las bibliotecas están a su disposición, y tiene, pues, la oportunidad para ganar algo escribiendo, por lo

menos. Aun aquí la cuestión de las ganancias se tornará aguda para todos nosotros en el futuro cercano.

"En cuanto al entusiasmo de Ilich por los asuntos de los emigrados, el reproche es infundado. El no se ocupa en absoluto de estas cuestiones. Los problemas internacionales le exigen más tiempo y atención que antes, pero esto es inevitable. Está ahora absorbido, es verdad, con el problema de la "autodeterminación de las naciones". Y en mi opinión, el mejor camino de "utilizarlo" ahora es insistir para que escriba un folleto popular sobre el tema. En el momento presente no se trata de una cuestión académica. Hay mucha confusión en las filas de la socialdemocracia internacional sobre este problema, mas esta no es ninguna razón para dilatarlo. Durante este invierno tuvimos discusiones sobre este tema con Radek. Personalmente logré mucho de estas discusiones".

En Zurich vivíamos "tranquilamente", como Ilich lo advertía en una de sus cartas, algo alejados de la colonia local; trabajábamos regularmente y en gran parte en las bibliotecas. Después de la comida, todos los días, el joven camarada Grisha Usievich —murió en la guerra civil en 1919— solía venir por una media hora en su camino del comedor de los emigrantes. Durante un tiempo tuvimos visitas matutinas de un sobrino de Zemlyatchka, que más tarde enloqueció de inanición. El andaba tan andrajoso y cubierto de barro que no lo dejaban entrar en las bibliotecas suizas. Trataba de ver a Ilich antes de que éste partiera para la biblioteca diciendo que tenía que discutir ciertos problemas de principio con él, lo que excitaba considerablemente a Ilich.

Comenzamos a dejar la casa más temprano a fin de dar un paseo junto al lago y conversar mientras llegaba la hora de ir a la biblioteca. Ilich hablaba del libro que estaba escribiendo y de sus varias ideas.

Los del grupo de Zurich con quienes nos reuníamos más a menudo eran Usievich y Kharitonov. También recuerdo al "Tío Vanya", Avdeyev, un metalúrgico; Turkin, un trabajador de los Urales, y Boytsov, que más tarde trabajó en el bureau central de educación política (*Glavpoltprosviet*). Recuerdo también a un obrero búlgaro, cuyo nombre he olvidado. La mayoría de los camaradas de nuestro grupo de Zurich trabajaba en fábricas; todos estaban muy ocupados y las reuniones de grupo eran bastante raras. Para compensar esto, los miembros del grupo tenían buenas conexiones con los trabajadores de Zurich; se

hallaban más próximos a la vida de los trabajadores locales que nuestró grupo en otras ciudades suizas (con la excepción de Chaux-de-Fonds, donde nuestro grupo estaba aún más cerca de la masa de trabajadores).

A la cabeza del movimiento suizo en Zurich se hallaba Fritz Platten; era el secretario del partido, y además partidario del grupo de izquierda de Zimmerwald; hijo de un trabajador, se trataba de un camarada simple y vehemente que tenía mucha influencia entre las masas. El director de *Volksrecht*, Nobbs, se unión también a la izquierda de Zimmerwald. Los jóvenes trabaajdores emigrantes —había muchos en Zurich— con Willi Muenzenberg a la cabeza, se mostraban muy activos en el apoyo a los izquierdistas. Todo esto nos acercó mucho al movimiento obrero suizo. Algunos camaradas que nunca habían vivido entre emigrados ahora piensan que Ilich tenía particulares esperanzas en el movimiento suizo y creían que Suiza podía convertirse tal vez en el centro de la inminente revolución social.

Esto, naturalmente, no es así. No había una fuerte clase obrera en Suiza; es, en gran medida, un país de lugares de curación, un pequeño país que se alimenta de las migajas de los países capitalistas poderosos. Los trabajadores de Suiza no son, en su totalidad, muy revolucionarios. La democracia y la adecuada solución de la cuestión nacional no eran suficientes para convertir a Suiza en el foco de la revolución social.

Ello no quiere decir, por supuesto, que no fuera necesario introducir la propaganda internacional en Suiza y ayudar a revolucionar el movimiento obrero suizo y al partido, pues si Suiza se viera arrastrada a la guerra, la situación podría cambiar rápidamente.

Ilich pronunció conferencias ante audiencias de obreros suizos, mantuvo contactos estrechos con Platten, Nobbs y Muezenberg. Nuestro grupo de Zurich y unos pocos camaradas polacos (el camarada Bronsky vivía entonces en Zurich) se tomaron la tarea de organizar reuniones conjuntas con las organizaciones suizas de Zurich. Empezaron a reunirse en un pequeño café "Zum Adler", no lejos de nuestra casa. La primera reunión atrajo cerca de cuarenta personas. Ilich habló de acontecimientos corrientes y planteó los problemas muy agudamente. Aunque la reunión consistía de internacionalistas, los suizos se mostraron turbados por la agudeza con que Lenin formuló sus puntos.

Recuerdo el discurso de un representante de la juventud suiza en el sentido de que no era posible irrumpir a través de un muro con la cabeza. Lo cierto es que nuestras reuniones comenzaron a disolverse, y para la cuarta reunión sólo se presentaron los rusos y los polacos, y después de cambiar algunas bromas se fueron a casa.

Durante los primeros meses de nuestra permanencia en Zurich, Vladimir Ilich trabajó principalmente en su folleto sobre el imperialismo. Se hallaba muy absorbido por esta tarea y copió numerosos pasajes de las obras que leyó. Se interesó en particular por las colonias; había reunido un gran material y recuerdo cómo me vi obligada a traducir del inglés algo sobre ciertas colonias africanas. Narraba muchas cosas atractivas. Más tarde, cuando volví a leer su *Imperialismo* me pareció mucho más seco que lo que habían sido sus relatos. Estudió la vida económica de Europa, América, etc., como se dice, de cabo a rabo. Pero, por cierto, no se interesó sólo en el sistema económico sino también en las formas políticas que correspondía a cada sistema y su influencia sobre las masas. En junio se completó el folleto. La segunda conferencia de Zimmerwald (la así llamada de Kienthal) se efectuó desde el 24 al 30 de abril de 1916. Habían pasado ocho meses desde la primera conferencia, ocho meses de constante ampliación de la guerra imperialista; sin embargo, el aspecto de la conferencia de Kienthal no resultó tan marcadamente diferente de la primera celebrada en Zimmerwald. El grupo de izquierda de Zimmerwald tenía doce delegados en vez de ocho; las resoluciones de la conferencia significaron un paso adelante. La conferencia condenó desafiantemente al Bureau Internacional Socialista, y adoptó una resolución sobre la paz que afirmaba: "Es imposible establecer una paz firme sobre los fundamentos de la sociedad capitalista; las condiciones necesarias para su realización serán creadas por el *socialismo*. Mediante la abolición de la propiedad privada capitalista y en consecuencia eliminando la explotación de las masas del pueblo por la clase propietaria y la opresión nacional, el socialismo también aniquilará las causas de la guerra. Por esta causa, la lucha por una paz duradera puede sólo asumir la forma de una lucha por la realización del socialismo". Tres oficiales alemanes y treinta y dos soldados fueron ejecutados en mayo por distribuir este manifiesto en las trincheras. El gobierno alemán temía más que nada la sublevación de las masas.

En sus propuestas a la conferencia de Kienthal, el comité central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso llamó la atención precisamente sobre la necesidad de sublevar a las masas. Las propuestas expresaban: "No es suficiente que el manifiesto de Zimmerwald aluda a la revolución diciendo que los trabajadores deben hacer sacrificios por su propia causa, y no por la causa ajena. Es necesario señalar clara y definitivamente a las masas el camino que deben tomar. Las masas deben saber hacia dónde van y por qué. Es obvio que la acción revolucionaria de las masas durante la guerra, si se desarrolla con éxito, sólo puede llevar a la transformación de la guerra imperialista en guerra civil por el socialismo, y ocultar esto a las masas es dañino. Por el contrario, este objetivo debe ser señalado con claridad, no obstante lo difícil que pueda parecer su realización cuando nos hallamos al comienzo del camino. No es suficiente decir, como se afirma en el manifiesto de Zimmerwald, que los capitalistas mienten cuando hablan de la defensa de la patria en la presente guerra, y que en su lucha revolucionaria los trabajadores no deben prestar ninguna atención a la posición bélica de sus países; debe quedar claro lo que está sólo sugerido en el manifiesto, pues no ya los capitalistas sino también el social chovinismo y los seguidores de Kaustky mienten cuando aceptan que el concepto de defensa de la patria es aplicable a la presente guerra imperialista; que la acción revolucionaria en tiempo de guerra es imposible sin provocar el peligro de la derrota del gobierno en una guerra reaccionaria, la cual facilita la revolución, que es la única vía para alcanzar una paz democrática y duradera. Finalmente, es necesario decirles a las masas que sin sus propias organizaciones ilegales, creadas por ellas mismas, y una prensa libre de la censura militar, esto es, una prensa ilegal, es imposible prestar un serio apoyo a la naciente lucha revolucionaria, su desarrollo, la crítica de sus pasos individuales, la corrección de sus errores y la sistemática ampliación y agudización de la lucha".

En esta propuesta del comité central hallamos una evidente expresión de la actitud de los bolcheviques y Lenin frente a las masas; a las masas se les debe decir siempre toda la verdad, la verdad sin adornos, pues no hay que temer que la verdad las disperse. Los bolcheviques colocaban todas sus esperanzas en las masas: las masas y sólo las masas lograrán el socialismo.

En una carta a Shlyápnikov del 1º de junio le expresaba:

"Gregory pone muchas esperanzas en Kienthal. Por supuesto, puedo juzgar sólo por los informes, pero parece que ha habido demasiado retórica y ninguna íntima unidad, el tipo de unidad que sería una garantía de solidez en este caso. Parece que las masas todavía no "empujan", como lo expresa Badaich, excepto, quizá, en cierta medida, los alemanes".

El estudio de la economía del imperialismo, el análisis de las partes componentes de esta "caja de velocidades", la comprensión total de la estructura universal del imperialismo —esta última etapa del capitalismo, en marcha hacia la ruina—, todo esto habilitaba a Ilich a presentar una cantidad de problemas políticos a una nueva luz y enfocar más profundamente la cuestión respecto de las formas que asumiría la lucha por el socialismo en general, y en Rusia en particular. Ilich sentía el gozo de pensar sus ideas hasta el fin, darles tiempo para madurar; así decidimos irnos a las montañas y, además, era necesario que fuéramos, pues yo no podía deshacerme de mi enfermedad. Había una sola manera de asegurarnos el descanso: las montañas. Nos trasladamos por seis semanas al Cantón de St. Galeene, no muy lejos de Zurich, y nos alojamos en el hogar de descanso "Chudivise", entre montañas agrestes, muy altas, cerca de los picos nevados. El lugar no era caro: dos francos y medio por persona. Es verdad que la dieta era a base de leche. En la mañana se servía café con leche, pan y manteca y queso, pero nada de azúcar; para el almuerzo, sopa de leche, algo de queso, yogur y leche; a las cuatro, otra vez café con leche, y por la noche, otra comida de leche. Durante los primeros días aullábamos, en efecto, contra la cura de leche; luego empazamos a suplementarla con moras y frambuesas que crecían en las cercanías en gran cantidad. Nuestra habitación era limpia, con luz eléctrica, pero sin servicio; teníamos que arreglar el cuarto y limpiarnos los zapatos. Esta última tarea era realizada, imitando a los suizos, por Vladimir Ilich, y cada mañana tomaba mis zapatos de montaña y los suyos y se marchaba al cobertizo preparado al efecto, cambiando bromas con otros limpiabotas y desplegando tal celo que en una ocasión golpeó un canasto de mimbre lleno de botellas de cerveza sin líquido, con acompañamiento de una carcajada general. La clientela era democrática. Un lugar de descanso que cobra dos francos y medio por día por per-

sona no es frecuentado por gente "respetable". En cierto aspecto, este lugar de descanso se parecía al Bon-Bon francés, pero la gente era más simple y más pobre, con democrática apariencia. Por las noches el hijo del propietario tocaba el acordeón y los huéspedes que venían a descansar bailaban con gran entusiasmo; los pasos de la danza resonaban hasta las once de la noche.

Chudivise se hallaba a unos ocho kilómetros de la estación; la comunicación era posible sólo mediante burros. El camino era una estrecha senda de montaña; todos iban a pie, y casi todas las mañanas, alrededor de las seis, sonaba una campana; el público se reunía a despedir a los caminantes y cantaba una canción de despedida sobre un cuclillo. Todos los versos terminaban con las palabras: "Adiós, cuclillo". Vladimir Ilich, a quien le gustaba dormir por la mañana, rezongaba y enterraba su cabeza en la colcha. Los huéspedes eran en extremo apolíticos. Ni siquiera hablaban de la guerra. Entre los visitantes se hallaba un soldado. Sus pulmones no eran muy fuertes, y las autoridades lo habían enviado, a expensas del Estado, a realizar su cura en el sanatorio de la leche. En Suiza las autoridades militares tienen buen cuidado de sus soldados (Suiza posee una milicia, no un ejército permanente). Era muy simpático. Vladimir Ilich rondaba sobre él, como el gato tras el tocino; intentó varias veces comprometerlo en una conversación respecto del carácter de la guerra de rapiña; el interpelado no lo contradijo, pero resultaba claro que no le atraía el tema. Parecía muy poco interesado en las cuestiones políticas en general, por cierto menos que en su estada de Chudivise.

Nadie vino a visitarnos; no había rusos que vivieran en el lugar y nos hallábamos separados de todos los problemas, vagando por las montañas el día entero. En Chudivise Ilich no trabajó en absoluto. Durante nuestros paseos por las montañas hablaba mucho sobre las cuestiones que ocupaban su mente en esa época, sobre el papel de la democracia, sobre los lados positivos y negativos de la democracia suiza, expresando siempre los mismos pensamientos con diferentes palabras. Según toda apariencia estos problemas atraían mucho su atención.

Vivimos en las montañas durante la segunda parte de julio y el mes de agosto. Cuando nos fuimos, los huéspedes del sanatorio nos dieron, también, una despedida cantando "Adiós, cuclillo". En tanto

descendíamos a través de un bosque, Vladimir Ilich repentinamente descubrió hongos blancos y a pesar de que estaba lloviendo comenzó a recogerlos con presteza como si hubieran sido otros tantos izquierdistas de Zimmerwald. Estábamos mojados hasta los huesos, pero juntamos un saco de hongos. Por supuesto, perdimos el tren y tuvimos que esperar dos horas en la estación para el siguiente.

Después de nuestra llegada a Zurich de nuevo alquilamos un cuarto con la misma gente en la Spiegelstrasse.

Durante nuestra permanencia en Chudivise Vladimir Ilich reflexionó desde todos los ángulos su plan de trabajo para el futuro inmediato. Lo más importante, en ese momento, era el acuerdo sobre problemas de teoría, la formulación de una clara línea doctrinaria. El tenía diferencias de opinión con Rosa Luxemburgo, Radek, los holandeses, Bujarin, Piatakov, y un poco con Kollontai. Sus diferencias más agudas eran con Piatakov (P. Kievsky), quien en agosto escribió un artículo titulado "El proletariado y el derecho de las naciones a la autodeterminación". Después de leer el manuscrito Vladimir Ilich se dispuso en seguida a darle una respuesta —un verdadero folleto—, *Una caricatura de marxismo e imperialismo económico.* El folleto estaba escrito en tono agrio, y precisamente porque en esa época Ilich ya había expresado una opinión muy clara y definitiva sobre las relaciones entre la economía y la política en circunstancia que se luchaba por el socialismo. La subestimación de la lucha política en ese momento él la caracterizaba como economismo imperialista. En este folleto escribía Ilich: "El capitalismo se presenta victorioso, *en consecuencia* no es necesario pensar en las cuestiones políticas; este era el argumento usado por los viejos "economistas" en 1894-1901, quienes llegaron hasta a repudiar la lucha política en Rusia. El imperialismo se presenta victorioso, *en consecuencia* no es necesario pensar sobre cuestiones de democracia política; es el argumento de la moderna "economía imperialista".

El papel de la democracia en la lucha por el socialismo no puede ser ignorado. "El socialismo es imposible sin democracia en dos aspectos", escribió Vladimir Ilich en el mismo trabajo. "1) El proletariado no puede realizar el socialismo revolucionario si no está preparado para ello a través de la lucha por la democracia; 2) el socialismo victorioso no puede mantener su victoria y conducir a la humanidad al

momento en que el Estado se extinga sin la completa realización de la democracia".

Estas palabras fueron muy pronto justificadas por los acontecimientos en Rusia. La revolución de febrero y la subsiguiente lucha por la democracia preparó el camino para la revolución de Octubre. La constante ampliación y fortalecimiento de los Soviets, del sistema de los Soviets, reorganiza la democracia misma, que en forma permanente ahonda el contenido de este concepto.

En 1915-1916 Vladimir Ilich ya había meditado cuidadosamente sobre la cuestión de la democracia, enfocando el tema desde el punto de vista de la construcción del socialismo. En noviembre de 1915, en respuesta a un artículo de Radek ("Parabellum") publicado en el *Berner Tagewacht*, en octubre de 1915, Ilich manifestó:

"En cuanto al camarada Parabellum, en nombre de la revolución socialista rechaza con desprecio un programa coherentemente revolucionario en el dominio de la democracia. Esto es incorrecto. El proletariado sólo puede emerger victorioso a través de la democracia, esto es, mediante la implantación de la democracia completa y combinando con cada paso de sus movimientos las demandas democráticas en la forma más vigorosa y decisiva. Carece de sentido *contraponer* la revolución socialista y la lucha revolucionaria frente al capitalismo con *una* de las cuestiones de la democracia, en este caso, la cuestión nacional. Por el contrario, debemos combinar la lucha revolucionaria contra el capitalismo con un programa revolucionario y tácticas revolucionarias referentes a *todas* las demandas democráticas: la república, la milicia, oficiales elegidos por el pueblo, iguales derechos para las mujeres, autodeterminación de las naciones, etc. Mientras el capitalismo exista todas estas exigencias son realizables sólo como excepción, y en forma distorsionada e incompleta. Basándonos en la democracia, según existe ahora, con sus defectos que exponemos bajo el capitalismo, predicamos la destrucción de éste, la expropiación de la burguesía como condición necesaria para la abolición de la pobreza de las masas y para una completa y múltiple realización de todas las reformas democráticas. Algunas de estas reformas comenzarán antes de derrocar a la burguesía, otras en el proceso del derrocamiento, y otras aun después que éste se haya realizado. La revolución socialista no es de ninguna manera una sola batalla; por el contrario, es una época de una

completa serie de batallas sobre *todos* los problemas de reformas económicas y democráticas, las cuales sólo se han de completar mediante la expropiación de la burguesía. En razón de este objetivo final debemos formular de manera coherentemente revolucionaria cada una de nuestras demandas democráticas. Es por cierto concebible que los trabajadores de un determinado país puedan derrocar a la burguesía aun *antes* que una reforma democrática fundamental se haya realizado por completo. Es del todo inconcebible, sin embargo, que el proletariado como clase histórica sea capaz de derrotar a la burguesía si no está preparado para esta tarea mediante la educación en el espíritu de la democracia revolucionaria más coherente y decidida".

He citado tan largos pasajes porque ellos expresan muy claramente las ideas que dejaron una huella en sus últimas manifestaciones. La mayoría de sus artículos que tratan sobre los problemas del papel de la democracia en la lucha por el socialismo fueron publicados mucho más tarde; el artículo contra "Parabellum" en 1927; el trabajo *Una caricatura del marxismo*, en 1924. Son casi desconocidos porque se publicaron en revistas de escasa circulación; empero, sin haber leído estos artículos no se puede entender la médula mostrada por Vladimir Ilich en su argumento sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación. Este punto llega a entenderse cuando el tema es considerado en relación con la valoración general que Ilich formula de la democracia. Hay que tener presente que Ilich consideraba la actitud que se adoptaba ante la cuestión de la autodeterminación como una prueba de la propia capacidad de enfocar correctamente las demandas democráticas en general. Todas las polémicas en esta línea con Rosa Luxemburgo, Radek, los holandeses y Kievsky, como también con otros camaradas, fueron conducidas desde este punto de vista. En un folleto contra Kievsky expresó: "Todas las naciones llegarán al socialismo, esto es inevitable, pero no todas los alcanzarán de la misma manera; cada nación introducirá ciertos rasgos especiales en esta o aquella forma de democracia, en esta o aquella variedad de dictadura del proletariado, este o aquel *tempo* de las transformaciones socialistas en los *diversos aspectos de la vida social*. No hay nada *teoréticamente más* mezquino ni prácticamente más ridículo que pintar, "en nombre del materialismo histórico", un futuro representado, a este respecto, en el mismo y monótono color; esto sería simple mamarracho de Suzdal".

La construcción del socialismo no es sólo la construcción económica. La economía es únicamente la base de la construcción del socialismo, su cimiento, su premisa; la esencia de la construcción socialista yace en la reedificación de toda la estructura social, una reconstrucción sobre la base de la democracia socialista revolucionaria.

Esto quizá, es lo que más separaba a Lenin de Trotsky. Este no entendía el espíritu democrático, los principios democráticos de la construcción socialista, el proceso de reorganizar el modo total de la vida de las masas. También durante esta época, en 1916, estas mismas diferencias existían ya en embrión entre Ilich y Bujarin. Hacia el fin de agosto Bujarin escribió un artículo en *Jugend-Internationale* Nº 6, firmado "Nota Bene", que mostraba la subestimación del papel del Estado y del papel de la dictadura del proletariado. En una nota en *Jugend-Internationale* Ilich señaló este error de Bujarin. La dictadura del proletariado que asegura el papel dirigente del proletariado en la reconstrucción de toda la estructura social; esto es la que interesaba particularmente a Vladimir Ilich al promediar el año 1916.

Las exigencias democráticas están incluidas en el programa mínimo; y en la primera carta que él escribió a Shlyapnikov después de retornar de Chudivise, Ilich reconvino a Bazarov por un artículo en *Letopisi* en el que el último proponía la abolición del programa mínimo. Discutió con Bujarin que desestimó el papel del Estado, el papel de la dictadura del proletariado, etc. Estaba indignado con Kievsky porque éste no entendía el papel protagónico del proletariado. "No observe con desdén la armonía de la opinión teorética; honestamente, es necesaria en el trabajo de estos difíciles tiempos".

Vladimir Ilich volvió a leer con empeño todo lo que Marx y Engels habían escrito sobre el estado, y tomó extractos de sus obras. Esto le proveyó una comprensión particularmente profunda sobre la naturaleza de la inminente revolución, y lo preparó con las mejores armas para entender las tareas concretas de esa revolución.

El 30 de noviembre se realizó una conferencia de los izquierdistas suizos respecto de su actitud ante la guerra. A. Schmidt, del Winterthur, habló de la necesidad de obtener ventajas del sistema democrático en Suiza para fines antimilitaristas. Al día siguiente Lenin la escribió a Schmidt sugiriéndole que se realizara un referendo sobre la cuestión, formulado de la siguiente manera: por la expropiación de

las grandes empresas en la industria y la agricultura como el *único medio* hacia la completa abolición del militarismo, o contra la expropiación.

"En este caso nosotros diremos lo mismo en nuestra política práctica —escribió Ilich a Schmidt— pues en teoría reconocemos que la completa abolición del militarismo es concebible sólo en conjunción con la abolición del capitalismo". En nua carta fechada en diciembre de 1916 y publicada quince años más tarde, Lenin expresó sobre esta cuestión: "Quizá usted piense que soy tan ingenuo al punto de creer que es posible resolver tales problemas como el de la revolución socialista 'por medio de la persuación'. No; sólo deseo dar una *ilustración,* y aún a sólo una *parte de la cuestión,* por ej., ¡qué *cambio* debe efectuarse en toda la propaganda del partido si queremos adoptar una actitud realmente seria en la cuestión del *rechazo de la defensa de la patria!* Esta es *sólo* una ilustración para *sólo* una parte de la cuestión; no pretendo nada más". Problemas sobre el enfoque dialéctico de los acontecimientos de este período también ocuparon a Ilich. El simplemente se aferró a la siguiente frase en la crítica de Engels al proyecto del "programa de Erfurt": "Tal política sólo puede en última instancia conducir al partido por un camino erróneo. Las cuestiones políticas, abstractas, generales, son colocadas en primer plano y así oscurecen la cuestiones concretas e inmediatas, que automáticamente aparecerán en la orden del día ante el primer disturbio de acontecimientos importantes, durante la primera crisis política". Después de copiar este pasaje, Ilich escribió en letras grandes incluyendo las palabras en dobles paréntesis: "((¡¡Lo abstracto en primer plano, lo concreto oscurecido!!))". ¡Nota Bene! ¡Excelente! ¡Esto es lo principal! N. B."

"La dialéctica marxista exige un análisis concreto de cada situación histórica particular", escribió Lenin en su reseña del folleto de Junius. En particular se empeñó durante ese período en considerar todo en sus íntegras conexiones e interrelaciones. Desde este punto de vista él enfocó tanto la cuestión de la democracia como el derecho de las naciones a la autodeterminación.

En el otoño de 1916 y a comienzos de 1917 Ilich se sumergió en el estudio teórico. Trataba de utilizar todo el tiempo en que estaba abierta la biblioteca. Llegaba exactamente a las 9 de la mañana y permanecía hasta las 12; diez minutos después llegaba a casa (la biblio-

teca cerraba de 12 a una-; después del almuerzo retornaba a la biblioteca y permanecía hasta las 6. No era cómodo trabajar en casa. Aunque teníamos un cuarto iluminado, las ventanas daban a un patio del que venía un insoportable hedor, debido a una fábrica de salchichas ubicada junto al patio. Abríamos las ventanas sólo por la noche muy tarde. Los jueves, después del almuerzo, cuando la biblioteca estaba cerrada, íbamos a la montaña de Zurichberg. En el camino de regreso de la biblioteca por lo general Ilich compraba dos barras de chocolate con almendras, en envases azules, a 15 céntimos la pieza, y después del almuerzo, tomábamos el chocolate y algunos libros y marchábamos hacia la montaña. Teníamos un lugar favorito allí en lo más espeso de los bosques, donde no había gente. Ilich yacía sobre el pasto y leía con avidez.

En esa época establecíamos una economía doblemente rígida en nuestra vida personal. Ilich trataba por todos los medios de ganar algo: escribió sobre esto a Granat, a Gorki, a los parientes, y hasta desarrolló un fantástico plan para publicar una "enciclopedia pedagógica", en la que yo debía trabajar. Por ese tiempo me había dedicado a estudiar los problemas pedagógicos y estaba familiarizada con el aspecto práctico de las escuelas de Zurich. Ilich se entusiasmó tanto con este fantástico plan que escribió algo respecto del cuidado que debía tomarse para que nadie le robase la idea.

La perspectiva de ganar algo mediante la pluma era bastante pobre; en consecuencia yo decidí buscar trabajo en Zurich. En esta ciudad había una oficina de las organizaciones de Ayuda al Emigrante Político, a cuyo frente estaba Félix Yakovlevich Kon. Me convertí en secretaria de la oficina y ayudé a Félix Yakovlevich en su trabajo.

Es verdad que el sueldo obtenido por esta tarea era semimítico, pero el trabajo debía hacerse. Había que ayudar a los compañeros para que consiguiesen trabajo, organizasen diversos servicios y asistencia médica. Los fondos eran escasos en la época y los proyectos superaban a la real ayuda proporcionada. Recuerdo que se propuso un plan para establecer un sanatorio con base de financiación propia; los suizos poseen tales establecimientos. El paciente trabaja varias horas en el huerto o hace sillas de mimbre al aire libre y esto ayuda a reducir el costo de su manutención. El porcentaje de enfermos de tisis entre los emigrados políticos era muy elevado.

Así vivíamos en Zurich sin mayores zozobras y tranquilamente, mientras la situación se tornaba mucho más revolucionaria. Junto con su trabajo en el dominio de la teoría Ilich consideraba de la mayor importancia forjar una línea táctica correcta. Pensaba que el tiempo estaba maduro para una escisión en escala internacional, que era necesario romper con la Segunda Internacional, con el Bureau Socialista Internacional, romper para siempre con Kautsky y Cía., comenzar a construir una Tercera Internacional con los izquierdistas de Zimmerwald. Dentro de Rusia también había llegado el momento de romper con Tcheidze, Skovelec y los seguidores del Comité de Organización (mencheviques), con aquellos que, como Trotsky, no entendían que no quedaba tiempo para la reconcilación y charlas sobre la unidad. Resultaba indispensable promover la lucha revolucionaria por el socialismo y denunciar sin piedad a los oportunistas cuyas palabras no coincidían con su coducta, quienes en realidad servían a la burguesía y traicionaban la causa del proletario. Pienso que nunca se mostró Vladimir Ilich de un humor tan irreconciliable como en los últimos meses de 1916 y el comienzo de 1917. Estaba profundamente convencido de que la revolución se aproximaba.

CAPITULO DECIMOQUINTO

EL AÑO 1917

El 22 de enero de 1917 Vladimir Ilich pronunció una conferencia sobre la revolución de 1905 ante una reunión de jóvenes organizada en la Casa del Pueblo de Zurich. En esa época había muchos jóvenes de tendencias revolucionarias en Zurich de otras naciones: Alemania, Italia, etc., que no deseaban participar en la guerra imperialista. Vladimir Ilich quería transmitir a estos jóvenes de la manera más completa posible la experiencia de la lucha revolucionaria de los trabajadores, a fin de mostrarles el significado del levantamiento de Moscú. El consideraba que la Revolución de 1905 era el prólogo de la que se aproximaba en toda Europa. "Indudablemente —expresó— esta inminente revolución sólo puede ser proletaria, y en el sentido más profundo de esta palabra: una revolución proletaria socialista hasta en su contenido. La revolución en marcha mostrará en un grado aún mayor, por una parte, que sólo las duras batallas, las guerras civiles, pueden liberar a la humanidad del yugo del capital, y por otra, que únicamente el proletariado con conciencia de clase puede y logrará surgir en el papel dirigente de la gran mayoría de los explotados". Ilich no dudó jamás que tales eran las perspectivas. Pero, como es natural, no podía saber cuándo tendría lugar esta anunciada revolución. "Quizá nosotros, los de la vieja generación, no vivamos para ver estas batallas decisivas de la próxima revolución", manifestó con tristeza al concluir su disertación.

Y sin embargo, Ilich sólo pensaba y trabajaba para esta revolución.

Mas, en cierta ocasión, cuando Ilich se preparaba para salir hacia la biblioteca, y yo había terminado la limpieza de la cocina, Bronsky irrumpió con el anuncio: "¿Conocen las noticias? ¡Hay revolución en Rusia!, y nos contó lo que decían las ediciones especiales que lanzaban los diarios en esos momentos. Cuando Bronsky se marchó, fuimos al lago, en cuya ribera estaban expuestos todos los diarias a medida que salían.

Leímos los telegramas varias veces. Riealmente se había producido una revolución en Rusia. La mente de Ilich trabajaba con toda intensidad. No recuerdo cómo pasamos el resto del día ni la noche. Al día siguiente se recibió la segunda serie de telegramas del gobierno que informaba sobre la revolución de febrero, y Vladimir Ilich ya se dispuso a escribir a Kollontay en Estocolmo. *¡Nunca más* con las líneas de la Segunda Internacional! *¡Nunca más* con Kautsky! De todos modos un programa *más revolucionario* y tácticas más revolucionarias". Y además, "propaganda revolucionaria, como hasta ahora, agitación y lucha por una revolución proletaria *internacional* y por la toma del poder por los "Soviet de los diputados obreros (pero no por los farsantes de los Cadetes)."

Ilich inmediatamente adoptó una línea clara, no comprometida, si bien no había logrado captar el ámbito de la revolución. Midiendo esta revolución por la de 1905, afirmó que lo más importante en este momento era combinar el trabajo legal con el ilegal.

Al día siguiente, en respuesta al telegrama de Kollontai que pedía instrucciones, él escribió diferentemente, de modo más concreto. No mencionaba la toma del poder por los Soviets de los diputados de los trabajadores como una perspectiva, sino que urgía que se adoptaran medidas concretas para preparar la toma del poder, para armar a las masas, para la lucha por el pan, la paz y la libertad. "¡Extiéndanse! ¡Creen nuevas secciones! Despierten nuevas iniciativas, mediante nuevas organizaciones en todos los estratos y *pruébenles* que la *paz* puede llegar sólo con el Soviet armado de los diputados de los trabajadores en el poder". Junto con Zinoviev, Ilich se dispuso a trabajar sobre las tesis de la revolución de febrero.

Desde el momento en que llegaron las noticias de la revolución de febrero, Ilich ardía en deseos de regresar a Rusia.

Inglaterra y Francia no hubieran permitido por nada del mundo

a los bolcheviques volver a Rusia. Esto estaba claro para Ilich. "Tememos —escribía a Kollontai— que no lograremos dejar esta condenada Suiza muy pronto". Y con esta idea en su mente, en las cartas del 16 y 17 de marzo, hizo arreglos con Kollontai sobre la mejor manera de restablecer contactos con Petrogrado.

Como no había ninguna vía legal era necesario viajar ilegalmente. Pero ¿cómo? Desde el instante en que llegaron las noticias de la revolución, Ilich no dormía, y por la noche formulábamos toda clase de planes increíbles. Podíamos ir por avión. Mas tales cosas sólo se pensaban en el semidelirio de la noche. No había más que expresarlas vocalmente para advertir su total impracticabilidad. Hubiera sido posible obtener un pasaporte de un país neutral; un pasaporte sueco sería el mejor, pues un sueco despertaba menos sospechas. Un pasaporte de este origen podía ser obtenido con la ayuda de camaradas suecos, pero quedaba el obstáculo que no sabíamos el idioma. Quizá bastaba un poco de sueco. Sin embargo, resultaba muy fácil descubrirse. "Te quedarás dormido y verás mencheviques en tus sueños y empezarás a jurar y a gritar ¡truhanes, truhanes!, y la conspiración se derrumbará", le decía yo en broma.

También Ilich consultó a Ganetsy sobre si existía alguna posibilidad de ingresar a través de Alemania.

El 18 de marzo, aniversario de la Comuna de París, Ilich se trasladó a Chaux-de-Fonds, un gran centro de trabajadores suizos. Estaba muy contento de hacerlo. Un joven camarada llamado Abramovich, que trabajaba en la fábrica, y que se mostraba activo en el movimiento obrero suizo, vivía allí. Ilich había pensado en la comuna de París, de cómo utilizar su experiencia en el naciente movimiento revolucionario ruso, y de cómo evitar sus errores. y así su conferencia resultó muy buena y se mostró contento consigo mismo. La conferencia produjo una profunda impresión entre nuestros camaradas, pero los suizos pensaban que esto era algo utópico, aún los centros del movimiento de trabajadores suizos entendía muy vagamente los acontecimentos que se realizaban en Rusia.

El 19 de marzo se efectuó una reunión de los grupos políticos emigrados rusos en Suiza, que se adhirieron a la posición internacional para discutir los medios y formas que les permitiesen regresar a Rusia. Martov presentó un plan a fin de obtener permisos por los cuales los

emigrados pasarían a través de Alemania mediante el intercambio de prisioneros de guerra alemanes y austríacos internados en Rusia. Pero nadie deseaba volver de esa manera, excepto Lenin, que se adhirió a este plan. Tuvo que ser manejado con mucho ciudado y se pensó que lo más adecuado resultaría que el gobierno suizo tomase la iniciativa y presentase la propuesta. Grimm fue comisionado para iniciar las negociaciones con el gobierno suizo, mas nada salió de ello; los telegramas enviados a Rusia no fueron contestados. Ilich estaba desesperado. "Es un tormento para todos nosotros estar aquí sentados justamente ahora", escribió a Ganetsky en Estocolmo. Pero pronto comenzó a controlarse.

El 18 de marzo *Pravda* comenzó a publicarse en Petrogrado y el 20 Ilich iniciaba el envío diario de sus "Cartas desde lejos". Eran cinco cartas (*La primera etapa de la primera revolución*, *El nuevo gobierno y el proletariado*, *Sobre la milicia proletaria*, *Cómo asegurar la paz*, *Problemas de la organización proletaria revolucionaria del Estado*). Se había publicado sólo la primera carta cuando Lenin llegó a Petrogrado, tres yacían en la oficina del director y la quinta no había sido enviada aún a *Pravda*, pues Lenin la escribió la víspera de su partida para Rusia.

Estas cartas reflejan claramente los pensamientos de Ilich justo antes de su partida. Recuerdo en particular lo que dijo entonces sobre la milicia. La tercera "Carta de lejos", *Sobre la milicia proletaria* está dedicada a este problema. Sólo fue publicada después de la muerte de Lenin en 1924. En ella Ilich presenta sus ideas sobre el estado proletario. Quienes quieran entender el libro de Lenin *El Estado y la Revolución* deben leer esta "Carta desde lejos". El artículo en su totalidad trata el tema con extraordinaria concreción. Ilich habla de un nuevo tipo de milicia creado por la provisión general de armas a los ciudadanos, compuestos por todos los adultos de ambos sexos. Aparte de sus deberes militares, esta milicia debía asegurar la apropiada y rápida distribución de pan y otros artículos, actuar como inspectores sanitarios, comprobar que a ninguna familia le faltara el pan, que cada niño tuviera su botella de buena leche y que ningún adulto de una familia rica se atreviera a retirar más leche antes de que cada niño tuviera lo suficiente, que los palacios y hogares ricos no permaneciesen desocu-

pados sino que en ellos se debía alojar a los desamparados y a los pobres.

"¿Qué otra organización excepto una milicia universal del pueblo con las mujeres participando en un pie de igualdad con los hombres podía realizar estas medidas?", escribió Ilich.

"Tales medidas *aún no* constituían el socialismo. Trataban de la distribución de artículos de consumo, no de la organización de la producción. La clasificación teórica no importaba ahora. En verdad hubiera sido un grave error si hubiésemos tratado de adaptar en este momento las complejas y urgentes tareas prácticas de la revolución, que debía desarrollarse rápidamente, al lecho de Procusto de una "teoría" concebida en forma estrecha, en lugar de considerar a ésta en primer término y osbre todo como *guía para la acción*". La milicia proletaria debía en realidad educar a las masas para que tomasen parte en todos los asuntos del Estado. "Tal milicia tenía que atraer a los jóvenes a la vida política, adiestrándolos no sólo mediante la palabra sino por los hechos y el trabajo". "Nuestro problema inmediato es la organización, no en el sentido de efectuar una organización común por métodos comunes, sino en el sentido de atraer grandes masas de las clases oprimidas en número insólito dentro de la organización, y encuadrar en esta organización los problemas militares, nacionales, económicos y el Estado". Al releer esta carta, después de muchos años, puedo evocar a Ilich como si estuviera ahora ante mí: su extraordinaria y sobria mentalidad, su clara apreciación de la necesidad de una irreconciliable lucha armada, y el hecho de que ninguna conciliación o vacilación podía ser permitida en ese momento; y por otra parte, la estrecha atención al movimiento de masas, a la organización de las amplias masas en una nueva manera, según sus concretas necesidades, y el inmediato mejoramiento de sus condiciones. Ilich habló de todos estos problemas en el invierno de 1916-17 y en especial en la víspera de la revolución de febrero.

Las negociaciones se arrastraban. El gobierno provisional no deseaba evidentemente permitir que los internacionalistas entraran en Rusia; llegaban noticias de Rusia sobre la vacilación de los camaradas. Todo esto tornaba imperativa nuestra partida. Ilich envió un telegrama a Danetsky quien lo recibió sólo el 25 de marzo, en el que decía: "No entendemos la tardanza. Los mencheviques desean la sanción del

Soviet de los Diputados de los Trabajadores. Envía a alguien inmediatamente a Finlandia o Petrogrado para llegar a un acuerdo con Chkheidze. Opinión de Belenin deseable". Belenin significaba el bureau del comité central. Cuando Kollontai llegó a Rusia el 18 de marzo ella relató cómo estaba la situación mientras se esperaba la llegada de Ilich; se recibieron cartas de Ganetsky. El bureau del comité central envió un mensaje a Ganetsky diciéndole: "Ulianov debe venir inmediatamente". Ganetsky retransmitió este mensaje a Lenin. Vladimir Ilich insistía en que las negociaciones debían iniciarse a través de Fritz Platten, socialista internacionalista suizo. Platten concluyó un minucioso acuerdo escrito con el embajador alemás en Suiza. Los puntos principales de este acuerdo eran: 1) Se permite la salida de todos los inmigrantes sin consideración de sus opiniones sobre la guerra; 2) A nadie le será permitido entrar en el tren en que viajarán los emigrados sin el permiso de Platten. No habrá ninguna inspección de pasaportes o equipajes; 3) Los viajeros se comprometen agitar en Rusia en favor del intercambio de un número de prisioneros austro-germanos internados en Rusia en igual número de los emigrados a los que se permite viaajr por este convenio. Ilich comenzó a prepararse enérgicamente para el viaje, y escribió cartas a Berna, Ginebra y a un número de camaradas. Los partidarios de *Vperiod*, con quienes él negociaba, rehusaron ir. Karl y Kasparov, dos camaradas íntimos, debieron quedarse; ellos estaban muy enfermos y moribundos en Davos. Ilich les envió un saludo de despedida.

Lenin escribió un artículo para el diario de Zurich *Volksrecht*, titulado "Las tareas del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en la revolución rusa", y también una "Carta de despedida a los trabajadores suizos", que terminaba con las palabras: "¡Viva la revolución proletaria que *comienza* en Europa!" Ilich dirigió asimismo una carta a los "Camaradas que languidecen en la cautividad", prisioneros de guerra rusos, en la que les informaba sobre la revolución y la lucha inminente. Teníamos que escribirles. Mientras nos hallábamos aún en Berna, se comenzó una considerable correspondencia con prisioneros de guerra rusos que yacían en campos alemanes. Por supuesto, no podíamos ayudarlos mucho en cuanto concernía al confort material, pero los ayudábamos en cuanto pdoíamos escribiéndoles cartas y enviándoles literatura. Realizamos un buen número de estrechas conexiones,

y después de nuestra partida de Berna los Safarov continuaron esta tarea. Enviamos a estos prisioneros de guerra literatura ilegal: un folleto de Kollontai sobre la guerra, el cual produjo un gran efecto, y cantidad de volantes.

Pocos meses antes de partir, dos prisioneros de guerra, un campesino de Voronezh llamado Michaelev, y el otro un trabajador de Odesa, llegaron a Zurich y se unieron a nuestro grupo. Habían escapado de Alemania nadando a través del lago Boden. Ilich discutió muchas cosas con ellos. Los relatos de Michaelev sobre su cautividad eran especialmente interesantes. Nos informó que al principio los prisioneros de Ukrania eran enviados a Galitzia, que la agitación pro Ucrania contra Rusia se realizaba entre ellos, que él fue remitido a Alemania donde se le obligó a trabajar en granjas de campesinos ricos. "Cuán maravillosamente manejan cada cosa; nada es desperdiciado", exclamaba Michaelev. Aunque sus familiares eran viejos creyentes y su abuelo y su abuela le habían prohibido aprender a leer y escribir (pues el alfabetismo era el signo del diablo), él aprendió a leer en Alemania. Sus abuelos le enviaban mijo y grasa mientras estaba en Alemania y los alemanes observaban con asumbro cuando él cocinaba y comía esta extraña mezcla. Michaelev había intentado seguir cursos de extensión universitaria y lamentaba que no se diera ninguno en Zurich. Fue internado y puesto a trabajar como obrero. Estaba muy sorprendido al comprobar cuán pusilánimes eran los obreros suizos. "Yo fui a la oficina —expresó— a retirar mi paga y vi a los obreros suizos agazapados contra la pared espiando a través de la ventana y no se atrevían a entrar en la oficina. ¡Qué gente más sometida! Yo me adelanté, abrí la puerta y me encaminé hacia la oficina de pago. !Yo iba en busca del dinero por mi trabajo!" Ilich se sentía atraído por este campesino de la Rusia central que recién había aprendido a leer y escribir y no obstante se sorprendía ante la sumisión de los trabajadores suizos. También nos contó Michaelev que cierto día un sacerdote ruso visitó el campo de los prisioneros, pero que los soldados rehusaron escucharlo y empezaron a gritar y jurar. Uno de los prisioneros se acercó al sacerdote, le besó la mano y le dijo: "Márchese, padrecito, éste no es un lugar para usted". Michaelev y sus camaradas nos pidieron que los lleváramos a Rusia con nosotros, pero ignorábamos los que nos acontecería; podríamos ser arrestados de

nuevo. Después de nuestra partida, Michaelev pasó a Francia; primero vivió en París, donde trabajó en una fábrica de tractores. y luego se trasladó al este francés, zona en que había muchos emigrantes polacos. En 1918 (ó 1919, no recuerdo exactamente) Michaelev retornó a Rusia y se encontró con Ilich. Relató cómo él y varios otros prisioneros de guerra escapados de Alemania fueron llamados a la embajada rusa, donde se les sugirió que firmaran un manifiesto proclamando la continuación de la guerra hasta la victoria final. Aunque importantes oficiales condecorados con órdenes especiales hablaron a los soldados, éstos se negaron a firmar el pedido. "Yo me lenvanté y dije que la guerra debía terminar y abandoné el lugar. Los otros silenciosamente también se fueron". Asimismo nos informó de la agitación antibélica realizada por la juventud en la pequeña ciudad francesa en que vivía. Michaelev no se parecía ahora en lo más mínimo al campesino de Voronezh que habíamos conocido: vestía gorra francesa, polainas color caqui, y su cara por completo afeitada. Ilich le consiguió trabajo en una fábrica. Pero todos sus pensamientos eran para su villa natal, que había pasado de mano en mano, de los rojos a los blancos y de éstos otra vez a los rojos. El centro íntegro de la villa, de donde él era oriundo, había sido incendiado por los blancos, pero su casa había escapado a la destrucción y sus abuelos vivían aún. Michaelev vino a mi oficina en la Junta Central de Educación Política y me informó todo esto y que estaba preparándose para marchar a su aldea. "¿Por qué no está ya de camino?", le pregunté. "Estoy esperando que mi barba crezca de nuevo; mis abuelos se morirían de pena si me ven afeitado". Poco después recibí una carta de él. Trabaja en la vía férrea en Asia Central; escribió que con motivo de la celebración del día de Lenin habló en una reunión del club de los trabajadores y relató cómo, en 1917, conoció a Ilich en Zurich y les contó nuestra vida en el exterior. Todos escuchaban con interés pero dudaban de la verdad del relato y así Michaelev me pidió que yo ratificara el hecho sobre su visita a Ilich en Zurich.

Michaelev era un trozo de vida real, y así también lo eran las cartas enviadas a nuestros prisioneros del Comité de Ayuda de la Guerra.

Ilich no podía partir para Rusia sin escribirles sobre las cosas que más le interesaban en ese momento.

Los Kemmerer, a quienes habíamos alquilado un cuarto, ocupaban un departamento en una nueva casa. En este departamento, limpio e iluminado, se nos reservó un cuarto amplio y confortable, pero en él vivimos sólo unos pocos días.

Cuando llegó la carta de Berna que nos informaba que las negociaciones de Platten habían llegado a una conclusión favorable y que únicamente debía firmarse el protocolo, y podíamos trasladarnos a Rusia, Ilich dió un salto, y dijo: "Tomaremos el primer tren". El tren debía partir dentro de dos horas. Nos quedaban justo dos horas para liquidar toda nuestra "casa", ajustar cuentas con la casera, devolver los libros a la biblioteca, empacar, etc. "Parte tú, yo saldré mañana", propuse yo. Pero Ilich insistió: "No, iremos juntos". Todo fue hecho en las dos horas: empaquetamos los libros, se destruyeron las cartas, seleccionamos las cosas que llevaríamos, todos los problemas se solucionaron, y tomamos el primer tren para Berna. No debimos apurarnos, sin embargo, pues era Pascua y por esa razón el tren se retrasó en la partida.

Los camaradas que iban a Rusia se reunieron en la Casa del Pueblo de Berna; los Zinoviev, Usyevich, Inessa Armand, los Safarov, Olga Ravich, Abramovich de Chaux-de-Fonds, Grebelskaya, Haritonov, Linde, Rosenbloom, Boytsov, Mikha Tskhakay, los Marienoff, Sokolnikov, Radek bajo la apariencia de un ruso, y otros. En conjunto viajaron treinta personas, sin contar a Robert, el de la cabeza enrulada, de cuatro años de edad, hijo de un miembro del Bund.

Fritz Platten nos acompañó.

Los *defensistas* provocaron un alboroto sobre los bolcheviques que viajaban a través de Alemania. Por supuesto, al otorgarnos permiso para viajar el gobierno alemán estaba persuadido de que la revolución era un terrible desastre para un país y pensaba que al tolerar que los internacionalistas emigrados regresaran a su país natal ayudaba a propagar este "desastre" en Rusia. Los bolcheviques se preocupaban muy poco sobre lo que pensaba el gobierno burgués alemán. Ello consideraban su deber expandir la propaganda revolucionaria en Rusia y tenían como objetivo de sus actividades la realización de la revolución proletaria victoriosa. Sabían que los *defensistas* les arrojarían lodo, pero también sabían que las masas finalmente seguirían su conducción. El 27 de marzo los bolcheviques solos arriesgaron la ruta

a través de Alemania, pero un mes más tarde, más de dos centenares de emigrados, incluyendo a Martov y otros mencheviques, siguieron el mismo camino.

Al abordar el tren no se formularon preguntas sobre el equipaje y los pasaportes. Ilich se encerró en un completo mutismo; sus pensamientos estaban en Rusia. En el viaje, la conversación era trivial. La alegre voz de Robert podía oírse en todo el coche. Particularmente simpatizó con Sokolnikov y no quería hablar con las mujeres. Los alemanes trataron de mostrarnos que tenían abundancia de todo; el cocinero preparó comidas excepcionalmente buenas, a las que nuestra fraternidad de emigrantes no estaba del todo acistumbrada. A través de la ventanilla del coche advertíamos la sorprendente ausencia de hombres; algunas mujeres, muchachos y muchachas adolescentes y niños sólo se veían en las estaciones, en los campos y en las calles de la ciudad. Me acordaba a menudo de este cuadro durante los primeros días en Petrogrado en que me sorprendía ver que los coches en las calles estaban llenos de soldados.

Al llegar a Berlín nuestro tren fue conducido a una vía muerta. Cerca de Berlín algunos socialdemócratas alemanes entraron en un compartimiento especial. Ninguno de los de nuestro grupo habló con ellos, excepto Robert, que curioseó en el compartimiento y preguntó en francés: "¿Qué hace el conductor?" Ignoro si los alemanes contestaron a Robert, pero yo sé que ellos no podían plantear las cuestiones que deseaban presentar a los bolcheviques. El 31 de marzo llegamos a Suecia. En Estocolmo nos esperaban los diputados del Partido Socialdemócrata Sueco, Lindhagen, Carlson, Ström, Ture Nerman y otros. Una bandera roja se enarboló en la sala de espera y se celebró una reunión. Recuerdo poco de Estocolmo; todos los pensamientos eran para Rusia. El gobierno provisional ruso no permitió a Fritz Platten y a Radek entrar en Rusia, pero no se atrevieron a detener a los bolcheviques. Desde Suecia cruzamos a Finlandia en pequeños trineos fineses. Todo era ya familiar y querido para nosotros: los miserables coches de tercera clase, los soldados rusos. Esto era enormemente agradable. No pasó mucho tiempo en que Robert se halló en los brazos de un soldado mayor, abrazando su cuello con sus pequeños brazos, hablándole en francés y comiendo queso de pascua que el soldado le ofrecía. La gente se amontonaba contra las ventanillas. Las plata-

formas de la estación que atravesamos estaban colmadas de soldados. Usyvich se inclinó sobre la ventanilla y gritó: "¡Viva la revolución mundial!" Los soldados lo miraron asombrados. Un teniente de rostro pálido pasó varias veces frente a nosotros, y cuando Ilich y yo nos introducimos en un coche cercano que estaba vacío. él se sentó junto a Ilich y le habló. El teniente era un "defensista" y comenzaron a discutir. Ilich expuso sus puntos de vista; él también estaba terriblemente pálido. Los soldados comenzaron a apretujarse en el coche hasta que no hubo lugar para moverse. Los soldados permanecían sobre los bancos para ver y oir mejor a alguien que hablaba con tanta convicción contra la guerra de rapiña. Y a medida que pasaban los minutos ellos se tornaban más atentos y sus rostros mostraban mayor tensión.

María Ilyinishna, Shlyapnikov, Stahl y otros camaradas y obreras se reunieron con nosotros en Beloostrov. Sthal me pidió que dijera algunas palabras de salutación a las obreras, pero la voz me había abandonado. No pude decir nada. Ilich preguntó a los camaradas que se sentaron a nuestro alrededor si podíamos ser arrestados en cuanto llegáramos; ellos sonrieron. Pronto llegamos a Petrogrado.

Las masas de Petrogrado, los trabajadores, soldados y marineros vinieron a recibir a su conductor. Entre los muchos camaradas íntimos, se hallaba Churgurin, un estudiante de la escuela de Longjumeau, su rostro humedecido por las lágrimas. usaba una ancha faja roja a través de su hombro. Había un mar de gente cerca de nosotros.

Aquellos que no han vivido la revolución no pueden imaginar su belleza solemne y grandiosa. Banderas rojas, una guardia de honor de los marineros de Kronstadt, los reflectores de la fortaleza de Pedro y Pablo que iluminaban el camino desde la estación de Finlandia hasta la mansión Kshesinsky (ex residencia de la bailarina Kshesinskaya, amante del zar), carros armados, y una cadena de trabajadores, hombres, y mujeres, que custodiaban el camino.

Chkheidze y Skobelev nos recibieron en la estación de Finlandia como los representantes oficiales de los diputados de los trabajadores y soldados del Soviet de Petrogrado. Los camaradas condujeron a Ilich al cuarto de descanso del zar donde estaban instalados Chkheidze y Skobelev. Cuando Ilich salió de la plataforma un capitán llegó hasta él, y en posición de atención, le informó algo. Ilich, un poco desconcertado por la sorpresa, saludó. Ilich y toda nuestra fraternidad de

emigrados pasaron frente a una guardia de honor que estaba en la plataforma. Ilich subió a un coche blindado; el resto se ubicó en automóviles y así nos dirigimos a la mansión Kshesinsky. "¡Viva la revolución mundial socialista!", gritó Lenin a la enorme multitud de muchos millares que nos rodeaba.

Ilich sentía el comienzo de la revolución en cada fibra de su cuerpo.

Llegamos a la mansión Kshensinsky donde el comité central y el comité de Petrogrado del partido tenían entonces su cuartel general. Los camaradas de Petrogrado habían preparado un té de camaradería y deseaban realizar discursos de bienvenida, pero Lenin llevó la conversación a lo que más le interesaba, las tácticas que debían proseguirse. Una enorme muchedumbre de trabajadores y soldados rodeaba a la casa. Ilich tuvo que dirigirse al balcón y pronunciar un discurso Las impresiones de la reunión, la conmoción de los elementos revolucionarios, dejó todo lo demás en la sombra.

Después nos fuimos a casa de nuestrou familiares, Ana Ilyinishna y Mark Timofeyevich. Ellos vivían en la calle Shirokaya, del lado de Petrogrado, y María Ilyinishna vivía con ellos. Nos dieron un cuarto separado. En homenaje a nuestra llegada, Gora, hijo adoptivo de Ana Ilyinishna, colgó sobre nuestras camas la consigna: "¡Trabajadores del mundo, uníos!" Yo casi no hablé con Ilich esa noche; en realidad no había palabras para expresar la experiencia; cada cosa se entendía por sí misma.

Los tiempos eran tales que no podía ser desperdiciado un segundo. Ilich no se había levantado todavía cuando un camarada vino por él. Con Zinoviev marchó al comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado a informar sobre el viaje a través de Alemania. De ahí fuimos a una conferencia de bolchevique, de los miembros de la Conferencia del Soviet de Diputados de Trabajadores y Soldados de toda Rusia, que estaba en sesión en algún lugar de un piso superior del palacio Táurida. En diez tesis Lenin expresó su opinión sobre lo que debía hacerse. En estas tesis dio su juicio sobre la situación, clara y definitivamente fijó los objetivos por los cuales era necesario esforzarse, y el camino que debía seguirse para alcanzarlos. Durante los primeros minutos nuestra gente se mostró desconcertada. A muchos les pareció que Lenin

presentaba la cuestión demasiado abruptamente, que era aún temprano para hablar de revolución socialista.

Una reunión menchevique se realizaba en el piso de arriba. De allí llegó un camarada e insistió en que Ilich presentara el mismo informe en un mitin conjunto de delegados mencheviques y bolcheviques. En la reunión bolchevique se decidió que Ilich repitiera el informe en una asamblea general de todos los socialdemócratas. En la reunión bolchevique se decidió que Ilich repitiera el informe En la reunión bolchevique se decidió que Ilich repitiera el informe en una asamblea general de todos los socialdemócratas. Ilich lo hizo así. La reunión conjunta tuvo lugar abajo, en el gran vestíbulo del palacio Táurida. Recuerdo lo primero que atrajo mi mirada: Goldenberg (Meshkovsky) estaba en el *presidium*. En la revolución de 1905 era un enérgico bolchevique, uno de los camaradas más firmes en la lucha. Ahora seguía a Plejanov y se había convertido en *defensista.* Lenin habló cerca de dos horas. Goldenberg fue su oponente. Criticó a Lenin agudamente y dijo que Ilich había levantado la bandera de la guerra civil en medio de la revolución democrática. ¡Cuánto nos habíamos separado era evidente! Recuerdo aún el fervoroso discurso de Kollontai en defensa de las tesis de Lenin.

En su periódico Edinstvo (Unidad) Plejanov calificó las tesis de Ilich como "delirio".

Tres días más tarde, el 7 de abril, las tesis de Lenin eran publicadas en Pravda. Al día siguiente apareció un artículo por Kaenev en el mismo diario, titulado "Nuestras diferencias", en el cual él se separaba de las tesis de Lenin y afirmaba que éstas eran la expresión de la opinión privada de Lenin, que ellas no eran defendidas ni por *Pravda* ni por el bureau del comité central. Los delegados bolcheviques, en la reunión en la que estas tesis fueron presentadas, no las aceptaron, pero aceptaron las del bureau del comité central. Kamenev declaró que *Pravda* mantenía su vieja posición.

La lucha comenzó dentro de la organización bolchevique, si bien no fue larga. En una semana se celebró una conferencia general de los bolcheviques de Petrogrado dentro de la cual triunfó el punto de vista de Ilich. La conferencia duró ocho días (del 14 al 22 de abril). durante cuyo tiempo aconteció un número de importantes acontecimientos que probaron hasta qué punto Lenin tenía razón.

El 7 de abril —el día en que las tesis de Lenin aparecieron impresas— el comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado votó por la emisión de un "Préstamo de la libertad".

La prensa burguesa y *defensista* comenzó una furiosa campaña contra Lenin y los bolcheviques. La afirmación de Kamenev fue ignorada. Todos sabían que el punto de vista de Lenin prevalecería en las filas de la organización bolchevique. La campaña contra Lenin sirvió para popularizar sus tesis. Ilich llamó a la guerra, guerra imperialista de pillaje y todos advertían que se pronunciaba sinceramente por la paz. Esto despertó a los marineros y soldados, despertó a aquellos para quienes la guerra era una cuestión de vida o muerte. El 10 de abril Lenin habló a los hombres del regimiento Izmailovsky; el 15 la *Soldatskaya Pravda* (La Verdad del Soldado) apareció, y el 16 los soldados y marineros de Petrogrado organizaron una manifestación de protesta por la campaña contra Lenin y los bolcheviques.

El 18 de abril (1º de mayo) se realizaron grandes demostraciones sobre el 1º de mayo a través de toda Rusia, como nunca se había visto antes.

El 18 de abril, Milyukov, ministro de relaciones exteriores, dio un comunicado en nombre del gobierno provisional, en el que afirmaba que éste proseguiría la guerra hasta la victoria final y que permanecería leal a todas las obligaciones con los aliados. ¿Qué hicieron los bolcheviques? Ellos expusieron en su prensa lo que significaban esas obligaciones: subrayaron que el gobierno provisional se había comprometido a cumplir las obligaciones contraídas por el gobierno de Nicolás II y toda la pandilla zarista. Insistieron en que éstas eran obligaciones para con la burguesía.

Cuando esta situación apareció clara ante las masas, ellas salieron a la calle. El 21 de abril organizaron una manifestación en la avenida Nevsky. Los partidarios del gobierno provisional también organizaron su manifestación en la avenida Nevsky.

Estos acontecimientos unieron a los bolcheviques. La organización bolchevique de Petrogrado aprobó una resolución de acuerdo con las opiniones de Lenin.

El 21 y el 22 de abril el comité central aprobó una resolución que claramente señalaba la necesidad de desenmascarar al gobierno pro-

visional, condenó las tácticas conciliatorias del Soviet de Petrogrado, exigía la reelección de los diputados de trabajadores y soldados, pedía el fortalecimiento de los Soviets, solicitaba una amplia tarea de esclarecimiento y a la vez señalaba que los intentos de derrocar al gobierno provisional inmediatamente serían prematuros.

La conferencia de toda Rusia comenzó el 24 de abril, tres semanas después que las tesis de Lenin habían logrado publicidad y los bolcheviques habían alcanzado su unidad.

Después de nuestra llegada a Petrogrado vi muy poco a Ilich. Trabajaba en el comité central y en *Pravda*, y concurría a reuniones. Yo trabajaba en la secretaría del comité central en la mansión Kshesinsky, pero el trabajo no podía compararse con la tarea de la secretaría en el extranjero. o con la de 1905-1907, cuando tenía que realizar una labor bastante importante independientemente bajo la dirección de Ilich. Stasova era la secretaria; la ayudaban trabajadores técnicos. Yo hablaba con los obreros que llegaban hasta allí. Aún conocía poco del trabajo local. Los miembros del comité central venían con frecuencia, Sverlov en particular. No se me había asignado ninguna tarea especial y la ausencia de trabajo definido me aburría. Absorbía gozosamente la vida que bullía a mi alrededor. Las calles en esa época presentaban un aspecto interesante; en todas partes se formaban grupos que discutían con calor la situación política y todos los acontecimientos que ocurrían. Solía mezclarme con la multitud y escuchar. En cierta ocasión caminé tres horas desde la calle Shirokaya a la mansión Kshesinsky, tan atractivas eran estas reuniones. Había un patio opuesto a nuestra casa desde el cual se oían excitadas discusiones cuando abríamos las ventanas por la noche. Un soldado se sentaba siempre allí con alguien: el cocinero, las mucamas de las casas vecinas o algún joven. A la una de la mañana palabras entrecortadas podían oírse, tales como: bolcheviques, mencheviques... a las tres: Milyukov, bolcheviques... A las cinco, lo mismo; política y reuniones. Las noches blancas de Petrogrado se asocian siempre en mi mente con estas reuniones nocturnas.

Tenía que verme con mucha gente en la secretaría del comité central; el comité de Petrogrado, la organización militar y *Soldatskaya Pravda* se hallaban ubicados en la mansión Kshesinsky. A veces atendía las reuniones del comité de Petrogrado donde yo debía conocer a la

gente más íntimamente y seguía el trabajo del comité. Los niños y los jóvenes trabajadores también me interesaban mucho. Los niños eran atraídos por el movimiento. Entre ellos había partidarios de diferentes tendencias: bolcheviques, mencheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas. Al comienzo había cerca de cincuenta mil jóvenes en la organización, pero en esa época el movimiento fue dejado un poco a su suerte. Yo realicé alguna tarea entre ellos. Estos jóvenes trabajadores presentaban un agudo contraste con los grupos mayores de la escuela media. Estos últimos a menudo se aproximaban a la mansión Kshesinsky en multitud y gritaban denuestos contra los bolcheviques. Resultaba claro que estos grupos eran preparados por alguien.

Poco después de nuestra llegada —no recuerdo la fecha exacta— asistí a un congreso de educadores. Hubo una gran multitud: los educadores estaban completamente bajo la influencia de los socialistas revolucionarios. Bien conocidos "defensistas" hablaron por la mañana el día en que estuve allí, pero antes de mi llegada Alexinsky se dirigió al congreso. Había quince o veinte socialdemócratas entre los maestros incluyendo bolcheviques y mencheviques internacionalistas; se reunieron separadamente en un pequeño cuarto donde intercambiaron opiniones respecto de la clase de escuela por la que debían luchar. Muchos de los presentes en esa reunión trabajaron más tarde en los consejos municipales. La masa de los maestros estaba intoxicada de chovinismo.

Escuché los discursos que Ilich pronunció el 4 de abril y el de la conferencia de Petrogrado.

El 18 de abril (1º de mayo) Ilich participó en la demostración del día de mayo y habló en Okhta y en el Campo de Marte. Yo no lo oí pues estaba tan enferma que no pude concurrir. Cuando Ilich retornó me sorprendió su estado de excitación. En tanto vivimos en el exterior por lo general desfilábamos el primero de mayo, pero una cosa es el primero de mayo con permiso policial y otra el 1º de mayo de las masas revolucionarias, las masas que habían triunfado sobre el zarismo; esto era diferente.

El 21 de abril tenía que verme con Ilich en Danskoys. Poseía la dirección, Staro-Nevsky 3, y caminé todo el trayecto de la avenida Nevsky. Una gran manifestación de trabajadores venía desde la Puerta de Nevsky. Los obreros que se agrupaban en las aceras saludaban a

los manifestantes. "Vamos", dijo una joven obrera a otra". "Vamos; marcharemos toda la noche!" Otra multitud que usaba sombreros y *hongos* marchaba hacia la manifestación de los trabajadores; eran saludados por otra gente con igual indumentaría ubicada en la acera. Los obreros predominaban cerca de la Puerta de Nevsky, si bien en las proximidades de la calle Morskaya y el puente Poitseysky los *hongos* y los sombreros eran más numerosos. Entre la multitud circulaba de boca en boca el rumor de cómo Lenin había sobornado a los obreros con el oro alemán y ahora todos lo seguían. "Debemos batir a Lenin", gritaba una chica muy bien vestida. "Matemos a todos estos truhanes", vociferaba alguien con su impecable *hongo.* ¡Clase contra clase! La clase trabajadora estaba con Lenin.

Desde el 24 al 29 de abril se celebró la conferencia de toda Rusia, conocida como la conferencia de abril que finalmente unió a los bolcheviques. Asistieron ciento cincuenta delegados. Fue elegido un nuevo comité central. Las cuestiones discutidas fueron de extraordinaria importancia, por ej., la situación política, la guerra, la preparación para la organización de la tercera internacional, la cuestión ncional, la cuestión agraria y el programa del partido.

Recuerdo en particular el discurso de Ilich sobre la situación política.

Lo más saliente en su discurso residía en la forma que revelaba claramente la actitud de Ilich frente a las masas, cómo observaba desde cerca su manera de vivir y lo que pensaban: "No hay duda alguna que. como clase, el proletariado y el semiproletariado no tienen interés en la guerra. Están influidos por la tradición y la decepción. Carecen aún de experiencia política. En consecuencia, nuestra tarea es la de explicar con paciencia. Nuestros principios permanecen intactos; no hemos contraído los menores compromisos; sin embargo, no podemos aproximarnos a *estas* masas como nos aproximamos a los socialchovinistas. Estos elementos de la población nunca han sido socialistas; no tienen la más mínima concepción del socialismo; están sólo despertando a la vida política. Pero su conciencia de clase crece y se amplía con extraordinaria rapidez. Es necesario saber cómo aproximarse a ellas con explicaciones adecuadas, y esta es ahora la tarea más difícil, particularmente para un partido que hasta ayer estuvo en la clandestinidad".

"Muchos de nosotros, yo mismo incluido —decía Ilich en su discurso— hemos tenido ocasión de dirigirnos a las masas, en especial a los soldados, y me parece que aun cuando todo les es explicado desde el punto de vista de los intereses de clase, queda todavía algo en nuestra posición que no pueden captar por completo, por ej., de qué manera intentamos terminar la guerra, cómo es posible darle fin. Las masas caen en un laberinto de malos entendidos, existe una absoluta falta de comprensión respecto de nuestra posición; ésta es la razón por la cual debemos ser muy claros en este caso".

"...Al aproximarnos a las masas debemos dar respuestas concretas a todas las preguntas".

"Debemos ser capaces de realizar el trabajo de explicación —decía Ilich— no sólo entre el proletariado sino también entre los amplios sectores de la pequeña burguesía".

Al hablar del control Vladimir Ilich expresó: "Para controlar hay que tener poder. Si las amplias masas de la pequeña burguesía en bloque no entienden esto, nosotros debemos tener la paciencia de explicárselo a ellas, pero en ningún caso debemos mentirles". Ilich no apeló a la demagogia, y esto lo experimentaban los soldados y campesinos que hablaban con él. Mas la confianza no puede ganarse al instante. Aun en tal época de excitación, Ilich mantenía su usual sobriedad de pensamiento: "Hasta ahora estamos en minoría; las masas no confían todavía en nosotros. Podemos esperar; ellas se alistarán con nosotros cuando el gobierno revele su verdadera naturaleza". Ilich tuvo muchas conversaciones con soldados y campesinos y aun en este tiempo veía no pocas evidencias de confianza, pero él no se forjaba ilusiones: "El partido proletario sería culpable del más penoso error si elaborara su política sobre la base de deseos subjetivos donde se requiere la organización. No podemos afirmar que la mayoría está con nosotros; en este caso nuestra divisa debe ser: prudencia, prudencia, prudencia. Basar nuestra política proletaria en el exceso de confianza significa condenarla al fracaso".

Al concluir su discurso sobre la situación política Ilich manifestó: "La revolución rusa ha creado los soviets. Ningún país burgués en el mundo tiene o puede tener tales instituciones de estado. Ninguna revolución socialista puede funcionar con ningún otro poder estatal. Los Soviets de Diputados Obreros y Soldados deben tomar el poder no

con el propósito de edificar una república burguesa común, ni para introducir el socialismo inmediatamente. Este último no podría ser realizado. ¿Cuál es el designio, entonces? Deben tomar el poder a fin de adoptar los primeros pasos concretos hacia la creación del socialismo, pasos que pueden y deben ser tomados. En este caso el gran enemigo es el temor. Las masas deben ser convencidas de que estos pasos tienen que ser adoptados inmediatamente, pues de otra manera el poder de los Soviets de los Diputados de obreros y soldados carecería de sentido, y nada podría ofrecer al pueblo".

Y luego Ilich habló de las tareas inmediatas que yacían frente a los Soviets. "La propiedad privada de la tierra debe ser abolida. Esta es nuestra primer tarea, porque la mayoría del pueblo la desea. Para realizar esto necesitamos los Soviets. Esta medida no puede ser llevada a cabo por la burocracia del viejo gobierno". Y terminó citando un ejemplo para ilustrar lo que la lucha por el poder localmente significa. "Concluiré por referirme a un discurso que produjo sobre mí una gran impresión. Escuché a un minero del carbón pronunciar un notable discurso. Sin emplear una sola palabra erudita, él relató cómo habían hecho la revolución. Esos mineros no estaban preocupados por el problema de si iban a tener o no un presidente. Ellos tomaron la mina, y la cuestión importante para ellos era cómo mantener los cables intactos de modo que la producción no se interrumpiera. Después venía la cuestión del pan, del cual había escasez. Y de nuevo los mineros concordaron en el método de obtenerlo. Ahora bien, este es un programa real de la revolución, no sacado de los libros. Esta es una real toma del poder localmente".

Zinaida Pavlovna Krzhizhanovskaya me recordó una vez lo que yo le había relatado sobre el minero en su discurso y ella dijo: "Ahora esos mineros necesitan particularmente ingenieros. Vladimir Ilich piensa que sería maravilloso si Gleb fuera hasta allí".

Encontramos a muchos amigos en la conferencia. Entre otros recuerdos a Prisyagin, estudiante de la escuela de Longjumeau. Al escuchar el discurso de Ilich sus ojos se iluminaron. Prisyagin no vive ya; lo mataron los blancos en los Urales en 1918.

A comienzos de mayo de 1917, Ilich proyectó enmiendas al programa del partido. La guerra imperialista y la revolución habían causado cambios fundamentales en la vida social y esto requería nuevas

evaluaciones y un nuevo enfoque; el viejo programa se había tornado anticuado.

El nuevo programa mínimo que Ilich redactó revelaba el esfuerzo por mejorar, por elevar el nivel de vida de las masas, un empeño en dar a las masas el ámbito para desplegar su iniciativa.

Mi trabajo de secretaria me aburría cada vez más; yo deseaba intervenir en la verdadera tarea entre las masas; también quería ver a Ilich más a menudo, pues estaba intranquila por él. La campaña en su contra crecía en furia. Bajando hacia el lado de Petersburgo se podía oír a alguna ama de casa decir con sorna: "¿Qué debe hacerse con este Lenin que vino de Alemania? ¿Ahogarlo en un pozo o qué?" Por supuesto, el origen de esos rumores sobre soborno y traición era bien conocido, pero desagradaba oírlos. Oír tales habladurías de parte de los burgueses era una cosa, mas oírla de las masas resultaba muy distinto. Escribí un artículo sobre Lenin para *Soldatskaya Pravda* con el título: "Una página de la historia del partido". Ilich hizo algunas correcciones en el manuscrito, y se publicó en el nº 21, el 13 de mayo de 1917.

Vladimir Ilich por lo general retornaba cansado a casa, y no podía someterlo a un cuestionario sobre los problemas. Pero ambos deseábamos hablar como lo hacíamos anteriormente en nuestros paseos. Y a veces, aunque no con frecuencia, realizábamos caminatas por las quietas calles del lado de Petrogrado. Recuerdo durante uno de estos paseos en que íbamos juntos con los camaradas Shauman y Enukidze; Shauman obsequió a Ilich algunos distintivos rojos que sus hijos le habían pedido que entregara a Lenin; Ilich sonrió. En cierta ocasión fuimos con María Ilinishna a una de las islas, pero había allí tanta gente que no logramos descansar.

Recuerdo el discurso de Ilich ante el primer congreso de toda Rusia de los Soviets de Diputados de Trabajadores y Soldados que se celebró en la Escuela Militar en la isla Vasilevsky. Pasamos a través de un largo corredor; las salas de clase se habían convertido en dormitorios para los delegados. El vestíbulo estaba repleto. Los bolcheviques se sentaban en pequeños grupos en el fondo del vestíbulo. Aunque sólo los bolcheviques aplaudían a Lenin, no había duda de la fuerte impresión creada por su discurso. No sé hasta dónde es cierto

el relato, pero más tarde se dijo que como resultado de este discurso Kerensky yació inconsciente tres horas.

Las elecciones de la Duma del distrito se realizaron en junio. Yo fui a la isla Vasilevsky para observar los progresos que se hacían en la campaña electoral. Las calles rebozaban de trabajadores, entre los que predominaban los de la fábrica de tubos. Había muchas mujeres obreras de la fábrica Lafern que habían votado por los socialistas revolucionarios. En cada lugar los grupos discutían acaloradamente, pero no eran los candidatos o los conductores los discutidos, sino los partidos, lo que éstos hacían, lo que defendían. Recuerdo las elecciones municipales de París; cuando vivimos allí nos asombraba la ausencia de temas políticos y la cantidad de cuestiones personales que se introducían. Aquí la situación resultaba por completo opuesta. No había dudas sobre el desarrollo de las masas desde 1905-1907. Era evidente que todos leían los periódicos de las diferentes tendencias políticas. Un grupo discutía la posibilidad del bonapartismo. Una pequeña figura, semejante a un espía, que revoloteaba entre la multitud, parecía por completo fuera de lugar en este grupo de trabajadores que se habían politizado tanto en los últimos años.

El espíritu revolucionario de las masas crecía.

Los bolcheviques decidieron celebrar una manifestación el 10 de junio. El congreso prohibió esta demostración, y aprobó una decisión según la cual ninguna demostración debía celebrarse en el término de tres días. Ilich insistió entonces en que la demostración, convocada por el comité de Petrogrado, fuera abandonada. Arguyó que desde que reconocíamos el poder de los Soviets estamos obligados a someternos a las decisiones del congreso, de otra manera sería jugar en las manos de los enemigos. Pero cediendo a los deseos de las masas, el congreso de los Soviets preparó una manifestación que debía celebrarse el 18 de junio. Sin embargo, el congreso obtuvo más que lo que se esperaba. Cerca de cuatrocientos mil trabajadores y soldados tomaron parte en esa demostración. Noventa por ciento de las banderas y carteles llevaban las consignas del comité central de los bolcheviques: "¡Todo el poder a los Soviets!" "Abajo los diez ministros capitalistas!" Había sólo tres carteles que apoyaban al gobierno provisional: uno del Bund, el otro del grupo de Plejanov, *Edinstvo* (Unidad), y el tercero de un regimiento de cosacos. Ilich caracterizó al 18

de junio como uno de los días decisivos. "La manifestación del 1º de julio (18 de julio) —escribió— se convirtió primero en una expresión de la fuerza y la política del proletariado revolucionario que da direcciones a la revolución y muestra el camino de salida frente a la calle cortada. Aquí yace el colosal significado histórico de la manifestación del domingo y en ello difiere por cierto en principio de las demostraciones que se efectuaron el día del funeral de las víctimas de la revolución o de aquellas celebradas el 1º de mayo. Se trataba, entonces, de un tributo universal a la primera victoria de la revolución y a sus héroes, una mirada hacia atrás, arrojada por el pueblo sobre la primera etapa del camino a la libertad y pasó por ellas muy rápida y cómodamente. El 1º de mayo fue una fiesta de buenos deseos y esperanzas unidos con la historia del movimiento obrero universal, con su ideal de paz y socialismo.

"Ninguna de esas manifestaciones intentaba señalar la dirección del posterior avance de la revolución. Tampoco podía ofrecer esa dirección. Ni la primera ni la segunda manifestación habían colocado ante las masas, y en nombre de las masas ninguna de las cuestiones concretas y definitivas de la hora, las cuestiones de hacia dónde y cómo debía proseguir la revolución.

"En este sentido el 1º de julio fue la primera manifestación política de acción; resultó una exposición de problemas no en un libro ni en un periódico sino en la calle; no a través de los conductores, sino a través de las masas. Mostró cómo actúan las diversas clases, desean actuar y deben actuar para fortalecer la revolución. La burguesía se había escondido."

Las elecciones del distrito de la Duma se habían efectuado. Yo fui elegida para el consejo del distrito de Vyborg. Los únicos candidatos elegidos para este consejo eran bolcheviques y unos pocos mencheviques internacionalistas. Estos, sin embargo, no actuaron en el consejo. Los únicos que trabajaron fueron los bolcheviques L. M. Michaelov, Kushmanko, Chugurin, otro camarada y yo. Al principio el consejo se reunía en el mismo edificio del comité del partido del distrito del cual Zhenya Egorova era la secretaria, y donde también trabajaba el camarada Latsis. Nuestro consejo se mantenía en muy estrecho contacto con la organización del partido. Aprendí mucho del trabajo en el distrito de Vyborg. Era una buena escuela para el tra-

bajo del partido y el Soviet. Durante los muchos años en que viví como exiliada política en el extranjero, nunca me había atrevido a pronunciar un discurso aun en una pequeña reunión, y hasta esa fecha no había escrito una sola línea en *Pravda*. Necesitaba esa escuela en verdad.

Había un fuerte grupo de activos bolcheviques en el distrito de Vyborg que gozaba de la confianza de la masa de trabajadores. Poco después comencé a trabajar en el consejo; me hice cargo de los problemas de la rama del distrito de Vyborg del comité para la ayuda de las esposas de los soldados, a cuyo frente había estado Nina Alexanrovna Gerd, esposa de Struve. Era una vieja amiga, compañera de estudio en el gimnasio y habíamos enseñado juntas en una escuela dominical de los trabajadores. En los primeros años del desarrollo del movimiento obrero ella había sido socialdemócrata. Ahora cada una sostenía puntos de vista diferentes. Me entregó la tarea con la advertencia: "Las esposas de los soldados no confían en nosotros; están descontentas con todo lo que hacemos; sólo tienen fe en los bolcheviques. Bien, tú te haces cargo de la tarea; quizá puedas hacerlo mejor que nosotros". No nos asustaba emprender el trabajo. Confiábamos que junto con los trabajadores, con cuya cooperación contábamos, podíamos desarrollar el trabajo en amplia escala.

Las masas de los trabajadores no sólo participaron activamente en la política sino también en el trabajo educativo. Muy pronto establecimos un Consejo de Educación en el cual había representantes de todos los talleres y fábricas del distrito de Vyborg. Recuerdo que entre ellos se hallaban los trabajadores Puryshev, Kayurov, Yorkin, Cordienko; nos reuníamos todas las semanas y discutíamos medidas prácticas. Cuando se planteó el problema de la necesidad de introducir la alfabetización general, los trabajadores en todas las fábricas inmediatamente registraron a los analfabetos. Se pidió a los empleadores que proporcionasen cuartos en las fábricas para las clases de instrucción de los analfabetos. Cuando uno de ellos rehusó las obreras crearon un gran alboroto y denunciaron el hecho de que uno de los cuartos de la fábrica fue ocupado por tropas de choque (es decir, soldados elegidos de los batallones particularmente chovinistas). Empero el empleador tuvo que alquilar instalaciones fuera de la fábrica para la escuela. Un comité de trabajadores se encargó de supervisar la asis-

tencia a clase y la labor de los maestros. Cerca del edificio del consejo del distrito estaba estacionado un regimiento de ametralladoras. Al principio este regimiento era considerado de mucha confianza, pero su "confiabilidad" desapareció muy pronto. Tan pronto como fue estacionado del lado de Vyborg comenzó a realizarse la agitación entre los soldados. Los primeros en efectuar agitación bolchevique entre los soldados fueron los vendedores de semillas de girasol, bebidas, etc.; muchas eran esposas de los soldados. Las obreras del distrito de Vyborg no se parecían a aquellas que yo conocí en la década del noventa o aún en la revolución de 1905. Andaban bien vestidas, activas en las reuniones y eran políticamente inteligente. Una obrera me dijo: "Mi marido está en el frente. Vivimos bien juntos, pero no sé qué ocurrirá cuando él regrese. Yo estoy en favor de los bolcheviques ahora y marcharé con ellos, pero no sé nada de él que está en el frente... ¿Entenderá él? ¿Advertirá que debemos seguir a los bolcheviques? A menudo pienso por la noche; quizás él no entiende sin embargo. Yo no sé si lo veré otra vez; tal vez morirá. Sí, y yo escupo sangre; me voy al hospital". El delgado rostro de esta obrera con el aspecto del tísico en sus mejillas, la ansiedad sobre la posible diferencia de opinión con su marido, provocaron una impresión indeleble en mi mente. Mas no eran las obreras sino los hombres los más avanzados en la tarea educativa en esa época. Los hombres examinaban todos los problemas. El camarada Gordienko, por ejemplo, se preocupaba mucho por las tareas de los jardines de infantes y el camarada Kuklin seguía muy de cerca la actividad de la juventud.

Yo también me dediqué al trabajo entre la juventud. Se formó una liga de jóvenes llamada "Luz y Conocimiento", que tenía su programa. La liga se formaba de bolcheviques, mencheviques, anarquistas y jóvenes sin partido. El programa era de lo más ingenuo y primitivo, pero las discusiones que surgían sobre esto resultaban muy interesantes. Por ejemplo, uno de los detalles consistía en que todos los miembros debían aprender a coser. Así, un joven miembro, un bolchevique. preguntó: ¿Por qué todos deben aprender a coser? Las chicas, por supuesto, deben saberlo, de otra manera, más tarde, ellas serían incapaces de coser un botón en los pantalones de su marido, pero, ¿por qué todos deben aprender?" Estas palabras elevaron una tormenta de indignación. No sólo las muchachas sino todos expresaron disgusto y sal-

taron de sus asientos. "¿La esposa debe coser botones? ¿Qué significa esto? ¿Tú quieres defender la antigua esclavitud de las mujeres? ¡La esposa es la camarada de su marido, no su sirvienta!" El muchacho que propuso que sólo las mujeres deberían aprender a coser botones tuvo que rendirse. Recuerdo una conversación con otro joven, de nombre Murachev, ardiente partidario de los bolcheviques. Le pregunté por qué no se unía al partido. "Usted verá —contestó— algunos de nosotros, los jóvenes, nos unimos al partido. ¿Pero por qué lo hicimos? ¿Usted cree porque entendimos que los bolcheviques tenían razón? No por esa causa, ¡sino porque los bolcheviques distribuían revólveres! Eso no está bien. Cuando uno se adhiere a un partido debe saber lo que éste defiende. Yo devolví mi tarjeta hasta lograr entender completamente". Debo aclarar que sólo los jóvenes y muchachas de mentalidad revolucionaria se adhirieron a la liga "Luz y Conocimiento"; en su medio no se toleraba a nadie que expresara ideas conservadoras. Los miembros eran muy activos, hablaban en las reuniones de sus fábricas y en sus propias reuniones. Pero se mostraban excesivamente confiados. Este exceso de confianza tenía que ser combatido.

Tenía mucho trabajo que hacer entre las mujeres. Había logrado vencer mi antigua timidez y hablaba siempre que era necesario.

Me entregué de lleno a la tarea. Deseaba atraer las masas al trabajo social, realizar el máximo esfuerzo a fin de tornar posible esa "milicia del pueblo" de que hablaba Lenin.

Después de que empecé la tarea en el distrito de Vyborg veía todavía menos a Lenin, pero los tiempos se tornaban acuciantes, la lucha se enardecía; el 18 de junio resultó notable no sólo por la manifestación de cuatrocientos mil trabajadores y soldados que se realizó bajo consignas bolcheviques; ese día el gobierno provisional, luego de vacilar durante meses, se sometió a la presión de los aliados y comenzó la ofensiva en el frente. Los bolcheviques ya habían iniciado la agitación en la prensa y en reuniones. El gobierno provisional sentía que el suelo se deslizaba bajo sus pies. El 28 de junio se recibió la primera noticia de la derrota del ejército ruso en el frente; esto excitó mucho a los soldados.

Hacia el fin de junio Ilich, acompañado por María Ilinishna, se marchó a visitar a Bonch-Bruevich, que vivía en la villa de Neyvola, cerca de Mustamyaki (no lejos de Petrogrado) para tomarse unos días

de descanso. Mientras ellos se hallaban afuera ocurrieron los siguientes acontecimientos en Petrogrado. El regimiento de ametralladoras estacionado en el lado de Vyborg decidió iniciar un movimiento armado. Dos días antes nuestro comité de educación había concertado una reunión con el comité de educación del regimiento para el lunes a fin de discutir ciertos problemas educativos. Por supuesto, nadie vino del regimiento. Todo el regimiento se había marchado. En mi camino al palacio Kshesinsky vi a los soldados ametralladoristas en la avenida Samsonevsky que marchaban en perfecto orden. La siguiente escena quedó impresa en mi memoria: un viejo trabajador bajó de la acera, caminó hacia los soldados que marchaban e inclinándose dijo en alta voz: "Ahora, hermanos, levantaos en defensa del pueblo trabajador". Entre quienes se hallaban presentes en el cuartel general del comité central en el palacio Kshesinsky estaban el camarada Stalin y Lashevich. El regimiento de ametralladoras marchó hasta el palacio. Cundo llegaron se detuvieron cerca del balcón, saludaron y prosiguieron la marcha. Más tarde, otros dos regimientos marcharon al cuartel general del comité central; luego apareció una manifestación de trabajadores. Al anochecer un camarada fue enviado a Mustamyaki en busca de Ilich. El comité central había emitido una consigna para que la manifestación fuese pacífica, pero el regimiento de ametralladoras empezó a erigir barricadas. Puedo recordar al camarada Lashevich. que dirigió el trabajo en este regimiento, recostado en un sofá en un cuarto del consejo de Vyborg, mirando al cielorraso, disgustado ante la idea de tener que parar la acción de los ametralladoristas. Para él era duro hacerlo, pero tal era la decisión del comité central. Los talleres y fábricas estaban en huelga. Los marineros habían llegado de Kronstadt. Una enorme manifestación de obreros armados y soldados marchaban al palacio Táurida. Ilich habló desde el balcón del palacio Kshesinsky. El comité central publicó un manifiesto en el que pedía que cesara la manifestación. El gobierno provisional llamó a los junkers (cadetes de la escuela militar) y a los cosacos, los que abrieron fuego contra los manifestantes en la calle Sadovaya. Se convino que Ilich pasara esa noche en casa de los Sulimov (en el lado de Petersburgo), aunque era más seguro para él esconderse en el distrito de Vyborg. Se decidió que viviría en la casa de Kayurov, un obrero. Fui hasta lo de Sulimov a informar a Ilich del arreglo convenido y ambos pasamos al sector

de Vilborg. Enfrentamos al regiimento de Moscú que marchaba a lo largo de un bulevar; Kayurov estaba sentado en el bulevar, y al vernos salió caminando y Vladimir Ilich lo siguió. Yo me volví. Los junkers destrozaron por completo la oficina editorial de *Pravda.* Durante el día se celebró una reunión del comité de Petrogrado en el cuarto del sereno de la fábrica Reno, en el que estuvo presente Ilich. Se discutió el problema de una huelga general y se decidió no realizarla. De aquí Ilich se trasladó al departamento de la camarada Fofanova en Lesnoye, donde se encontró con diversos miembros del comité central. Ese día el movimiento de los trabajadores había sido reprimido. Alexinsky, un ex representante de los trabajadores de Petrogrado en la segunda Duma, un partidario de *Vperyod,* que en cierta época fue un íntimo colaborador en nuestra tarea, y Pankratov, miembro del Partido Socialista Revolucionario y antiguo prisionero de Schlesselberg, emitieron una calumniosa afirmación en la que aseguraban que poseían informes auténticos según los cuales Lenin era un espía alemán. Creían que esta calumnia paralizaría la influencia de Lenin. El 6 de julio el gobierno provisional ordenaba el arresto de Lenin, Zinoviev y Kamenev. El Palacio Kshesinsky fue ocupado por las tropas del gobierno. Lenin dejó la casa de Kayurov y se trasladó a lo de Aliluev, donde también estaba escondido Zinoviev, pues como el hijo de Kayurov era anarquista, el joven siempre estaba manipulando bombas y así la casa no era segura para esconderse.

El día 7 María Ilinishna y yo fuimos a visitar a Ilich en casa de Aliluev. Este era justamente el momento en que Ilich vacilaba. Argumentaba que debía rendirse a las autoridades y aparecer ante el tribunal. María Ilinishna se opuso violentamente. "Gregory y yo hemos decidido presentarnos; ve y habla con Kamenev", me dijo Ilich. En ese momento Kamenev se hallaba cerca, en otro departamento. Me preparé rápidamente para ir. "Vamos a despedirnos", expresó Vladimir, deteniéndome; "quizá no nos vemos otra vez"; nos abrazamos. Me trasladé a lo de Kamenev y le entregué el mensaje de Ilich. Por la noche, el camarada Stalin y otros urgieron a Ilich a que no se presentara a los tribunales y por fin lo convenció; de ese modo salvaba su vida. Esa noche los militares allanaron nuestro departamento en la calle Shirokaya. Un coronel y otro militar de casaca gris y capa blanca se hicieron presentes. Registraron sólo nuestro cuarto y tomaron algunas

notas y mis documentos de la mesa. Me preguntaron si sabía donde estaba Ilich, y de ello deduje que él no se había entregado. Por la mañana visité al camarada Smilga, que también vivía en la calle Shirokaya. Stalin y Molotov vivían con él. Por ellos supe que Ilich y Zinoviev habían decidido esconderse.

Dos días más tarde, el 9, una horda de junkers allanó la casa y registró todo el departamento. Mark Timofeyevich Elizarov, el marido de Ana Ilinishna, estaba en la casa, y se pensó que era Ilich. Me interrogaron sobre Ilich. En esa época los Elizarov tenían una mucama, Annushka, una muchacha llegada de una remota villa y que nada sabía de lo que pasaba. Tenía verdadera ansiedad por aprender a leer y a escribir, y a cada momento libre leía su cartilla; no brillaba como escolar. "Soy una aldeana tonta", exclamaba con pena. Yo trataba de ayudarle a aprender a leer y entender algo sobre los diversos partidos, la guerra, etc. No tenía idea de quién era Lenin. Yo no estuve en casa el día 8; mis familiares me informaron después que un automóvil se detuvo ante la casa y que se realizó una demostración hostil. Repentinamente emergió Annushka y gritó: "Ha llegado alguna especie de Olenin". Durante el registro, los junkers comenzaron a interrogarla, y señalando a Timofeyevich le preguntaron su nombre. Ella no lo sabía. Entendieron que no quería decirlo. Entonces registraron la cocina, hasta debajo de la cama. Annushka con indignación observó: "Miren en el horno; alguien puede estar sentado allí". Nos llevaron a los tres; Mark Timofeyevich, Annushka y a mí, al cuartel general. Nos colocaron a cierta distancia uno de otro, con un soldado armado al lado de cada uno. Después de un rato, algunos oficiales irrumpieron con furia, dispuestos a arrojársenos encima. Pero el coronel que había estado a cargo del primer registro llegó, y después de mirarnos dijo: "Estas no son las personas que deseamos". Si Ilich hubiera estado lo hubieran destrozado. Fuimos despedidos. Mark Timofeyevich insistía en que debía sernos dado un automóvil para regresar a casa. El coronel lo prometió y se fue, pero, por supuesto no conseguimos el automóvil. Alquilamos un coche. Los puentes estaban levantados, de modo que regresamos a casa a la madrugada. Golpeamos a la puerta un largo rato y ya temíamos que algo hubiera acontecido; por fin la puerta se abrió.

Nuestra casa fue allanada por tercera vez cuando yo me encontra-

ba ausente en el consejo del distrito. Llegué a casa y encontré la entrada ocupada por soldados y la calle llena de gente. Permanecí allí un rato y regresé al consejo del distrito sin entrar, pues de cualquier modo no habría servido de ayuda para nada. Cuando llegué al consejo del distrito ya era tarde; no había nadie allí, excepto el cuidador. Poco después, Slutsky, un camarada que acababa de llegar de América, apareció junto con Volodarsky, Melnichansky y otros; Slutsky murió más tarde en el frente sur. El había sido arrestado y me recomendó no volver a casa, pero enviar a alguien por la mañana para averiguar lo acontecido. Salimos a buscar un lugar para pasar la noche, mas no sabíamos la dirección de los camaradas. Vagamos a través del distrito largo tiempo hasta que llegamos a casa de Fafanova, una camarada que trabajaba en el distrito, quien nos alojó para pasar la noche. Por la mañana descubrimos que ninguno de nuestros familiares había sido arrestado, y que esta vez el registro no fue tan rudo como los anteriores.

Ilich y Zinoviev estaban escondidos en la casa de un viejo miembro de la organización clandestina del partido, Emelyanov, que trabajaba en la fábrica Sestroretsk y vivía en Razliv, cerca de Sestroretsk. Ilich siempre conservó un cálido recuerdo hacia Emelyanov y su familia.

Yo empleé todo mi tiempo en el distrito de Vyborg. Durante los días de julio me impresionó la diferencia entre el espíritu de la pequeña burguesía y el de los trabajadores. En los tranvías, en la calle, en todas las esquinas se oían las murmuraciones de descontento, pero a través del puente de madera del lado de Vyborg se entraba en un mundo por completo distinto. Había muchas cosas que hacer. Mediante el camarada Zoft y otros relacionados con el camarada Emelyanov, yo recibí varios mensajes de Ilich. La reacción crecía. El 9 de julio la reunión conjunta del comité central ejecutivo de toda Rusia y el comité ejecutivo del Soviet de diputados de trabajadores y campesinos declaró que el gobierno provisional era "el gobierno de salvación de la revolución". Ese mismo día comenzó la "salvación". Ese día fue arrestado Kamenev; el 12 de julio se dio la orden para el establecimiento de la pena capital en el frente; el 15 de julio, *Pravda* y *Okopnaya Pravda* (La Verdad de la Trinchera) fueron clausuradaos, y se emitió una orden prohibiendo las reuniones en el frente. Los bolchevi-

ques fueron arrestados en Helsingfors, y *Volna*, el diario bolchevique de esa ciudad fue suprimido. El 18 de julio se disolvió la Dieta finesa. El general Kornilov fue nombrado comandante en jefe; el 22 de julio Trotsky y Lunacharsky quedaron arrestados.

Poco después de los días de julio Kerensky esbozó un proyecto por el cual pensaba elevar la disciplina del ejército; decidió hacer marchar el regimiento de ametralladoras —desarmado—, que había iniciado la manifestación durante los días de julio, hasta una plaza pública y degradar a sus integrantes. Observé al regimiento mientras marchaba hacia la plaza indicada. En tanto conducían sus caballos de la brida el odio ardía en sus ojos y se expresaba en su lenta marcha, como advirtiendo que no pudo haberse tomado una medida más estúpida. En verdad, en octubre, el regimiento de ametralladoras siguió como un solo hombre a los bolcheviques y sus integrantes se convirtieron en guardias de Ilich en el palacio de Smolny.

El partido bolchevique quedó reducido a la semilegalidad; pero creció en número y fuerza. Durante la época en que se inauguró el VI congreso del partido, el 26 de julio, el número de adherentes llegaba a ciento setenta y siete mil, el doble del registrado tres meses atrás en la conferencia bolchevique de toda Rusia. No podía haber duda del crecimiento de la influencia bolchevique, particularmente en el ejército. El VI congreso ayudó aún más a unir las fuerzas de los bolcheviques. El congreso emitió un manifiesto en el que llamaba la atención sobre la posición contrarrevolucionaria adoptada por el gobierno provisional. "La revolución mundial y la lucha de clases son inminentes", subrayaba el manifiesto. "Nuestro partido va a entrar en esta lucha con sus banderas desplegadas. Mantiene con firmeza estas banderas en sus manos. No las ha arriado ante los violadores y calumniadores, ante los traidores de la revolución y lacayos del capital. Sostendrá en alto las banderas en la lucha por el socialismo, por la hermandad de las naciones, pues sabe que un nuevo movimiento surge y que la hora mortal del viejo mundo se aproxima".

El 25 de agosto Kornilov con sus tropas comenzó a marchar sobre Petrogrado. Los trabajadores de Petrogrado y de Vyborg fueron los primeros, por supuesto, en correr en defensa de la ciudad. Nuestros agitadores salieron al encuentro de los primeros destacamentos de las tropas de Kornilov, la "división salvaje", según se la llamaba. Las fuer-

zas de Kornilov resultaron rápidamente desintegradas y no se realizó batalla alguna. El general Krymov, comandante del cuerpo que debía atacar a Petrogrado, se suicidó. Recuerdo la figura de uno de los trabajadores de Vyborg, un joven camarada que actuaba en nuestro comité educativo, en el momento en que entraba en la Duma del distrito con su fusil todavía al hombro. Acababa de retornar del frente a donde fue uno de los primeros en acudir. Aunque cuando entró su rostro exhibía todavía la excitación de la batalla, arrojó su arma en un rincón y comenzó a hablar acaloradamente sobre los lápices, de los que había escasez en la escuela, y pizarrones. Todos los días tenía oportunidad de observar cuán estrechamente los obreros del distrito de Vyborg vinculaban la lucha revolucionaria con la lucha por dominar el conocimiento y la cultura.

Ya no era posible para Ilich continuar viviendo en la barraca cerca de Razliv, donde estaba escondido. Llegó el otoño y Vladimir Ilich decidió pasar a Finlandia. Deseaba trabajar en su libro *El Estado y la Revolución*, para el cual había recogido gran cantidad de material, y que había pensado y planeado. En Finlandia resultaba también más fácil seguir los periódicos.

N. A. Emelyanov obtuvo un pasaporte para un obrero de Sestroretsk y Lenin se puso una peluca y se maquilló para parecerse a este obrero. D. I. Leschenko, en cuya casa Vladimir Ilich había dormido a menudo, fue a Razliv a fotografiar a Lenin para el pasaporte (una foto que debía adherirse al pasaporte). El camarada Leschenko era un viejo integrante del partido de 1905-1907, que había sido director asociado de nuestro periódico bolchevique y quien en esa época me ayudaba en la tarea educativa en el distrito de Vyborg. Un camarada finlandés, Yalava, maquinista del ferrocarril finlandés, a quien los camaradas Shotman y Rakhya conocían bien, asumió la responsabilidad de hacer cruzar a Ilich la frontera, disfrazado de fogonero. El plan se cumplió con éxito. Todas las conexiones con Ilich se mantuvieron también a través del camarada Yalava, y en más de una ocasión yo fui a casa de éste, que vivía en el distrito de Vyborg, en busca de cartas de Ilich. Después que Lenin se trasladó a Helsingfors, envió una carta escrita en tinta invisible pidiéndome que fuera; mandaba su dirección y hasta dibujó un mapa con las indicaciones de su lugar de modo que yo no tenía que preguntar a nadie para llegar hasta él. Pero chamus-

qué el borde del mapa cuando calentaba la carta en la lámpara. Los Emilyanov obtuvieron para mí un pasaporte perteneciente a una vieja obrera de Sestroresk, y me cubrí la cabeza con un chal; así marché hasta Razliv a encontrame con ellos. Me acompañaron hasta cruzar la frontera. Todo lo que se requería de las personas que vivían en esa localidad era un permiso para cruzar la frontera. Un oficial observó mi papel. Yo tenía que caminar cinco verstas a través del bosque desde la frontera hasta Olilla, una pequeña estación, donde tomé un tren de soldados. Todo anduvo bien, excepto una demora causada por la falta de indicaciones contenidas en la parte del mapa quemado. Deambulé un largo rato hasta que encontré la calle que necesitaba. Ilich estaba muy contento de verme. Los efectos de vivir en el *aislamiento* cuando era indispensable para él estar en medio de los preparativos para la batalla, eran bien claros. Yo permanecí en Helsingfors un par de días y le conté todas las noticias. Al partir, Ilich me acompañó hasta el último recodo del camino, aunque deseaba acompañarme hasta la estación. Convinimos en que volvería otra vez.

Dos semanas más tarde lo visité de nuevo. Me vi detenida imprevistamente y decidí no ir a lo de Emelyanov sino trasladarme en seguida a Olilla por mis propios medios. Cuando llegué al bosque empezaba a caer la noche; era ya mediados de otoño; la luna surgió. Mis pies comenzaron a hundirse en la arena. Creía que me había extraviado; me apresuré y por fin me encontré en Olilla, pero tuve que esperar media hora por el tren. Este se hallaba atestado de soldados y marineros y tanta era la multitud que fui de pie todo el camino. Los soldados hablaban abiertamente de una rebelión; sólo hablaban de política. La escena en el coche era la de una reunión en extremo agitada. Nada más que soldados y marineros viajaban en el coche. Un civil subió al comienzo, mas luego de escuchar a los soldados el relato de cómo ellos arrojaron al río a los oficiales, se bajó tan rápidamente como pudo, en la próxima estación. Nadie me prestó atención. Cuando le conté a Ilich lo que hablaban los soldados, su rostro se tornó pensativo y así permaneció no obstante lo que decía. Resultaba claro que su mente no estaba en lo que hablaba; se hallaba fija en la rebelión y en la mejor forma de prepararla.

El 13 y 14 de septiembre Ilich escribió la carta *Marxismo y rebelión* al comité central; a fin de septiembre se trasladó de Helsingfors

a Vyborg, con el designio de estar más cerca de Petrogrado. Desde Vyborg escribió a Smilga en Helsingfors (Smilga era en ese tiempo presidente del comité regional del ejército, la marina y los trabajadores de Finlandia), que debía dedicarse toda la atención a preparar el ejército y la armada finlandeses para la guerra contra Kerensky. Su mente se hallaba constantemente absorbida por el problema de cómo ordenar todo el aparato del Estado, cómo debían ser reorganizadas las masas, cómo tenía que ser reacondicionada la íntegra "estructura" social, según él lo expresaba. Escribió sobre esto en su artículo "¿Se mantendrán los bolcheviques en el poder?" Insistió sobre ello en su manifiesto a los campesinos y soldados; en una carta que envió a la conferencia de la ciudad de Petrogrado para ser leída en una reunión privada donde se discutían medidas concretas que habrían de adoptarse para la toma del poder; también se ocupó de este tema en carta a los miembros del comité central, al comité de Petrogrado, al comité de Moscú, y a los miembros bolcheviques de los Soviets de Petrogrado y Moscú.

El 7 de octubre Ilich se trasladó de Vyborg a Petrogrado. Se decidió mantener un estricto secreto respecto de su paradero; ni siquiera se comunicó la dirección al comité central. Lo alojamos en Vyborg en el departamento de Margarita Vasillyevna Fofanovna, situado en una amplia casa, en la esquina de la avenida Lesnoy, casi íntegramente habitada por obreros. El departamento resultaba muy adecuado para este propósito, pues la mayor parte de la familia se había marchado en el verano y todavía no había retornado, ni los sirvientes, y Margarita Vasilyevna era una ardiente bolchevique. Realizaba todas las diligencias de Ilich. Tres días más tarde, el 10 de octubre, Lenin concurrió a una reunión del comité central en el departamento de Suchanov, donde se aprobó una resolución en favor de una insurrección armada. Diez miembros del comité central votaron en favor de la medida: Lenin, Sverdlov, Stalin, Dzerzhinsky, Trotsky, Uritsky, Kollontay, Bubnov, Sokolnikov y Lomov. Zinoviev y Kamenev votaron en contra.

El 15 de octubre se realizó una reunión de la organización de Petrogrado en el Instituto Smolny (este hecho fue muy significativo); estuvieron presente delegados de distrito (ocho del distrito de Vyborg). Recuerdo que Dzerzhinsky habló en favor de una insurrección

armada. Shudnovsky se pronunció en contra. Venía con el brazo vendado, pues había sido herido en el frente. Excitadamente señaló que la derrota era inevitable, que no debíamos apresurarnos. "Nada es más fácil que morir por la revolución, pero comprometeremos la revolución si nos dejamos matar". Chudovsky murió, en efecto, por la revolución; lo mataron durante la guerra civil. No era un hombre que hacía frases, pero su punto de vista era por completo erróneo. No recuerdo los otros discursos. Cuando se pasó a votación la abrumadora mayoría estaba en favor de la insurrección inmediata. Todos los delegados de Vyborg votaron por ella.

Al día siguiente, 16, se celebró una gran reunión del comité central en el edificio de la Duma del subdistrito de Lesno, en la calle Lesnaya, en la cual, además de los miembros del comité central se hallaban presentes miembros del comité ejecutivo del comité de Petrogrado, la organización militar, el consejo de sindicatos de Petrogrado, miembros de los comités de fábricas y talleres, y el comité del distrito de Petrogrado de los trabajadores ferroviarios. En esta reunión hubo dos fracciones; la mayoría en favor de la insurrección, en tanto que la minoría estuvo en contra. La resolución de Lenin se adoptó por una *aplastante mayoría:* diecinueve en favor, dos en contra y cuatro abstenciones. La cuestión estaba decidida. En una reunión privada del comité central se eligió un centro militar revolucionario. Muy pocos vinieron a ver a Lenin: yo, María Ilinishna y a veces el camarada Rakhya. Recuerdo la siguiente escena. Ilich había enviado a Fofanovna con algún recado; se convino en que él no abriría la puerta a nadie y que no respondería al llamado del timbre. También concordamos en que yo golpearía la puerta de cierta manera. Fofanovna tenía un primo que concurría al colegio militar. Yo vine por la tarde y lo encontré en la escalera. Parecía confundido. Al verme me dijo: "Alguien ha entrado en el departamento de Margarita". "¿Quieres decir que se ha introducido subrepticiamente?". "Sí, yo llamé y una voz de hombre me contestó. Luego llamé largamente y nadie respondió". Le conté algo sobre una reunión a la que Margarita debía concurrir, y que estaba segura de que se había equivocado al oír la voz. Sólo me sentí tranquila cuando él se alejó y tomó un tranvía. Regresé y golpeé la puerta en la forma convenida. Apenas Ilich abrió la puerta empecé a reconvenirle: "El visitante pudo haber llamado a otras personas",

exclamé. "Creí que podía ser algo urgente", respondió Ilich como excusa. Yo también llevaba mensajes de Lenin la mayor parte del tiempo. El 24 de octubre escribió al comité central recomendando la necesidad de tomar el poder ese día. Envió a Margarita con este mensaje. Pero sin esperar su retorno, se puso una peluca y marchó al Smolny. No había que perder un minuto. Encontró a Margarita en el camino y le informó que iba al Smolny, de modo que no tenía que esperar por él.

El distrito de Vyborg se preparaba para la insurrección. Cincuenta obreras permanecían en el edificio del Consejo de Vuborg toda la noche. Una doctora les daba instrucciones sobre primeros auxilios. En las oficinas del comité del distrito los trabajadores eran provistos de armas; los grupos llegaban hasta la sede del comité y recibían fusiles y municiones. Pero en el distrito de Vyborg no había a quién reprimir; quedaron arrestados sólo un coronel y unos pocos junkers que habían entrado en un club de trabajadores a tomar el té. Por la noche Zhenya Egorova y yo nos trasladamos a Smolny en un camión para comprobar cómo marchaban las cosas.

El 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917 fue derrocado el gobierno provisional. El poder Político pasó al Comité Militar Revolucionario, órgano del Soviet de Petrogrado que se hallaba al frente del proletariado y la guarnición de Petrogrado. El mismo día el Comité Militar Revolucionario transfirió el poder al Segundo Congreso de toda Rusia del Soviet de Diputados de Trabajadores y Soldados. Se formó un gobierno de obreros y campesinos, y se estableció un Consejo de Comisarios del Pueblo cuyo presidente fue Lenin.

INDICE

Este libro se terminó de imprimir en el mes de junio de 1984 en los talleres de *Palabra Gráfica y Editora Soc. Anónima*, Castro 1856-60, C. Federal, R. Argentina.